
DANIEL GALERA
Barba empapada de sangre
13

Ganadora del prestigioso Premio São Paulo de Literatura, en *Barba empapada de sangre*, un profesor de educación física se instala en un pueblo de pescadores para desentrañar la desaparición de su abuelo.

«“¿Y por qué lo mataron?” “Estoy llegando ahí. Tranquilo. Quería darte el contexto. Porque esa es una buena historia, ¿o no?”».

Antes de suicidarse, un hombre le cuenta a su hijo la verdad sobre su abuelo, o por lo menos la verdad como él la conoce: fue asesinado por los aldeanos de un pequeño pueblo de la costa atlántica llamado Garopaba, durante un baile dominical en un salón comunitario. La luz se apagó de repente, y cuando volvió el gaucho ya estaba tumbado en medio del salón, rodeado de un charco de sangre. O eso cuentan.

Ante la necesidad imperiosa de descubrir la verdad, el protagonista viaja a Garopaba junto al viejo perro que dejó su padre, y allí empieza una nueva vida. Nada en el mar todos los días, hace nuevos amigos, inicia una relación sentimental y empieza a indagar. Pero la información no llega tan fácilmente, y menos dada su extraña condición neurológica: no reconoce la cara de las personas con las que ya se ha topado. Además, la gente que conoció a su abuelo teme hablar sobre lo sucedido.

Daniel Galera

Barba empapada de sangre



Título original: *Barba ensopada de sangue*
Daniel Galera, 2012
Traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2014

-

Revisión: 1.0

01/05/2023

Para DP

Cuando mi tío murió yo tenía diecisiete años y lo conocía solo a través de fotografías antiguas. Por algún motivo insondable, mis padres decían que la iniciativa de la visita debía partir de él y se negaban a llevarme al litoral catarinense con ese propósito. Tenía curiosidad por saber quién era él y llegué a pasar muy cerca de Garopaba, donde vivía, pero al final siempre lo fui dejando para más adelante. Durante la adolescencia, el resto de la vida parece una eternidad y suponemos que sobrará tiempo para todo. Su muerte tardó en llegar a oídos de mi padre, que estaba de retiro en una cabaña en la sierra paulista intentando concluir una nueva novela. Mi tío murió ahogado al tratar de rescatar a una bañista que un día de resaca aterradora, con olas de tres metros que rompían en la costa, se había caído de las piedras en la playa de Ferrugem. La bañista se agarró a una boya y otros socorristas la auxiliaron enseguida. Nunca encontraron el cadáver de mi tío. En Garopaba se celebró un entierro simbólico al que asistimos. Mi madre me mostró el lugar donde se encontraba el primer apartamento en el que él había vivido, hoy demolido. En las fotos de aquella época se ve el pequeño edificio beis de dos pisos con terraza, situado justo frente al mar, sobre las piedras. Aún no había edificios altos al borde de la playa y uno todavía podía bañarse en el mar. La población del centro histórico, que a día de hoy sigue declarado patrimonio de Brasil, aún vivía en parte de la pesca artesanal, que desapareció para dar cabida a los paseos turísticos. Conocimos a su viuda, una mujer de piel muy blanca cubierta de tatuajes descoloridos, y a sus dos hijos pequeños, niño y niña, ambos con los ojos azules de la madre. Mis primos. Al entierro acudió poca gente. Mi madre tuvo una crisis de llanto incomprensible y después pasó cerca de media hora mirando al mar y hablando sola, o conversando con alguien. Había otras personas mirando el mar, como si esperasen algo, y tuve la extraña impresión de que todas

estaban pensando en mi tío, aunque lo describieran como una persona encerrada en sí misma y poco conocida, un remanente de otra época. Se me ocurrió grabar declaraciones sobre él, y mis padres me permitieron pasar unos días a solas en la ciudad. Nadie conocía íntimamente a mi tío, pero todos parecían tener algo que decir sobre él. A comienzos de la década pasada, abrió un pequeño local donde daba clases de pilates y estiramientos. Casi todos lo recuerdan como entrenador de triatlón y, al parecer, preparó a media docena de campeones estatales y nacionales. Durante la temporada de verano abandonaba las actividades a las que se dedicaba el resto del año para trabajar de socorrista. Al atardecer, tras una jornada de doce horas rescatando a gente, atendiendo casos de insolación y picaduras de medusa, y caminando bajo el sol brutal de una región del sur desprovista de capa de ozono, lo veían nadar solo, al fondo, ajeno a mares inquietos, fuertes lluvias y anocheceres precipitados. Era un hombre solitario, pero en algún momento se casó con esa mujer que nadie sabía de dónde había salido y construyó una casita en la ladera de uno de los montes de la llamada Volta do Ambrosio. Todos los que recuerdan a mi tío de los viejos tiempos mencionan un perro cojo que sabía nadar como un delfín y se adentraba con él en el mar. Y lo que podemos llamar hechos terminan ahí. El resto de los testimonios está compuesto de una superposición caleidoscópica de rumores, leyendas y narraciones pintorescas. Decían que era capaz de aguantar diez minutos bajo el agua sin respirar. Que el perro que lo seguía a todas partes era inmortal. Que se había enzarzado, desarmado, en una pelea con diez nativos al mismo tiempo y había vencido. Que nadaba por las noches de playa en playa y lo veían salir del mar en lugares apartados. Que había matado a gente y que por eso era discreto y retraído. Que ofrecía ayuda a cualquier persona que fuera en su busca. Que habitaba aquellas playas desde siempre y que las habitaría para siempre. Más de una o dos personas dijeron que no creían que estuviera realmente muerto.

PRIMERA PARTE

1

Ve una nariz ancha y grande, reluciente y agujereada como la piel de una mandarina. Boca extrañamente joven entre mentón y mejillas, llenos de finas arrugas, piel un poco flácida. Barba afeitada. Orejas enormes con lóbulos aún más grandes, que parecen estirados por el propio peso. Iris color café aguado en medio de ojos lascivos y relajados. Tres surcos profundos en la frente, horizontales, perfectamente paralelos y equidistantes. Dientes amarillentos. Pelo rubio abundante rompiendo en una sola onda por encima de la cabeza y cayendo hacia atrás, hasta la base de la nuca. Sus ojos recorren todos los cuadrantes de esa cara en el intervalo de una respiración y puede jurar que no ha visto a esa persona en toda su vida, pero sabe que es su padre porque no vive nadie más en esa finca de Viamao y porque a la derecha del hombre sentado en el sillón está tumbada, con la cabeza erguida, la perra azulada que lo acompaña desde hace muchos años.

¿Qué cara es esa?

Su padre solo esboza una sonrisa, el chiste es viejo, da la respuesta habitual.

La misma de siempre.

Ahora se fija en su ropa, un pantalón de sastre color gris oscuro y una camisa azul de manga larga remangada hasta los codos, empapada en sudor por debajo de los brazos y por encima de la barriga redonda, en las sandalias que parecen haber sido escogidas a la fuerza, como si solo el calor le hubiera impedido calzar zapatos de cuero, y también en la botella de coñac francés y en el revólver que

descansan sobre una mesita al lado del sillón reclinable.

Siéntate ahí, dice su padre, señalando con la cabeza el sofá de piel sintética blanco de dos plazas.

Acaba de comenzar febrero e, independientemente de lo que digan los termómetros, la sensación térmica en Porto Alegre y alrededores es de más de cuarenta grados. Al llegar, vio que los dos lapachos que montan guardia frente a la casa estaban cargados de hojas y padecían en el aire inmóvil. La última vez que estuvo allí aún era primavera, sus copas floridas color violeta y amarillo temblaban con el viento frío. Todavía dentro del coche pasó por el parral sembrado a la izquierda de la casa y divisó numerosos racimos de uvas pequeñas. Uno podía imaginarlas rezumando azúcar tras meses de sequía y calor. La finca no había cambiado nada en esos pocos meses, nunca cambiaba, un rectángulo plano cubierto de capín al borde de la carretera de tierra con el pequeño campo de fútbol jamás utilizado entregado a la dejadez habitual, los ladridos irritantes de otro perro en la calle, la puerta de la casa abierta.

¿Dónde está la camioneta?

La vendí.

¿Por qué tienes un revólver en la mesita?

Es una pistola.

¿Por qué tienes una pistola en la mesita?

Al ruido de una moto en la carretera se suman los ladridos de Bagre, roncos como el carraspeo de un fumador impenitente. Su padre frunce el ceño. No soporta a ese chucho insolente y ruidoso y solo lo conserva por sentido de la responsabilidad. Puedes abandonar a un hijo, a un hermano, a un padre, seguramente a una mujer, hay circunstancias en las que todo eso está justificado, pero no tienes derecho a abandonar a un perro después de cuidar de él durante cierto tiempo, le explicó su padre cuando todavía era un niño y toda la familia vivía en una casa en Ipanema por la que pasaron media docena de perros. Los perros abdican para siempre de una parte de su instinto para vivir con las personas, y jamás vuelven a recuperarlo del todo. Un perro fiel es un animal lisiado. Es un pacto que nosotros no podemos deshacer. Aunque sea raro, el

perro puede romperlo. Pero el hombre no tiene ese derecho, decía su padre. Por lo tanto, la tos seca de Bagre debía soportarse. Es lo que ahora hacen los dos, su padre y Beta, la vieja pastora australiana echada a su lado, de hecho una perra admirable, inteligente y circunspecta, fuerte y musculosa como un jabalí.

¿Cómo te va la vida, hijo?

¿Y ese revólver? Pistola.

Pareces cansado.

Estoy un poco cansado, sí. Estoy entrenando a un tío para el Ironman. Un médico. El tipo es bueno. Magnífico nadador, se las está arreglando bien con lo demás. Su bicicleta pesa siete kilos con neumáticos, una de esas vale unos quince mil dólares. Quiere completar la prueba el año que viene y conseguir una buena marca de cara al mundial, de aquí a tres años como mucho. Lo va a conseguir. Lo que pasa es que el tío es pesado de cojones, me tengo que aguantar. No estoy durmiendo mucho, pero merece la pena, me paga bien. Sigo dando clases en la piscina. Hace unos días conseguí arreglar la chapa de mi coche, por fin. Está como nuevo. Gasté dos mil reales. El mes pasado fui a la playa, pasé una semana en Farol con Antonia. Aquella pelirroja. ¡Ah!, es verdad, no la llegaste a conocer. Demasiado tarde, nos peleamos allí, en Farol. Y creo que eso es todo, papá. Lo demás sigue igual que siempre. ¿Por qué tienes una pistola en la mesita?

¿Qué tal la pelirroja? Ese gusto lo heredaste de mí.

Papá.

En un momento te explico por qué tengo una pistola en la mesita, ¿vale? Joder, ¿no te das cuenta de que antes quiero conversar un poco?

Está bien.

Hostia puta.

Está bien, perdona.

¿Quieres una cerveza?

Solo si tú también te tomas una.

Yo voy a tomarme una.

Su padre desencaja el cuerpo del sillón blando con cierta

dificultad. La piel de sus brazos y de su cuello ha ido adquiriendo un rubor permanente a lo largo de los últimos años, además de una textura un tanto gallinácea. Se atrevía a echar un partido de fútbol cuando su hermano mayor y él todavía eran adolescentes y frecuentaba por temporadas las salas de musculación del gimnasio hasta los cuarenta y tantos años de edad, pero desde entonces, como si coincidiese con el creciente interés del benjamín de la familia por múltiples deportes, se había vuelto un sedentario convencido. Siempre había comido y bebido como un caballo, fumaba cigarrillos y puros desde los diecisiete años y le gustaban la cocaína y los alucinógenos, de modo que le costaba un poco arrastrar el cuerpo por ahí. De camino a la cocina, pasa junto a la pared del pasillo donde cuelgan una docena de premios publicitarios, certificados enmarcados en vidrio y placas de metal pulido con fecha de los años ochenta en su mayoría, el apogeo de su carrera como redactor. En otro lugar de la sala, sobre la superficie de caoba de una cristalera baja, hay también dos trofeos. Beta lo sigue en esa travesía rumbo a la nevera. La perra parece tan vieja como el dueño, un tótem animado siguiéndolo con paso silencioso y fluctuante. El desplazamiento pesado del padre a lo largo de esos recuerdos de una gloria profesional remota, el animal fiel tras su rastro y la falta de sentido de la tarde de domingo despiertan en él una conmoción tan inexplicable como familiar, un sentimiento que a veces acompaña la visión de alguien un poco afligido que intenta tomar una decisión o solucionar un pequeño problema, como si de ello dependiera el castillo de naipes del significado de la vida. Ve a su padre en el límite tenue de ese esfuerzo, navegando peligrosamente próximo al desistimiento. La puerta de la nevera se abre con un gemido de succión, las botellas de cristal tintinean y él y la perra regresan en unos segundos, más ligeros a la vuelta que a la ida.

Ese Farol de Santa Marta está por Laguna, ¿no?

Sí.

Giran los tapones de sus botellines de cerveza, el gas escapa por el cuello de la botella con interjecciones de desdén, brindan por nada en particular.

Me arrepiento de no haber ido más veces al litoral catarinense. Todo el mundo iba en los años sesenta. Tu madre iba antes de conocerme. Fui yo quien empezó a llevarla al sur, Uruguay y todo eso. Las playas de allí me daban un poco de angustia. Mi padre murió por esa zona de Laguna e Imbituba. En Garopaba.

Tarda un momento en darse cuenta de que está hablando de su abuelo, que murió antes de que él naciera.

¿El abuelo? Siempre me has dicho que no sabías cómo había muerto.

¿Eso te dije?

Varias veces. Que no sabías ni cómo ni dónde había muerto.

¡Hum! Puede ser. Creo que sí que lo dije, sí.

¿No era verdad?

Su padre piensa antes de responder. No parece querer ganar tiempo, está pensando de verdad, escarbando en la memoria, o solo escogiendo las palabras.

No, no era verdad. Sé dónde murió y más o menos sé cómo. Fue en Garopaba. Por eso nunca me gustó mucho ir por allí¿Cuándo?

Fue en el sesenta y nueve. Se marchó de la granja de Taquara en… el sesenta y seis. Tuvo que ir a parar a Garopaba cerca de un año después, vivió allí unos dos años, más o menos, hasta que lo mataron.

Deja escapar una risita corta por la nariz y por la comisura de la boca. Su padre lo mira fijamente a los ojos y también sonríe.

¡Joder, papá! ¿Cómo que mataron al abuelo?

Tu sonrisa es igual que la de tu abuelo, ¿lo sabías?

No. No sé cómo era su sonrisa. Y tampoco sé cómo es la mía. Me olvido.

Su padre dice que él y el abuelo no solo se parecen en la sonrisa, sino en numerosos aspectos físicos y de comportamiento. Que el abuelo tenía esa misma nariz, más estrecha que la suya. La cara alargada, los ojos un poco hundidos en el cráneo. El mismo color de piel. Que la sangre indígena del abuelo se había saltado al hijo y había ido a parar al nieto. Tu porte atlético, dice el padre, puedes estar seguro de que viene de tu abuelo. Era más alto que tú, debía de

medir uno ochenta. En aquella época nadie hacía deporte como tú, pero la forma en que tu abuelo cortaba leña, domaba caballos, desbrozaba, era muchísimo mejor que esos triatletas de hoy día. También fue así mi vida hasta los veinte años de edad, no creas que no sé de lo que estoy hablando. De joven trabajaba en el campo con mi padre y su fuerza me dejaba alucinado. Una vez fuimos en busca de una oveja perdida y encontramos al bicho enfermo cerca de la valla, casi en la finca contigua. A unos tres kilómetros de la casa. Yo estaba pensando en cómo íbamos a llevar hasta allá la camioneta para trasladar a la oveja, previendo que mi padre iba a pedirme que volviera a caballo, cuando se echó el bicho a la espalda, como abrazado a su cuello, por encima de los hombros, y salió andando. Una oveja de esas pesa unos cuarenta o cincuenta kilos, y todo era monte y el suelo estaba lleno de piedras. Yo tenía diecisiete años y le pedí que me dejara llevarla un poco, quería ayudar, pero mi padre dijo que no, que ahora estaba bien encajada y que si se la sacaba y la volvía a colocar se iba a cansar aún más, que siguiéramos andando, que lo importante era seguir andando. Era seguro que yo no iba a aguantar a aquel bicho a la espalda más de un minuto o dos. Nunca fui flacucho, pero tú y él estáis hechos de otra pasta. Y también os parecéis en el carácter. Tu abuelo era tranquilo, como tú. Una persona callada y disciplinada. No era de los que hablaban mucho, solo cuando era necesario, y se enfadaba con los demás cuando lo hacían. Pero el parecido acaba ahí. Tú eres una persona tranquila, sosegada, educada. Tu abuelo tenía muy malas pulgas. Vaya viejo insolente. Era famoso por sacar el cuchillo por cualquier cosa. El hombre iba a un baile y se peleaba. Y todavía hoy no entiendo cómo acababa peleándose porque bebía poco, no fumaba, no jugaba y no se liaba con mujeres. Tu abuela casi siempre iba con él y, es gracioso, a ella no parecía importarle ese lado violento suyo. Le gustaba oírlo tocar. Era un gran guitarrista. Una vez mi abuela me dijo que él era así porque tenía alma de artista pero había elegido la vida equivocada. Que debería haber recorrido el mundo tocando música y echando fuera sus sentimientos filosóficos —esa fue la expresión que utilizó, me acuerdo perfectamente— en vez de haber

comenzado a trabajar la tierra y casarse con ella, pero que había desperdiciado ese camino siendo aún muy joven y que después ya fue tarde, porque era un hombre de principios muy rígidos y volver atrás hubiera supuesto transgredir esos principios. Para ella, ese era el motivo de sus malas pulgas y, para mí, tiene sentido, aunque nunca llegué a conocer lo suficiente a mi padre para estar seguro de ello. Solo sé que repartía bofetadas y guantazos a diestro y siniestro.

¿Mató a alguien?

No que yo sepa. Raras veces sacar un cuchillo significa acuchillar a nadie. Creo que lo hacía más para presumir. Tampoco recuerdo que volviera alguna vez a casa herido. Excepto cuando recibió el disparo.

Un disparo.

Recibió un disparo en la mano. Eso ya te lo conté.

Es verdad. Perdió los dedos, ¿no?

En una de esas peleas se tiró encima de un tío y el tío disparó un tiro para asustarlo, le dio rozando en los dedos. Mi padre perdió un trozo de dos dedos, el meñique y el de al lado. En la mano izquierda, la de los acordes. Semanas después se animó a tocar la guitarra otra vez y en poco tiempo estaba tocando igual o mejor que antes. Había quienes decían que pasó a tocar mejor. No sabría decirte. Desarrolló una forma rara de interpretar sus milongas y sus gauderiadas. Creo que esos dedos no hacen mucha falta. No lo sé. A él no le hicieron ninguna. Lo que acabó con él fue la muerte de tu abuela, de peritonitis. Yo tenía dieciocho años. La vida no volvió a ser la misma, ni para mí ni para él.

Su padre hace una pausa y bebe un trago de cerveza.

¿Dejasteis la granja tras la muerte de la abuela?

No, vivimos un tiempo más allí. Unos dos años. Pero todo empezó a volverse raro. Tu abuelo estaba muy apegado a tu abuela. Era el hombre más fiel que he conocido en mi vida. A no ser que fuera muy discreto, que ocultara secretos… pero era imposible en una región como aquella, una pequeña ciudad donde se sabía todo. Las mujeres se volvían locas con tu abuelo. Aquel gran hombre, valiente, guitarrista. Lo sé porque asistía a los bailes y veía a solteras

y casadas lanzarse encima de él. Mi madre también lo hablaba con sus amigas. Podría haber sido el mayor amante de la región y era fiel rayando la locura. Lleno de rubitas con ganas de follar, de esposas aventureras. Yo mismo no paraba de follar. Y mi padre me insultaba. Me decía que parecía un cerdo revolcándose en el lodo. ¿Has visto alguna vez a un cerdo revolcarse en el lodo? Es la pura imagen de la felicidad. Pero la moralidad de tu abuelo tenía esa peculiaridad esencial, casi maníaca, de que un hombre tenía que encontrar a una mujer que se enamorara de él y cuidar de ella para siempre. Discutía mucho conmigo por eso. Y yo incluso lo admiraba mientras mi madre estuvo viva, pero tras su muerte él siguió cultivando un absurdo sentido de la fidelidad que ya no tenía objeto. No fue exactamente que guardase luto, porque no tardó mucho tiempo en volver a frecuentar bailes, organizar barbacoas, tocar la guitarra y enzarzarse en peleas. También empezó a beber más. Las mujeres se pegaron a él como moscas a la miel y poco a poco bajó la guardia con una, con otra, pero en general siguió siendo misteriosamente casto. Tenía algo que nunca entendí y que nunca voy a entender. Y empezamos a separarnos, yo y él. No por eso, claro, aunque nuestras convicciones sobre cómo lidiar con las mujeres fuesen encontradas. Pero empezamos a pelearnos.

¿Fue entonces cuando te viniste a Porto Alegre?

Sí. Vine en el sesenta y cinco. Acababa de cumplir veinte años.

Pero ¿por qué os peleasteis tú y el abuelo? Cuéntamelo.

Bueno… no sé muy bien cómo explicarlo. Principalmente fue su creencia de que yo era un canalla mujeriego. De que no quería absolutamente nada de la vida ni tenía el menor interés por la granja, por el trabajo ni por instituciones morales o religiosas de cualquier tipo. Creo que simplemente se le hincharon los huevos y dejó de tener paciencia para adoctrinarme. Yo no era un caso tan perdido como él decía, pero tu abuelo… en fin. Llegó un día en que conocí sus famosas malas pulgas. Y el resultado fue que me envió a Porto Alegre.

¿Te pegó?

Su padre no responde.

Vale, déjalo.

Digamos que intercambiamos algunas hostias. Bah, que se joda. A estas alturas del partido ya nada de eso importa. Me dio una buena hostia, sí. Sin entrar en detalles. Y al día siguiente me pidió perdón pero me dijo que me iba a mandar a Porto Alegre y que sería lo mejor para mí. Yo había visitado varias veces la ciudad y supe en el acto que tenía razón. Aquí me sentí adulto desde el primer día. Estudié un curso técnico. En un año y medio había abierto una imprenta en Azenha. En tres años me ganaba bien la vida escribiendo anuncios de amortiguadores, galletas, urbanizaciones. *No sabía que la vida podía ser tan buena*.

Se ríe.

Es. De. Leche. ¡Un deleite! De ahí en adelante.

Vale. Pero mataron al abuelo.

Así es. A partir de aquí la historia no está muy clara, y buena parte la supe de segunda mano. No sé muy bien lo que pasó, y quizá no pasara nada en particular que lo motivara, pero cerca de un año después de venirme a Porto Alegre tu abuelo abandonó la granja. Solo me enteré porque recibí una llamada suya. Internacional. listaba en Argentina. En cualquier lugar en el culo del mundo pero al final de la llamada dio a entender más o menos que se había ido para siempre, que me llamaría de vez en cuando y que no tenía que preocuparme. No me preocupé. No mucho. Recuerdo haber pensado que acabaría muriendo en cualquier agujero de la existencia en una pelea a navajazos como aquel personaje del cuento de Borges «El Sur», nada hubiera sido más apropiado. Trágico, pero apropiado. En fin. También pensé que debía de haber alguna mujer de por medio, es decir, la posibilidad era de un noventa y nueve por ciento, siempre hay alguna mujer detrás de ese tipo de cosas, y de ser así sería algo bueno. A lo largo del siguiente año solo me llamó tres veces, si recuerdo bien. En una de ellas estaba en Uruguayana. Otra vez me llamó desde una pequeña ciudad de Paraná. Después desapareció durante unos seis meses y cuando volvió a llamar estaba en una ciudad de pescadores en Santa Catarina llamada Garopaba. Y a pesar de que no recuerdo exactamente lo que nos dijimos, creo

haber tenido la sensación de que algo en él había cambiado. Un toque juvenil en la voz, unos asuntos rozando lo incomprensible. La descripción que me hizo del lugar resultaba incoherente. Solo conservo un detalle, me habló de algo relacionado con calabazas y tiburones. Pensé que el viejo había perdido el juicio o, aún más increíble, que se había unido a los *hippies* o mezclado el melón con alguna seta. Pero lo que me explicó es que había visto a los pescadores coger tiburones con calabaza cocida tirada al mar. Los tiburones se comían la calabaza y aquella mierda fermentaba y se les hinchaba en el estómago hasta que explotaban. Y yo respondí con un Ah, vale, papá, guay, cuídate y él me dijo adiós y colgó.

¡Joder!

Y nunca más volvió a llamar. Y acabé preocupándome. Unos meses después, sin noticias de él, cogí la moto un fin de semana, la Suzuki de cincuenta cilindradas que tenía entonces, y me acerqué a Garopaba. Ocho horas de viaje por la BR-101, con el viento en contra. Hablamos de 1967. Para acceder a Garopaba había que recorrer unos veinte kilómetros de carretera de tierra, y en algunos puntos era solo arena, y en el camino veías media docena de casitas de agricultor y montes y bosques. La gente, cuando tenías la suerte de cruzarte con alguien, andaba descalza y por cada moto o camioneta rural había cinco carros tirados por bueyes. La ciudad no parecía tener más de mil habitantes y llegando a la playa no se veía mucha más civilización aparte de la iglesia muy blanca situada en la ladera del monte, de los cobertizos de pesca y de las barcas de los pescadores. El centro del pueblo se amontonaba en torno a la factoría ballenera y, aunque yo no viera nada, por allí todavía cazaban ballenas. Estaban empezando a poner pavimentación de piedra en las calles principales del barrio de los pescadores y acababan de terminar la nueva plaza. Había casitas y pequeñas granjas esparcidas alrededor del pueblo y fue en una de estas granjas donde encontré a tu abuelo, después de hacer algunas preguntas. Ah, Gaudério, me dijo un nativo cualquiera. Entonces fui a buscarlo y descubrí que tu abuelo se había metido en una especie de modelo en miniatura de la vieja granja familiar, a unos quinientos metros de

la playa. Tenía un caballo viejo, un montón de gallinas y un huerto que ocupaba buena parte del terreno. Se sacaba algún dinero trabajando para otros y había hecho buenas migas con los pescadores. También recogía hojas de butiá, que se usaba para fabricar colchones. Secaba las hojas al sol y las vendía a los fabricantes de artículos de paja. Durmió en los cobertizos de pesca hasta encontrar casa. No conseguía imaginar a mi padre durmiendo en una hamaca, mucho menos dentro de un cobertizo de pesca con las olas martilleándole en el oído. Pero eso no era nada comparado con la pesca submarina. Los oriundos de Garopaba pescaban mero, pulpo y no sé qué más buceando entre las piedras, y ya entonces venía gente hasta de Río de Janeiro y São Paulo a practicar ese tipo de pesca en aquella zona. Y tu abuelo me contó que un día salió en un bote con uno de esos grupos y le dejaron unas gafas con uno de esos tubos, un snorkel, y aletas y un arpón y se sumergió y no volvió a salir. Un paulista aterrorizado saltó a buscar el cuerpo ahogado de mi padre en el fondo del mar y se lo encontró allá abajo, en los arrecifes, en el momento exacto en que arponeaba a un mero del tamaño de un ternero. Y entonces descubrieron que Gaudério era un prodigio de la apnea. Sabía nadar, se enfrentaba a un río bravo sin ningún problema, pero no sospechaba de su capacidad para aguantar la respiración. Tendrías que haber visto a tu abuelo entonces. En 1967 tendría unos cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, o cuarenta y siete, he perdido la cuenta, pero andaba por ahí, y su salud era algo inaudito. Nunca había fumado, ponía cara de asco cuando veía un cigarrillo, y tenía la constitución de un caballo criollo. Siempre fue fuerte, pero había adelgazado, y a pesar de que tenía todas las señales de la edad, arrugas, pelo ralo y entrecano, marcas del trabajo en el campo, hubiera bastado con darle un encerado por fuera para convertirlo en un atleta acorazado. Un pecho macizo, ancho. Semanas antes de que yo llegara un buceador de más o menos su edad, creo que era un militar catarinense, había muerto de una embolia al intentar igualar el tiempo de inmersión de mi padre. A lo mejor me equivoco, hace tiempo que oí la historia, pero era algo así como cuatro o cinco minutos bajo el agua.

¿Y por qué lo mataron?

Estoy llegando ahí. Tranquilo. Quería darte el contexto. Porque esa es una buena historia, ¿o no? Lo es, sí. Tendrías que haberlo visto en aquel entonces. No es normal que una persona salga de un ambiente, vaya a parar a otro tan diferente y se adapte de esa forma.

¿No tienes ninguna foto del abuelo? Una vez me enseñaste una.

Mmm… No sé si todavía la tengo. ¿La tengo? La tengo. Ya sé dónde está. ¿Quieres verla?

Sí. No me acuerdo de su cara, obviamente. Estaría bien poder ver la foto mientras me explicas el resto.

Su padre se levanta, botellín de cerveza en mano, desaparece un momentito en la habitación y vuelve con una vieja fotografía de bordes dentados. La imagen en blanco y negro muestra a un hombre barbudo sentado en un taburete cubierto por una piel de oveja, al lado de una mesa de cocina, iniciando el movimiento de llevarse a la boca la bombilla de un mate, mirando la lente de reojo, molesto ante el hecho de estar siendo fotografiado. Viste botas de cuero, pantalones bombachos y camisa de lana a cuadros. Hay un calendario de supermercado con una foto del pico de Pao de Adúcar en la pared y la luz viene de arriba, de ventanas basculantes parcialmente fuera de cuadro. No hay ninguna anotación en el revés de la fotografía.

Se levanta y va hasta el cuarto de baño. Compara el rostro de la fotografía con el que ve en el espejo y siente un escalofrío. De la nariz para arriba, el de la fotografía es una copia más morena y un poco más envejecida del rostro del espejo. La única diferencia destacable es la barba de su abuelo, pero a pesar de ella tiene la sensación de estar viendo una imagen de sí mismo.

Quiero quedarme con esta foto, dice al volver a sentarse en el sofá.

Su padre asiente con la cabeza.

Visité a tu abuelo en Garopaba una segunda vez y fue la última. Era junio, durante los días de la kermés, que es una superfiesta que organizan allá. Espectáculos de música y baile, la gente se atiborra de mújol, ese tipo de cosas. Una noche subió al escenario un

cantante indígena de Uruguayana, un chaval de unos veinticinco años, y a tu abuelo no le gustó nada. Dijo que conocía al tipo, que lo había visto tocar cerca de la frontera y que era una mierda. Recuerdo que me gustó, tocaba las cuerdas con fuerza, ponía cara de estar diciendo cosas muy profundas en mitad de las canciones y contaba chistes ensayados entre una y otra. Mi padre pensaba que era un payaso y que tenía mucha técnica y poco sentimiento. El tema podía haberse quedado ahí, pero después del concierto, cuando el cantante se estaba tomando un *quentão* en un puestecillo, un tío pensó que sería buena idea presentarlos, ya que ambos eran gauchos y vestían pantalones bombachos. Trajo al cantante por el brazo hasta llegar cerca de mi padre y los dos chocaron. Después supe que era mucho más que una cuestión de calidad musical, pero al principio fingieron no conocerse delante del tío animado que los estaba presentando. Sin embargo, el tipo cometió la estupidez de preguntarle a mi padre a quemarropa si le había gustado la música, y mi padre era así, si preguntas te respondo. La opinión sincera enfureció al cantante. Los dos empezaron a discutir y mi padre le dijo al tío que mirara hacia otro lado porque su aliento parecía el culo de un zorro muerto. Varias personas lo oyeron y se echaron a reír. El indio de Uruguayana se enfadó mucho, claro, y de ahí a que mi padre sacara el cuchillo bastó un suspiro. El cantante se fue y la discusión terminó, pero recuerdo la reacción de la gente que se reunió alrededor. No solo sentían curiosidad por la disputa. Reparé en que entre una visita y otra él se había vuelto una figura mal vista. Es decir, nadie quiere tener cerca a un gaucho maleducado a quien le parece bonito mostrar el cuchillo por cualquier tontería. Le dije que parara, pero para tu abuelo aquello no era nada, ni se daba cuenta de su propia estupidez. La gente te tiene miedo, le dije, eso no es bueno, te vas a meter en un problema serio. Me marché y pasé una buena temporada sin saber nada de él. En aquella época estuve medio preso en Porto Alegre, trabajando mucho, y fue entonces cuando empecé a salir con tu madre, fuimos novios cuatro años y ella me dejó tres veces antes de casarnos, pero en fin, pasé una eternidad sin visitar a mi padre y muchos meses después recibí una

llamada de teléfono de un comisario de Laguna diciendo que lo habían asesinado. Se había celebrado un baile dominical en un salón comunitario, uno de esos a los que acude toda la ciudad. En pleno auge de la fiesta se va la luz. Cuando volvió, un minuto después, encontraron a un gaucho tumbado en mitad del salón con un charco de sangre alrededor, decenas y decenas de cuchilladas. Todos lo mataron, o sea, nadie lo mató. La ciudad lo mató. Fue lo que me dijo el comisario. Todo el mundo estaba allí, familias enteras, probablemente hasta el cura. Apagaron la luz, nadie vio nada. La gente no tenía miedo a tu abuelo, le tenía odio.

Beben un trago de cerveza. El padre seca el botellín y mira al hijo con una media sonrisa.

Solo que yo no me creo esa historia.

¿Por qué no?

Porque no se encontró el cuerpo.

Pero ¿no era él el que estaba allá lleno de cuchilladas?

Eso es lo que me contaron. Nunca vi el cuerpo. Cuando aquel comisario me llamó el tema ya estaba medio resuelto. Dijeron que habían tardado semanas en encontrarme. Me rastrearon vía Taquara, alguien en Garopaba sabía que él procedía de allí, encontraron a alguien que reconoció la descripción de mi padre y que sabía mi nombre. Cuando me llamaron ya lo habían enterrado.

¿Dónde?

En el mismo Garopaba. En el pequeño cementerio del barrio de los pescadores. Es una piedra sin nada escrito en ella, al fondo.

¿Fuiste allá?

Fui, vi la tumba y resolví unos trámites burocráticos en Laguna. Todo muy raro. Tuve una sensación muy fuerte de que no era él el que estaba enterrado en ese agujero. Había matorrales altos en la tierra. Recuerdo haber pensado La madre que me parió, esto no lo cavaron la semana pasada ni de coña. No encontré a nadie que me confirmase la historia. Era como si no hubiera ocurrido. La historia del crimen en sí era plausible, el silencio de la gente tenía sentido, pero la forma en que me enteré, el rollo que me soltó el comisario, aquella horrible piedra sin nombre… nunca me convencí

completamente. Pero, en fin, sea lo que fuere lo que le pasó a tu abuelo, era lo que tenía que pasar. Las personas van al encuentro de una muerte que la mayoría de las veces les es propia. Él tuvo la suya.

¿Nunca pensaste en abrir la tumba?

Su padre mira hacia un lado, contrariado. Suspira.

Escucha. Nunca le he contado esta historia a nadie. Tu madre no sabe nada. Si le preguntas te dirá que tu abuelo desapareció, porque eso es lo que yo le expliqué a ella. En realidad para mí había desaparecido. Me olvidé. No volví a pensar en ello. Si te parece horrible, mala suerte. Tal como yo era con aquella edad, la vida que llevaba en aquella época… sería difícil hacértelo entender ahora.

No me parece horrible. Tranquilo.

Su padre se revuelve en el sillón. Beta se levanta y, con un pequeño impulso, coloca las patas delanteras en la pierna del dueño, que le agarra y sujeta el hocico como si la amordazase, bajando la cabeza para mirarla a los ojos. Cuando la suelta, la perra baja y vuelve a tumbarse junto al sillón. Es un pequeño fragmento del ceremonial inescrutable que constituye la relación de su padre con el animal.

¿Y por qué me cuentas todo esto ahora?

No has leído el cuento de Borges que mencioné antes, ¿no?

No.

«El Sur».

No, no he leído nada de Borges.

Claro, tú no lees una mierda.

Papá. La pistola.

Bueno.

Su padre abre la botella de coñac, llena una copita de cristal, se lo bebe de un trago. No ofrece al hijo. Coge la pistola y la analiza por un instante. Acciona el mecanismo que libera el cargador hacia fuera de la empuñadura y luego lo recoloca, como si solo quisiera mostrar que el arma no está cargada. Una única gota de sudor le corre por la sien llamando la atención el hecho de que haya dejado de transpirar por todo el cuerpo. Un minuto antes, estaba cubierto en sudor. Se mete la pistola en la cintura del pantalón y lo mira.

Me voy a matar mañana.

Piensa sobre lo que acaba de oír durante un buen rato, oyendo la respiración descompasada salir en cortos disparos por las fosas nasales. Un cansancio inmenso le cae sobre los hombros de repente. Se mete la foto de su abuelo en el bolsillo, se seca las manos en las bermudas, se levanta y camina en dirección a la puerta de la calle.

Vuelve aquí.

¿Para qué? ¿Qué quieres que haga después de oír esa mierda? Porque una de dos, o estás hablando en serio y quieres que te convenza para que cambies de idea, lo que sería la mayor cabronada que me has hecho en la vida, o me estás tomando el pelo, lo que sería tan absurdo que prefiero no saberlo. Adiós.

Vuelve, joder.

Se queda parado al lado de la puerta, mirando hacia atrás, hacia el triste suelo de baldosas de arcilla rosada separadas por listas de cemento, hacia el exuberante helecho que intenta escapar de una maceta colgada del techo por finas cadenas presas a un gancho, hacia la atmósfera perenne de humo de puro que habita la sala con su consistencia invisible y olor dulzón y extrañamente animal.

No es ninguna broma y no quiero que me convenzas de nada. Te estoy informando de algo que va a suceder.

No va a suceder nada.

Entiende lo siguiente. Es inevitable. Lo decidí hace unas semanas, en un momento de pura lucidez. Estoy cansado. Estoy hasta los cojones. Creo que empezó con aquella cirugía de hemorroides. En mi último chequeo el médico vio las pruebas y me miró con cara de muerte, de decepción por toda la raza humana. Tuve la sensación de que iba a abandonar mi causa, como si fuese un abogado. Y tiene razón. Estoy empezando a ponerme enfermo y no me da la gana. Ya no tengo ganas de beber cerveza, los puros me sientan mal y no consigo parar, no tengo ganas ni de tomar Viagra para follar, no siento ni la nostalgia de follar. Esta vida es demasiado larga y no tengo paciencia. Vivir después de los sesenta, para quien ha llevado una vida como la mía, es una cuestión de terquedad. Respeto a quien invierte en eso, pero a mí no me da la gana. Fui

feliz hasta hace unos dos años y ahora quiero marcharme. Quien crea que me equivoco, que viva hasta los cien si así lo quiere, le deseo éxito. Nada en contra.

¡Cuántas tonterías!

Olvídalo. No puedo esperar que lo entiendas. Somos muy distintos. No intentes entenderlo, te vas a cansar sin necesidad.

Sabes que no voy a dejar que hagas eso, papá. ¿Por qué me has hecho venir para decirme algo así?

Sé que es una putada. Pero lo he hecho porque confío en ti, sé lo fuerte que eres. Te he llamado porque hay algo que tengo que resolver antes y no puedo hacerlo yo solo, y solo mi hijo puede ayudarme.

¿Por qué no llamas al otro? A él le va a parecer gracioso, quién sabe. A lo mejor escribe un libro al respecto.

No, te necesito a ti. Es lo más importante que he tenido que pedirle a nadie y solo puedo contar contigo.

Dame esa pistola ahora mismo y te soluciono lo que sea. ¿Ya está? ¿Se ha acabado la payasada?

Su padre ríe ante el hijo exasperado.

Hijo… escucha. Lo que hay que resolver es por lo otro.

Por lo del suicidio.

Esa me parece una palabra cobarde, la intento evitar. Pero la puedes utilizar si quieres.

¿Y ahora qué hago, papá? ¿Llamo a la policía? ¿Te interno? ¿Doy un paso hasta ahí y te arranco la pistola a la fuerza? ¿De verdad has pensado que eso iba a funcionar?

Ya ha funcionado. Es como si ya hubiera sucedido.

Eso es una idiotez. Es tu opción. ¿Y si te hiciera cambiar de idea?

No es opción mía. Será más fácil para mí, y mucho más fácil para ti, verlo como una opción. Mi decisión no resulta del hecho, forma parte del hecho. No es más que otra manera de morir, hijo. He tardado mucho en llegar hasta aquí. Siéntate de nuevo, chaval. ¿Otra cerveza?

Da pasos rápidos hasta el sofá y se sienta con rabia.

Mira, piensa lo siguiente. Imagina cómo serían las cosas si tú o cualquier otra persona intentara impedírmelo de ahora en adelante. Los problemas. Yo intentando llevar a cabo esta decisión y vosotros intentando impedírmelo, vete a saber cómo, viviendo conmigo, controlándome, internándome, medicándome, tu hermano viniendo de São Paulo y tu madre teniendo que soportarme otra vez. No sé qué es lo que podrías llegar a hacer, pero sería una bisoña pesadilla para todo el mundo involucrado. ¿Te das cuenta de lo absurdo que sería? No hay nada más ridículo que una persona intentando convencer a otra. He trabajado con el tema de la persuasión toda mi vida, la persuasión es el mayor cáncer del comportamiento humano. Nadie debería ser nunca convencido de nada. La gente sabe lo que quiere y sabe lo que necesita. Lo sé porque siempre fui un especialista en persuadir e inventar necesidades, por eso esa pared está llena de plaquitas. No intentes disuadirme. Si me convencieses de no matarme, me transformarías en un lisiado, viviría algunos años más derrotado, mutilado y enfermo, implorando un poco de misericordia. Eso es algo serio. No intentes persuadirme. Persuadir a una persona de que no haga lo que le dicta su corazón es obsceno, la persuasión es algo obsceno, sabemos lo que necesitamos y nadie puede aconsejarnos. Lo que voy a realizar hace mucho tiempo que está decidido, antes de que se me ocurriera propiamente.

Esperaba mucho más de ti, papá. Más que ese rollo de subnormal profundo. Me da asco actuar como una víctima, y quien me enseñó eso fuiste tú. Y ahora te estás haciendo la víctima conmigo.

Ahora te voy a enseñar otra cosa: cuando empieces a cagar sangre y ya no se te empine y te despiertes hasta los cojones de todo cada maldito día, tienes la obligación moral de actuar como una víctima. Recuérdalo. Ah, no vengas a agredirme, so plasta. ¿Te has vuelto valiente de un momento a otro? No es propio de ti. Tú eres un tío pacífico, hasta un poco miedica, siempre he sido franco contigo. Te conozco como si te hubiera parido. Ya te he prevenido de tantas cosas… ¿Alguna vez me he equivocado? ¿Eh? Te dije que ibas a perder a tu mujer de la forma en que la perdiste. Te dije que

te ibas a pasar la vida siendo el último recurso de los desesperados. Pero consigues pensar en los demás de verdad incluso sin acordarte de la cara de nadie. Y por eso eres mejor que yo y que tu hermano. Yo estoy orgulloso de eso y te quiero por eso. Y ahora necesito que te pongas de parte de tu viejo.

Joder, papá.

Los ojos del padre están rojos.

Es Beta.

¿Qué le pasa a Beta?

Su padre señala en dirección a la puerta de la calle y emite un ruido casi inaudible. La perra se levanta sin dudar y sale de casa.

Ya sabes cuánto quiero a esa perra. Estamos muy unidos.

No voy a hacerlo.

¿Por qué?

No puedo cuidar de un perro. Y de cualquier modo… me cago en la puta, no puedo creerlo. Perdona. Me tengo que ir.

No quiero que la cuides. Quiero que la lleves con Rolf, en Belém Novo. Después de que yo haya… hecho lo que voy a hacer. Pídele que le ponga una inyección. Ya me he informado, no sienten nada.

No, no.

Ya está deprimida ahora. Ella ya lo sabe. Se va a marchitar cuando se quede sola.

Hazlo tú. Eres tú quien no tiene ninguna puta elección. Yo sí tengo. No voy a formar parte de esto.

No tengo valor, chaval.

No, no.

Me lo tienes que prometer.

Olvídate, papá. Imposible.

Prométemelo.

No puedo formar parte de esto.

Por favor.

No. No es justo.

Me estás negando lo último que te pido.

No va a pasar.

Vas a hacerlo. Lo sé.

No voy a hacer nada. Estás solo en esto. No puedo hacerlo. Perdona.

Sé que lo harás. Y por eso estás aquí.

Estás intentando persuadirme. Hasta hace nada eso era algo obsceno.

No voy a persuadirte. Ya he terminado. Es una petición. Sé que no me lo vas a negar.

Viejo desgraciado.

Ese es mi nombre.

Le viene a la memoria un recuerdo muy antiguo. La escena es inadecuada y no parece merecer el registro, mucho menos la inoportuna evocación. Su padre se estaba afeitando la barba en el cuarto de baño con la puerta abierta, por la mañana, antes de salir a trabajar, y él, con seis o siete años, lo observaba. Tras pasarse la cuchilla, se lavó la cara con jabón, cubriéndola de espuma, y después se la enjuagó repetidas veces. Al segundo enjuague el rostro ya no tenía espuma, pero su padre siguió echándose agua en la cara, cuatro, cinco veces. Le preguntó por qué se echaba agua tantas veces si a la segunda vez la espuma ya había desaparecido. Su padre respondió como si fuese la cosa más evidente del mundo: Porque es bueno.

Me tiembla la mano, papá.

Lo estás llevando bien. Eres un ser humano superior.

Cállate.

En serio, estoy muy orgulloso de ti. Nadie más podría hacerlo.

No he aceptado.

Podría hacerte prometer algo mucho peor. Hacer las paces con tu hermano, por ejemplo.

Las hago si me dices que me estás tomando el pelo. En unas horas le estoy dando un abrazo. Puedes marcar el día para celebrar una barbacoa.

Buen intento. Pero la verdad es que no me importa. Yo no le perdonaría si fuese tú.

Es bueno saberlo.

Bueno, ahora no me importa decirlo. Pero necesito que le

ahorres el sufrimiento a mi perra. Tiene quince años, aunque esta raza pasa fácilmente de los veinte, lista perra es mi vida.

¿Has visto alguna vez a algún perro deprimido? Si se queda sin mí me llevo su sufrimiento conmigo. ¿Puedo considerarlo prometido?

Puedes.

Gracias.

No, no puedes. No puedo formar parte de esto.

Te quiero, hijo.

No he aceptado. No he aceptado. No te apoyes en mí.

No iba a apoyarme. Ni siquiera me estoy moviendo.

2

El mar despunta finalmente al fondo de la avenida principal de la ciudad, un pedacito azulado y frío al término de la recta de asfalto que centellea bajo el sol palpitante de la una de la tarde. Es su cumpleaños. Conduce en segunda marcha, con las ventanas abiertas y los ventiladores encendidos para airear el interior del coche en un día sin viento, con el zumbido velado de los ventiladores mezclado con el ronquido tímido del motor 1.0 y con la música del cede de Ben Harper, casi parándose antes de cada badén para no rascar los bajos del sobrecargado automóvil. En el maletero y el asiento de atrás del pequeño Ford Fiesta se amontonan dos maletas de ropa, un equipo de música del que aún faltan dos plazos por pagar, un televisor de veintinueve pulgadas, la PlayStation 2, una mochila de acampada llena de pertenencias personales, una manta y un edredón de lana cuidadosamente doblados, bolsas de plástico que contienen zapatillas de deporte y zapatos, los cedés, utensilios básicos de cocina. Guardó los álbumes de fotografías, el cuchillo de carne que le dio su padre, un cuchillo con el mango de piel de armadillo y lámina de acero que se oxida de tiempo en tiempo y que hay que frotar con un estropajo de acero y untar con aceite, el traje de neopreno para natación y una fotografía 20 x 25 en un marco negro que muestra su llegada a la meta del mundial de triatlón de Hawái. Un soporte prendido con ganchos y correas a la puerta del maletero sujeta una mountain bike blanca deteriorada por años de uso, un modelo antiguo, con el cuadro de aluminio grueso y pesado. Beta duerme acurrucada en el asiento del pasajero, derretida por el sol

ardiente y hecha polvo tras cinco horas de viaje por carretera. La perra suspira con frecuencia, aspira, estornuda de vez en cuando, abre los ojos y vuelve a cerrarlos sin cambiar de posición. En Osório él ha comido una tostada de pan colonial con salami y queso y una empanadilla de carne en una gasolinera cerca de Jaguaruna, así que pasa de largo los restaurantes que ve por el camino y, en vez de eso, presta atención a las agencias inmobiliarias con vistosos distintivos distribuidas a lo largo de la avenida principal. A esa hora están todas convenientemente cerradas. Sigue adelante al encuentro del azul del mar en medio del fluido tráfico de coches, en dirección contraria a pequeños grupos de peatones letárgicos en bañador, desorientados por el sol, que ponen rumbo a algún restaurante, o a casa, cargados de sillas plegables y bolsas de playa. Hace más de una semana que el miércoles de ceniza se llevó a una enorme masa de turistas, y los pocos que se quedaron o llegaron se comportan ahora con la serenidad de los que se han quedado atrás. La avenida principal termina en una curva a la derecha y se transforma en la orilla. Encuentra un hueco para aparcar en batería entre otros coches en el aparcamiento que hay delante de la playa. El sol castiga la carrocería del Ford Fiesta. Rodea el coche y abre la puerta del pasajero. Beta levanta la cabeza pero no sale del coche. Como sucedió en las tres paradas que hizo a lo largo del viaje, tiene que coger a la perra en brazos y colocarla de pie en el suelo para que se anime a lamer el agua tibia que vierte de una botella de plástico de cinco litros dentro de un bote de helado vacío. Se toma los últimos sorbos de la misma botella. Se quita la camisa y las zapatillas de deporte y se queda solo con el bañador. Cierra el coche y desciende la rampa de cemento contigua al restaurante Embarcado hasta llegar a la arena de la playa, llevando a Beta en brazos. Grupos de turistas tardíos se regodean en la extensa arena. Aborda a una mujer que está sola fumando y leyendo un libro bajo una sombrilla. La cubierta del libro es morada. Sus rodillas son oscuras, lleva las uñas de los pies pintadas con esmalte perlado y luce una cadenita dorada muy delicada en el tobillo. La sombrilla es azul y muestra el logotipo de una compañía de seguros, y el poco sol que la atraviesa proporciona

un tono verdoso a sus piernas expuestas. Lo memoriza todo para acordarse después de ella.

Hola. ¿Le importaría cuidar un momentito de mi perra?

La mujer se quita las gafas de sol y se queda un rato mirando al animal que él lleva en brazos.

¿No camina?

Camina, pero está un poco cansada. Si me permite dejarla a la sombra, se quedará tumbada sin moverse hasta que yo vuelva.

Vale, déjala ahí. Pero no voy a salir corriendo detrás de ella si se escapa.

No se escapará. Y si lo hace, no se preocupe. Ya la buscaré después.

¿Cómo se llama?

Beta.

Acomoda a la perra bajo la sombrilla y camina en dirección al agua sintiendo la arena gelatinosa y helada en la planta de los pies. La bahía está tranquila, acariciada por un viento suave del sur que hace que las pequeñas olas rompan con finas crestas y casi sin espuma sobre una superficie lisa y laminada. El agua, muy fría y transparente, le moja la barriga, y él levanta los brazos en un acto reflejo. Mete las manos en el agua para mojarse las muñecas y minimizar el choque térmico, algo que aprendió de su padre. No funciona, pero nunca ha dejado de hacerlo. En días como este el mar hace resucitar en él una visión infantil que lo miniaturiza todo. Pequeñas olas vislumbradas con los ojos a la altura de la superficie son maremotos mitológicos rompiendo en su cabeza. La arena sinuosa del fondo es la maqueta de un gran desierto donde el esqueleto quitinoso de un cangrejo evoca la osamenta de un coloso extinto hace muchas eras. Si toca con el pecho el fondo del mar, aguantando la respiración y con los ojos bien abiertos, ve un paisaje de dunas diminutas extendiéndose en rededor hasta desaparecer en la opacidad del agua verdosa. La vista es cristalina y silenciosa y más arriba el sol refracta en la superficie en blancos fragmentos que crepitan en un revuelo inaprensible de patrones geométricos. De vuelta a la superficie, nada hacia el fondo dando largas brazadas,

sintiendo la resistencia del agua salada. Los músculos doloridos por el frío van relajándose poco a poco. Cuando deja de nadar su cuerpo ya ha entrado en calor y el fondo del mar queda friera de su alcance. Ve la isla de Coral en la línea del horizonte, con su faro blanco apenas visible en la distancia y, mucho más a lo lejos, el sur de la isla de Santa Catarina con las montañas verdes descoloridas disolviéndose en la atmósfera. Una gaviota casi toca el agua en un vuelo rasante en dirección a la ensenada de Vigia, donde, entre una docena de barcos de pesca, un velero de dos mástiles con el nombre de *Lendário* pintado en grandes letras rojas sobre el casco blanco oscila suavemente próximo a un muelle de madera. Da la espalda al océano y divisa la playa. Ha nadado más lejos de lo que había calculado. Ve la hilera de cobertizos de pesca encarando las olas con sus fachadas de madera gris o pintadas en tonos suaves, el paseo con hoteles y restaurantes, el bosque de pinos del *camping* junto a la playa siendo atacado por golondrinas solitarias que surgen de todas partes, el pequeño monte de Siriú y, más allá, las dunas cremosas de la playa de Siriú extendiéndose algunos kilómetros hasta los arrecifes rocosos que esconden la tranquila playa de Gamboa. Un mundo dorado, azul y verde. Los parabrisas de los coches que toman la curva al principio del paseo marítimo reflejan la luz del sol en destellos explosivos que ofuscan su visión. Cansado del exceso de luz, inspira profundamente y va soltando el aire poco a poco, dejando que el cuerpo se hunda en vertical. Permanece en el fondo con los ojos abiertos mientras aguanta la respiración, sintiéndose protegido de todo. Después mantiene la nariz sobre la superficie y mueve los pies y las manos solo lo necesario para fluctuar erecto en un sube y baja casi imperceptible, el cuerpo acostumbrado ya a la temperatura, sintiendo el gusto salado, el olor mineral y la textura pegajosa del agua. No percibe el discurrir del tiempo y solo se acuerda de salir cuando comienza a sentir la cabeza arder por el sol.

Cuando se aproxima a la mujer, esta ya está defendiéndose.

Me dijiste que la dejara ir, que no hiciera nada. Me dijiste que se iba a estar quieta. Se largó. Intenté avisarte, estabas al fondo, la mujer lo ametralla con un acento que solo ahora llama su atención y

que parece ser de Minas Gerais. Ha quedado una pequeña depresión alisada en el lugar donde estaba la perra.

¿Hacia dónde fue?

Hacia allá.

Le da las gracias y sale corriendo por la arena mojada en dirección a Siriú. Pasa por un chiringuito con media docena de sombrillas de paja protegiendo a hombres y mujeres obesos, por la garita desamparada del socorrista, por una plataforma construida sobre una pequeña elevación del terreno con barras para practicar ejercicio físico. Continúa corriendo despacio hasta divisar a la perra frente al mirador del *camping*, bebiendo el agua que sale de un caño de cemento. Se arrodilla a su lado y le acaricia la cabeza con fuerza, echándole las orejas hacia atrás. La perra jadea con la lengua goteante colgando y parece sonreír como hacen los perros cuando tienen calor. Huidiza, dice en tono de reprimenda. Más que una contrariedad, el paseo solitario de Beta es síntoma bienvenido de que está recuperando la energía y la iniciativa que había perdido tras la muerte de su padre. Lo acompaña de regreso al coche pero amenaza con detenerse varias veces y tiene que volver a llamarla. Se dirige a ella por su nombre con una pronunciación seca e imperativa, como hacía su padre.

Por la tarde empieza a buscar casa. Visita tres inmobiliarias y solo consigue un contacto. Los agentes afirman que no hay oferta de alquiler anual en la ciudad. Uno de ellos llega a parecer irritado con la idea. La gente no alquila aquí para todo un año, solo durante los días festivos o para pasar la temporada de verano. Estamos intentando cambiar esa cultura. Garopaba va a crecer mucho en los próximos años. La gente se está viniendo a vivir aquí. Los propietarios lo que quieren es dar el sablazo en verano y dejar de pensar en el tema el resto del año. No vas a encontrar nada.

Desiste de las inmobiliarias y circula en coche por las manzanas colindantes a la playa buscando carteles de se alquila y marcando las direcciones en un plano de la ciudad. Al contrario de lo que alegan

los agentes inmobiliarios, muchos propietarios aceptan tratar sobre un alquiler anual. Una de las casas que ve está en la calle de los pescadores, en el corazón de la parte histórica de la ciudad, separada de la playa solo por los cobertizos de pesca. La fachada de ladrillos barnizados tiene dos ventanas con persianas color crema y prácticamente avanza por encima de la calzada de tierra y de la calle de paralelepípedos donde los niños morenos por el sol, descalzos y casi sin ropa juegan a tirar penaltis con una pelota marchita y rasgada. Se percibe un ligero olor a pescado y a cloaca en el aire. El rumor de las olas es interrumpido por la carcajada de un viejo, por tacos de billar, por los cuchicheos de mujeres en el patio lateral de la casa de enfrente.

El dueño de la casa, Ricardo, es un argentino un tanto nervioso que parece desconectar su atención a intervalos regulares como si no quisiese dejar de pensar en algún problema urgente. Debe de andar por los cuarenta y pocos años y tiene ojos claros y una barba cana por afeitar. Recorren el acceso para coches hasta el fondo de la casa, donde queda la puerta de entrada. La barbacoa de ladrillos chamuscados apilados en el suelo parece haber sido construida hace muchos veranos. Todo el patio está revestido de cemento o grava. El suelo y las paredes del patio cubierto son de un azulejo blancuzco horrendo que recuerda al frío y a la muerte. La casa está bastante ordenada por dentro pero resulta muy oscura, a pesar de estar las ventanas abiertas. Los ruidos de la plácida tarde reverberan en las habitaciones y permiten imaginar la sinfonía infernal de los días más ajetreados.

Ricardo no interfiere ni explica nada, apenas lo acompaña por las diversas partes del inmueble. Parece impaciente. Cuando salen, le pregunta en una mezcla de portugués y castellano por qué se muda a Garopaba. Le dice que solo desea vivir en la playa y el argentino replica que sí, naturalmente, todos quieren vivir en la playa, pero ¿por qué él quiere vivir en la playa? Programado internamente para desconfiar de los argentinos, como tantos gauchos, ignora la pregunta. Cuando termina de cerrar la puerta, Ricardo le pregunta si hace surf. Responde que no. Pregunta si tiene

intención de aprender a hacer surf. Responde que no. Pregunta si ha venido a abrir un negocio. En principio, no. El argentino le da un buen repaso.

Así que se trata de una mujer.

¿Qué?

La gente viene a hacer surf o a olvidarse de una mujer, simplemente.

Solo quiero vivir en la playa.

Sí, sí. Seguro.

¿Desde cuándo vives aquí?

Desde hace casi diez años.

¿Por qué viniste?

Para olvidar a una mujer.

¿Lo conseguiste?

No. ¿Vas a alquilar la casa?

No. La encuentro muy oscura.

Oscura. Sí que lo es, sí. Vale. Buena suerte.

Aparca el coche en el garaje del hotel Garopaba y paga treinta reales de más para que hagan la vista gorda con el perro. Se acuesta en la cama mientras fuera se hace de noche. Su sueño es interrumpido dos veces por llamadas de teléfono que intenta acelerar al máximo ya que su móvil es de Porto Alegre y el *roaming* le está devorando el crédito. Los amigos lo felicitan por su cumpleaños y le desean mucha fuerza para superar la pérdida de su padre sin saber que ya no vive en la capital gaucha, que se marchó sin avisar a mucha gente, detalle que él mismo omite pues sabe que todavía no tiene respuestas para las preguntas que le harían.

Se despierta con hambre y con una sensación de enclaustramiento. Deja a la perra en la habitación con comida y agua y sale andando en busca de un restaurante. Lleva consigo el plano de la ciudad para marcar la posición de lugares y personas relevantes, una medida preventiva contra el olvido patológico con el cual aprendió a lidiar desde niño. Pasa por dos bares que sirven

bocadillos y hamburguesas y por un bufet de helados y platos calientes. Una pizzeria de la avenida principal oferta un bufet libre de *pizzas*. Las bonitas mesas redondas de madera están casi todas ocupadas y tres camareras se deslizan con calma sirviendo a los clientes, matizados estos por lámparas de colores de estilo oriental en forma de florero y estrella. Escoge una mesa para dos en la terraza, cerca de la acera, que tiene como asiento un cómodo sofá pegado a la pared. La camarera que lo atiende es una morena alta y pelada por el sol con el labio superior fino y una melena ensortijada que le llega por debajo de los hombros. Sabiendo que probablemente bastará el pelo para reconocerla, fija la mirada en su rostro ovalado de ojos rasgados. A veces se pregunta si las mujeres en general resultan tan bellas a los demás hombres como para él, alimentando la íntima sospecha de que su incapacidad para memorizar cualquier rostro humano durante más de unos minutos los revista de un atractivo exacerbado que expuesto al resto del mundo no pasaría de un capricho desmedido de su mirada. Siendo fugaz la belleza, aprendió a verla en todas partes. Pero esta mujer debe de parecer bella a todo el mundo. Está acostumbrada a que la miren fijamente de esa manera y devuelve la mirada con una combinación de amabilidad y cansancio, mostrando una sonrisa protocolaria. Con una entonación interrogativa típica del interior catarinense, contaminada de sarcasmo o incredulidad, le pregunta si quiere el bufet de *pizzas*.

¿Son las mismas que las del menú?

¿Qué quieres decir?

Quiero saber si utilizan los mismos ingredientes que para las *pizzas* de la carta. O si para el bufet utilizan un queso de peor calidad.

La camarera se ríe con ganas, haciéndose cómplice con una facilidad inesperada.

Entre nosotros, el queso es un poco peor.

Vale. Nada de bufet, entonces. Es mi cumpleaños. Quiero una *pizza* mediana, mitad margarita y mitad *pepperoni*, por favor.

¡Mira por dónde! Es tu cumple. ¡Felicidades!

La chica masca un chicle que tenía escondido en algún lugar de la boca.

Y una cerveza.

La camarera termina de apuntar y se marcha. Tarda en regresar con la cerveza. Vuelve a mirar con atención la cara de la chica.

Deberías recogerte el pelo.

¿Eh?

Suelto queda muy bonito. Pero te he imaginado con el pelo recogido. ¿Nunca te lo recoges?

A veces.

De ese modo te oculta un poco la cara.

De eso se trata.

La camarera se marcha avergonzada y él se bebe la cerveza con rapidez y satisfacción.

Más tarde deambula con el estómago lleno por la avenida principal o por las transversales marcando en el plano una cafetería, una lavandería, un asador uruguayo, hasta que cae en la cuenta de que buena parte de esos comercios son transitorios y nacen y mueren al ritmo de las temporadas de verano. Si uno se fija, muchas tiendas cerraron después del carnaval y algunas tienen los escaparates cubiertos con papel de estraza o con cartones. Un aviso escrito a mano en una heladería artesanal informa de que el establecimiento seguirá funcionando durante el invierno en otra calle. Todo lo que no es verano es invierno. Un cartel en la puerta de la lavandería avisa de que solo volverá a abrir en diciembre. Una librería, una tienda abierta las veinticuatro horas y varios comercios pequeños de ropa de mujer parecen estar operativos pero ya echaron el cierre por hoy, y un locutorio está expulsando a los últimos clientes de los terminales de acceso a internet. La gente todavía bebe cerveza en los bares y hay un puesto de perritos calientes en el aparcamiento del supermercado con clientes sentados en taburetes de plástico en la acera, mordiendo bocadillos. Encuentra un *pub* de estilo europeo llamado Al Capone. Unos adolescentes fuman y gritan en el césped de las casas de veraneo vacías. Regresa por la avenida principal hasta llegar cerca de la orilla y se detiene en el Bauru Tché, un bar

dispuesto alrededor de una caravana con un toldo que cubre media docena de mesas metálicas con el logo de la cerveza Brahma. Se sienta y pide una. Un televisor pequeño encendido sobre la barra sintoniza la MTV y el canal muestra un documental sobre el grupo Pantera. Phil Anselmo está dándose en la cabeza con el micrófono hasta hacerse sangre y Dimebag Darrell está tocando un solo. Un borracho de edad indefinida y un adolescente muy gordo ven concentrados el documental. En otra mesa, un viejo y dos jóvenes con gorra con pinta de ser de Garopaba beben cerveza y conversan sin mucha animación. El viejo habla solo, relajado en la silla, mientras los jóvenes escuchan.

El noventa por ciento de las maldades del mundo las hacen los pobres por encargo de los ricos, dice. Los chicos asienten con la cabeza.

Un niño de unos diez años, hijo del dueño del bar, se acerca a limpiar su mesa aunque no hace falta. Pasa la bayeta con ostensiva eficacia, levantando y volviendo a colocar la botella en el mismo sitio. Él se lo agradece. El chaval suelta un De nada y regresa corriendo a la barra.

Este niño me implora trabajar, dice el padre desde la barra. Nunca he visto nada igual.

El acento del viejo de la mesa de al lado es difícil de entender y los gritos del grupo Pantera a todo volumen no ayudan, pero ahora está diciendo que la fiscalía le debe dos millones de reales. Sus dos oyentes asienten con la cabeza.

El niño vuelve y lo mira fijamente.

¿Conoces el chiste de la mesa de billar?

No.

Déjalo en paz, dice el padre, sin apartar la vista del dinero que está contando.

¿Qué es verde por arriba, tiene cuatro patas y si se te cae en la cabeza te mata?

¿Una mesa de billar?

¿Cómo lo sabes?, exclama el niño, y regresa corriendo detrás de la barra, lanzando una carcajada.

Déjalo en paz, repite el padre.

Toma dos cervezas sin levantarse de la mesa, jugando con el chaval, escuchando la conversación de los lugareños y espiando a las personas que pasan por la acera. En el televisor, un fan descerebrado asesina a tiros sobre el escenario a Dimebag Darrell. Está un poco borracho cuando se levanta para pagar. Abona la cuenta al encargado del tráiler, un hombre simpático y cansado, con profundas ojeras y sin afeitar.

Mi familia era dueña de la calle de la Praia, en Porto Alegre, está diciendo el viejo a los dos jóvenes con gorra mientras él se aleja de allí. Tengo la escritura para demostrarlo. Los chicos asienten con la cabeza.

Camina por la orilla del mar en dirección al barrio de los pescadores y al hotel. Las olas rompen como troncos de árbol quebrándose. Lleva una chancla en cada mano y va sintiendo la arena fría en los pies. La idea de que el día está llegando a su fin lo aflige. Detrás del monte de Vigia, punteado por las luces de las casas y de las farolas, asoma justamente el vacío que vino a buscar a este lugar. Es muy pronto para encontrarlo. Había fantaseado con una búsqueda duradera o incluso infinita y es frustrante que le recuerden tan pronto aquello que prefiere continuar fingiendo no saber, que la sensación de vatio que codicia está dormida en su interior y que la arrastra consigo allá donde va. Es como una fiesta sorpresa anunciada con antelación o un chiste explicado antes de ser contado. Recuerda el chiste del niño del bar. No se había reído en aquel momento, pero ahora se ríe, absurdamente.

La perra se ha comido toda la comida y bebido toda el agua. Vuelve a echar agua mientras ella lo observa tumbada en su alfombrilla sobre las baldosas pegajosas de la habitación de hotel. Se cepilla los dientes y se deja caer en la cama en calzoncillos. El cuarto huele a cemento y a suavizante para la ropa. Escucha las olas rompiendo a doscientos metros de allí. Escucha el ruido de las motos y el silencio predominante.

Vuelve a levantarse y se pone el pantalón, las zapatillas de deporte y una camiseta limpia. El reloj público del paseo marítimo

dice que pasa un poco de la medianoche. Camina apresurado hasta la pizzeria. Todavía hay dos mesas ocupadas por clientes que apenas fuman e insisten en tomar las últimas bebidas. Los empleados esperan aglomerados en el interior del restaurante, impacientes, mirando hacia la calle y mordiéndose las uñas. Busca la melena ensortijada, a la camarera más alta. Debería haberle preguntado su nombre. Hay pelos rizados de sobra por todas partes. En su memoria, ahora, el rostro de ella es una caricatura casi abstracta de pinceladas aguadas. Pero la reconoce por la planta. Está fuera en la calle, al fondo, semioculta en la penumbra de la pequeña galería de tiendas cerradas, intentando desmontar una mesa plegable. Algo no encaja bien. Se aproxima y la aborda con timidez. No sobró nada de aquella impetuosidad momentánea del cliente que ligaba con la camarera. La había encontrado guapa, y sigue siendo así, pero había perdido el contenido de la belleza y ahora lo recupera. Es como si la viese por primera vez. Ella sonríe al verlo. Todo el mundo percibe cuando alguien le reconoce, pero la necesidad hizo que él refinase esa habilidad por encima de la media. Una expresión de reconocimiento puede contener todo lo que es preciso saber.

¡Hey! ¿Quieres hacer algo después del trabajo? ¿Quieres tomar una cerveza?

Mientras piensa un poco, ella consigue por fin plegar la mesa.

Hoy hay una pequeña fiesta en el Pico.

El Pico.

El Pico del Surf, ¿no lo conoces?

No. He llegado hoy. No conozco nada.

En Rosa. He quedado allí con unas amigas. Pero necesito que alguien me lleve.

Tengo coche. ¿Quieres que te lleve yo?

Se llama Dalia y le pide que pase a buscarla en media hora. Vuelve al hotel corriendo, toma un baño rápido y después se dirige al aparcamiento adyacente. Se queda un momento parado mirando el coche cargado todavía con sus pertenencias. Saca la otra maleta llena de ropa, el televisor, una bolsa con la videoconsola, una caja con documentos y todo aquello de valor que está a la vista y se lo

lleva a la habitación. Tiene que hacer tres viajes. Beta está dormida y no se despierta. Está sudado y va con retraso cuando gira la llave de ignición. El coche huele a perro.

Dália está fumando a la puerta de la pizzeria cerrada, acompañada de un chico con gorra y bermudas de surfista.

¿Viene con nosotros? Creo que no hay sitio en el asiento de atrás.

Dália abre la puerta, se sienta y dice que el chico solo estaba haciéndole compañía hasta que él llegara. Ha vuelto a olvidar su cara otra vez. No consigue verla bien en el corto instante de un beso en la mejilla y ahora Dália mira hacia delante, revelando apenas el perfil.

Tengo que pasar un momentito por casa, ¿vale? Para arreglarme. Si no te importa.

Lo guía por calles interiores de pavimentación irregular o de tierra que dan acceso a barrios de la ciudad más antiguos. Perros enormes y rápidos ciclistas se desplazan por esas calles nocturnas con iluminación pública ocasional. Todo está a oscuras a excepción de algunos bares. Las casas duermen y los montes cercan la ciudad de bultos imponentes. La radio transmite *reggae* muy bajito. Dália habla sobre su día a día en la pizzeria y él le explica que los bártulos del asiento de atrás forman parte de la mudanza que trajo de Porto Alegre. Entran en una carretera de tierra y después en una vía de acceso con las huellas de neumáticos marcadas en mitad del césped. Una farola ilumina troncos de árboles viejos y las fachadas de cuatro o cinco casas. Daba señala una de las casas y él aparca el coche.

Espera aquí, ¿vale? Ahora vuelvo.

Tarda casi una hora en regresar. La espera sin salir del coche, investigando las emisoras de radio. Sabe esperar.

Dália reaparece emanando un perfume con olor a vainilla y luciendo pantalones tejanos, sandalias de tiras azul clarito, una blusa negra de tirantes casi invisibles y un collar con un sol de plata. Lleva el pelo recogido en lo alto de la cabeza con una goma blanca, brotando como un coral negro. Sus labios brillan.

Déjame verte, dice él, y ella lo mira.

Durante el trayecto Dália le pregunta si pueden pasar por la

gasolinera. Regresa de la tienda abierta las veinticuatro horas con una cerveza y una chocolatina. El acepta un sorbo y un mordisco. La carretera está vacía y a Dália le gusta hablar. Tiene veintidós años, nació y vivió hasta la adolescencia en Calador, donde se cultiva mucho tomate, y pretende mudarse a Florianópolis en jubo para estudiar Naturología en la universidad. No le interesa demasiado el hecho de que él sea profesor de educación física aunque aprueba con entusiasmo su mudanza a Garopaba.

Vas a ser feliz aquí. Todo el mundo lo es. ¿Puedo fumarme un porro en el coche?

Dália enciende el porro y se lo ofrece. El acepta unas caladas y empieza a tener miedo de los faros de los otros coches.

Llegan al Pico del Surf por una carretera de arena llena de agujeros y bordeada por cunetas. Intenta acordarse del camino que acaba de hacer y no puede. Tarda en aparcar el Fiesta sin caer en un cráter abierto entre la cabe y un terreno baldío. Una valla de estacas cerca el bar, que tiembla con los subgraves y emite destellos de luz estroboscópica. Algunas personas beben cerveza en la calle, apoyadas en los coches. Hay una pequeña fila en la entrada. Las chicas lucen tacón alto, faldas cortas y blusas caídas en los hombros y alternan muecas ansiosas con espasmos de risa, mirando a todos lados como si estuviesen bajo amenaza. Los chicos visten bermudas y algunos llevan chanclas. Todos parecen surfistas y novias de surfistas. Dalia dice que los puede colar pero al final el portero solo deja entrar gratis a la chica y él tiene que pagar los veinte reales que cuesta la entrada. Suben una escalera de peldaños esculpidos en la rampa del propio terreno y atraviesan un jardín con grandes mesas de madera y una mesa de billar. La pista de baile está muy oscura y el sonido muy alto. Suena un hip hop hipnótico y algo perturbador que ejerce en él un efecto depresivo inmediato. Se acerca a comprar cervezas a la barra de la esquina y Dália desaparece en cuanto él le da la espalda. La pierde de vista el tiempo suficiente para olvidar su cara y solo la identifica mucho después por el collar, bailando en un pequeño corro junto con otras personas. Lo abraza cuando él se acerca y lo presenta a sus amigos, pero vuelve a marcharse

enseguida, bailando con una lata de bebida energética en la mano. El intenta bailar pero no consigue entrar en el ambiente. Se queda por allí cerca, inmóvil. Al poco rato aparece un tío con el pelo corto oxigenado hablando a Dália insistentemente al oído. Ella parece incómoda pero se queda allí oyendo y replicando durante un rato que no parece acabar nunca. El piensa en el coche mal aparcado junto a una zanja con sus pertenencias a la vista en el asiento de atrás. Olvidó extraer la radio. Van a romper el cristal y robarle la radio. Compra otra cerveza. Tiene la sensación de oír la misma canción desde que entró. El cabello recogido de Dália resurge delante de él y se queja del tío con el que estaba hablando. Su aliento cálido y mentolado por chicles sin azúcar tiene un efecto calmante. Dios mío, qué pesado, se desahoga. Quédate aquí conmigo para que no te moleste, dice él. Dália lo abraza con los brazos largos e inquietos, bailando, y pregunta si quiere tomar un éxtasis, porque ella se acaba de tomar uno. Los vende un amigo por treinta reales. Su sudor es visible en la clavícula y el trapecio. Aproxima la nariz a su cuello e inspira el ácido aroma de su piel mezclado con el dulce perfume. Ella dice Ahora vuelvo y desaparece de nuevo. Considera tomarse también él un éxtasis, cosa que no hace desde la universidad, y dejar que sea él el que dicte todo lo que suceda durante el resto de la noche, en parte porque todavía cree que ella es hoy suya, en parte por pereza a tomar la iniciativa. Cuando la vuelve a encontrar un poco más tarde Dália está hablando otra vez con el tío del pelo oxigenado. La oscuridad no solo se traga la cara de las personas, sino también sus cuerpos, muecas, ropa y accesorios, eliminando casi por completo cualquier posibilidad de reconocimiento. Una fotógrafa rubia y bajita circula por la fiesta haciendo fotos. Los reducidos grupos posan abrazados y sonríen mostrando la lengua y haciendo V con los dedos. La fotógrafa se aproxima y le dirige dos *flashes* a la cara. Piensa de nuevo en su coche, en la perra que se quedó en el hotel, en la casa que pretende encontrar y alquilar al día siguiente. Aborda a Dália, pidiendo permiso al tío de pelo oxigenado, y le dice que se va. Están cerca de un altavoz y tiene que gritar. No puedes marcharte ahora, dice ella

poniendo la mano en su pecho. Me voy, grita. Esto no me gusta y tengo que buscar casa mañana temprano. Pero necesito que alguien me lleve de vuelta, se queja Dália medio irritada. Entonces, vámonos. ¡Joder, tío!, protesta ella. Vale, lárgate, ya me las arreglaré más tarde. Qué pesado eres. Sin pensar, entierra los dedos con fuerza en el pelo de Dália, por detrás de la nuca, abriéndose camino a la fuerza entre su pelo tenso, tanteando la aspereza de las raíces y sintiendo la resistencia del cuero cabelludo. Le sujeta la cabeza por los tirabuzones y la mantiene frente a la suya. Dália lo mira fijamente con los ojos muy abiertos sin entender lo que él está haciendo, tampoco él sabe lo que está haciendo, pero la sensación resulta agradable y a ella también parece gustarle, a pesar de todo. Puede ser el éxtasis. Le da un beso en la cara y la suelta. Dália sonríe levemente. El tío de pelo oxigenado lo empuja con fuerza y él aprovecha la inercia para alcanzar la salida con pasos decididos, riéndose de sí mismo.

Pregunta al guardia de seguridad de la puerta cómo volver en coche a Garopaba. Conduce ebrio, tenso. Comienza a hipar. Recorre la carretera vacía y atraviesa la ciudad muerta. Sigue teniendo hipo cuando entra en la habitación del hotel. Se lleva un susto al entrar. La perra está sentada en la cama. Beta, Beta, Beta, repite cariñosamente, abrazando al animal con fuerza. Se muestra sumisa, está caliente y su piel blanda se desliza sobre los músculos. Aspira con placer su olor salado y por fin la suelta. La perra permanece sentada cerca de la almohada. Solo percibe que ya no tiene hipo cuando está lavándose los dientes.

Antes de acostarse, busca el móvil para ver qué hora es y encuentra una llamada perdida de su madre[1]. También tiene un mensaje de feliz cumpleaños de ella. «Por mucho que me meta contigo, yo te quiero, hijo. Una madre no puede escoger, ¿no es cierto? Felicidades, querido. Espero que hayas llegado bien. Cuídate. Mamá». Son las cuatro de la madrugada. Teclea una respuesta y la envía. «Gracias, mamá. He llegado bien. Yo también te quiero».

Un perro color carbón duerme en el azul etéreo de una red de pesca enrollada sobre la hierba de la plaza Veintiuno de Abril. El sol da de frente en los escalones grises de la escalinata que sube la ladera del monte hasta la iglesia principal. La pendiente de paralelepípedos corta y escarpada junto a la iglesia pasa por un cobertizo de barcos y por una casa de madera prefabricada. Saluda a una viejecita bronceada que toma el sol en el porche sentada en una silla de playa de muchos colores. El viento salado del nordeste arremete contra los árboles y las olas. Nubes dispersas avanzan en formación desde el mar hacia el continente como un ejército en trance. La cuesta hace una curva a la izquierda y pasa frente a un pequeño edificio del siglo XVIII con las paredes blancas desconchadas y las ventanas recién pintadas de color azul cobalto. Una tienda de artesanía exhibe alfombras de tela a rayas, barcos en miniatura y cestos de mimbre apilados en el umbral y en el alféizar de las ventanas. Una pandilla de niños alborotados vestidos de uniforme escolar blanco y azul pasa en dirección opuesta, conducida por una profesora nerviosa. La calle São Joaquim sigue en dirección al cabo de Vigia pasando por casas de veraneo encaramadas en la montaña. Asimila poco a poco la vasta vista del mar encrespado y de las playas y montañas extendiéndose en una amplia curva hasta lo que debe de ser la remota playa Guarda do Embaú. Camina despacio para que Beta pueda acompañarlo. Cuando la perra decide detenerse en seco, engancha la correa al collar y da unos tironcitos para que siga andando. Algunos padres toman el sol en la diminuta playa de la Preguiça viendo jugar a sus hijos en la parcela de arena que queda protegida del viento. Restos de algas, ramas y moluscos forman abanicos en la arena ocre y desprenden un olor agrio. Pasa junto a bañistas intercambiando gestos con la cabeza y sigue por una senda que continúa a partir de las piedras. Sus pies se sumergen en el agua salobre y tibia escondida bajo la hierba puntiaguda. En ese punto las casas son inmensos palacios con fachadas acristaladas, paneles solares y amplias terrazas de madera proyectándose en terrenos radicalmente retocados por paisajistas. En el cabo de Vigia una mansión megalómana deja poco espacio a los viandantes y al otro lado de la valla baja de alambre un

caniche histérico corre fuera de control y chilla como un murciélago mientras una mujer grita desde el interior de la casa llamando al animal. Beta ignora completamente al colega de especie. Las sombras de las nubes se deslizan por el mar espumoso y se imagina a los peces tomando esas sombras por las mismas nubes. Camina y salta sobre las piedras hasta llegar a un conjunto de vigas de metal carcomido clavadas en una base de hormigón. El aire cargado de humedad marina desfiguró hace mucho tiempo el esqueleto cortante de alguna misteriosa figura y sus costras de herrumbre anaranjada le conceden un aspecto mortífero. Desde allí puede divisarse enfrente toda la playa de Garopaba. La perra observa las cochinillas marinas corriendo por las piedras en el límite de la pleamar.

Está casi llegando de vuelta a la iglesia cuando repara en un pequeño cartel de se alquila escrito a mano, pegado en el muro de cemento de uno de los pequeños edificios de apartamentos que los pescadores construyeron en el declive situado entre la calle y el mar. Al otro lado de la puerta solo alcanza a ver una escalera larga y muy estrecha que desciende junto a la pared hasta la base de la construcción de tres pisos y termina en el pequeño pasaje de uso público que bordea las piedras a pocos metros de las olas. Marca el número en el móvil y pregunta al hombre que lo atiende si se alquila el apartamento. Al momento, un joven sale de una de las casas vecinas. Se trata de un chico bajito, sonriente y bronceado, y que parece encontrar alguna cosa graciosa, aunque no es así. El apartamento es el de la planta baja, justo frente a las piedras. El chico bajito quita el candado de la puerta y los dos hombres y la perra descienden hasta la base de la estrecha escalera, pasando por la entrada de los apartamentos de los dos pisos superiores. En la parte inferior de la escalera, en el húmedo espacio que separa dos edificios colindantes, hay una puerta marrón. Entran en una sala pequeña contigua a una cocina. El mobiliario se reduce a dos sofás raídos y una mesa rectangular de madera. Dentro se está mucho más fresco que en la calle. Se nota un previsible olor a moho. El chico trastea los cerrojos de la ventana de la sala de estar y da algunas sacudidas hasta que destraba las persianas. Desde allí se ve toda la bahía de

Garopaba, los cobertizos de pesca, los viejos botes balleneros andados en la ensenada. Justo delante de la ventana hay una pequeña escalera de cemento que desciende desde el pasaje hasta una piedra grande y lisa que las olas más fuertes cubren de espuma pero que debe de estar seca los días en que el mar esté tranquilo. Encima de la piedra hay una gran lona azul protegiendo lo que aparenta ser una red de pesca. El joven le muestra la habitación con una cama de matrimonio, el baño con un pequeño lavadero exterior, aunque ya no importe demasiado. Decidió que iba a vivir allí en cuanto se abrieron las persianas.

Quiero alquilar esta casa. ¿Me la alquilarías por un año?

Tienes que hablar con mi madre.

¿Trabajáis con alguna inmobiliaria?

Tienes que hablar con mi madre. Ella se encarga del piso.

Su madre, la señora Cecina, vive dos casas más allá, calle arriba. El porche se asoma sobre la ladera y está cercado por las copas de los limoneros y pitangueros arraigados varios metros más abajo. La señora Cecina lo invita a entrar en una sala ordenada con esmero, con vistas al mar, y le ofrece asiento en un sofá de piel. Hay una bella colección de floreros de cerámica con adornos indios marajoara en la mesa de centro. Su rostro es bello, ancho y redondo, tiene los ojos pequeños y los párpados un poco hinchados. Después de sentarse ambos, la mujer se queda callada y parece incapaz de contener el esbozo de una sonrisa indulgente. Tiene el aire de una sacerdotisa a la espera de la confesión de un discípulo que ha ido en su busca. Le manifiesta su intención de vivir un año en el apartamento de la planta baja. La señora Cecina le explica con voz cálida y sibilante que solo alquila el apartamento en verano y que lo máximo que puede hacer fuera de temporada es alquilarlo por meses, renovando mes a mes si hubiera interés por ambas partes, hasta noviembre como máximo, cuando comienzan los alquileres de verano. Perdería dinero si aceptase un valor anual porque en verano los precios se quintuplican y ella tiene clientes fijos que regresan todos los años. Propone que calcule todo lo que gana durante la temporada de verano, que sume eso al alquiler mensual proporcional

al resto del año, lo divida por doce y le diga el valor. Está dispuesto a pagarlo. Le garantiza que no va a perder dinero. Ella dice que ya tuvo demasiados problemas alquilando el apartamento fuera de temporada a personas como él, que se presentan solas, o a parejas de amigos que pretenden pasar el invierno viviendo frente al mar. La gente se va y no me paga, dice. Después no tengo modo de ir tras ella. Él sugiere que firmen un contrato y lo registren ante notario como garantía. La señora Cecina se ríe con ganas y dice que no hace contratos a nadie. Los contratos no me sirven de nada. ¿Qué voy a hacer con un contrato? ¿Voy a perder el tiempo buscando a la gente? Y aunque encontrase a la persona, ¿la demando? ¿Voy a perturbar mi tranquilidad por eso? El propone un valor mensual que multiplicado por doce equivale a casi la totalidad de su dinero. Esta vez la señora Cecina no responde de inmediato. Se queda reflexionando con esa sonrisita ligeramente indulgente en los labios. Le pregunta a qué se dedica. Dice que es profesor de educación física. Le pregunta qué ha venido a hacer a Garopaba. Dice que quiere vivir en la playa. Le pregunta si piensa trabajar en la ciudad y establecerse. Dice que sí. Que quiere dar clases, que tiene planes futuros de alquilar un local y, quién sabe, si todo sale bien, abrir un gimnasio. Que es atleta y también quiere entrenar. Que su mayor pasión es nadar en el mar y que su apartamento queda a cinco metros de distancia de la piscina de sus sueños. La señora Cecina le explica que el año anterior dos amigos alquilaron por un año ese mismo apartamento. Eran surfistas y deseaban practicar surf, establecerse en Garopaba y abrir un pequeño hotel. Desaparecieron cuatro meses después, con el alquiler por pagar, dejando el apartamento completamente destrozado. Rompieron muebles y paredes. Siempre les rodeaba una humareda de marihuana. Los vecinos escuchaban peleas y gritos casi todos los días. Eran homosexuales, nada en contra, y eran drogadictos. Se juntaron con la pandilla que se droga y trafica delante del edificio y consumieron muchas drogas y lo rompieron todo y después desaparecieron sin pagar. Todo el mundo dice lo mismo, explica ella con dulzura. Solo quiero vivir en la playa. Solo quiero hacer surf. Solo quiero pensar

en mi vida. Solo quiero aprovechar la naturaleza. Solo quiero escribir un libro. Solo quiero pescar. Solo quiero olvidarme de una chica. Solo quiero encontrar al amor de mi vida. Solo quiero estar solo. Solo quiero paz. Solo quiero volver a empezar. Y después la gente se pelea, se deprime, rompe cosas, bebe demasiado, grita mucho, monta orgías, consume drogas y desaparece sin pagarme o se mata. Es difícil, dice ella. Una nunca sabe en quién confiar, y es una pena. No te conozco. La verdad, quería reformar ese apartamento ahora, en abril. Tengo que arreglarlo durante el año para recibir a gente en verano. Así que no puedo alquilarlo.

Yo no me drogo. No doy problemas. Voy a vivir solo con mi perra y soy una persona tranquila.

Lo sé. Pero es que voy a reformar el apartamento.

Agradece su atención a la señora Cecina, se despide y se va.

Almuerza un plato combinado en el restaurante más barato que encuentra, regresa al hotel y se tumba en la cama. Lee por encima el último número de la revista *Runners*, que destaca una vez más un artículo sobre el interminable debate en torno a la utilidad de los estiramientos antes y después de correr, y luego permanece en el colchón con los ojos abiertos entregado a extensos cálculos y divagaciones.

A última hora de la tarde se pone las zapatillas de deporte, el pantalón corto y una camiseta de poliamida y se va a correr por la playa. Deja a Beta en la habitación. Va y vuelve cuatro veces de una punta a la otra, abriendo bien la zancada. Los bañistas ya se han marchado y pocas personas se aventuran a enfrentarse con el fuerte viento. Un pescador pasa pedaleando una bicicleta marca Barraforte con bolsas del supermercado colgadas en las extremidades del manillar. Una chica muy alta pasea sin prisas con un niño pequeño, tomando mate y oscilando un termo. Una pareja de ancianos camina de la mano con las espinillas varicosas dentro del agua. No conoce a nadie, es un recién llegado, pero todos intercambian miradas con él y le dedican algún tipo de saludo. Cerca del barrio de los pescadores un grupo de niños y adolescentes juega al fútbol entre dos porterías hechas de pares de chanclas. No hay líneas que delimiten el campo

ni ningún criterio claro que diferencie los equipos. Todos juegan descalzos y las chicas driblan y atacan con notable destreza y fuerza física, algunas vistiendo apenas un biquini, el pelo suelto enmarañado al viento, sudadas y obstinadas, chocando sin miedo contra vigorosos adversarios masculinos y peleando por la pelota con una energía que raya en la violencia.

Termina de correr frente a los cobertizos de pesca y desde allí puede ver la parte delantera del apartamento de la señora Cecina, con su fachada color crema y las dos ventanas con persianas marrones. Observa los barcos y a los pescadores en el interior penumbroso de los cobertizos de pesca. Los pescadores lo acompañan con la mirada y responden a su saludo con gestos herméticos. En vez de regresar al hotel sube la escalera parcialmente derruida situada al final de la playa, sigue por el camino que bordea las piedras y pasa por delante del apartamento. Se queda un rato mirando las persianas cerradas y después se sienta en uno de los últimos escalones de la pequeña escalera de cemento que desciende hasta las piedras. Las gaviotas alzan el vuelo y se dejan llevar por las ráfagas de viento. Descansa. Un pequeño barco a motor entra en la ensenada y echa el ancla. Un bote sale a buscar a sus dos tripulantes. Se levanta y se dirige a llamar a la puerta de la señora Cecina.

Ella se ríe al verlo de nuevo en tan poco tiempo, desgreñado por la carrera y con la cara cubierta de una fina capa de sal.

¿Y si lo pago todo por adelantado?

¿Todo el qué?

El alquiler. Todo el año. La cantidad que ofrecí, solo que todo de una vez. Hoy. Le puedo hacer un cheque.

Ella ríe, se lleva la mano a la boca, mira dentro de su casa y mueve la cabeza.

Ay, ay, ay.

Si me fuese o rompiese algo ya estaría pagado. No corre ningún riesgo de sufrir perjuicio.

Estás como una cabra.

Ríen juntos.

No estoy loco, señora Cecina. Me apetece mucho vivir aquí y

creo que así todos saldríamos ganando.

Regresa esa misma noche con un cheque cumplimentado. La mujer llama a uno de sus hijos, no al bajito que le mostró el apartamento, sino a otro, para que eche un vistazo al cheque y luego le entrega las llaves.

A la mañana siguiente aparca el Fiesta al raso en la plaza situada en la parte de arriba del edificio, junto al portón de entrada, y carga sus pertenencias escalera abajo en una larga operación que se prolonga casi hasta el mediodía. Los escalones son muy estrechos y la barandilla baja invita a caerse. Transporta los bultos de uno en uno. Deja el interior de la casa como está, no cree necesario comprar muebles, vajilla o decoración adicionales. Va al pequeño mercado del barrio de los pescadores y compra cosas para el baño y la cocina, café, pan, fruta, yogur, miel, cereales, dos paquetes de macarrones y algunos botes de salsas preparadas. No es la primera vez que duerme con el ruido del mar, pero ya no se trata de un rumor lejano, de un ruido de fondo. El mar respira en su oreja. Escucha el golpeteo de cada ola contra las piedras, el sonido de la espuma y las salpicaduras. Unas gaviotas, o por lo menos cree que son gaviotas, dan gritos guturales en mitad de la noche como gatas en celo y parecen entablar combates encarnizados. El ronquido de los motores diésel de los barcos de pesca lo despierta antes de que surja el sol. La luz amarilla que penetra por las rendijas de la persiana procede de la farola instalada casi frente al apartamento. Los pescadores en plena actividad se gritan cosas incomprensibles unos a otros a un volumen y con una insistencia maníacos hasta que sus voces desaparecen en el redoble del océano junto con los motores.

Vuelve a dormirse y se levanta un poco más tarde al oír voces enfrascadas en un animado debate. Después de orinar y echarse agua fría en la cara abre las persianas húmedas por el aire del mar y se encuentra con un barco anclado justo delante del apartamento. Hay pescadores diseminados por las piedras o sentados en la acera de losas de arenisca. Contempla la escena desde la ventana durante

unos instantes. El viento nocturno amainó y el mar está liso y turbio. El agua da la impresión de estar caliente. Un cable eléctrico negro sale de la popa del barco y corre suspendido sobre el agua hasta enrollarse en el tronco del árbol situado delante del edificio. Uno de los hombres está dentro del barco, otro sentado en la pequeña escalera y el resto permanece de pie alrededor de la red de pesca blanca amontonada sobre la piedra. Poco a poco los pescadores van estableciendo contacto visual con él y haciendo señas con la cabeza.

Entra y se prepara un café. Se está comiendo un bocadillo sentado a la mesa cuando llaman a la puerta.

Hola, amigo. El jefe me ha pedido que te pregunte si podemos utilizar un enchufe.

El hombre tiene podridos los dientes de abajo y una cara alargada de roedor. Se lleva el cigarrillo a la boca con dedos gruesos y agrietados que se afinan en las puntas y terminan en uñas destrozadas. Con la otra mano muestra un enchufe de dos clavijas oxidadas y un montón de cinta aislante negra alrededor. Se trata del extremo del cable eléctrico que sale del barco.

Es para encender el soldador, dice el hombre al percibir sus dudas. Estamos reparando el motor del barco.

Está bien, puedes utilizar ese enchufe de ahí.

Gracias, amigo. Eres guay.

En un instante el soldador se pone en marcha en algún lugar recóndito del barco, un ballenero blanco con franjas decorativas amarillas y rojas bautizado como *Poeta*. Debe de tener unos doce metros de largo. Brotan chispas de una abertura de la cubierta mientras la embarcación se bambolea suavemente. Sale de casa y va hasta la acera para observar la actividad. Los hombres en tierra bromean entre sí y cuentan chistes sobre dinero. El hombre que llamó a su puerta, el que recuerda a un castor de cara alargada, es quien más habla y alguien se dirige a él por el nombre de Marcelo. Resulta difícil descifrar buena parte de lo que dicen, aunque entiende que uno de los hombres, uno gordo que observa la escena desde cierta distancia y que tal vez sea el dueño del barco, acaba de

recibir una pensión del ejército. Los demás no dejan de pedirle dinero en tono de burla.

Dame cien reales.

Cien hostias.

¿No te doy pena? No tengo ni para un paquete de pipas.

Problema tuyo.

El hombre encargado de soldar el motor aparece en la cubierta y grita que el soldador ha dejado de funcionar. Los demás comienzan a toquetear el cable en busca de algún defecto. Hay un arreglo basto en una parte del cable y uno de los pescadores empieza a hurgar allí con una navaja. Mientras tanto, el barco se ha aproximado a las piedras y el cable que antes quedaba suspendido sobre el nivel del mar ha perdido altura y está casi todo él sumergido. La situación en su conjunto parece arriesgada, por no decir una locura.

¿Queréis que desenchufe el cable?

No hace falta, amigo.

De algún modo el pescador consigue restablecer la corriente trampeando en el cable con la navaja. El soldador vuelve a zumbar y a chispear en las entrañas del barco. La reparación es rápida. Marcelo desconecta el enchufe y lanza el cable enrollado al hombre de a bordo. Este recibe el rollo de cable, recoge sus herramientas, salta del ballenero a un bote a remo y se une a los demás en la piedra. Él es, a fin de cuentas, el dueño del barco. Un hombre fuerte de barba rala, pelo ensortijado y una fisonomía impasible. Se presenta como Jeremias. Agradece el préstamo de luz con un apretón de manos y le dice que esa noche van a salir a navegar dirección sur en busca de un banco de corvinas avistado en Itapirubá y que al día siguiente le llevarán algunas para retribuirle el favor.

Jeremias y otro pescador utilizan el bote para llevar una de las puntas de la red de pesca hasta la cubierta del ballenero. Prenden la red en un carrete con manivela y con la ayuda de ese mecanismo comienzan a transferirla de la superficie de la piedra al barco.

Ofrece agua, café y bocadillos a los pescadores pero estos no quieren nada. Pregunta cuál es la longitud de la red. Marcelo dice que mide dos mil brazas pero que no sabe cuánto es eso en metros.

Un joven de ojos claros callado hasta el momento explica que son casi dos kilómetros y medio. Se trata de una red pequeña. Es común utilizar redes de cinco kilómetros o más. Se entusiasman y empiezan a contar historias al forastero. El año pasado ese barco regresó lleno de agua hasta las cejas. Once toneladas de corvina. Estaba tan bajo que no dejaba de entrarle agua y tuvieron que ir achicándola con cubos. Todos ellos fuman sujetando los cigarrillos de marca barata con la punta de los dedos y cuando no dan caladas mantienen las manos detrás de la espalda como si quisiesen esconder que son fumadores. Visten sudaderas descoloridas y botas de goma o zapatillas de deporte deshilachadas.

¿Vives ahí?, pregunta Marcelo señalando con la cabeza.

Me mudé ayer.

Surfista.

No.

¿Qué te ha pasado, entonces? ¿Te has divorciado?

Solo quería vivir en la playa.

Ah, haces bien, porque la vida aquí es maravillosa y esto es muy bonito.

Ya lo creo.

Da tranquilidad, ver el mar por las mañanas.

No tiene precio.

Aquí solo hay buena gente. ¿Sabías que nunca han matado a nadie en Garopaba?

¿Nunca?

Se ha muerto mucha gente, claro, pero por asesinato nunca. Esto es muy tranquilo. Apenas hay violencia.

Dudo mucho que nunca hayan matado a nadie.

Marcelo no responde. Las olas hacen cosquillas al aire parado.

Oí decir que mi abuelo murió aquí.

¿Cómo se llamaba?

Lo llamaban Gaudério.

Nadie dice nada de un modo que dice muchas cosas. Decide insistir.

La historia que yo sé es que lo mataron aquí.

¿Aquí? ¿Cómo es posible? Creo que no.

Es lo que dijo mi padre.

Gaudério, ¿eh? Gaucho es algo que por aquí no falta.

El joven de ojos claros curva la comisura de los labios en una sonrisa reservada y sigue observando el mar.

Mi abuelo buceaba para pescar mero. ¿Nunca habéis oído hablar de él?

Marcelo levanta las cejas y gira la cabeza teatralmente a un lado y a otro. Se pone en cuclillas en la parte superior de la escalera como un pájaro, se abraza las rodillas con uno de los brazos y fuma con la otra mano. Mira a lo lejos de forma deliberada y no dice nada. La conversación se estanca y todos parecen concentrados más allá de lo necesario en lo que sea que estén haciendo. Una pareja de turistas pasea en kayak entre los barcos, el hombre se detiene cada poco tiempo a esperar a la mujer, que se queda atrás. Una nube cubre el sol. Se acercan nubarrones.

¿Eres de Porto Alegre?, dice Marcelo rompiendo el silencio.

Así es.

Porto Alegre es una ciudad muy violenta.

Lo es, sí.

Viví dos años allá. Hace tiempo. Conozco aquello.

¿Ah, sí? ¿Qué hacías allá?

Hacía una cosa aquí y otra allá. ¿Conoces el bar João?

¿El que estaba en Osvaldo?

Eso es. Una locura. Yo vivía en el bar João.

Ya no existe. Lo echaron abajo.

¿En serio? Fíjate. Iba allá a tomar el cóctel *kite de onga*. Servían una cachaza muy fuerte. Había un tío que la tomaba. Solo iban locos. Y también mala gente.

Yo también viví en Porto Alegre, dice el más viejo de todos. Se trata de un hombre delgado y arrugado con unas orejas inmensas llenas de pelo blanco. Pasé diez años allá. En aquel entonces trabajaba en un bar. ¿Eres de la época del tranvía? ¿Llegaste a ver el tranvía en Porto Alegre? Eres demasiado joven para haber visto el tranvía, es cierto. Cerraron los tranvías en el setenta y uno. El

tranvía pasaba por Cristovao Colombo, por varias calles. Se podía ir a todas partes. Subastaron los tranvías y el dueño del bar donde yo trabajaba compró un vagón. Arrancó la parte delantera con un soplete y lo encajó delante del bar. Era un bar pequeño, encajó superbién. ¿Has estado alguna vez?

No. Creo que yo entonces era un niño.

El viejo no continúa la historia. Se hace un silencio anticlimático. El dueño del ballenero continúa a bordo del barco arrastrando la red con la manivela.

¡Jeremias!

El pescador levanta la cabeza.

¿Has oído hablar alguna vez de un tío que vivió aquí en los años sesenta, y al que llamaban Gaudério?

¿Gaudério?

Era mi abuelo. Me gustaría hablar con alguien que lo haya conocido.

No debe de ser de mi época, dice Jeremias sin apartar la vista de la red. Intenta hablar con alguien más viejo. Por aquí pasa mucha gente. La mayoría acaba olvidada.

Marcelo arroja la colilla al agua y se levanta.

Me voy.

Terminan de recoger la red minutos después y todos embarcan en el ballenero. El motor tose soltando una gran humareda gris. El barco avanza con el gorgoteo de la hélice hasta un punto más profundo donde echan el ancla. Se nota un olor a combustible en el aire.

Entra en casa. Beta está postrada en la misma posición del día anterior, tumbada en sus toallas preferidas, y muchas veces no sabe decir si la perra está dormida o despierta. Siempre respira muy despacio y solo pasea tras mucho insistir. Coloca sus platos con agua y comida en el lavadero, lo que la obliga a salir de su rincón al menos para alimentarse.

Coge la cartera del cajón del armario de la cocina. Entre la documentación y las tarjetas de crédito guarda una foto reciente suya tamaño pasaporte, una de esas fotos neutras y burocráticas que

tiene como único objetivo el reconocimiento de la persona. Suele llevar una de esas fotos consigo para acordarse de su cara, ya que la foto del carnet de conducir es demasiado pequeña y la del carnet de identidad está muy desfasada para cumplir con semejante finalidad. Retira la foto del sobre de plástico. Va hasta la habitación, abre la mochila con sus pertenencias personales y coge el álbum de fotos principal, el que funciona casi como un catálogo de rostros de mayor importancia afectiva. Encuentra la fotografía de su abuelo que le regaló su padre y la compara con su foto de pasaporte. Después se dirige al cuarto de baño y levanta la fotografía de su abuelo al lado del espejo. Mira alternativamente la cara de su abuelo y la de su reflejo. Se pasa la mano por la barba que no se ha afeitado desde la última vez que habló con su padre. Encuentra unas tijeras que no cortan mucho y están un poco oxidadas en el cajón de los cubiertos, recorta con dificultad el retrato del abuelo hasta reducirlo al tamaño aproximado de un carnet de identidad y guarda el recorte en la funda de plástico de la cartera, en el mismo lugar donde hasta entonces guardaba su propia fotografía.

3

El cementerio del pueblo está situado en un terreno cuadrado entre dos casas de veraneo, al fondo, una hacienda de campo abandonada cubierta de hierba verde esmeralda y más atrás el monte de la Silveira hendido por el camino de tierra sinuoso que anuncia una futura urbanización. El verde incandescente de la vegetación parece a punto de incendiarse bajo el sol. Las tumbas son bloques de cemento desnudos o cubiertos de azulejos o baldosas, casi desprovistos de adornos. Aquí y allá se conserva la estatuilla de un ángel plateado, o una cruz ornamentada con un reborde dorado o piedras de colores. Pocas tumbas tienen foto y la mayoría de las flores son de plástico. Intenta avanzar por el centro del cementerio pero no puede. Las tumbas están tan cerca las unas de las otras que los pocos pasajes disponibles terminan en callejones sin salida. La distribución laberíntica le obliga a saltar por encima de los sepulcros y a apoyarse en ellos en busca de vías de acceso. Más de una vez se ve forzado a retroceder y buscar otro camino, pues falta espacio incluso para maniobrar y dar media vuelta. Intenta probar por los márgenes de la parcela, pero las tumbas se apoyan en el muro. Parecen haberse reacomodado a lo largo de los años para que pudiesen descansar más cadáveres hasta que todo hueco útil haya sido aprovechado y solo queden agujeros y surcos como los de un rompecabezas mal fabricado. Pierde tiempo intentando llegar al fondo del cementerio donde, estirando la cabeza, puede ver las tumbas más sencillas y antiguas, entre ellas algunas lápidas pequeñas y desgastadas levantadas sobre montículos de tierra recubiertos de

tréboles y otras malas hierbas. De lejos, dos o tres de esas lápidas parecen no tener ninguna inscripción. Tropieza con una tumba que no pasa de ser un pequeño cercado de ladrillo y cae por encima de otra más grande, haciendo pedazos un jarrón con flores de plástico. Las recoge e intenta recolocarlas como puede sobre la losa oscura de imitación a mármol que cubre la sepultura. Mira a su alrededor en busca de un sepulturero, pero no ve a nadie. Allí no hay nada que ver.

El sol está a punto de ponerse por detrás de los montes de Ambrosio y toda la ensenada reposa bajo una luz rosada. Se pone el *slip* de baño, coge las gafas de natación de una de las mochilas y baja las escaleras hasta la piedra de Baú sintiendo en la planta poco acostumbrada de los pies la aspereza del cemento y de la roca tibia. Los barcos y las bandadas de gaviotas flotan inmóviles en el brillo aceitoso y los vapores del océano desobstruyen al instante sus vías respiratorias. Salta de la piedra con cuidado para no cortarse los pies con los diminutos crustáceos y su cuerpo se anula en el propio reflejo, haciendo añicos la superficie de la película fotográfica del agua. Los pies desaparecen con un ruido deglutorio y ondulaciones concéntricas se propagan unos metros antes de que él resurja mucho más allá, casi al lado de una barca anclada, y comience a dar brazadas en dirección al fondo. Nada bordeando la playa, contento con la libertad de la piscina fría, salada y sin fin, con cierta desconfianza debido a la creciente oscuridad y a la probable proximidad de cualquier animal marino. Es casi de noche cuando sale del agua. Se siente aliviado, todavía un poco aturdido por el esfuerzo y rumiando todo lo que pensó mientras nadaba. Ha decidido vender el coche.

La luna menguante está saliendo por detrás de la montaña cuando toma el plano de la ciudad y se dirige a la gasolinera Nestor. Conversa con el gerente y a cambio de una comisión de trescientos reales deja el Fiesta aparcado al lado de un partorre situado a la entrada de la gasolinera con un cartel de se vende impreso en un

cibercafé y pegado con celo. El valor de mercado del coche es de quince mil reales pero él lo ofrece por catorce mil. Compra una lata de guaraná en la pequeña tienda de la gasolinera y pregunta a la cajera por los gimnasios de la ciudad. Los principales son tres. Los marca en el plano. El gimnasio Swell, cerca de la subida a Silveira, acaba de inaugurar una piscina semiolímpica cubierta, la primera de la zona.

Camina llevando a Beta del collar las seis manzanas que hay entre la gasolinera y la hamburguesería Bauru Tché y pide una hamburguesa con queso. Esta vez el dueño del tráiler entabla conversación y se presenta. Se llama Renato. Tres jóvenes beben cerveza sentadas a una mesa y el televisor de la barra emite el culebrón de las ocho.

¿Y ese chucho?, grita Renato.

Mi perra. Beta. Era de mi padre, ahora es mía.

¿Ya no la quería?

Murió.

¡Vaya! Perdona. Lo siento mucho.

Tranquilo, no pasa nada.

Renato pregunta dónde vive y rumia la respuesta recibida como si en el fondo no importase mucho, pues el asunto es redundante y la gente entra y sale de esas casitas junto al mar año tras año. Retener quién viene y quién va es como hablar del tiempo, y eso es lo que hace a continuación.

Se ha pasado todo el verano lloviendo. Luego ha llegado marzo y es una maravilla, sol todo el día, sin viento. Se me pulió la temporada de verano.

Su esposa prepara la hamburguesa en la plancha situada detrás de la barra, lleva un delantal y un pañuelo que le cubre el pelo. Va a cerrar la hamburguesería en dos semanas. Explica que este no ha sido un buen año, pagará el alquiler del local y no sobrará mucho más. Volverá a Cachoeirinha, donde tiene lijada su residencia.

Hola, ¿no?

Quien dice eso es una de las chicas sentadas a la mesa de al lado y su voz le resulta familiar. Es la más alta quien le dirige la mirada.

Lleva suelto el pelo ensortijado y él lo tenía grabado recogido en lo alto de la cabeza. Sería una tontería fingir que no la había visto hasta entonces, está enfrente de él, en la mesa de al lado, y sería igual de ridículo intentar hacerle comprender, en esas circunstancias, que solo la voz o alguna interacción más compleja podrían haberle revelado su identidad. Es una explicación que aprendió a dar más adelante, cuando ya ha convivido un poco con la persona. Al principio suelen dudar de él y la gente casi nunca se repone de una mala impresión inicial.

Dália.

Pronuncia su nombre en tono precavido, casi interrogativo. Resulta inapropiado pero es algo que no consigue evitar en situaciones como esta.

Tío, no iba a decir nada, pero estás fingiendo no verme de una forma tan descarada que no he podido callarme.

Perdona. Tenía la cabeza en otro sitio.

Entonces vives con la cabeza en otro sitio, porque ayer pasé por tu lado en la playa y también fingiste no verme.

Ahora él podría decir que vive distraído o disculparse por segunda vez, pero las dos soluciones son insatisfactorias, la primera por ser mentira, la segunda por ser injusta. Hasta hace unos años vivía pidiendo disculpas por no reconocer a la gente, formaba parte de su rutina, pero comenzó a sentirse ridículo y dejó de hacerlo. El olvido no era culpa suya. Solo le queda guardar silencio ante la indignación ajena y esperar lo que venga después. Aprendió que la mayoría de las personas no toleran no ser reconocidas. Hay quien no tiene en cuenta ese insignificante agravio, quien no se lo toma como algo personal y no se ofende y le gasta una broma y hasta se esfuerza para situarlo en el contexto de encuentros anteriores incluso sin estar al tanto de su deficiencia. Pero hay quien se siente herido y acaba la conversación sin más, llegando al extremo de no volver a dirigirle la palabra o a prestarle atención en el futuro.

Siéntate con nosotras, dice Dália.

Se acomoda de un salto en la silla libre de la mesa de las chicas. El chaval le lleva la hamburguesa con queso desempeñando con

ceremonia su papel de pequeño camarero. Ellas hablan mientras él come. Intenta participar en la conversación entre bocado y bocado. Una de las amigas, Neide, es delgada y callada. Vive en la ciudad, se ha pasado el verano trabajando en una pequeña tienda de biquinis y no sabe lo que va a hacer el resto del año. La otra, Graziela, es regordeta y bulliciosa y solo está allí de vacaciones. Volverá a Porto Alegre dentro de unos días para continuar sus estudios de Derecho. Comparadas con Dália, ninguna de las dos es atractiva. Nunca tuvo impresiones encontradas sobre un mismo rostro femenino visto en ocasiones distintas. Una mujer bonita siempre será bonita. No siempre es así para quienes recuerdan.

Después de que por la mesa pasen media docena de botellines, los cuatro pagan la cuenta y recorren el tramo de calzada que conduce a la playa. Graziela lía un porro y fuman. La arena ya se ha enfriado y la brisa marina alivia el ardor y la lasitud provocados por un día sofocante.

Marzo es el mes perfecto, dice Neide.

Es el mes de quien vive aquí, replica Dália. Lo mejor para quien se ha pasado todo el verano currando.

¡Madre mía! ¡Qué día!, exclama Graziela pausadamente. Me quedaría dos semanas más. Me quedaría para siempre.

La perfección del mes de marzo resulta ser un tema prolífico y se alarga. La perra está tumbada en la fría arena pero en un momento dado se levanta y se queda de pie delante de él, con la lengua fuera, resollando.

Creo que tiene hambre.

Chicas, hoy hay una pequeña fiesta en el bar Cachoeira. ¿Vamos?

Fijo.

Dália pregunta si tiene el coche.

No le gusta ni pizca la idea de retirarlo de la gasolinera pero responde que sí. Antes tiene que pasar por casa para dejar a la perra.

¿Ya tienes casa? ¿Dónde queda?

Señala el recodo derecho de la playa.

Allí, al pie de la colina. Delante de la farola. Las ventanas

marrones.

Te esperamos aquí, dice Graziela encendiéndose un cigarrillo.

Se levanta y agarra a la perra por el collar. Espera un instante y mira a Dália. Ella amaga una sonrisa somnolienta, los ojos entrecerrados por la marihuana.

Vale. Vuelvo enseguida.

Da unos pasos y se gira.

¿No quieres hacerme compañía?

Dália se levanta de inmediato.

Claro. Tengo que ir al baño. ¿Puedo?

Grazi y Neide miran desconfiadas.

Ahora volvemos, chicas.

¡Ya!

No tardéis.

Dália viste una falda multicolor que le llega hasta los tobillos y que oscila cadenciosamente alrededor de sus esbeltas piernas. Los movimientos circulares del dobladillo apenas dejan entrever la punta de sus largos pies calzados en unas sandalias de plástico rosa, las uñas pintadas de color burdeos. La blusa blanca de encaje y sin mangas acentúa una estrecha cintura encajada en unas anchas caderas. Hoy no lleva el collar de plata pero luce en las orejas un par de pendientes fabricados con algún tipo de filamento metálico, dos estructuras delicadas que le quedan muy bien bajo la rizada melena que le desciende por el cuello. Las farolas del paseo proyectan sobre la arena una luz potente y anaranjada. Es como ir andando de noche por un estadio vacío preparado para un concierto de *rock*. Sus sombras alargadas arrastran la cabeza dentro del mar calmo.

¿Qué miras?

Tus pendientes.

Dália se los toca.

¿Conseguiste volver de la fiesta el otro día?

¡Oh! Estaba muy colocada. No me acuerdo de casi nada. Pero al final todo salió bien, un tío me llevó a casa en coche.

¿Aquel idiota de pelo oxigenado?

Ni me hables de eso. Me enrollé una vez con él y se cree que

solo tiene que abrir la boca para volver a liarse conmigo en cuanto le apetezca.

La próxima vez no voy a dejar que te moleste.

¡Qué machote! Lo peor es que volví a enrollarme con el idiota.

El arquea las cejas y no dice nada.

¿Por qué te marchaste?

Me preocupaba un poco el coche. Y no tengo paciencia para fiestas. Esa es la verdad.

Me dejaste sola. No tuviste compasión. A mí tampoco me gustó.

¿Estás segura de que ayer pasé de largo a tu lado en la playa?

Sí, y fingiste no verme.

¿Cuándo?

Ayer por la tarde. Ibas corriendo. Yo estaba con Pablo.

¿Quién es Pablo?

Mi hijo.

No sabía que tenías un hijo.

¿No te lo había dicho? Pablito, mi amor. Sí que te lo conté, sí.

No me dijiste nada. ¿Cuántos años tiene?

Seis.

No sabía que tenías un hijo. Pero eso lo explica todo. Si hubieras estado sola te habría reconocido. Por el pelo.

Tío, eres muy raro.

La enorme zanja que desemboca en la playa antes de llegar a la hilera de cobertizos de pesca está demasiado llena de agua para atravesarla de un salto. Cerca de la vieja puertecilla de piedra hay una pasarela improvisada con una tabla. Le toca el brazo a Dália y señala con la cabeza indicando el punto por el que cruzar.

Voy a explicarte algo, Dália. Pero debes tomártelo en serio, ¿vale?

Vale.

Vamos a pasar antes por la tabla.

El cruza delante con la perra y ofrece su mano a Dália un poco antes de llegar al otro lado. La joven se levanta ligeramente la falda y toma su mano. Atraviesa la tabla de una pasada.

Soy incapaz de reconocer rostros. Por eso no me di cuenta de

que eras tú en la playa. Ni hoy en el bar.

Eso no es excusa para ignorar a una persona a la que conociste hace dos o tres días. Significa que esa persona no te interesa.

Escucha. No consigo reconocer ningún rostro. Es una enfermedad neurológica.

Dália se detiene y se queda mirándolo.

Mira bien mi cara, dice señalando su rostro. ¿No la ves? ¿No ves mi boca, mi nariz, mis ojos? ¿Es eso?

Sí que los veo. Pero no voy a registrarlos. Mi cerebro no guarda el conjunto. Tengo una lesión cerebral justo en la zona que reconoce los rostros humanos. Si desapareces de mi vista me olvidaré de tu cara de aquí a cinco minutos, o diez, o media hora con mucha suerte. Es inevitable.

Nunca oí hablar de algo así.

Es algo muy extraño.

Dália lo mira un rato más y comienza a andar de nuevo.

¿No dudas de mí?

Me has dicho que ibas a hablar en serio, así que me lo estoy tomando en serio. Pero si te estás riendo de mí en mi cara… cuanto antes lo descubra, mejor. De aquí a un momento será demasiado tarde.

En serio.

Los cobertizos están todos cerrados. Se cruzan con una pareja de jóvenes enamorados que vienen en sentido contrario, de las piedras, escuchando música electrónica débilmente amplificada en un teléfono móvil.

Así que ¿no vas a reconocerme nunca? ¿Si quiero hablar contigo tengo que ir detrás de ti y decirte Soy Dália, te acuerdas de mí? ¿Con gestos y esas cosas?

Dália pone los ojos como platos y fuerza una cómica sonrisa, gesticulando mientras habla.

No, claro que no. Tenemos muchas cosas más allá del rostro. La voz casi siempre ayuda. Y el contexto. Sé que eres la chica más alta de la pizzeria. Si fuese allí a buscarte en horario de trabajo enseguida sabría quién eres tú. A veces es una prenda de vestir que la persona

utiliza mucho y la memorizo. Una forma de andar. Tengo que estar siempre pendiente de aquello que pueda identificar a una persona, sin contar su cara. Escaneo los detalles. En tu caso, después de la estatura grabé el pelo en mi memoria. Cuanto más conozco a la persona, más fácil me resulta reconocerla. Pero siempre es un poco complicado. Ayer en la playa, por ejemplo, hubiera sido casi imposible reconocerte porque estabas con tu hijo y yo no sabía que tenías uno.

Te lo voy a presentar en cuanto sea posible.

Por favor.

Llegan a la escalera medio desmoronada que da acceso al pasaje de la piedra de Baú. Le cede el paso para que ella suba delante y la sigue arrastrando a Beta de la correa. Un fuerte olor a cloaca ronda los tortuosos escalones. Dália se encoge y da unos pasitos sin moverse del sitio.

Necesito ir al lavabo.

Así que él abre la puerta y ella se precipita en el cuarto de baño. Le pone comida y agua a la perra y la deja comiendo en el minúsculo lavadero. Coge una lata de cerveza de la nevera y abre las persianas del comedor. Dália no tarda mucho. Suena la cadena, luego se abre la puerta y ella sale hablando.

¡Vale! Un momento, ¿cómo te ocurrió algo así?

Anoxia perinatal.

Ah, claro. Solo podía ser anoxiaperi-lo-que-sea.

Durante el parto. Nací falto de oxígeno y eso me provocó una lesión cerebral. Me pasa desde que era un bebé.

¡Joder, qué horror!

No es ningún horror. Solo es un poco coñazo, a veces. En general las personas se niegan a aceptar que exista algo así. Casi nadie es tan guay como tú.

Hola, ¿sabes quién soy?, dice ella en tono de broma y poniendo cara de tonta, aproximándose y quitándole la lata de la mano. ¡No me digas que te has olvidado de mí!

Exactamente.

Dália se apoya en el alféizar de la ventana junto a él.

¿Por qué no pones un poco de música?

Quemé el equipo. La toma es de doscientos veinte.

¡Qué idiota! Bueno, tenemos que ir a buscar a las chicas a ver qué pasa con esa fiesta. ¿Tu coche está en la gasolinera?

Sí.

¿Lo has dejado allí para que te lo laven?

Lo dejé para venderlo.

¿Y quién me va a llevar ahora en coche?

Él no responde.

En realidad, me da pereza ir a esa fiesta.

Y el padre de tu hijo, ¿por dónde anda?

Un chico con una gorra y sin camisa camina por el pasaje sujetando por el collar a un pitbull jadeante, blanco y amarillo, con la bocaza abierta en una sonrisa de cocodrilo. Descienden hasta las piedras por la escalera de cemento.

Regresó a Criciúma. Es de allí. Se mudó aquí conmigo hace unos años, pero después nos peleamos y se largó.

¿Os lleváis bien?

Lo suficiente. Pablo lo adora. Pasa unos días con John dos veces al mes. Nos llevamos bien. Lo que importa es Pablo.

¿Se llama John?

Ajá.

¿Es americano?

No, de Criciúma.

El chico agarra al pitbull del collar y lanza al mar una botella de plástico llena de agua hasta la mitad. El perro estudia durante un momento el borde de la piedra y se arroja al mar en busca del juguete. El chico enciende un cigarrillo y se queda mirando cómo nada el perro.

¿Te pasa una pensión o algo así?

Dália se bebe rápidamente la cerveza y estalla en una explosiva carcajada, corta, antes de responder con desdén.

Ese solo fuma marihuana. Pero no, tengo que ser justa con él. Me da dinero cuando puede. Pero no tiene nada. Tío vago.

¿Vives sola con Pablo?

No, con mi madre. Me ayuda. Se vino aquí cuando me separé y vive conmigo. Dime una cosa: ¿reconoces tu cara en el espejo?

No sé si quiero hablar más del tema.

El pitbull sale del agua con la botella en la boca. El chico se la arranca de las mandíbulas y la lanza de nuevo a varios metros de distancia. El perro se zambulle.

No, no reconozco mi cara en el espejo. Ni siquiera sirve de nada mirar fotografías. Cuando me despierto por la mañana ya se me ha olvidado.

Debe de ser super raro. Afeitarte, cortarte el pelo, ¿no cambia nada?

No. Pero mi madre siempre dice que estoy mejor sin barba, y yo la creo.

¿Y sabes si una persona es atractiva, si está triste, enfadada, ese tipo de cosas?

Sí. Puedo saberlo si estoy mirando a la persona. Normalmente veo las emociones. Y sé cuándo la persona es guapa o lea, joven o vieja. Normal. Pero me olvido de la cara. Me acordaba de que eras guapa. En casos así mola volver a ver a la persona.

Ella entrechoca su hombro con el de él.

No te acordabas de nada. Me estás piropeando solo para quedar bien.

Permanecen un rato mirando la sesión de ejercicios del pitbull, que parece interminable. Vuelve la cabeza y observa que Beta se ha acomodado en su toalla en la otra punta del comedor, junto a la puerta de entrada.

A veces siento que esa perra me está espiando.

¿Qué?

Nada, una tontería.

Si pasase aquí la noche, ¿no me reconocerías mañana? ¿Sinceramente? No.

Eres la única persona del mundo con una buena disculpa para eso.

Dália deja la lata vacía en el alféizar y se da la vuelta hacia él. ¿En serio? ¿No me reconocerías?

Nunca me ha pasado.
¿Ni aunque fuese una noche muy, muy buena?
No voy a darte falsas esperanzas, Dália.
¿Qué sería de nosotros sin falsas esperanzas?

Despierta sin abrir los ojos. Está el calor, el olor y un recuerdo nítido de todas aquellas cosas que no solo prescinden de un rostro sino de la propia visión. El peso es una de sus sensaciones favoritas. La identificaría en el acto si ella se tumbase sobre él mañana por la mañana o de aquí a un año, da igual. Es la forma en que un cuerpo se mueve. Si está en contacto directo con el suyo, si puede asirlo con firmeza utilizando las dos manos en los diversos puntos en que se articula y leer de esa forma sus movimientos voluntarios e involuntarios, suaves y bruscos, repetidos o no, podrá retener para siempre una imagen táctil que le dirá mucho más que cualquier estímulo visual sobre cómo esa persona se encoge y se estira, cómo pide y rechaza, cómo se aproxima y se aparta. Ella tiene clavículas salientes, un buen culo, piernas larguísimas y musculosas. Pelo áspero y el sudor un poco amargo como de café aguado. Hálito de leche con azúcar. La manera en que hace uso de los dientes. La autoconciencia corporal de las mujeres bellas limita sus movimientos. Una colección de pequeñas vergüenzas y retraimientos que van desapareciendo en parte, poco a poco, en la penumbra cada vez más reveladora del cuarto mohoso. El retraimiento da lugar a una cierta sumisión. La diferencia es sutil. Lo recordará todo. La luz de la habitación apagada y la de la cocina encendida filtrándose por la puerta abierta. Agonía en los pies cuando intentó besarlos. Una tensión en todo el cuerpo que tardó en ceder. Ella clava las uñas levemente, da golpecitos. Cuando su mano prende alguna cosa las puntas de los dedos presionan alternativamente como si intentaran recordar cómo se interpreta una melodía al piano. Quizá lo toque o lo tocase cuando era niña. Si uno lo piensa, el repertorio de caricias de una persona es conmovedor. Porque uno toca a los demás de esta manera o de aquella. Depende de tantas cosas. De lo que

imaginamos que debe de ser bueno, de lo que nos dijeron que era bueno, de lo que nos hicieron y nos gustó, de lo que es involuntario, de lo que es nuestra forma de gustar y punto. La chica goza prácticamente en silencio o, pensándolo bien, en silencio total. Y con los ojos cerrados. No dice ni pío. Se pueden oír las olas. De todo ello no olvidará el más mínimo detalle. Permanecerá en la memoria durante unos meses o años para ser evocado y remitirá solo a ella. Cataloga con asombro renovado las innumerables maneras en que el mundo es capaz de revelarse a sus sentidos. Nada se pierde, a no ser los rostros. Dália duerme sin hacer ruido a su lado, emanando calor, el trasero descansando en su cadera, la espalda en su hombro izquierdo, las olas golpeando, casi, en la ventana. Se acordará de todo.

El gimnasio Swell se halla al principio de la vía de acceso a la montaña Silveira, un poco antes de la sinuosa senda que atraviesa el monte por la mitad y que permite el paso a la playa que queda al otro lado. En cuanto cruza el portón de entrada se encuentra con una pequeña construcción cuadrada de gruesas tablas de madera que alberga una cafetería con mesitas redondas también de madera. Atisba por la puerta y ve a la camarera detrás de la barra, una chica de rasgos indígenas y pelo negro liso. La joven le explica en castellano cómo llegar a la recepción. Recorre el paso pavimentado de cemento a lo largo de un edificio ancho y alto con paredes de ladrillo descubiertos y tejado de amianto que a juzgar por las dimensiones y por los ventanucos empañados debe de alojar la recién inaugurada piscina cubierta. Abre la puerta acristalada del pabellón situado al final del terreno y entra en la recepción. A la izquierda hay una gran sala de musculación. Media docena de clientes flexionan sus miembros en aparatos de musculación anticuados. Ve macetas con plantas por todas partes y algunas reproducciones coloridas de lo que cree son divinidades hindúes en las sucias paredes, criaturas de facciones femeninas o paquidérmicas con una serenidad un tanto arrogante estampada en el rostro, felices

y eróticas, algunas con la piel azul y múltiples brazos rollizos con manos de dedos finos blandiendo tridentes u otros objetos rituales. La vespertina claridad irradia un reflejo dorado en las paredes y en los aparatos metálicos y el grato clima de un día de marzo dispensa del uso del aire acondicionado. Es un ambiente atípico para un gimnasio y recuerda más a un templo religioso en el que se practica el ejercicio físico como ritual de iluminación. Altavoces ocultos emiten bajito un *reggae* que suena fuera de lugar. La rubia sentada tras la pequeña mesa le da las buenas tardes.

Buenas tardes. Me han dicho que acaban de abrir aquí una piscina.

La chica le tiende un folleto fotocopiado con los horarios y precios del gimnasio y de la piscina.

¿Sabes si necesitan un profesor de natación?

¡Oh! Tendrás que hablar con Panela.

Panela.

El dueño.

Intercambian una sonrisa.

¿Y dónde está Panela?

Tiene que llegar en media hora. O puedes volver por la noche y hablar con su socio.

La joven contiene la risa y se lo queda mirando. Es un tanto regordeta y tiene una cara pecosa y arrugada por el sol. La nariz es una bolita. Escucha ruidos semejantes a explosiones procedentes de la piscina, como si alguien estuviese golpeando la superficie del agua con una pala. La rubia tiene los brazos cubiertos de tatuajes de colores. Luce una ola estilo pintura japonesa, un brazalete tribal, un delfín. Esboza una sonrisita cómplice.

¿Voy a tener que adivinar el nombre del socio?

También tiene un apodo. Intenta adivinarlo.

Se me ocurre algo pero temo equivocarme.

Tábua.

No puede ser.

Pues sí. Tábua es quien viene por la noche.

Los dos sonríen en silencio, mirándose como si fuesen íntimos y

tuviesen un plan para vengarse de alguien. Resulta una sensación agradable sin motivo alguno.

Vale, voy a esperar a Panela[2].

Vale.

¿Puedo echar un vistazo a la piscina?

Claro.

¿Cómo te llamas?

Débora.

El edificio de la piscina parece mucho más reducido por dentro que por fuera, está lleno de vapor blanco y se respira un fuerte olor a cloro y cerámica. Inspira el aire tibio, húmedo y un poco cáustico. Es como entrar en casa. En medio del ambiente de las piscinas cubiertas siempre recuerda las sesiones domésticas de nebulización que realizó durante un breve período de su infancia para tratar una bronquitis, una máscara de plástico verde, la máquina ruidosa como un pequeño motor de piscina, la mirada aprobadora de su madre supervisando las curas. La piscina semiolímpica es la más estrecha que ha visto en su vida, con solo tres carriles demarcados por líneas de azulejo azul marino, y todavía sin corcheras. Hay un nadador en cada extremo. Ambos respiran con dificultad en el violento oleaje. El nadador de la izquierda es más viejo y más grueso y lleva un visor para buceo amarillo en la cabeza y aletas en los pies. Es el responsable de los explosivos golpes que había oído en la recepción. El hombre estira completamente el brazo derecho fuera del agua, muy despacio, como si quisiera proyectar la mano a la mayor distancia posible del cuerpo, deja el brazo un segundo en esa posición y luego lo hace descender a una velocidad supersónica, como el brazo de una catapulta, golpeando la superficie con un estruendo ensordecedor y salpicando agua en un radio de varios metros. El brazo izquierdo no llega ni a salir del agua y realiza un movimiento atrofiado que no genera ninguna propulsión. De no ser por las aletas en los pies, el hombre apenas se movería del sitio. Las piscinas del mundo entero están llenas de este tipo de casos cómicos y extremos que rara vez pueden ser remediados. El nadador de la derecha es más joven y nada bien. Mantiene un ritmo constante,

respiración cuatro por uno, pero no acaba de mover bien las piernas y abre demasiado la brazada derecha. Vira de forma ágil y fluida, sube rápido a la superficie, atraviesa de nuevo la piscina y se detiene en el borde, jadeante, consultando el reloj de pulso para contar el intervalo antes de la siguiente serie. Veinte segundos. Es una serie de cien metros y el joven cierra cada una en un minuto y medio, algunas en uno veintiocho, uno veintisiete. En cuanto ve al hombre nadar no puede evitar contar los segundos en la cabeza. Manía de nadador. A lo largo de los años su reloj interno se ha vuelto preciso, casi infalible.

Un barbero de Ambrosio, Zé, llama interesado en comprar el Fiesta a primera hora de la tarde del viernes. Ambos se encuentran en la gasolinera. Zé revisa el coche por dentro, inspecciona el motor y dice que tiene dinero para pagar en efectivo. De allí se van directos en el auto a Laguna para tramitar la transferencia del vehículo y el depósito. Tardan menos de dos horas en llevar a cabo toda la operación y regresan a Garopaba. Aparcan frente a la peluquería. Entrega la llave y los documentos al nuevo dueño y pide una Coca-Cola en el bar anexo al local. El barbero le ofrece afeitarle la barba.

Gracias, pero me la estoy dejando crecer.

¿Quieres que te la recorte?

¿Qué quiere decir?

¿Recortar? Recortar la barba. Arreglarla.

Arreglarla, ¿cómo? ¿Dejándola más corta?

¿Nunca te has recortado la barba?

Nunca me la he dejado crecer.

Un borracho con la cabeza rapada bebe cerveza solo, de pie en la barra, masculla algo incomprensible y mira al vacío. Sus ojos húmedos brillan en el rostro rojo e hinchado.

¿Desde cuándo te la estás dejando crecer? ¿Desde hace tres meses?

Dos y poco.

Te la tienes que recortar. Para que crezca bien.

Mejor no.

Cortesía de la casa.

Explícamelo bien.

Solo hay que rebajarla un poco con las tijeras, hacer el contorno aquí, en el cuello, y aquí, en la cara.

Zé pasa los dedos por las líneas donde pretende trazar el contorno. Es un hombre de casi sesenta años, bajo, de pelo gris y piel arruinada por el sol. Parece reírse en secreto y él se dá cuenta de que tuvo la misma impresión al conversar con otros habitantes del pueblo.

Entonces arréglamela, pero no me cortes de largo.

La operación lleva su tiempo. El barbero trabaja a cámara lenta. La silla reclinable ocupa el centro del reducido y sencillo ritual con una ventana abierta a la luminosidad deslumbrante de la calle. Hay una banqueta de tablas de madera bajo la ventana, una cajonera baja y un espejo cuadrado con marco de plástico naranja colgado de la pared. No hay ni rastro de instrumentos de trabajo a la vista. Zé regresa del pequeño cuarto de baño contiguo con una palangana llena de agua humeante y una navaja. Aplica una toalla caliente en su rostro y la retira solo cuando comienza a enfriarse. No hay prisa. Por la ventana ve al hombre que bebía cerveza en la barra salir tambaleante del bar y atravesar la calle. El borracho entra en la cabina de un camión blanco aparcado al otro lado de la acera, arranca el motor y se marcha conduciendo. Zé le extiende espuma en el cuello y en los pómulos con una brocha de afeitar. Largos intervalos de tiempo separan los preciosistas movimientos de la navaja.

¿Estás viviendo en Garopaba?

Sí, me mudé hace poco.

¿Haces surf?

No. Solo nado.

¿Y qué has venido a hacer aquí?

Vine a vivir. No vine a hacer surf ni a huir de nada. ¿No es eso lo que dicen que todos vienen a hacer aquí?

Si alguien lo ha dicho, no he sido yo. Yo no sé nada de nada.

El próximo lunes empiezo a dar clases de natación en el gimnasio.

¿Nadas en el mar?

Sí.

Ten cuidado, que está empezando la época de la pesca del mújol. Los pescadores te van a echar del agua.

Ya me han avisado.

Después de terminar con la navaja Zé le pasa una toalla seca por la cara y se empapa las manos en una colonia rosa que desprende un vapor alcohólico.

¿Sabes cómo reconocemos aquí a un gaucho?

Zé señala con la cabeza los pies de su cliente, colocados en el apoyo de la silla reclinable.

Si mueve el pie un poquito es gaucho.

Entonces vamos a ver.

La colonia arde con fuerza en el cuello pero él no mueve los pies.

No eres un verdadero gaucho.

Zé devuelve la silla a su posición original y entra en el lavabo. Él se levanta, mira su rostro en el espejo. Advierte los contornos bien definidos y la piel un poco rojiza por la hoja de la navaja. Es difícil notar la diferencia. No recuerda bien cómo estaba antes.

¿Te quedas a tomar una cerveza?, lo invita Zé cuando sale del cuarto de baño.

Tengo que irme. ¿Cuánto es?

Ya te dije que era gratis, muchacho.

Es verdad. Ha quedado muy bien, gracias. Cuida bien de mi coche. Si te da algún problema los primeros días me avisas. Buen fin de semana.

¿Quieres que te lleve?

Gracias, voy a pie. Es justo ahí, en la playa.

Si quieres comprar un terreno por aquí tengo tres lotes en Siriú.

Lo tendré en cuenta.

Da la mano al barbero y sale a la calle. El sol pasa por detrás de la montaña y sopla una brisa fría en la dirección del océano. Anda un poco, da media vuelta y entra de nuevo en la barbería.

Señor Zé. ¿Usted es de aquí, de Garopaba?

Así es.

¿Siempre ha vivido aquí?

Casi siempre. Viví unos años en São Paulo.

A finales de los años sesenta mi abuelo vivió un tiempo aquí. Lo llamaban Gaudério. ¿Le suena?

Gaudério, Gaudério…

Zé se queda un momento callado y después se gira y entra ni el bar diciendo que va a llamar a su esposa. La mujer lleva un collarín ortopédico y quiere saber quién es él y por qué busca información sobre su abuelo. Responde que solo está investigando una historia familiar, que solo es por curiosidad. Le pregunta si anda por ahí haciendo preguntas con respecto a su abuelo y cuando le contesta que sí, que preguntó a algunas personas, ella quiere saber a quién. La mujer no sonríe pero tampoco transmite agresividad. Da la impresión de estudiarlo y llega a ladear un poco la cabeza, a pesar del collarín. A veces tiene la sensación de que debería grabar para siempre el rostro de ciertas personas que no significan nada para él y que probablemente jamás volverá a ver en su vida, una dependienta de farmacia, el primo de alguien que asiste a una fiesta y que solo está de paso por la ciudad, otro paciente sentado en la sala de espera del dentista, y esa necesidad intuitiva nunca se justifica en el futuro, a fin de cuentas, o por lo menos no recuerda que alguna vez se haya justificado, pero en el momento en que surge parece ser imperativa como es ahora el caso delante de esta mujer con el cuello inmovilizado y sin ninguna característica facial ni corporal que destaque, una mujer tallada para no ser recordada o ni siquiera imaginada. Decide mentir. No se acuerda de a quién preguntó. Solo a uno o dos desconocidos en el barrio de los pescadores. Ella no dice nada más y desaparece de nuevo por la puerta del fondo del bar, por cuyo resquicio es posible adivinar un salón de estar con un sofá desgastado y las paredes azules. Zé se apoya con los dos brazos en la barra. La atmósfera del bar se vuelve oscura de repente. Se ha hecho de noche. El barbero habla bajito.

No le hagas caso. Me acuerdo de Gaudério.

¿Lo conoció?

No, solo me acuerdo de él. Un hombre que vivió en una granja cerca de la iglesia, allí donde edificaron las casas de la urbanización. Yo no tenía ni veinte años cuando pasó por aquí. Una vez le dio dinero a mi hermano para que le arreglara una bicicleta, una de marca Barraforte de color marrón que solía utilizar.

¿Cómo se llama su hermano?

Dilmar.

¿Hay alguna forma de hablar con él?

No. Murió.

¿Es verdad que asesinaron aquí a mi abuelo?

No lo sé. No vayas por ahí preguntando esas cosas.

¿Por qué?

Porque no se habla de ese tipo de cosas. No importa si lo mataron o no. Lo que la gente no sabe después de un tiempo es porque no quiere saberlo. ¿Entiendes lo que digo?

Mira a Zé un momento, después asiente con la cabeza.

Eres un buen chico. No remuevas el tema. Vuelve cuando te canses de la barba y te la quieras afeitar.

No te preocupes.

Que vaya bien.

Gracias, a ti también.

Ahora entiendo por qué me pareció que te conocía de algo.

¿Qué quiere decir?

Te pareces mucho a Gaudério.

Sí, ya lo sé.

Alguien se va a dar cuenta. Ya deben de haberse dado cuenta.

Nadie se acuerda de él. Es como si no hubiera existido.

Hay gente que se acuerda. Si quiere. Para acordarse hay que querer hacerlo.

¿Y por qué no iban a querer acordarse de él?

No importa. Tan solo acuérdate de lo que te he dicho antes.

Agradezco la preocupación. Pero creo que voy a llegar hasta el final del asunto.

Este sitio es una bendición. Rodeados de toda esta belleza. ¿Eh,

gaucho? Uno puede llegar a ser muy feliz aquí.

4

Las noches frías torturan al verano con una muerte lenta. Dália apoya la taza de café con leche en las piernas estiradas sobre el pequeño sofá de lona del salón del apartamento de la planta baja, viendo por la ventana la superficie cristalina de un mar indolente que da la impresión de estar estirando la espalda como ellos y esperando a que suba el sol que lo caliente. Está sentado en el sofá de tela pegado a la pared opuesta, pero el comedor es tan diminuto que podrían tocarse si estirasen las manos. Observa el pelo crespo de Dália, el perfil de líneas delicadas para un rostro tan ancho, la cresta del labio superior respingón a contraluz. Disfruta en silencio del placer de tener tan cerca a una mujer tan bella. Sopesa las circunstancias que la llevaron hasta aquí como si fuese obra suya. Niños del pueblo pasan riendo y gritando frente a la ventana, descalzos y en ropa de baño, eufóricos, arrastrando palos y cañas de pescar rústicas, cargando paquetes de galletas y cubos de plástico de colores, observando sin vergüenza el interior del apartamento. El cielo está azul pero de algún modo se sabe que va a llover. Semanas en Garopaba ya le permiten inferir esa clase de lectura meteorológica intuitiva a partir de señales que todavía ni sabría nombrar, la dirección del viento, la humedad dentro de la casa, el comportamiento de los pájaros, el ruido de fondo del océano. Dália enciende con el dedo gordo del pie el pequeño televisor de la señora Cecina situado encima de la cómoda, cerca de la ventana, diciendo que quiere ver los dibujos animados de la programación matinal. Quien aparece en la tele es Ana Maria Braga, y él le advierte de que

el aparato se apagará solo como máximo en un minuto, lo que de hecho sucede. Lleva así desde su segunda semana en el apartamento y la señora Cecina le ha explicado que se trata de un defecto común provocado por la humedad marina, que ya empieza a oxidar también el cuchillo de carne que su padre le regaló y a recubrir las superficies con una película aceitosa que corroe metales de todo tipo a una velocidad alarmante por más que se tomen medidas para protegerlos. La puerta está abierta y escucha fuera los pasos firmes de Beta, las uñas largas de la perra raspando el cemento de la entrada y más tarde la cerámica beis del suelo del comedor. Chasquea los dedos, lanza un corto silbido y la llama, casi todo al mismo tiempo, pues no sabe exactamente cómo prefiere que la llamen ahora que ya no dispone de los gestos conocidos de su padre. La perra se aproxima. Hace algunos días que atiende con más entusiasmo a sus llamadas y que lo acompaña por la calle sin necesidad del collar. Le gusta la responsabilidad de cuidar de ella, la simplicidad objetiva de la misión de animar a la perra y mantenerla con vida. Beta se arrima y él le acaricia la parte superior de la cabeza, desliza la mano a lo largo del pelo corto y espeso del lomo, de un gris oscuro azulado y salpicado de motas color óxido.

Acarícíale detrás de la cabeza, dice Dália. Le gusta.

¿Cómo sabes que le gusta? Mi padre no lo hacía.

Beta, Beta, ven aquí.

La perra parte de inmediato al encuentro de Dália. Cuando está cerca, Dália la agarra por la piel de la parte de atrás de la cabeza y la suspende en el aire, una maniobra que parece violenta, poco apropiada para un animal adulto.

¡No hagas eso! Le vas a hacer daño.

¡Qué va! No sabes nada de perros.

Dália coloca a la perra en su regazo.

Así la llevaba su madre cuando era un cachorro, ¿no es cierto? Cuéntaselo, Beta.

Dália frota con vigor la nuca de la perra, agarra la piel medio suelta que los perros tienen ahí y la fricciona con las puntas de los dedos. Beta retuerce el cuello, cerrando sus ojitos.

¿Lo ves? A todos los perros les encanta. Cuando les tocas aquí, se acuerdan de su madre.

Comienza a sonar el móvil de él. Se levanta y coge el aparato de la encimera de la cocina.

Adivina quién soy.

Mamá, ¿quién va a ser? Fíjate en la física cuántica.

Sale fuera del apartamento a atender la llamada. Es una repetición de todas las conversaciones recientes. Comienza con un par de cuestiones prácticas relativas al inventario, la herencia, las deudas o el destino que darán a alguna de las pertenencias de su padre, y luego le recrimina su presencia en Porto Alegre y lo compara con su hermano mayor, comparación siempre favorable al segundo y acompañada de un fracasado intento por disimularla. Procura pasarlo por alto pero acaba protestando y prima un esfuerzo conjunto de concluir la conversación a toda prisa para no terminar de un modo realmente desagradable. Antes de colgar ella le pregunta si volverá para el día de la Madre. Él se irrita con la elección del verbo «volver», y ella arguye que solo es una forma de hablar, que no hace falta que se exalte. El afirma que no está exaltado, y realmente no se siente exaltado. La sensación podría más bien ser descrita como cansancio. Añade que todavía no lo sabe y que ya le dirá algo cuando se acerque la fecha. Después de cortar cae en la cuenta de que, por primera vez, nadie la va a llevar a almorzar por el día de la Madre. Quien venía cumpliendo con esa función era él. Casi vuelve a llamarla.

¿Todo bien?

Sí.

¿Te llevas bien con ella?

Sorprendentemente, sí.

Debe de haber sido una putada para ella quedarse allí sola.

Está bien. Mi padre le dejó algunas cosas en el testamento y está haciendo de mediadora entre mi hermano y yo, porque no me hablo con él. Goza de buena salud para su edad, y está saliendo con un tío con pasta, su familia tiene una notaría. Y de todos modos el hijo que más le importa es el otro. Yo era el que estaba a su disposición

últimamente. Ya se acostumbrará.

Pero ella y tu padre estaban divorciados, ¿no?

Sí.

¿Y por qué no te hablas con tu hermano?

No vale la pena hablar de eso.

Deja el móvil encima de la mesa y se sienta en el suelo al lado del sofá, junto a ella. Uñas largas le acarician la nuca.

¿Será que a él también le gusta, Beta?

Él suspira y nota cómo su cuerpo se relaja poco a poco bajo el efecto de las ondas de placer que irradian de la parte superior de la espalda hasta la punta de los dedos.

Quería pedirte una cosa, dice Dália.

Había buscado otro empleo y a partir de la semana entrante iba a trabajar en una tienda de ropa de playa en Imbituba. Una amiga suya que vive en Silveira es directora de una sucursal de Itaú en esa ciudad y la traerá de vuelta en coche todos los días, lo que le permitirá llegar a tiempo para currar en la pizzeria. Necesita el dinero extra para mudarse a Florianópolis y estudiar en la universidad, un plan que se ve forzada a posponer para el año que viene. Su madre tiene diabetes y camina mal y necesita que alguien vaya a buscar a Pablo al colegio al final de la tarde y lo deje en casa, cosa que ella ya no tendrá tiempo de hacer.

Puedo hacerlo, claro.

Lo voy a buscar en bici. Está acostumbrado. Va sentado en el cuadro o en la parte de atrás. Le gusta. Pero si te supone un gran inconveniente, no es necesario. Es que ahora no tengo a quien pedírselo.

Algo en el conjunto de ese instante lo conmueve. La perra parece estar contenta y en paz por primera vez desde la muerte de su padre. Dália está confiando a su cuidado al hijo a quien todavía no conoce. Quizá sean las prisas con las que ella busca plantar una bandera en su vida, o tal vez simplemente quiera quedarse solo y lo domine ahora una carencia momentánea, o puede que en el fondo él no la soporte, no tiene un diagnóstico preciso, pero asoma una sensación muy vivida de que la relación íntima que estaba naciendo

entre ellos comenzó su fin en ese mismo instante. Preferiría estar equivocado. Y al mismo tiempo mantiene una coherencia interna reconfortante en la manera en que uno ya ha influido en la vida del otro de un modo irreversible, algo bueno que ya se instaló y está protegido, que deberá perdurar aunque esas mañanas se interrumpieran ese mismo día.

Lo voy a buscar. No hay problema.

Solo hasta que consiga a otra persona. No quería pedírtelo.

Iré a recogerlo el tiempo que haga falta. No te preocupes. Aunque sería bueno conocer antes al chaval.

Mañana quedamos, ya te llamo. ¿Cómo lo vas a reconocer en el colegio?

Siempre hay un modo. Deja que lo conozca primero.

Tiene las orejas grandes.

Ya me las apañaré.

Vale.

Instalaré una sillita en la bici para llevarlo.

No hace falta. Va sentado en el cuadro. Nunca…

Dália interrumpe la frase y no añade nada más. El *Lendário* toca su pitido largo y estremecedor, una, dos veces, conforme turistas apresurados cruzan por el pasaje frente a la ventana. Son parejas y pequeñas familias que quieren aprovechar los últimos paseos en velero de estos últimos fines de semana de calor. La conciencia de que esta es una bella mañana soleada de sábado antes de una tarde de lluvia de finales de marzo está estampada en sus ojos y en su actitud reverente hacia la gran embarcación. Se arrodilla junto al sofá de la chica y la besa. El café con leche amargo sabe bien en la saliva de Dália. Echan a la perra, cierran las persianas del comedor, se quitan la ropa y, rápido, se meten en la habitación. El ronquido del motor diésel atraviesa las paredes, el silbido se repite y el barco zarpa. Una nube oculta el sol detrás de las persianas cerradas y el cuarto se oscurece poco a poco. Se coloca encima de ella, pegado. Dália goza sin hacer el menor ruido pero una lágrima asoma en cada uno de sus ojos. Ella se pone de lado y aspira.

Mierda.

¿Pasa algo?

No. No pasa nada. Cuando pongo cara de puta es que todo va bien.

La nube destapa el sol. Ella se gira de nuevo y pone la mano en su pecho.

Finge que no he dicho nada.

Se tarda diez minutos, pedaleando no muy deprisa, en completar el trayecto entre la Escuela Municipal de Pinguirito, donde Pablo estudia primero, y la casa de Dália, pero hoy se desvía para pasar por la heladería Gelomel antes de entregar el niño al cuidado de su abuela, a quien hace pocos meses le amputaron el pie por culpa de una úlcera diabética. La mujer siempre lo invita a comer pastel y a tomar zumo. A veces acepta. Le gusta a la madre de Dália. Confiesa que es un poco bruja y alega haber soñado con él antes de conocerse personalmente, quizá influenciada por todo aquello que Dália le había contado de él[3]. En cada visita añade algunos detalles al sueño, algo que recordó o nuevas interpretaciones que hizo. Él dice que no cree en esas cosas aunque a ella no parece importarle. A veces tiene la sensación de que la madre de Dália se inventa los sueños mientras habla.

Todavía está pedaleando camino de la heladería por la avenida principal cuando, al pasar por un terreno en la esquina que queda delante del supermercado, oye un grito y un golpe sordo. Dos hombres arremeten contra la pared de un quiosco semiderruido a patadas y con una almádena enorme. Nunca había prestado mucha atención al local pero está seguro de que ayer el quiosco estaba intacto. El hombre que empuña la almádena, un calvo barrigudo de piel parda y camiseta amarilla, cuerpo en forma de pera, brazos cortos y hombros ausentes, hace señas al chico acomodado en la sillita de la bicicleta y vocifera.

¡Hey, Pablito! ¡Viva la tricolor!

El niño levanta el puño y grita ¡Tricolor!

Llegan enseguida a la heladería. Apoya la bicicleta en la puerta

de vidrio y desabrocha el cinturón de seguridad de la sillita.

¿Quién era el hombre de la almádena?

Bonobo.

¿Bobo?

No, ¡Bo-nooo-bo!

En la heladería Pablo llena su cuenco de poliexpán de bolas de helado de coco, uva y *stracciatella*. Y para coronarlo, gominolas en forma de dentadura y una buena dosis de leche condensada. Según su madre, puede colocar lo que quiera en el cuenco siempre que no sea una cantidad exagerada. No puede pasar de cinco reales. Pablo es un niño de trato fácil, por lo menos en lo que a él respecta. No se queja de nada ni pide cosas extravagantes. Dália dice que a veces es cabezón e hiperactivo y cree que puede ser bipolar o algo así. Nunca reconoce al niño entre las docenas de chavales cuando entra en el patio del colegio, pero el chico coge la mochila y sale disparado hacia él. Basta con entrar y esperar un poco.

Pablo saca de la mochila de Bob Esponja las gafas de natación que él le regaló el día en que se conocieron. Desde entonces él es el Tío de las Gafas. El niño se las pone y ataca el helado. Los dientes de leche se mezclan con los permanentes en la boca manchada de helado derretido.

¿Qué, Pablito, ahora vas a aprender a nadar?

No.

Yo te enseño.

Vale.

Puedes utilizar las gafas para protegerte los ojos cuando vayamos en bicicleta. También sirven para eso.

Vale.

Toma un camino alternativo por calles interiores y deja al niño en casa. Hoy no se queda a tomar zumo y a comer pastel. No quiere saber por qué es un vampiro. A la vuelta pasa de nuevo por la esquina donde los dos hombres intentaban demoler la pared. Ahora tratan de levantar un congelador con el logotipo de los helados Kibon para colocarlo en la parte de atrás de una pickup. Ve que están fracasando. El hombre sin hombros que había hecho señas a

Pablo gira la cabeza en su dirección y grita.

¡Hey, tío! Necesitamos que nos eches una mano. ¡Rápido, rápido!

Frena la bicicleta y examina la escena. Han echado abajo con la almádena dos paredes del quiosco. Hay vidrio hecho trizas, fragmentos de ladrillo, cemento pulverizado, barras de hierro, escuadrías de madera y diversos destrozos esparcidos por una buena área alrededor de la construcción. En uno de los extremos del terreno próximo al muro de la casa vecina descansa la carrocería abandonada de un viejo Volkswagen escarabajo beis arruinado por el óxido y por la exposición al clima. Una docena de latas de cerveza abolladas yacen esparcidas por la hierba aplastada, que parece haber sido pisoteada por una manada de turistas durante la temporada de verano. Cerca del quiosco hay una botella de vodka Smirnoff Vanilla llena hasta la mitad. Ambos hombres tienen los tendones del cuello salidos y el congelador se les está resbalando de las manos. Abandona la bicicleta en el suelo y va corriendo a ayudar.

Acércate, dice Bonobo. Tenemos que poner el congelador en la parte de atrás de la pickup pero está jodido. Ayúdanos, que está a punto de caerse.

Buenas, saluda el otro hombre. Parece un poco mayor. Tiene un tupé teñido de negro, un mentón muy fino, dientes amarillos y un rostro quemado por el sol con arrugas y pliegues profundos. Aros pequeñitos en ambas orejas. Viste bermudas de surfista cuadriculadas azul y negro y un polo inmundo y empapado en sudor.

Este es Altair, dice Bonobo en cuanto él agarra el congelador por debajo y ayuda a levantarlo. Después de algunos empujones y ajustes más, la caja de hierro queda bien instalada en la parte de atrás de la pickup.

Gracias por la ayuda, colega. Te vi pasar con Pablito detrás. ¿Te estás tirando a Dália?

Así es.

Guay.

Pero ¿de dónde has salido?, pregunta Altair. Eres nuevo aquí, ¿verdad?

Explica que se mudó hace poco a la ciudad, cuenta toda la historia. Los dos escuchan sin oír. Están sin aliento, exhaustos, alucinados por el alcohol y el esfuerzo físico. La camiseta amarilla que viste Bonobo, de mangas negras con rayas también amarillas, descolorida y llena de manchas y rasgones, es del Gremio.

Nadie recuerda esta camiseta, dice él con orgullo. Es de portero. Gomes y Sidmar la utilizaron en el noventa y uno.

Bonobo lleva un collar de bolitas marrones arrugadas que recuerdan algún tipo de nuez y viste en las piernas una pieza de color indefinido que no hay forma de saber si se trata de unas bermudas largas o de unos pantalones cortos.

¿Qué estáis haciendo aquí?

Estamos echando abajo el quiosco, dice Altair.

Sí. Pero ¿por qué?

Altair tiene que devolver la parcela mañana a las dos de la tarde, dice Bonobo. Sin el quiosco. Lo exige el contrato.

Entre tragos directos a la garganta de la botella de Smirnoff Vanilla, le explican que Altair alquiló el terreno a mediados del año pasado para abrir un negocio durante la temporada de verano. Construyó un quiosco con un pequeño préstamo del banco y la venta de una moto. Utilizó a los amigos como mano de obra. La construcción se retrasó y solo estuvo terminada después de Navidad, cuando los turistas ya habían llegado, y de repente tenía una deuda y un quiosco vacío en una de las mejores esquinas de Garopaba cuando más movimiento había en la ciudad. Consiguió concertar a toda prisa una entrevista con un representante de helados Kibon y en pocos días recibió el congelador de la marca en régimen de comodato. En vísperas de Año Nuevo tenía en exposición una docena de tablas de surf fabricadas por un amigo suyo que vivía en Ferrugem. La segunda semana de enero el quiosco ya contaba también con un *stand* de adornos y bisutería elaborados por una conocida pareja itinerante de *hippies* que todos los veranos se instala en la ciudad, tres mesitas de metal y una nevera de Skol llena de cervezas de Amber y una camilla para masajes donde Lisandra, una voluptuosa joven de Goiás que vive en Garopaba desde hace tres

años, practicaba masoterapia, quiropráctica, drenajes linfáticos y reiki a cualquier hora. Por la noche, el quiosco pasó a tener como atracción a grupos de samba, pagode, *reggae* y música popular brasileña. Las ruedas de samba eran especialmente animadas y acababan de madrugada con todo el mundo ocupando el espacio de alrededor del quiosco y desperdigado por las aceras y hasta en medio de la carretera, lo que obligaba a la policía a aparecer algunas veces para poner fin a la fiesta. El 22 de enero Altair organizó la Moraga del Quiosco para celebrar la primera luna llena del año en la arena de Ferrugem, próxima al monte del Indio, y atrajo a centenares de veraneantes sedientos de cerveza, cócteles refrescantes, masajes y drogas, que también él proporcionaba. Vendió todas las tablas de surf a precio de guiri. Todo se vendía como rosquillas: los helados, los pendientes, las pulseras de corteza de coco, las cervezas. Las caipiriñas de kiwi y sake, las famosas manos de Lisandra con sus sesiones casi eróticas, los tripis, el speed. El quiosco se convirtió en punto de venta de entradas para las principales fiestas del verano. Antes de finalizar enero había hecho pasta suficiente para pagar el alquiler del terreno. Antes de mediados de febrero ya había devuelto también el préstamo. No quiso decir qué beneficio obtuvo pero dio a entender que no necesitaría trabajar hasta el próximo verano y que se compraría otra moto mucho mejor que la anterior. Ahora, a finales de abril, tenía que devolver la parcela en el mismo estado en que la había alquilado. El dueño no quería saber nada del quiosco.

¿Por qué no pagas a alguien para que demuela el quiosco?

No quiero gastar dinero en eso.

Altair sabe mucho, tío, dice Bonobo soltando la botella de vodka aromatizado y tomando la almádena. Sabe mucho. Recula unos tres pasos, se echa la almádena a la espalda y con un movimiento de amplitud asustadora que explora el límite de la poca envergadura de sus brazos arremete con todas sus fuerzas contra una de las paredes todavía en pie. No cae ningún pedazo, ni siquiera consigue hacer una hendidura, pero la superficie enfoscada oscila a gran frecuencia y fragmentos de tinta seca y cemento vuelan para todos lados con un golpe sordo que resuena dentro de su cabeza y desciende por la

garganta hasta el estómago. Bonobo asesta unos golpes más, suelta una carcajada diabólica e improvisa un bailecito.

Inténtalo, tío. Es superjodido.

Golpea la pared con todas sus fuerzas. El impacto le sube por los brazos, hace temblar su espina dorsal. Hay un placer estático en transferir tanta energía de un solo golpe al montón de ladrillos y cemento, y la estructura parece ablandarse un poquito más.

¿Jodido, no? Da unos martillazos ahí.

Cuando comienza a anochecer ya han derrumbado otra pared y están embistiendo contra la última que permanece en pie, alternando golpes de almádena y puntapiés. La botella de Smirnoff Vanilla se ha terminado y se turnan para ir al bar más próximo a por latas de cerveza helada que consumen con voracidad. Altair y Bonobo llevan trabajando en la demolición desde el amanecer y el mediodía, respectivamente, y dan muestras alarmantes de cansancio. Altair llega a dormirse sentado cerca de media hora, roncando, pero se despierta de sopetón, bebe un sorbo de cerveza caliente que sigue a su alcance, se levanta, pide la almádena y vuelve a atacar la pared. Bonobo se queda catatónico de vez en cuando, mirando al frente, pero al cabo de uno o dos minutos vuelve a la acción. El cielo está estrellado y el aire es cálido. Los tres conversan poco y se pasan la almádena entre sí a intervalos regulares que parecen cuidadosamente medidos y sincronizados para quien los observa desde la entrada del supermercado o desde el carrito de perritos calientes situado en la esquina opuesta. Un equipo con un método de trabajo.

Bonobo cuenta que es de la zona sur de Porto Alegre pero que se mudó hace años a la playa de Rosa donde abrió un hostal, el hostal de Bonobo.

Queda un poco antes que el hostal Canto do Mar. ¿Sabes cuál te digo? Uno pequeñita situado a la izquierda. El año pasado inauguré el café. Café de Bonobo.

Altair duerme de nuevo, esta vez tumbado sobre la grava y abrazado a la almádena. Con la cabeza apoyada en una pequeña mochila. Un tercio de la última pared sigue en pie pero ya no pueden más. Él y Bonobo reúnen la calderilla disponible en sus

bolsillos y se dirigen al bar que queda un poco más abajo en la avenida a buscar las últimas latas de cerveza. Regresan y beben sentados, apoyándose en el trozo de pared que todavía resiste. El agotamiento instaura en ellos un clima de compañerismo. Cuando se da cuenta está hablando del suicidio de su padre y de la perra que decidió adoptar y cuidar. Bonobo escucha asintiendo todo el rato con la cabeza, como si no quisiera suscitar dudas acerca de que lo está escuchando y entendiendo.

Qué putada, tío. Pero ¿por qué decidiste venir aquí?

Se queda pensando si decir la verdad. Altair ronca. Echa un buen vistazo a Bonobo y decide que le cae bien. Cuenta que su abuelo desapareció o fue asesinado en la ciudad a finales de los años sesenta. Bonobo no entiende por qué alguien quiere escarbar en una historia así, pero se sensibiliza cuando él le habla de la muerte de su padre. Su propio padre, explica, vive en Porto Alegre y está muy enfermo.

No dejo de pensar en ir a visitarlo, ¿sabes?

Pues ve.

Tengo que ir en algún momento.

Ve.

Lo sigo posponiendo porque en realidad el hijo de puta abandonó a mi madre, que tuvo que criarnos sola, y nunca aparecía por casa. Tampoco me apetece mucho volver a Porto Alegre. Mi vida allí era una mierda.

Pero es familia. Ve porque si se muere te vas a arrepentir de no haber ido.

Bonobo tiene cicatrices en la cara. Marcas que se están apagando con el tiempo. Vestigios de una sutura en la sobreceja, manchas en los labios gruesos. Los gestos de su cuerpo desproporcionado son armoniosos y hacen pensar en un improbable bailarín. Incluso ahora, borracho y exhausto, aparenta tener todo bajo control. Mira dentro de la lata vacía, eructa y la lanza a la hierba entre las otras.

Se acabó la maldita cerveza.

¿Quién va a conducir esa pickup?

Altair.

Si no puede ni respirar bien, fíjate.

Me bebería una más.

Yo también.

Bonobo se levanta y revisa los bolsillos de las bermudas de Altair.

Prueba en la mochila.

La mochila es mía. No hay nada.

Podemos ir a casa. Tengo cervezas. Y cachaza.

Bonobo sacude a Altair con violencia. Este se queda un rato de rodillas con la cara desencajada, como si todo lo que mirase fuera desconocido y nauseabundo, y por fin se levanta y comienza a andar en círculos y a hablar solo, entusiasmado con vete a saber qué. Dejan todo como está y salen caminando por la avenida principal en dirección al mar. Bonobo y Altair saludan con la mano a uno y otro conocido, se paran a conversar aquí y allí y a veces presentan al nuevo amigo. Parecen un trío de locos pacíficos o zombis felices al final de una larga travesía rumbo a la playa. Bonobo improvisa pasitos de baile que hacen pensar en Michael Jackson bailando samba. Altair lo anima y aplaude cumpliendo el papel parecido al del tonto en un dúo cómico.

Pasan frente a la pizzeria e identifica a Dália, que está pasando la tarjeta de crédito de un cliente en la terraza de la pequeña galería. Las miradas de ambos se encuentran pero ella disimula. La máquina imprime los comprobantes y ella se acerca a la calzada. Tira de Dália con cariño por el delantal e intenta darle un beso.

Despierta, estoy trabajando.

Ups.

Estás asqueroso. ¡Qué peste a alcohol! ¿Has ido a buscar a Pablito? Sí. Lo he llevado a tomar un helado, está en casa sano y salvo.

¡Dália, princesa mía!, grita Bonobo.

¿Dónde has encontrado a estos dos inútiles?

Hemos demolido un quiosco.

¡Daba, amor mío!

Pone cara de «Ahora no» a Bonobo. Los clientes de las mesas

exteriores de la pizzeria vuelven la cabeza hacia la acera lanzando miradas reprobatorias. Altair se balancea en silencio en medio del asfalto, de cara al mar, casi cayéndose, como en trance por una música que solo él puede escuchar. Un motorista con una bombona de butano a cuestas lo esquiva haciendo sonar el claxon.

Nos vamos a mi casa a seguir bebiendo.

No quiero saber nada. Por el amor de Dios, ten cuidado.

No pasa nada.

Tengo que trabajar, chao.

¡Adiós, princesa Dália!, grita Bonobo.

Ella lo ignora y advierte de nuevo: Ten cuidado.

Pasan por delante del Bauru Tché. El televisor está apagado y no hay clientes. Renato está acodado en la barra con semblante deprimido. Saluda al trío y pregunta si van a tomar una cerveza. Le responden que no tienen dinero. Pasan por el restaurante Embarcaçao y descienden la rampa de cemento que conecta el paseo marítimo con la arena. El mar calmo y sin olas parece una oscura laguna. Un corro de niños juega dentro del agua enardeciendo el brillo verdoso de las algas luminiscentes. Cerca de los cobertizos de pesca Altair entra en el agua hasta las rodillas, se queda quieto mirando fijamente el horizonte sin hacer caso a los gritos de sus compañeros y vomita repentinamente. Recula un paso después de cada arcada, huyendo de las emisiones flotantes de su estómago, y luego sale del agua y da una carrerita para alcanzarlos. Las gaviotas, de pie en la arena, no se dejan intimidar por el paso del trío y los anillos anaranjados de sus ojos brillan con gran intensidad en un guiño intermitente. Suben la pequeña escalera de cemento maldiciendo el hedor a cloaca y recorren el trecho del camino de Baú que los conduce al apartamento.

Beta corre a su encuentro cuando abre la puerta. Él se arrodilla y le hace mimos. Piensa que quizá se haya olvidado de darle de comer pero después ve que el plato todavía está lleno. La nevera contiene media docena de latas de cerveza. Altair dice que ya no bebe más pero cambia de idea al instante y se dirige a la cocina a buscar la suya.

Abre la ventana y Bonobo suspende sus payasadas y se queda admirando el paisaje en silencio. Altair sugiere que ponga música pero el equipo no funciona. Van a la habitación a jugar a Winning Eleven. La cerveza se acaba y la botella de cachaza es convocada. Altair implora jugar a God of War 2, obtiene permiso y se apodera del mando. Él y Bonobo regresan al comedor. Bonobo se sube a la ventana y dice que echa de menos fumar. Pide un cigarrillo pero nadie fuma. Hace tres años que no me meto un cigarrillo en la boca, dice, pero ahora me fumaría uno. Beta comienza a ladrar a Bonobo. Después de una docena de ladridos para sin motivo alguno, el mismo con que había empezado, se lame los dientes, mira alrededor como si también estuviera positivamente sorprendida consigo misma y se sienta en la alfombra. Bonobo comenta que ella es feliz. También él lo cree. Farfullan las palabras y renuncian a terminar las frases a mitad de camino. Escuchan con claridad lo que quieren decir dentro de la cabeza pero la boca deforma las palabras en el momento de enunciarlas. Guardan silencio durante un largo rato, dejan la cachaza a un lado, solo miran el mar oscuro y la playa iluminada y escuchan la banda sonora épica y los efectos sonoros violentos del juego electrónico en el cuarto de al lado. Tiene la sensación de que ese instante se prolongará indefinidamente, que no pasará nada más, como si el mundo hubiese alcanzado alguna especie de estado final en la insignificante escena que están protagonizando. Bonobo pregunta en voz baja y circunspecta si también él está sintiendo aquello. El pregunta qué es aquello. ¿De verdad no percibes nada diferente?, insiste Bonobo con el dedo índice estirado como una antena y la mirada oblicua de quien está atento a un fenómeno muy sutil. El presta atención pero no capta nada más allá del rumor de las olas, la palpitación de su sien, el espacio que gira bajo el efecto de la bebida. Y de repente lo nota. El hedor más espantoso que olió en su vida, una pestilencia casi pastosa de metano concentrado que hace que se atragante en medio de la tentativa de lanzar una palabrota. Bonobo ríe a carcajadas, baja de la ventana con un salto mortal incompleto, bebe un sorbo de cachaza e improvisa un bailecito con la botella en la mano gritando ¡Pedo

radiactivo, colegas, vámonos! ¡La vida es una *life* y la *night* es una *baby*! Él huye al cuarto dé baño, mea y se lava la cara intentando recuperarse del efecto del hediondo gas.

Estás podrido por dentro, Bonobo.

Estoy listo. Vámonos de fiesta.

Sonríe hasta que se da cuenta de que Bonobo va en serio.

Hay una fiestecita en la playa de Rosa que en estos momentos debe de estar comenzando a animarse. Cierre del verano de un *sushi*-bar que queda cerca del hostal. Volvemos al quiosco y cogemos mi coche.

¿Tienes coche?

Tengo. Vamos. Llama a Altair.

Descubren que Altair se ha desmayado con el mando del videojuego en las manos. Está medio sentado y medio tumbado entre la pared y el suelo de baldosas marrones con el juego detenido en la pantalla de «Continué»? Intentan despertarlo sin éxito. Le derraman un vaso de agua en la cabeza. Bonobo le propina unas bofetadas en la cara. Altair no da señal alguna de que vaya a despertarse. Deciden dejarlo en el apartamento, echado de lado sobre la alfombra de la habitación, con la llave de repuesto bien a la vista en la mesa del comedor. Se cambia de camiseta y cierra las persianas mientras Bonobo intenta contactar con varios colegas a través del móvil. Unas amigas iban a ir, dice. Las amigas no atienden. Otro conocido responde e informa de que la peña está llegando. La fiesta comienza a caldearse. Deja salir a Beta y cierra la puerta por fuera. Andan a pasos largos por el pasaje y después por la arena. Esta vez las gaviotas en reposo corren en dirección al agua y algunas levantan el vuelo. Bonobo mira por encima del hombro.

¿Has visto que tu perra ha salido con nosotros? Nos está siguiendo.

Ni de coña la iba a dejar allí encerrada con Altair.

Pasa de medianoche y la ciudad está vacía. Caminan por el carril central de la avenida hasta la esquina del quiosco de Altair. Bonobo entra en la parcela chutando las latas vacías y dando saltitos.

¿Qué haces ahí, chalado? ¿Dónde está el coche?

Bonobo se aproxima a la carrocería del Volkswagen escarabajo y comienza a forzar el pomo de la puerta.

No puede ser.

¿El qué?

¿Eso es tu coche?

Sí. Es el Tétano.

¿Ese trasto anda?

Funciona de puta madre. Pero ten cuidado al entrar.

Bonobo consigue abrir la puerta del conductor y se acomoda en el asiento. Él da la vuelta al Volkswagen escarabajo y queda exprimido entre el coche y el muro al intentar abrir la puerta del pasajero. Tiene que presionar el pomo corroído de una forma específica para accionar el mecanismo. La carrocería está cubierta de patrones fractales de herrumbre y pintura beis descascarillada. Del techo se proyectan las dos horquillas enormes de un portaequipajes capaz de llevar un pequeño barco. Hay agujeros y aristas puntiagudas por todas partes. Los neumáticos están torcidos, desgastados y medio desinflados. Entra con cuidado, intentando no cortarse. Del asiento del pasajero solo queda un armazón de alambres de hierro maleable cubierto con cojines y un cartón doblado. El respaldo de espuma blanda está relativamente intacto. Encima del salpicadero reposa la estatuilla dorada de un buda sentado con una sonrisilla en la comisura de los labios y los lóbulos de las orejas hipertrofiados cayendo sobre los hombros. Silba a Beta. La perra da la vuelta al coche y sube a su regazo de un salto. La acaricia, elogia su buena disposición y la coloca en el asiento de atrás, cubierto por un pareo del Gremio. Repara en la batería situada detrás del asiento del conductor en medio de un enredo barroco de cables. Bonobo gira la llave de encendido. El motor del Volkswagen escarabajo suelta una risotada.

Tarda un poco en arrancar, pero una vez que lo hace no se cala.

El motor arranca al cuarto intento. Bonobo acelera a fondo y produce un rugido escandaloso hasta obtener un par de explosiones del tubo de escape.

Coge mi parche de la guantera, por favor.

¿Mi qué?

Mi parche.

Abre la guantera y encuentra un parche fabricado con un trozo de tela y una goma negra en medio de un montón de pañuelos de papel usados, tarjetas, barras de parafina, condones, un trapo mugriento, unas gafas de sol rotas. Bonobo coge el parche y se lo ajusta alrededor de la cabeza sobre el ojo derecho.

Es para no ver doble.

Solo entonces mete la primera. El coche se pone en marcha. La hierba y los escombros del quiosco rozan los bajos. La sensación es la de estar viajando dentro del mismo motor. Salen de Garopaba por la carretera estatal. Un coche cruza en sentido contrario y el asfalto iluminado aparece bajo sus pies a través de un agujero en el suelo. Bonobo zigzaguea levemente por el carril pero teniendo en cuenta su estado de embriaguez y el estado del vehículo hasta conduce de forma reconfortante, concentrada, a una velocidad moderada, con la visión limitada por el absurdo parche e inclinado sobre el pequeño volante hasta casi apoyar la simiesca nariz en el parabrisas. Criaturas como una vaca o un ciclista cobran vida en un destello y vuelven a ser apariciones casi al instante. Entran a la izquierda en la vía de acceso a la playa de Kosa. Es necesario detener el Volkswagen escarabajo casi totalmente para superar el badén. El empedrado plano de baldosas da lugar a una rampa de tierra. El embrague del Volkswagen escarabajo no vuelve solo a la posición original después de pisarlo. Para lidiar con el problema Bonobo ha amarrado un trozo de cuerda azul de tendedero al pedal y al pomo de la puerta. La operación de retirar la mano izquierda del volante y tirar de la cuerda en el momento exacto t ras cada cambio de marcha es complicada y exige un tanto de destreza y sincronía. En las maniobras más complejas el conductor recuerda a un titiritero controlando el muñeco de un automóvil.

La fiesta se celebra en la terraza de madera de un restaurante japonés y está casi vacía. Una pareja de MC canta hip hop en un rincón transformado en pista de baile. La calidad del sonido es malísima y ocho hombres y dos mujeres bailan o conversan en la

terraza. Se acerca hasta el fondo a echar un vistazo y encuentra un jardín japonés decorado con esmero ron arreglos de piedras, una fuente, un pequeño lago habitado por unas cuantas carpas y un arroyo. Tres chicas beben en silencio en una de las mesas del jardín. En esto consiste la fiesta. Pide una cerveza y le sirven una lata de Brahma caliente. Siente hambre pero no hay señal de comida. Bonobo pille un mojito y se marcha a hablar con alguien en la pista de baile.

Regresa al Volkswagen escarabajo aparcado cerca de la entrada, abre la puerta y deja salir a Beta. Vuelve con ella al restaurante y se deja caer en uno de los asientos acolchados dela terraza delantera. Vasos sucios y latas vacías abandonados en las mesas indican que por allí ha pasado mucha gente y que ya se han marchado. La perra se tumba junto a su silla y él se queda mirando los matorrales hasta abstraerse del rapeo monótono de los MC, que parecen no tener aliento para correr detrás de sus rimas. Suena su móvil. Es Laila, una ex alumna de Porto Alegre con quien mantiene una buena amistad. No llega a descubrir por qué le ha llamado tan tarde pues la tarifa de *roaming* agota en segundos la tarjeta.

Comienza a pensar en el entrenamiento que proporcionará a los alumnos de la piscina al día siguiente. Mientras tanto, dos hombres entran en la terraza conversando en voz baja, con gestos furtivos, la cabeza encogida entre los hombros, y tardan en notar su presencia. Dejan de hablar cuando advierten que están acompañados. Uno de ellos tiene el pelo oxigenado y está casi seguro de que es el tipo que estaba con Dália en el Pico del Surf la noche que se conocieron. El pelo oxigenado es común por aquí, pero el tío lo mira largo y tendido. Comienza a sentirse amenazado.

¿Nos conocemos?

El otro continúa mirándolo y no responde. Es más joven que él, veintipocos años, y lleva escrito en la cara que se ha metido de todo. Busca alguna otra marca que le ayude a identificarlo en el futuro. Tiene tatuado un tiburón que le cubre todo un lado de la pantorrilla izquierda. El tío del pelo oxigenado y su amigo abortan lo que habían ido a hacer allí y regresan dentro del restaurante.

Espera unos minutos y se marcha en busca de Bonobo. No hay ni rastro de él. No hay ni rastro de casi nadie. Las tres chicas del jardín han desaparecido. Los MC han dejado de recitar y conversan con los pocos supervivientes reunidos en torno al DJ. Abandona el restaurante y encuentra el Tétano todavía aparcado en el mismo sitio. Mete a la perra dentro del coche, cierra la puerta y va al baño. Al salir se topa con Bonobo en el pasillo. Va acompañado de dos de las chicas que estaban bailando.

¿Dónde estabas, infeliz?, balbucea Bonobo, completamente borracho, pero firme en el sitio, un borracho experimentado. Hace rato que te busco. Esta es Liz, mi amiga del alma, y esta es Ju.

Bonobo y Ju están en mitad de una conversación salpicada de términos como alma, impermanencia y vanidad. Liz da la impresión de estar solo acompañando a la amiga. Ninguna de las dos parece bebida y él no está muy seguro de lo que está pasando aunque intuye que debería ser obvio.

El hostal de Bonobo queda cerca del *sushi*-bar y en pocos minutos el Volkswagen escarabajo y la Parati roja de las chicas suben por un acceso bien cuidado que conduce a una construcción más grande de dos pisos y dos cabañas más pequeñas al fondo, todas fabricadas en una combinación de albañilería y madera con tejas portuguesas verdes y unos balconcitos acristalados. Una placa encima de la puerta delantera reza hostal de bonobo y en el anexo de ventanas francesas otra dice café de bonobo. Sale del Volkswagen escarabajo con dificultad. Se araña el antebrazo con una esquina oxidada de la puerta e intenta acordarse de la última vez que se puso la antitetánica.

Bonobo abre la puerta y les dice a todos que se pongan cómodos, pero les pide que eviten hacer demasiado ruido porque hay una pareja de huéspedes en uno de los cuartos de arriba. La planta de abajo tiene una recepción con una acogedora salita de estar que comunica con la cocina, con un cuarto transformado en comedor para el desayuno de los huéspedes y con otra estancia en cuya puerta cuelga una placa de madera grabada en la que puede leerse habitación de bonobo. No pasa mucho rato antes de que Bonobo

entre con Ju en él. Ju es de Brasilia y pechugona, y eso es todo lo que ha tenido tiempo de saber de ella.

Se queda con Liz en la salita de la recepción, él sentado en un pequeño y cómodo sofá, ella en la poltrona de al lado. Liz es natural de Garopaba, hace poco que se ha hecho mechas en el pelo castaño, tiene cuerpo atlético y rostro un poco masculino. No hay *feeling* entre ellos. Conversan a un ritmo tranquilo y cansado escuchando de fondo la banda de *reggae* que Bonobo puso muy bajito. Son canciones que hablan de la belleza del momento, de la importancia de la libertad, de la necesidad de tener conciencia, de las estrellas y el amor y las olas del mar. Liz se llama Elizete y odia su nombre. Dice que hay toda una generación de chicas de Garopaba de su edad con nombres terminados en «ete», así como las madres y abuelas de ella y de sus amigas tienen nombres terminados en «ina», algo mucho más inocente, cariñoso, que sonaba como un mimo de los padres a sus hijas, nombres como Delfina, Jovina, Celma, Ondina, Etelvina, Clarina, Angelina, Antonina, Vivina, Santina y los más comunes de Carolina o Regina, pero ahora era la época de las Elizetes, Claudetes y Marizetes, y con esa sonoridad un poco irritada dice ¿Por qué pasarán esas cosas? Si tengo una hija se llamará Marina, o Sabrina, o Florentina, ¿qué te parece? Cree que ella tiene razón. La voz de la chica es suave y sibilante como la de otras nativas con quienes ha hablado, incluida la señora Cecina. Quizá sea característica de las personas procedentes de las Azores. Cuando la música termina solo aciertan a oír la madrugada silenciosa y las ráfagas de viento intermitentes que zarandean los árboles y los bosques de bambú. Del cuarto de Bonobo llega a veces el rumor de una conversación pausada. Beta se ha quedado dormida sobre una alfombra de punto. Liz quiere saber algo de él y le habla de la natación, del triatlón, de su participación hace años en el mundial de Hawái, y ella solo parece parcialmente interesada y aun así suficientemente interesada. Se diría que casi fueran íntimos y estuvieran manteniendo una de esas charlas que se tienen antes de dormir j unto a alguien. No soy lo bastante alto, dice él. Tengo los pies pequeños. Liz asiente para que sepa que le presta atención y él

continúa hablando. El tiempo discurre al ritmo que debería discurrir siempre, piensa. Una lentitud en sintonía con su discurso interno. Escuchan un gemido corto de Ju, un golpe de la cama contra la pared o el suelo, después un gemido más largo. Eso dura minutos. Ella intenta cubrir los gemidos peto fracasa. Y después la puerta se abre Ju sale impecablemente vestida y compuesta y dice a su amiga que tiene que irse ya porque al día siguiente se levanta temprano. El motor de la Parad acelera y las chicas ponen la radio bien alta. El golpeteo de la música electrónica va desapareciendo poco a poco.

Bonobo vuelve de la cocina con dos botellines de Heineken y brinda por la paz de todos los seres vivos. Entrechocan los cuellos de las botellas de vidrio verde.

¿Eso no lo dicen los budistas?

Sí, yo soy budista.

Se ríe.

No veo dónde está la gracia.

No pareces budista.

¿Cómo tiene que parecer un budista?

Yo qué sé. Pero tú no pareces uno.

No digas gilipolleces.

¿No hay que hacer voto de castidad, dejar de beber, ese tipo de cosas?

No exactamente.

Bonobo explica que se inició en el budismo a finales de los años noventa flirteando en internet con una tía de Curitiba que seguía esta religión. Ideas como compasión, desapego e impermanencia eran una novedad para él. Todo comenzó a encajar desde el principio. Sus ojos se iluminan al contar la historia. A veces cesa el relato y rumia sobre lo que acaba de decir, balanceando la cabeza afirmativamente, ligerísimamente. Está convencido de que si aquella chica no hubiera aprovechado sus embestidas de sensualismo virtual para pasarse madrugadas explicándole lo que era el samsara, las leyes kármicas y de causalidad moral, es probable que ya hubiera matado a alguien o que estuviese muerto. O las dos cosas. Bonobo la invitó a conocer Porto Alegre y ella fue. Viajó en autocar y se hospedó en un

tugurio cerca de la estación de autobuses. Ella quería conocer el club Garagem Hermética, un lugar que otros de sus amigos virtuales frecuentaban. Fueron juntos. Vieron el concierto de un grupo de Esteio que hacía versiones de los Smiths y se enrollaron una noche. La chica trajo a Bonobo varios libros de regalo y le convenció para que aprendiese inglés. Eva, se llamaba.

La chica estudiaba física, tío. Física. Una empollona rarísima y muy retraída, pero un ángel en forma de persona. Un ser de luz. Fuimos juntos a visitar el templo de Tres Coroas y aquello se convirtió en una segunda casa para mí. Trabajé allí de albañil e hice varios retiros. Yo quería vivir allá pero los lamas no me dejaron. Decían que no estaba preparado. Y tenían razón. No servía para llevar ese tipo de vida. Eva no regresó nunca más pero mantuvimos contacto virtual e intercambiamos fotocopias de textos de filosofía y budismo por correo. Murió de leucemia en 2003.

Lo siento mucho. Debe de haber sido una pérdida jodida para ti.

Un gallo canta una, dos, tres veces.

Lo fue. Pero el baile sigue. ¿No te ha gustado Liz?

Parece una tía legal. Pero no hubo *feeling*.

¿Feeling? ¡Qué mariconada! Liz es una chica muy fácil, solo tenías que tirarle los trastos.

Estoy supercansado.

Tío Bonobo te lo ha puesto en bandeja y tú…

Estoy muy borracho.

… me vienes con ese cuento chino…

Apesto. Estamos sucios.

… del *feeling*.

Lo superará. ¿Y Ju?

Le he enseñado un par de cosas.

¿Alcanzó el nirvana?

Lo peor es que es verdad. Ju está en un ciclo superjodido de sufrimiento. Acaba de separarse y no logra aceptarlo. Necesitaba conversar un poco. Creo que está empezando a entender bien la cuestión de la impermanencia y le está ayudando. Le sugerí que visitase a la Lama Palden en la Encantada. Ven aquí, te quiero

mostrar una cosa.

Sigue a Bonobo hasta la habitación. Un ovillo monstruoso de almohadas, sábanas, mantas y prendas de ropa sucias cubre el colchón de matrimonio en la pequeña cama de madera. El suelo permanece oculto bajo una capa de calzoncillos, toallas, camisetas, bermudas y un traje de neopreno negro. La fragancia reinante es de secreciones humanas rancias, incienso y ropa mojada olvidada dentro de una bolsa. El humo de dos barras de incienso encendidas envuelve el recinto con una tenue niebla. En una de las paredes hay posters de Led Zeppelin y de una divinidad del budismo con dichos en tibetano. El escritorio está completamente cubierto por una impresora y un bloc de notas de un modelo muy antiguo, un pequeño televisor LCD, papeles desordenados, botellines, latas, vasos usados, una botella de tequila llena y un portarretratos con una fotografía en blanco y negro de lo que parece ser un chino con gafas y tirantes apuntándose a la cabeza con un revólver. Un estante de pared está curvado por el peso de decenas de libros.

¿Ves eso?

¿El qué?

Apoyado en la pared.

¿La tabla de sandboard?

No, junto al armario.

¿La escopeta?

Bonobo salta por encima de la cama y toma el arma.

Es un arpón de pesca. Acércate más.

¿Por dónde entro?

Puedes pisar encima de la ropa.

Da la vuelta a la cama y sostiene el arma. Nunca ha tenido una así en las manos. Bonobo le enseña cómo montar el arpón de acero galvanizado en las tiras de goma y cómo cargar el carrete.

Comentaste que tu abuelo hacía pesca submarina aquí. Me acordé de que tengo este arpón que nunca utilizo. Intenté pescar varias veces pero no resisto sumergido mucho tiempo. Te lo puedes quedar.

ID¡Joder! Este trasto es caro, no lo puedo aceptar.

Deja de comportarte como una mujer, tío. Es un regalo de hombre a hombre. Clávale el arpón a unos meros para que cocinemos una buena moqueca.

Se dan un fuerte apretón de manos y Bonobo le da un abrazo medio de lado y unos golpecitos en el hombro, mirándole con gravedad a los ojos. Para huir de esa complicidad inesperada y un poco aflictiva mira alrededor buscando cualquier cosa que sirva para cambiar de tema. Una camiseta roja llama su atención entre la ropa sucia.

¿No eres del Gremio?

Evidentemente, dice Bonobo.

¿Y esa camiseta del Inter tirada ahí en el suelo?

Bonobo tarda un rato en encontrar la prenda en medio de tanta confusión.

Ah, es una camiseta que dejo ahí para que la utilicen las chicas.

¿Les pides a las del Inter que se pongan la camiseta?

Eso es.

¿Y lo hacen?

Casi todas aceptan. Y algunas del Gremio también, si sabes cómo pedirlo. Tiene un no sé qué de humillante que les pone. Una chica con una camiseta roja haciéndote una mamada, no hay nada mejor que eso.

Se sientan en la sala y continúan bebiendo. Todavía está oscuro en la calle y dos pájaros disputan un duelo de canto.

No voy a poder dormir, dice Bonobo. La chica que prepara el desayuno me avisó de que hoy no podía venir. Qué mierda. He olvidado comprar fruta.

Ya que eres religioso déjame preguntarte una cosa. Digamos que un escritor famoso escribe algo que no publica, pero le entrega el manuscrito a un amigo de confianza, su mejor amigo, y le pide que ese texto no sea publicado nunca. El escritor muere. El amigo lee el texto y descubre que se trata de una obra maestra. Le muestra el escrito a un editor, el editor lo publica y todo el mundo está de acuerdo en que es una pieza magistral y el escritor es aún más respetado después de su muerte.

Vale. ¿Y qué pasa?

¿Lo que hizo el amigo está mal? ¿Traicionó al escritor?

No te entiendo. ¿Tienes un colega escritor?

No. Joder. Espera.

¿Qué tiene que ver con la religión?

Espera. Voy a cambiar la pregunta.

Bonobo recibe un mensaje en el móvil pero no se levanta a leerlo.

Lo único que no entiendo es por qué el escritor le deja el texto al amigo si no quería publicarlo. ¿Por qué no lo quemó?

No, olvídate del escritor. Digamos que un tío tiene un padre que siente mucho apego por un perro. Mucho apego. Lo crio desde que era un cachorro y le gusta más su perro que las personas, más que su mujer y sus hijos. El padre decide suicidarse y le pide al hijo que sacrifique al perro una vez que él haya muerto, porque no tiene el coraje de sacrificarlo él mismo y sabe que el perro va a caer enfermo de tristeza tras su muerte. Consigue convencer al hijo de que lo haga y le pide que se lo prometa. El hijo se lo promete más o menos. El padre se mata pero el hijo no consigue llevar al perro al veterinario para que lo sacrifiquen. Se queda con el perro y decide cuidar de él.

¿Eso es lo que te pasó?

Solo se trata de un ejemplo aleatorio que me acabo de inventar.

Ah. Está bien. Entiendo.

Bonobo hipa y eructa para dentro.

¿Qué piensas del tema?

Creo que el padre es un hijo de puta.

Vale, pero esa no es la cuestión. ¿Crees que es una traición?

Si el hijo lo prometió y no lo cumplió es una traición, ¿no? Igual que el amigo que publica la obra maestra contra la voluntad del autor.

¿Qué piensa un budista de eso?

Bonobo se ríe.

Verás, no puedo hablar por los budistas, pero si quieres saber mi opinión, que haya o no una traición en la historia es lo que menos importa. Lo importante es lo que resulta de esa actitud. Qué

consecuencias va a tener la acción de esa persona en el sufrimiento de todos los implicados. Después de que el dueño del perro se suicide, para él no importa mucho lo que se haga con el perro, ¿no es cierto? Él ya no existe, por lo menos en esta vida. Lo que ahora importa es cuál es el resultado que la ruptura de la promesa tendrá en la vida del hijo y del perro y de todo el mundo que pueda estar directa o indirectamente involucrado. Si aumentó o disminuyó el sufrimiento general de la peña.

No, pero es que…

Vamos a suponer solo como un ejercicio de la imaginación totalmente hipotético que el perro de la historia es el que está ahí durmiendo en la alfombra. O la perra. Me parece bien alimentada. Le brilla el pelo. Hasta está un poco gordita. Ahora duerme, pero cuando estaba despierta me pareció coqueta y orgullosa. Me arriesgaría a decir que la perra te pertenece desde que nació. Y tengo la impresión de que su compañía te sienta bien. Si esa fuese la perra de tu historia, entonces, diría que solo cosas buenas resultaron de la ruptura de la promesa. Así que no pasa nada.

Pero aun así, fue una traición. Y no veo cómo ignorar la cuestión. No importa que muriera el padre. Se rompió una promesa y eso nunca va a dejar de formar parte de la historia. Quizá fuese mejor que el perro hubiese muerto. El hijo no sabría cómo hubiera sido la vida junto al perro pero sabría que cumplió el último deseo del padre. Esas cosas importan. ¿No importan?

Bonobo piensa un poco.

¡Qué le vamos a hacer! Nunca es fácil.

Porque no importa que el padre muriera y no exista más y que no pueda saber que lo traicionaron. ¿Lo entiendes? Es una traición. Esa es la cuestión. Para siempre.

Lo entiendo. Discrepo, pero lo entiendo. No sé qué decirte, perdona.

Bonobo coge el arpón de pesca submarina y comienza a recoger la cuerda en el carrete.

Hace unos tres años pasó una historia muy curiosa aquí, en Garopaba. Un tío salía casi todas las semanas con su hijo a bucear y

pescar. Una vez practicaron buceo libre en el acantilado que hay entre la playa de Ferrugem y la de Silveira, en un sitio llamado Saco de Cobra. El tío descendió muy hondo y al cabo de un rato avistó un mero gigante escondido. El agua estaba muy clara, varios metros de visibilidad. El pez era monstruoso, de un tamaño de los que ya no se ven hoy día, y se quedó mirándolo desde el agujero, moviendo la mandíbula. A la semana siguiente buceó en el mismo sitio y encontró al pez en la misma guarida. Decidió que iba a arponear al mero a cualquier precio. Se obsesionó y no pensaba en otra cosa. Siempre que el mar se lo permitía salía con su hijo en el bote. Pero la guarida era muy profunda y el mero esquivo. A veces no aparecía y cuando lo hacía simplemente no se dejaba arponear. Ningún otro submarinista había visto a ese pez con sus propios ojos, era una especie de leyenda. Unas semanas más tarde volvió a salir a pescar con su hijo. La primera vez descendió sin equipamiento. Regresó al cabo de unos minutos y le dijo a su hijo que había encontrado al mero. Se puso todo el equipo, agarró el arpón y descendió de nuevo. Y no volvió nunca más.

Bonobo introduce el arpón en el arma y apunta en dirección a la cocina.

Cuando el hijo se dio cuenta de que algo iba mal se sumergió para ayudar a su padre pero no consiguió descender hasta allí abajo. Se marchó y volvió con los bomberos y otros submarinistas. Estos descendieron y encontraron el cuerpo del tío ahogado con el brazo enrollado en la cuerda de nailon del arpón y el arpón atravesado en la cola del mero. El mero estaba vivo, solo que mutilado. El arpón atravesó su espina dorsal. El tío intentó tirar del mero hasta que se desmayó y murió preso en él. Sacaron a los dos juntos del agua. Dicen que fue el mayor mero arponeado en Garopaba. Pesaba más de ochenta kilos.

¿Por qué te has acordado de eso ahora?

Todavía sentado en el sofá, Bonobo gira el torso y apunta el arpón hacia uno de los sillones.

Parece una fábula. Ves que la vida del tío y la del mero estaban de algún modo unidas, como tu vida y la de esa perra. No podemos

entender exactamente cómo, no conseguimos ver todo el camino que los dos seres recorrieron hasta llegar ahí. Pero una cosa de esas te hace pensar, ¿no? No puede pasar por casualidad. Se intuye toda una historia de innumerables renacimientos que condujeron a los dos seres a una situación semejante.

¡Tonterías! ¿Estás hablando de la reencarnación?

Bonobo dispara contra el cojín del respaldo pero falla y el arpón alcanza la pared de detrás con un estallido agudo.

¡Joder! Ten cuidado con esa mierda.

No de reencarnación sino de renacimiento. Tiene más que ver con la propagación de estados mentales a lo largo del tiempo. El efecto de eso que tú entiendes como tu mente, que en el fondo es una ilusión, también continúa actuando en el mundo después de tu muerte física y vuelve a manifestarse. Son ciclos. La mente sigue adelante, se mezcla, se recombina y resurge.

Pero mi mente no es mía. Tú mismo lo estás diciendo. ¿Cómo puedo decir que algo de mí renacerá en el futuro? No tiene sentido. Apenas son cosas mezclándose y volviendo a combinarse.

Tenemos un nadador materialista. Pero en este caso me resulta gracioso que te preocupes tanto con lo que pensaría o no tu padre muerto con respecto a su perra. Ya que muerte es muerte. Quiero decir, de ser así, ¿por qué preocuparse? ¿Por qué no ser egoísta y vivir como un loco e intentar obtener el máximo de placer posible para uno mismo hasta morir un tanto desesperado?

Porque importa. Porque solo un gusano no se preocuparía. Morir no es disculpa para ser un gusano.

Tenemos un nadador materialista-existencialista.

¿Te las estás dando de inteligente?

No. Todavía estoy un poco borracho. Tú también. Sigue.

No sé si estoy de acuerdo con esa idea tuya de que puedo saber cuál es la mejor decisión solo a partir de la cantidad de sufrimiento que uno provoca o deja de provocar. La cantidad de sufrimiento no siempre decide lo que es mejor o peor. A veces lo correcto acarrea sufrimiento. Sufrir es malo, pero forma parte de la vida.

Intenta decidir ahora lo correcto sobre la base de esos principios.

Buena suerte.

Bonobo se incorpora y va a comprobar los mensajes del móvil, que había dejado en la barra.

Altair ha enviado un mensaje. Se ha marchado de tu casa y está en la esquina intentando echar abajo lo que queda del quiosco.

Hostia, acabo de acordarme de que dejé allí la bici.

Tengo que comprar cosas para el desayuno. Te puedo acercar en el Tétano.

Nah, ya me las apaño para volver.

Insisto. Así mato mi plazo de karma del día. Mi deuda es grande, nadador. Tengo que devolver préstamos y préstamos y más préstamos. Lo voy a pagar a plazos en muchas vidas. Por no hablar de que el camino es bonito a estas horas.

Antes del festivo del primero de mayo cae en sus manos un ejemplar de un periódico editado en Tubarão que publica en portada la noticia de que el cuerpo de una chica de dieciséis años que vivía en la playa Pinheira había sido encontrado entre la vegetación al borde de la carretera BR-101, un poco al norte de Paulo Lopes, unos cuantos kilómetros por encima del cruce a la entrada de Garopaba. No tenía ojos ni labios y presentaba claras señales de estrangulamiento, que fue la causa probable de la muerte. El forense sospechaba o quería creer que las mutilaciones del rostro fueron infligidas después del óbito de la víctima y no han sido halladas las partes extirpadas. No llevaba blusa pero no fue confirmado si hubo violencia sexual. También se encontraron abundantes marcas de arrastramiento, lo que llevaba a sospechar que había sido asesinada lejos de allí, probablemente en un bosque con densa vegetación y piedras, y transportada después hasta el lugar por una o más personas que no fueron capaces o no quisieron tomarse el trabajo de cargarla y solo pudieron o prefirieron arrastrarla. El artículo había sido publicado dos días después del hallazgo del cuerpo y la fotografía mostraba a la víctima cubierta por una manta pequeña o tela de color claro que apenas dejaba al descubierto las manos con

los dedos doblados, las muñecas y parte de los brazos erguidos al lado de la cabeza, lo que recordaba a un bebé en su cuna. Cuando mira la foto se imagina en un fogonazo la cara de la chica bajo la manta o tela como en uno de esos *flashbacks* impresionantes de las películas de terror y la imagen vislumbrada lo perseguirá durante varios días. Se había descartado la posibilidad de que los ojos y los labios se los hubiera comido algún animal o algo así porque las heridas eran de una incisión precisa, casi clínica, realizada con un objeto cortante. La chica había dicho a sus padres que iba a acampar con unos amigos en la cascada de la zona, y de hecho los amigos fueron de acampada pero dijeron que ella no apareció a la hora en el lugar acordado para la salida y se marcharon sin ella. La policía trabajaba con la hipótesis de que se trataba de un crimen por venganza pero destacaba que todavía estaba reuniendo datos y que todo era posible. Esa era toda la información recogida en el artículo. Encontró el periódico, fechado una semana antes, encima de un banco del vestuario del gimnasio como si alguien lo hubiese olvidado dentro de la bolsa y días después se hubiera librado del viejo papel sin tomarse la molestia de lanzarlo al cubo de la basura y le parece raro que nadie en el gimnasio, en los restaurantes, en los bares, en el locutorio, en la playa, en el colegio de Pablo, que ni la señora Cecina ni Renato ni Dália ni el vendedor del mercado o los pescadores hubieran comentado una noticia tan atroz, algo que había ocurrido tan cerca de la hermosa, feliz y pequeña ciudad en la que vivían, ciudad que ya parece haber sido abandonada de golpe por los turistas, por lo menos hasta la próxima temporada de verano, y más semeja ahora un parque temático de tiendas cerradas y casas vacías, de manzanas enteras desiertas, a no ser por la visita muy ocasional de algún casero podando un árbol. El vaciamiento fulminante de la ciudad, la llegada del frío de verdad, el asesinato brutal de una adolescente no muy lejos de allí, nada de lo que le llama tanto la atención parece ser digno de recordar. Se dice por ahí que este año la pesca del mújol será un desastre, todavía peor que la del año pasado, y la población en general se preocupa de rentabilizar el dinero ganado con el comercio y el turismo de un verano que

quedó definitivamente atrás y ya parece un recuerdo remoto, un tiempo en que los nativos habían trabajado tanto en medio de tanta gente llegada de fuera que apenas se habían visto los unos a los otros y conversado con sus amigos y familiares, meses vividos menos como habitantes y más como empleados de un enorme pabellón ocupado por un megaevento. También comentan por las calles unas elecciones municipales que acontecerán en septiembre y del resto uno tiene la impresión de que lo único que quiere todo el mundo es descansar y vivir sin sobresaltos los días fríos y soleados en que no sucederá nada. Dicen que habrá tedio y tristeza en la calma y que el frío y la soledad resucitarán todos los fantasmas estacionales conocidos y despertarán también algunos desconocidos, pero hablan de eso como si todavía no tocara y hubiese tiempo de sobra para prepararse.

SEGUNDA PARTE

5

En aquellos primeros días de mayo ve algo que después sospechará haber sido un sueño. Es una tarde de calor sofocante y como Pablo ha ido a pasar el día festivo con su padre en Criciúma y Dália con su madre a Caçador, se monta en la bicicleta al terminar su jornada laboral en la piscina y se acerca a la playa de Ferrugem con la esperanza de encontrar olas altas para correrlas. No hay nadie en la playa y su arena cobriza está caliente y llena de cicatrices del azote del último grupo de turistas. El bar de Zado está abierto como siempre pero no hay clientes, ni siquiera algún surfista o fumador de marihuana ocasional contemplando las olas desde una de las mesas de madera. Un adolescente se encarga de la barra mientras ve un partido de fútbol europeo en el televisor de la pared y más tarde, pegado todavía a la pantalla mirando luchas de vale todo, dirá que no vio nada. El cielo está cubierto y alguien utiliza un taladro para intentar agujerear algo muy duro, quizá un azulejo, en una de las casas u hostales del otro lado de las dunas. Una niebla precoz cubre parte de la arena a lo largo de la playa y en el aire se percibe un olor a animales marinos en descomposición. Deja la bicicleta y la mochila apoyadas en la pared de madera del bar y baja hasta la orilla. El agua está congelada pero aun así entra en ella. Alcanza el banco de arena en unas brazadas, camina en dirección al fondo con el agua por la mitad de las piernas y se sumerge nadando de nuevo con vigor rumbo allí donde rompen las olas. Los pulmones se inflan desesperados y exprimen cada gramo de aire hacia fuera de los alveolos como reacción a la temperatura glacial, la piel le arde, la

cabeza le palpita. Su cuerpo no logra entrar en calor y con miedo a desmayarse aprovecha el impulso de la primera ola que aparece para regresar rápidamente al banco de arena y salir del mar. La transición del agua helada al aire caliente es estimulante y decide caminar hasta secarse. La niebla va desapareciendo a medida que la atraviesa en mitad de la playa y reaparece cuando alcanza el monte del Indio y mira hacia atrás. La desembocadura de la laguna Encantada está cerrada por la arena, por tanto atraviesa la barra de la laguna, llega hasta el final de la playa de la Barra y vuelve. Se sienta en la arena de la playa de Ferrugem y se queda mirando el mar, después se tumba y cierra los ojos.

Se levanta un poco más tarde sin saber realmente si se ha quedado un rato dormido. Algo importante ha variado en la atmósfera pero es difícil decir qué. Las nubes se han cerrado todavía más y el atardecer carece de color. Mira el horizonte y siente un escalofrío en la espina dorsal. Se puede apreciar una tempestad aterradora en alta mar. Las oscuras nubes se yerguen como montañas avanzando en dirección a la playa, una muralla agorera que se extiende por casi todo el horizonte visible, pero hay algo en ella que no parece estar bien. La tempestad se mueve y no se mueve al mismo tiempo. Cambia de forma pero no se puede captar la transición de un estado a otro. Cuanto más observa más duda de que sean nubes de tempestad. No hay rayos ni truenos. El horizonte refleja la oscura cordillera, deformada aquí y allí por compresiones y estiramientos. Las formas semejan estar al mismo tiempo próximas y difusas por la distancia. Tiene algo de holográfico. Si están próximas como parece, un tifón se lo tragará antes de que pueda correr en busca de un lugar en el que guarecerse. Si están distantes como también parece tienen que ser de dimensiones gigantescas, de otro mundo. Cree que puede estar presenciando el avance de un maremoto. El efecto de un meteoro apocalíptico en el corazón del Atlántico. El fin del mundo aproximándose en silencio. Se queda hipnotizado observando cómo el fenómeno cambia de forma, fluctúa, da la impresión constante de estar llegando sin aproximarse. Un poco antes de que caiga la noche la visión comienza a deshacerse

y desaparece sin alardes.

Los alumnos comienzan a aparecer por las tardes en la piscina. Algunos son surfistas y estos tienden a poseer escasa técnica pero una excelente condición física, buenos alumnos con los que trabajar siempre que asuman que pueden evolucionar. Es el caso de Jander, un calvo bajito y robusto de unos cuarenta años que vive bronceado y es dueño de una tienda de animales en el margen de una carretera en Palhocinha, famosa por hospedar a algunos de los perros más queridos de la ciudad en su hotel cuando los dueños se van de viaje. Jander hace surf, nada, corre y monta en bicicleta con regularidad pero sin ninguna supervisión ni método. Desperdicia su increíble resistencia con una forma de nadar desgarbada y dedican las primeras clases a intentar que gire menos el cuerpo rojizo y sincronice mejor las brazadas y el batido de piernas. Sin embargo, hay un surfista rastafari llamado Amos que siempre está colocado y se niega a seguir cualquier indicación. Se para, escucha, se muestra de acuerdo y después ignora los consejos del profesor. Sus rastas impermeables no caben dentro del gorro pero la recomendación de Panela es hacer la vista gorda. Desperdicia toda su energía en los dos o tres primeros largos de la serie y después se arrastra hasta el final del entrenamiento, sin aire, tragando agua, nadando cada vez más despacio y sufriendo visiblemente cada vez más. A la tercera semana se matriculan dos gemelas adolescentes reservadas e introvertidas, Kayanne y Tayanne, que llegan juntas, nadan burocráticamente con el mismo bañador negro vistiendo sus cuerpos blanquísimos y casi idénticos y se marchan juntas. A ellas les confesó el problema que tiene para reconocer las caras de la gente porque ellas sufren la condición inversa de no ser reconocidas de inmediato por casi nadie. Eso a él le parece gracioso pero a ellas no. Dos alumnos son triatletas. Uno de ellos es profesional, nada como un misil y llega con el entrenamiento preparado y anotado con estilográfica azul en una hojita blanca que siempre deja pegada en el azulejo del borde de la piscina al marcharse. Este no pide ni precisa su atención. El otro

es reumatólogo y ya tuvo días mejores como atleta. Siempre trae unas palas gigantescas que insiste en utilizar en todo entrenamiento a pesar de ser la causa evidente de sus constantes dolores en el hombro, probablemente una lesión de los tendones supraespinosos. Pero el médico es él. Hay dos alumnos que apenas consiguen flotar. Uno de ellos es un barbudo corpulento, alegre y muy peludo que llegó el primer día riendo y preguntando si estaba permitido nadar con chándal. Se autodenomina Chándalmen y arranca risitas en las gemelas cuando anuncia su Golpe Especial, el Salto Bomba, antes de lanzarse a la piscina haciendo el mayor escándalo posible. El otro es Tiago, un muchacho tímido y voluntarioso de diecisiete años, muy educado, con un grave problema de ginecomastia. Su alumna preferida hasta ahora es Ivana, una señora gordita y simpática de cincuenta y pocos años que apareció por allí con pinta de sedentaria pero que ha demostrado ser una nadadora experimentada y dedicada, participante esporádica en el circuito catarinense de travesías de corta distancia e interesada en prepararse para recorridos más largos. Es fiscal y trabaja en el Tribunal de Garopaba. Una de esas personas para quien la natación no es un medio para alcanzar un fin, como adelgazar, curar una enfermedad o ganar medallas, y sí una parte de la vida como trabajar, comer y dormir. Alguien que no consigue no nadar. En eso son iguales. Para ellos nadar supone establecer una relación especial con el mundo, un asunto sobre el que los entendidos no sienten necesidad de conversar al respecto. Ivana balancea los hombros de una forma extraña y él la reconoce por su modo de andar. A veces no está seguro acerca de la identidad de un alumno nuevo. A veces entra alguien solo para mirar la piscina o pedir información y él cree que se trata de un alumno conocido. En vez de explicar el problema prefiere pasar por olvidadizo, raro, distraído. Hay quien lo toma por un misántropo. Pero en aquella pequeña piscina de tres calles con sus pocos alumnos las confusiones son inusuales y pasajeras y no llega a haber malentendidos. Le gusta conocer gente nueva, *resetear* y recomenzar todo un espectro de sus relaciones sociales. Descarta los rostros y aprende a reconocer a las personas por sus actitudes, problemas, historias, trajes, gestos, voces,

por el modo de nadar, por su progreso dentro del agua. Sus características van formando un diagrama que consigue evocar y estudiar durante las horas muertas. Cada persona forma un patrón reconocible que él puede situar en ese panel imaginario con una pequeña placa debajo con el nombre de: Mis alumnos. Guarda muchos cuadros de ese tipo en su cabeza. En el del gimnasio Swell figura también Débora, que insiste en enseñarle a surfear, y Panela, que además de ser socio del gimnasio es *pizzaiolo* de una pizzeria artesanal situada en la entrada de la ciudad, un tipo jovial que lleva la cabeza rapada y tiene los músculos definidos, y que actúa día y noche como un entusiasmado relaciones públicas de sus proyectos empresariales y está en todas partes. Su socio en Swell, Tábua, es competidor de kitesurf a nivel internacional y pasa buena parte del tiempo en el extranjero. A veces Tábua se acerca a la piscina a nadar de noche, después de que él ya se haya marchado. Débora le asegura que ambos se conocieron en algún momento pero él no se acuerda. Tábua mandó decir que no quiere perros dentro de la zona de la piscina pero a Panela no le importa tener a Beta tumbada en el suelo de cemento frente a la recepción o recibiendo caricias de los alumnos en el trocito de césped de la entrada. Le dice a Débora que le diga a Tábua que si hay algún problema vaya a hablar con él directamente en vez de mandar recado.

Dado que los pescadores prohíben nadar en el mar desde principios de mayo, que marcó el fin del período de veda y la apertura de la temporada de pesca del mújol, nada antes de la comida en la piscina o corre en la playa o por las carreteras de tierra de las playas de Ambrosio y de Siriú pasando por granjas a la sombra de higueras, cerdos sueltos y dunas muy lisas cortadas por las marcas de las tablas de sandboard. Una mañana bastante fría presencia el primer arrastre de mújol del año en la pequeña playa de la Preguiça. Los delfines persiguen a los bancos de peces exhibiendo las aletas dorsales y saltando de alegría, orientando al bote que cerca a la presa. Dos docenas de pescadores rodeados por gaviotas alborotadas arrastran redes que hierven de peces enormes y aterrorizados con hileras rectas de escamas plateadas y vientres

relucientes como plomo derretido que van siendo amontonados en la arena hasta formar una montaña inerte de animales poniendo las agallas a trabajar inútilmente a la espera de la muerte. Un joven pescador sin camisa exhibe la espalda cubierta por un tatuaje que reza Joseane, Taina y Marina, Las estrellas de mi vida. Un borracho de barba blanca tira de la red con los ojos abiertos de par en par, en trance. Un pescador más viejo supervisa la maniobra con actitud de desdén administrada a lo largo de décadas de experiencia en el mar. Todos se entregan al trabajo con la mayor seriedad, sin chistes ni cháchara, reduciendo la conversación a intelecciones prácticas. Perros y gatos circulan coquetos en torno a las redes recogidas y los más listos se atracan de las cabezas de peces menudos descartados por los humanos. Los perros de los nativos hostilizan a Beta, que ya ha aprendido a mantenerse alejada de ellos. Él ayuda a los pescadores a tirar de la red y recibe a cambio dos mújoles frescos que limpia sobre las piedras usando el cuchillo de su padre. Separa dos rodajas para asar en la sartén con un poco de aceite de oliva y lima, y congela el resto. Al caer la tarde, después de ir a recoger a Pablo al colegio y dejarlo con la madre de Dália, regresa a casa y se encuentra con cuatro lanchas atracadas delante de los cobertizos de pesca junto a los restos de un banco de peces de casi diez toneladas que termina de ser cargado en cajas de plástico blanco dentro de dos pequeños camiones frigoríficos. Vecinos del pueblo cargan con su cuota de peces enganchados en los dedos por las agallas o en bolsas de plástico del supermercado. A pesar de la gran cantidad de mújol capturado ese día, los pescadores se muestran pesimistas y temen la peor captura en años. Unos citan la temperatura, otros la gran cantidad de lluvia en la laguna de los Patos. Se enciende la iluminación pública y un rojo suave aparece al oeste por detrás de los cerros, por donde el sol se puso. Un silencio súbito ocupa la ensenada después de que todos se hayan marchado y durante algún tiempo solo se oyen las olas, hasta que alguien pone música electrónica en el maletero abierto de un coche aparcado en el paseo marítimo.

Los pescadores no le dan mucha conversación. Todos aquellos

con quienes abordó el asunto de la muerte de su abuelo pasaron a ignorarlo. Algunos lo siguen con miradas hostiles cuando pasea por las calles de la parte histórica de la ciudad y otros le saludan con una simpatía que le parece exagerada. A veces sospecha que se ha vuelto paranoico. No sabe muy bien quién es quién y ha dejado de hacer preguntas porque comenzó a sentir miedo. A menudo escucha por detrás de las persianas las conversaciones de los pescadores o de los chicos que acuden a fumar o a traficar en la escalera de la piedra de Baú. Los temas de los pescadores son tan infinitos como insondables. Peleas por el reparto del mújol, ofensas e insolencias, cotilleos del pueblo.

Otro día, volviendo de una de sus carreras matinales hasta Siriú, hace una pausa para darse una zambullida y hacer estiramientos cerca del restaurante Embarcaçao y ve a una mujer estirándose también en la valla de estacas junto a la rampa de acceso a la playa. Se aproxima y pide permiso para hacerle una sugerencia. De cerca observa que la chica tiene los ojos un poco achinados como los de una oriental y la piel lechosa por debajo de la rojez de las mejillas. Está empapada en sudor de la cabeza a los pies. Es una apariencia sin rasgos discordantes y no encuentra nada que pueda ayudarlo a reconocerla más adelante. La mujer está estirando la parte posterior del muslo y él le enseña a apuntar el pie de apoyo hacia delante y enderezar el tronco, sosteniendo la punta del pie estirado con ambas manos, lo que, una vez instruida, ella es capaz de hacer sin dificultad. La chica reconoce que ahora está estirando el músculo de forma diferente. Se llama Sara y es farmacéutica. Trabaja en una de las innumerables farmacias de la ciudad. Menciona a su marido, que es dentista. Los dos se licenciaron en Porto Alegre hace unos años y están allí desde el año anterior movidos por el ideal que lleva a tantos dentistas, farmacéuticos, fisioterapeutas, médicos, abogados, ingenieros y pequeños emprendedores de las capitales a ese lugar, el sueño de ser un profesional liberal que lleva una vida sencilla cerca del mar, practicando surf y tomando el sol todas las semanas, ganando menos pero siendo feliz, con suficiente espacio en el jardín y en la arena de la playa para dejar sueltos a los pastores belgas, a los

labradores y a la futura prole. Sara comenzó a correr en cuanto se mudó allí pero piensa en dejarlo porque ha empezado a sentir fuertes dolores crónicos en la espinilla. Le muestra dónde le duele exactamente. Cuando le presiona los laterales de la tibia, Sara chilla y da un salto. Parece ser una periostitis tibial un poco seria y le dice que le puede pasar unos ejercicios de refuerzo para que los practique en el gimnasio. Y sería bueno que se aplicara hielo y reposara por lo menos durante dos semanas. La mujer se lo agradece y se marcha en un turismo negro recién comprado que espera aparcado en la acera del paseo marítimo y que se alegra de ver a su dueña con un pitido estridente de la alarma. Al cabo de dos días una mujer entabla conversación con él pero solo la reconoce unos cinco minutos después, cuando ella menciona los dolores en las espinillas. Él le enseña a estirar y fortalecer las tibias con ejercicios. Como ella frecuenta otro gimnasio más próximo a su casa quedan en encontrarse e intercambian teléfonos. Por último acuerdan que él le dará clases de atletismo a partir de la semana siguiente y que se citarán tres veces por semana frente al restaurante Embarcado, bien tempranito. Sara tiene una amiga que también corre y está interesada en contar con el seguimiento de un instructor. Propone que comiencen a formar un grupo de atletismo.

Hay mañanas en que olvida cómo fue a parar allí y cualquier modesta ambición que pueda anidar, y siente que en el fondo no hay nada que revelar o entender a cualquier precio. Mañanas como la mañana nublada en que se sienta frente a la ventana de casa con la perra al lado y mata el tiempo observando cómo el furioso viento del nordeste agita el agua entre azulada y verdosa, sin reflejos, como si la estuviera mirando a través de un filtro polarizados. Las olas explotan en las piedras en abanicos de espuma blanca como el merengue y las gruesas gotas mojan sus pies y esparcen un perfume a sal y azufre. Entonces el viento cambia de sentido sin avisar. Su fuerza invisible reconfigura todo el paisaje en unos instantes. Soplando del sur, estira toda la superficie del mar hacia el fondo como si extendiese una sábana arrugada sobre la cama. El silencio guarda un poco de la tensión del momento anterior. El agua se

vuelve lisa como un espejo y las ondulaciones forman mansas y largas hileras que rompen cerca de la playa levantando crines de vapor contra la luz de un sol que acaba de aparecer de la nada. La película de la superficie se desliza por encima de las olas en dirección opuesta a su avance. El mar retrocede, la franja de arena crece y la temperatura cae un poco. Pero el sol aparece en tromba e impulsa a un grupo de chicos a bañarse frente a la piedra. Los niños, cuatro, con bermudas y sin camiseta, van tirándose al agua de la ensenada. Saltan desde lo alto del embarcadero de madera y se hunden muy cerca de las piedras intercambiando insultos. Las dos chicas tienen doce o trece años y caminan por las piedras con desenvoltura, una en biquini y la otra con un vestido blanco con el dobladillo triangular, nariz respingona y frente alta. Sacan piruletas rojas de una bolsa y se sientan en la piedra. La del vestido blanco vuelve la cabeza y lo mira brevemente por primera y última vez con honesto desinterés, disipando al mismo tiempo la sexualidad precoz y el tedio profundo que le impide ejercitarla. Los niños les arrojan agua, intentan tirar de ellas. Las niñas lo toleran como si no fuese más que una interrupción pasajera y luego vuelven a sus piruletas y a su conversación monosilábica. Después, la chica del vestido se levanta y desciende hasta una piedra más grande situada al borde del agua. Las olas domesticadas le pasan por encima de los pies. Ella observa el mar y a los chicos que juegan en el agua, como si unirse a ellos fuera una fatalidad a la que se tiene que enfrentar, una obligación implícita de su existencia femenina. Se quita el vestido blanco con resignación, lo dobla y lo coloca cuidadosamente sobre una piedra. Vuelve la cabeza y mira a su amiga. De acuerdo, las dos van a cumplir con su destino. Entran en el agua al mismo tiempo luciendo biquinis negros muy parecidos y son inmediatamente rodeadas por los chicos. Les salpican agua en la cara, las agarran y les hacen una ahogadilla sin compasión. Los jóvenes ríen con ganas y ellas se resisten pero también acaban riéndose, la misma carcajada que los adultos sueltan cuando se sienten niños. Desde donde él está puede ver los ojos de la chica del vestido blanco encendidos por el reflejo del sol y constata que tienen exactamente el mismo color que el agua

del mar ese día, la misma tonalidad verde cobrizo y el mismo trasluz que, en el caso del mar, deja ver restos de algas y nubecitas de arena flotando en el fondo. En el caso de la chica, él no sabría decir. Son ojos grandes. Puede verlos bien a pesar de que ella jamás lo mira, como los caballos o las aves que nos vigilan sin dirigirnos nunca la mirada.

El circo Mailer llega a la ciudad la tercera semana del mes, anunciando su presencia mediante un incansable coche con megáfonos y carteles clavados en los postes y en los tablones de anuncios de los supermercados. Dália lleva un tiempo quejándose de que él anda desaparecido y de que ya no responde a sus mensajes y en un esfuerzo por hacerse más presente propone llevarles, a ella y a Pablito, al espectáculo del sábado por la noche. También hay cierta curiosidad personal en ese gesto. Durante su niñez y adolescencia su madre lo llevaba a ver algunas representaciones de teatro y danza, y su padre a la feria agropecuaria Expointer, a ver los animales deprimidos de Simba Safari y a las ruidosas carreras de *stock car* en la pista de Taruma, y una o dos veces al año caía un Van Damme o un *Rey León* en el cine, pero nunca fue al circo. Se acerca al mercado de Delvina el sábado por la tarde para comprar un abono de tres entradas que reduce el precio de un adulto de diez a cinco reales y el de un niño de cinco a tres. El papelito poroso impreso en negro y magenta con la cara de un payaso en el centro promete The Brother *Show*, Trapecistas Voladores, Hermosas Muchachas, Payasos, Malabaristas, Tela Aérea, Contorsionistas, Los Bacaras (Atracción Internacional), Globo de la Muerte con 3 Motos, Hombre Araña en Directo y Taxi Loco. La luna brilla en la noche fresca y los carritos de palomitas esparcen por el aire aromas de caramelo y mantequilla. Queda con Dália y Pablito en la plaza central, delante de Correos. Es su día libre en la pizzeria, y ella está sonriente e hiperexcitada y mira todo a su alrededor con una fascinación desmedida. De un momento a otro parece haber olvidado que se andaba sintiendo ignorada por él, pero aun así lo censura por no haber aceptado hasta

ahora su solicitud de amistad en Facebook, pues es una falta de respeto. Hace tres meses que él no entra en Facebook. La gente converge en la gran lona circular azul y amarilla instalada en el terreno que queda detrás del centro de salud. Pablito quiere ver el león. El circo no tiene león pero mantiene el misterio en vez de apagar las expectativas del niño. ¿Habrá un león? ¡Ya lo creo que sí, me lo ha dicho mi madre!, grita y salta el pequeño. ¡El hombre bala! Vamos a verlo, vamos a verlo, propone él cambiando de tema. Dália le dice que no tiene que preocuparse porque al niño le va a gustar cualquier cosa que haya, le gusta todo y le importan un bledo las promesas, tal vez hasta sea un problema, cree que puede tener déficit de atención. ¿Crees que tiene déficit de atención? Dicen que hay que tratarlo pronto. Dália le roza el brazo con la mano mientras andan y él no sabe si debe cogerla de la mano delante de la gente, delante del niño. Tiene miedo de ir contra los códigos de aquí. Él es el Tío de las gafas. Ella lleva tacones y bermudas. Le brillan las pantorrillas por la crema hidratante. Nunca la ha visto tan maquillada. Tiene ganas de besarla, pero se reprime. Han convertido en taquilla el contenedor de un camión rosa, donde una chica espléndida con purpurina en las mejillas, brillo en los labios y una máscara azul que recuerda a una mariposa pintada alrededor de los ojos recibe el abono y el dinero y entrega las entradas por la ventanilla. Debe de ser una de las Hermosas Muchachas. Dos jóvenes de unos diecisiete años disfrazados de payaso están plantados en la entrada sin hacer nada, en punto muerto, viendo al público llegar. Atraviesan un pasillo con pequeños puestos de manzanas caramelizadas, de algodón de azúcar, de perritos calientes, de palomitas y de churros y llegan a un espacio abierto en el que hay baños químicos, trailers, remolques y coches antiguos en pésimo estado. Hay un Chevrolet Opala de primera generación, un Volkswagen escarabajo, una buena y vieja Belina, una Caravan y un increíble Passat de los años setenta, rojo, castigado, orgulloso de existir todavía. Las cuerdas que sostienen la lona de la zona para comidas han sido amarradas al chasis de un viejo camión Scania 110 color ladrillo que parece un animal exótico de líneas redondeadas y

elefantinas. Dália quiere una manzana caramelizada y Pablito un algodón de azúcar. Él se pide un churro relleno de dulce de leche. Un poco más adelante, bajo las lonas del circo, un inmenso caballo blanco y tres llamas tensas por el movimiento a su alrededor mastican algo y contribuyen al hedor omnipresente a cuadrúpedos y a estiércol. La hora del espectáculo se aproxima y se apresuran dentro de la lona principal. Escogen un sitio en medio de centenares de sillas de plástico blancas dispuestas en semicírculo alrededor de una pista de arena dotada de una voluminosa cortina violeta con adornos plateados. Dália se despoja de la chaqueta, balancea los hombros expuestos por la blusa sin tirantes y canturrea el estribillo de la romántica canción del interior de Brasil que anima el recinto. Las familias acuden unidas al espectáculo con parejas adultas remolcando a sus mayores, hileras de niños de la mano, madres muy jóvenes con bebés en el regazo. Los núcleos más familiares son contrarrestados por pandillas de adolescentes electrizados metiéndose con cualquier cosa que se mueva. Jóvenes que lucen tupés esculpidos con gel y pantalones tejanos llenos de cremalleras y relojes prestados por el padre se pavonean alrededor de chicas con el pelo mojado, minivestidos atrevidos y zuecos de plataforma de quince centímetros. Una grabación brama Bienvenidos, señoras y señores, al fabuloso circo Mailer. La música de apertura procede de alguna banda sonora de cine norteamericano. Se abren las cortinas. El espectáculo comienza con la Atracción Internacional Los Bacaras. Los tres trapecistas con trajes de lentejuelas doradas escalan un mástil realizando coreografías, con la narración simultánea de un locutor cuya retórica consiste en tratar a los artistas como criaturas no humanas, por no decir ligeramente infrahumanas. Saludan al público… ¡así!, grita el locutor mientras los tres forzudos estiran el cuerpo en paralelo al suelo, lo que no es nada fácil de ejecutar desde el punto de vista muscular aunque no llega a excitar a la platea. Pero enseguida entran en escena tres payasos vistiendo tirantes y enormes zapatos de colores, chaquetas gigantes con botones del tamaño de cedés y caretas de *Scream*. En cuestión de segundos conquistan al público con la violencia estilizada de los viejos programas infantiles

y de los chistes lascivos de la televisión de los sábados por la noche. El rabo gordo te enseña, el rabo gordo entretiene y yo te digo contento… ¡hasta la semana que viene! Las risas de los niños son constantes y estallan con cada nuevo chiste. Algunos berrean. El locutor anuncia a los malabaristas. Entra un hombre que lanza mazas al aire mientras una bailarina se contonea a su alrededor. La banda sonora del número es un eurodance acelerado y Dália cierra los ojos, levanta los brazos y empieza a bailar sentada. ¡Jodeeer! ¿Esto qué es?, grita, y solo ahora cae en la cuenta de que está colocada. ¿Qué has tomado? Un ácido, responde ella con una sonrisa extasiada. Luego se pone seria y abre los ojos de par en par como si quisiera recobrar la lucidez. Él se irrita pero no dice nada. Le asalta la convicción de que tiene que terminar la relación sin demora, preferentemente esa misma noche. No conseguirá interesarse por la vida de Dália. No sabrá ser paciente con ella. No cree que pueda amarla de verdad, o por lo menos no por mucho tiempo. Admira su tenacidad y encuentra consuelo en su belleza pero no tienen mucho más que ofrecerse más allá de lo que ya se ofrecieron. No le gusta ese deslumbramiento con las fiestas, con las drogas. Cualquiera de esos días, no va a tardar mucho, acabarán odiándose. Agarra el pelo de Dália por detrás, por la raíz, como hizo en aquella fiesta la noche que se conocieron. A ella siempre le gusta que se lo haga, levanta la cabeza y ronronea, sonriendo suavemente, viajando. El niño mira sin parpadear el espectáculo. Cinco mazas… ¡Perfecto!, celebra el locutor justo en el momento en que el malabarista deja caer una de ellas. El hombre recoge la maza y lo intenta de nuevo. Parece aburrido en vez de concentrado. ¡Es un artista en busca de la perfección!, exclama el locutor. La platea se pone tensa, en total silencio, y rompe en aplausos cuando el número sale bien. Pablito aplaude despacio y le mira. ¿De verdad te parece buena idea tomarte un ácido cuando sales con tu hijo? Ella lo mira con un gesto de desprecio. No pasa nada, le dice, como si fuese algo obvio, como si toda persona viva se hubiera tomado un ácido y supiese que no pasa nada, joder. El malabarista comete otro error, esta vez con las bolas pequeñas. ¡Oh, no! ¡Es muy difícil, casi

imposible! ¡Pero el artista busca la perfección! Enseguida entra Jardel, el Hombre Pájaro, que salta y da vueltas sin parar al son de una música *new age* colgado del techo por gomas elásticas. ¡Un torbellino humano! ¡El sueño de todo hombre es volar en las alturas! Stéfany, especialista en tela aérea, aparece embutida en unas mallas de vinilo rojo con adornos dorados. Balancea la cola de caballo descolorida y se enrolla y desenrolla en la tela a varios metros de altura simulando caídas que ponen en vilo a la platea. Vuelven los payasos y anuncian la Atracción Especial de la NASA, ¡una supermáquina secreta! Un minicoche construido a partir de la soldadura de la parte delantera y trasera de un Fiat 147 provoca alboroto y sustos en la platea a causa de los estallidos, el humo y un radiador que arroja agua. En el intermedio Pablito quiere ver de nuevo a los animales. Dália va al lavabo y él lleva al niño a las tiendas de los animales. Al acercarse encuentran a un avestruz hastiado y a un camello que al principio solo es una masa deforme en la penumbra, pero que se levanta de repente en cuanto se aproximan a la valla y los observa con una mirada expectante, tal vez creyendo que le van a dar de comer. Pablito se queda paralizado delante de la criatura grandullona con las dos jorobas oscilando a la espalda y el cuello curvo con una abundante papada. ¿Apestoso, eh?, le dice al niño, sujetándose la nariz. ¿Sabes cómo se llaman esas cosas que tiene encima? Jorobas. Sirven para almacenar agua y sobrevivir en el desierto. Un viejo borracho se aproxima también y se queda mirando al camello, que pierde el interés en los humanos y se va a dar una vueltecita por el corral hincando los cascos percusivamente en la tierra ablandada. Por algún motivo el camello comienza a oler la cola del caballo que está a su rollo en el corral vecino y rápidamente suelta una coz que yerra la cara del camello por poco pero que acierta en la reja de aluminio que los separa provocando un ruido alto y agudo. Pablito se parte de risa. Bicho loco, dice el viejo borracho meneando la cabeza y marchándose. Dália aparece e interactúa con su emocionado hijo. Se acerca con él muy cerca del camello. Percibe cierta diferencia en su actitud. Se está controlando para no parecer colocada. Cuando se dirigen a

comprar una lata de Guaraná para el niño ella dice Así que hoy no piensas volver a dirigirme la palabra, ¿es eso? Después se disculpa y reconoce que tiene razón, que ha sido una irresponsable. Le da un beso y la mano delante del niño. El mira alrededor. No está seguro de si les están observando y pensándolo bien no sabe por qué eso le preocupa. ¿Qué te pasa? ¿Me odias? ¿O te pone ansioso no reconocer a las personas? El responde que no es nada. El espectáculo prosigue después del intermedio. Dália repara en que los operarios del palco que montan y desmontan la escena en casi todos los números son nada más y nada menos que Los Bacaras. Sospecha que son todos de la misma familia. Raíza presenta su número en las anillas y en cuanto se retira entra en escena el camello, que se queda parado casi un minuto en medio de la pista apestando el ambiente con un fuerte olor a lana mojada y a tabaco hasta que lo presentan como El Dromedario. Lo acompañan dos entrenadores y un poni que se pone inmediatamente a correr alrededor de la pista saltando obstáculos como si le hubiesen realizado una lobotomía y estimulado químicamente para esa misión. El camello no hace nada, solo está allí para que lo vean los niños. Los payasos regresan y piden a los espectadores de la platea que finjan tirar algo hacia arriba. Ellos fingen recoger el objeto lanzado con un cubo que emite un ruido metálico estridente. Uno de los payasos les apunta y Dália anima a Pablo a participar en el número. El chico simula un lanzamiento, el payaso comienza a retroceder para recoger el proyectil imaginario y tropieza con su colega que se había agachado a escondidas con esa finalidad. Todo funciona. El público adora a los payasos. Cuando se marchan de la pista, él coge a Dália y le habla al oído. ¿Te acuerdas del tío del pelo oxigenado del Pico del Surf? ¿Qué pasa con él? Tenía el tatuaje de un tiburón en la pierna, ¿no? ¿Qué clase de pregunta es esa?, duda ella mirándolo escandalizada. Nada, es que creo que me ha observado de forma amenazante, pero no estoy seguro de si es él. Necesito saber si tiene un tatuaje. Creo que sí, dice Dália. Un tiburón en la espinilla, ¿no? Creo que sí. Comienza el *African Show*: dos hombres muy fuertes y cuatro beldades vestidas con estereotipados trajes tribales africanos

con estampados de tigre y de leopardo. Solo uno de los artistas es negro. No te metas con ese tío, le advierte Dália. ¿Me has oído? No vale la pena. Una de las chicas lleva una mariposa azul pintada alrededor de los ojos y deduce que es la misma que la de la taquilla. Está semidesnuda en su exiguo atuendo africano. Fantasea con follársela en el capó del Passat rojo. No me voy a meter con él, solo quiero saber cuándo está cerca. Entran tres hombres más en la pista, todos blancos. El locutor informa de que ese *show* quedó vencedor en un concurso de talentos de televisión. El conjunto baila y dibuja complejas acrobacias que impresionan al público. En algún momento la música tribal da paso a un ritmo caribeño. A los adolescentes a su alrededor les parece graciosa la pirámide humana y comentan que uno de ellos está sentado sobre la polla de otro. Con la finalización del *African Show* comienza la larga preparación para el Globo de la Muerte. Los payasos llaman a los niños y, sin demora, la pista en forma de media luna es invadida por un enjambre de homúnculos poseídos por entidades del más allá. Los niños saltan y gritan sin saber qué hacer con tanta energía. Pablito también va y se queda allí esperando a que el payaso le pregunte su nombre por el micrófono. Dália se pone un poco nerviosa porque Los Bacaras están colocando el gran globo metálico en la pista mientras los payasos interactúan con los niños y la situación parece peligrosa. Pero todo sale bien. Retiran a la chiquillería y aparece un niño de diez años, Jonatan, el talento precoz, que ejecuta las primeras piruetas dentro del globo con su moto en miniatura al son de «Sweet child o'mine». Bajan la iluminación de la tienda para el último espectáculo. Los motores de las motocicletas rompen los tímpanos mientras chispas y cañones de luz proporcionan un *show* pirotécnico. El locutor alerta con voz cavernosa de los riesgos de la representación. Los tubos de escape de las motos crepitan, todas las luces se apagan de repente y las niñas gimen en la platea. Una a una las motos se adentran en el Globo de la Muerte y giran en lo que parece ser una osadía imposible, evitando chocar por centímetros. Los espectadores se quedan extasiados con la acción como si estuvieran narcotizados por el fuerte olor a combustible quemado.

Todo hace pensar en la muerte como una amenaza concreta. Nadie piensa en nada más hasta que el *show* termina. Más tarde, en casa, Dália mete a su hijo en la cama y ellos ven la televisión. Suponiendo que debe de habérsele pasado el efecto del ácido, se prepara para mantener una conversación con ella, pero justo en ese momento Dália le coge de la mano diciendo Mi madre no está, vamos a mi habitación, Pablito nunca se despierta, ven. Pero él se queda sentado. Dice que no quiere seguir adelante con la relación que están manteniendo, que prefiere estar solo a partir de hoy. Imbécil, dice ella después de asimilar la información. ¿Cómo me sueltas algo así cuando voy supercolocada de ácido? Lo mira fijamente con una mirada de profunda decepción y casi llora al decir ¿Justo hoy? ¿Después de una noche tan guay? ¿Tenía que ser hoy? Él no sabe qué decir. ¿Cuál sería el momento ideal? ¿Después de una pelea? ¿En mitad de la semana cuando ella tiene que trabajar en dos empleos? No existe el momento ideal. El momento ideal es antes de que la cosa vaya mal, ¿no es así? ¡No, no es así!, casi grita Dália. Primero tiene que ir mal, pedazo de idiota. ¿Justo hoy? ¿Y por qué? ¿Me explicas por qué? Dália se calma, suspira, le pasa la mano por la cara, mueve la cabeza. Vete a tu casa, ya hablaremos en otro momento. Por favor. Se levanta y comienza a salir. Pero ¿por qué?, sigue preguntando ella inútilmente. ¿Por qué? Solo quiero saber por qué.

Cada tres o cuatro días se acerca al cibercafé de la plaza central y comprueba sus *e-mails*. La bandeja de entrada siempre está abarrotada de nuevos mensajes en negrita pero en general solo dos o tres tienen algún interés. Un mensaje del abogado relativo a un pequeño problema del inventario. Otro de su madre diciendo que ella y su novio están pensando en pasar un fin de semana en Garopaba. Responde que se pueden quedar a dormir en su apartamento si quieren. Un ex colega de la facultad se va a casar. Responde que no va a poder ir, le felicita y utiliza su tarjeta de crédito para adquirir una máquina de hacer pan dentro de la lista de

bodas dejada por los novios en la página web de unos grandes almacenes. Después lee los cuatro mensajes del listado de *e-mails* creado por Sara para el grupo de atletismo. Decidieron que las clases empezarán a las siete y no a las siete y media para que Denise, una amiga de Sara que entró a formar parte del grupo, tenga tiempo de correr e ir luego a trabajar. Responde con un OK. También hay un mensaje privado de Sara diciendo que tienen que hablar del precio de las clases porque todos están preguntando. Responde que ya hablarán de eso en persona en otro momento. Algunos mensajes son de hace semanas. Condolencias de quien se acaba de enterar de la muerte de su padre, invitaciones a participar en pruebas de triatlón, carreras y travesías enviadas por sus organizadores o por personas que no saben que se mudó a Garopaba. Recuerda que la noche anterior Dália le recriminó no responder a los mensajes de Facebook. Teclea su nombre de usuario y contraseña en la página web por primera vez en tres meses. Tiene la impresión de que ha cambiado el diseño gráfico. Hay docenas de solicitudes de amistad y en su foto de perfil aparece imberbe. Echa una ojeada a los nombres y acepta las solicitudes de Dália Jakobczinski, Débora Busatto, que supone que es la recepcionista del gimnasio, y Breno Wolff, un amigo nadador del Uniáo. Son aquellos que reconoce por el nombre. Después hace clic uno por uno en las solicitudes de los rostros misteriosos y echa un vistazo en sus muros en busca de pistas. Ve un nuevo videoclip de Coldplay que acaba de colgar una rubia cuyo nombre no recuerda. Aprovecha las sugerencias de YouTube y visiona algunos vídeos más. Un bebé riéndose, el videoclip de un nuevo grupo llamado Little Joy, una recopilación realmente impresionante de las mejores jugadas de tenis profesional de 2007. Casi todas las cabinas de alrededor están ocupadas por personas encorvadas y absortas con grandes cascos acoplados a la cabeza. Justo en diagonal a él un señor extranjero con gafas está enfrascado en medio de una conversación tensa con alguien vía Skype, gritando frases enfáticas en inglés y haciendo largas pausas para oír las respuestas en los cascos mientras sostiene el brazo del micrófono con las puntas del índice y del pulgar y mantiene la cara casi pegada

al cristal, mirando las profundidades de una negra pantalla llena de iconos. La conexión es lenta y de repente se da cuenta de que ha malgastado más de media hora viendo media docena de vídeos. Vuelve a la ventana de Facebook y recuerda comprobar sus mensajes personales. Cuatro son de Dália[4]. Desciende un poco más por el listado de mensajes y encuentra uno enviado por Viviane hace dos semanas. Retira la mano del ratón y se queda mirando la pantalla. Después clica en el mensaje y lo lee[5]. De repente necesita recuperar el aliento y percibe un poco asustado que olvidó respirar mientras intentaba decidir si respondía o no. Toma el ratón de nuevo y con varios clics rápidos examina la configuración de la cuenta y cierra su perfil en Facebook, ignorando el chantaje emocional del mensaje automático que anuncia que sus amigos lo echarán de menos.

El lunes por la mañana llueve con fuerza, y los alumnos del grupo de atletismo mandan breves mensajes de móvil avisando de que no van a ir a correr. Regresa a la cama y duerme un poco más. Despierta con la perra tumbada a su lado en el colchón y la echa de allí con delicadeza. Beta vuelve a subirse a la cama. Su padre nunca la dejaba subir ni a la cama ni al sofá y es curioso que haya comenzado a hacerlo ahora. Le deja quedarse un ratito, acariciándole la espalda. Le vence el sueño de nuevo y despierta cerca del mediodía. Sale andando bajo la lluvia hasta el mercado y compra medio kilo de hígado, que fríe y come con unos restos de espaguetis con salsa de tomate. Le da un bistec a Beta, que tarda unos segundos en creerse que le han dado algo que no sea pienso. Se viste para ir al gimnasio. Antes de salir, la perra ladra tres veces sin motivo alguno y parece esperar una respuesta. ¿Quieres salir? ¿Quieres quedarte?, le pregunta. Beta decide salir cuando él comienza a cerrar la puerta y sale corriendo detrás de la bicicleta. La energía de la vieja perra nunca deja de sorprenderlo. Se queda un poco atrás pero siempre lo alcanza y se desparrama en el suelo para descansar cuando tiene la oportunidad. A veces desaparece durante unos minutos u horas pero siempre está cerca de casa cuando él regresa.

El frío ya ahuyentó a algunos alumnos de la piscina. El rastafari y el reumatólogo no resistieron el primer mes. Otros se mantienen firmes. Tiago ha perdido peso visiblemente, ha aprendido a dar giros olímpicos y ya consigue mantener un tiempo regular en las series de cincuenta y cien metros. Las gemelas cada vez se sienten más a gusto y hoy le enseñan una coreografía que ensayaron. Se contonean, giran los puños y mueven el pelo fuera de la piscina mientras «Rolling on the river» de Tina Turner suena en el móvil de una de ellas. En cuanto se meten en el agua vuelven a ponerse serias y ejecutan el entrenamiento con el estoicismo que las caracteriza. Siempre les pregunta quién es Rayanne y quién es Tayanne. Ellas intentan engañarlo con acertijos que él desenmascara así que empiezan a nadar, ya que las dos baten las piernas de forma diferente. Tayanne dobla demasiado las rodillas y no logra estirar los pies, y por eso su hermana suele dejarla atrás. A última hora de la tarde consigue convencer a Ivana de que tiene que aprender a nadar mariposa, que un médico le prohibió practicar hace muchos años a causa de la hiperlordosis. El cree que si empiezan poco a poco no habrá ningún problema.

Come una porción de bizcocho de naranja conversando con Mila, la chilena de la barra de la cafetería, y se marcha a buscar a Pablito al colegio, como siempre. Las nubes disminuyeron a lo largo del día y dejan entrever la luna menguante. Se queda esperando a que el niño llegue corriendo a su encuentro en la puerta de entrada, pero no aparece. Después de unos minutos una profesora se da cuenta y se aproxima. Dália ya ha venido a buscar al niño. Llámala.

He faltado al trabajo de Imbituba y fui, ¿no? ¿Hacer qué? Todavía no lo he decidido.

Pero yo puedo seguir yendo a buscarlo.

Ah, vale. Escúchame. No puedes jugar con las expectativas de mi hijo. Ni con mis sentimientos. ¿No lo comprendes? ¿Qué haces? No me has vuelto a llamar, no dices nada. No hay quien te entienda. Tu…

No me cuesta nada, Dália. Podemos ser amigos, ¿no crees?

Ella suspira al teléfono.

Voy yo a buscar al chico.
Dália piensa durante unos segundos.
Está bien. Solo hasta que encuentre otra solución.

6

La comisaría es un edificio bajo y cuadrado rodeado por una vega de alambre y dotado de un coche de policía gris y blanco desocupado. Es casi de noche y una luz ocre se filtra por las ventanas basculantes. Entra esperando encontrarse con alguna clase de salita sórdida y desordenada pero el interior está limpio y organizado. No hay papeles a la vista y los armarios y ficheros parecen vacíos e intactos como los de una papelería. Carteles de campañas para combatir el *crack* y la violencia contra las mujeres se dividen el espacio en las paredes con mapas de carreteras y geográficos de la región. En una de las tres mesas un policía de uniforme caqui se sienta espatarrado en la silla, mira el monitor y mueve el ratón. Se gira y da las buenas noches. Es un hombre grande, delgado y musculoso de fuertes huesos que parecen reclamar un cuerpo aún más grande. El maxilar y las orejas son enormes y hacen que los otros componentes de su cabeza se vean pequeños en comparación. Se sienta en la silla de delante del policía y explica qué ha ido a hacer allí, vacilando un poco antes de cada frase.

Me mudé a vivir aquí hace poco. Vivo en un pequeño apartamento al lado de la piedra de Baú, se lo alquilé a la señora Cecina y… la verdad, no vengo a poner ninguna denuncia. He venido más por curiosidad con respecto a un antiguo suceso. Mi abuelo vivió aquí en Garopaba a finales de los años sesenta. Y lo mataron aquí. Creo que lo enterraron en la ciudad, pero tampoco estoy seguro de ello. Lo llamaban Gaudério.

Gaudério.

Así es.

Y lo mataron aquí.

Parece que sí.

¿Cuándo exactamente?

En el 67.

¿En 1967?

Sí.

El policía lo mira inexpresivo.

Lo que quería saber es si existe en algún lugar un registro policial de eso. Algún tipo de denuncia. Parece ser que un comisario vino en aquella época de Laguna.

¿De Laguna?

Sí.

Gaudério.

Eso es.

¿Qué has venido a hacer aquí?

¿Qué quiere decir?

Dices que te mudaste aquí hace poco. ¿A qué has venido?

El policía permanece reclinado en la silla pero sus brazos son tan largos que alcanzan la mesa. Sus puños relajados están medio retorcidos como las manos de un artrítico.

No vine a nada en especial. Quería vivir en la playa. Soy profesor de educación física. ¿Qué tiene eso que ver?

En aquella época no había ninguna comisaría en Garopaba, explica el policía. Si existe alguna investigación del tema en cuestión debe de estar en Laguna. Pero lo dudo. Ha pasado mucho tiempo. Yo soy de aquí, soy nativo, mis padres, abuelos y bisabuelos son de aquí y nunca he oído hablar de ese asunto. La gente se acuerda de quién muere.

Pregunté a algunos de los habitantes más antiguos.

Lo sé.

¿Lo sabe?

Sí. Ya me he enterado.

Pues eso. Hay gente que se acuerda de mi abuelo. Pero nadie se acuerda de su muerte.

Si nadie se acuerda es que no sucedió.

Quiero estar seguro.

Las manazas retorcidas del policía cobran vida. Los dedos se enderezan y entrelazan. Baja un poco la cabeza y lo mira fijamente.

Aquí no vas a encontrar nada de esa época. Quizá en Laguna.

Fuera, en la calle, un griterío va aumentando de volumen e irrumpe puertas adentro. El policía se inclina un poco para mirar por encima de su hombro con expresión desconfiada. Dos policías entran arrastrando con violencia a un joven esposado. Los sigue un hombre muy blanco y rubio de unos cincuenta años, gordo de cintura para arriba y delgado de cintura para abajo, que gesticula sin parar y vocifera algo ininteligible en una lengua extranjera. El policía orejudo y grandullón se disculpa, se incorpora lentamente y se dirige a prestar atención al problema que acaba de aterrizar.

¿Qué está pasando?

Uno de los policías recién llegados, uno bajito cuyo uniforme le queda holgado, informa de que cogieron al joven robando en casa de un alemán. El rubio, que solo puede ser el alemán, lanza bramidos de protesta en una lengua que no es alemán ni cualquier otra extranjera y sí un portugués truncado con un acento casi incomprensible. Grita que ya es la tercera vez que el ladrón entra en su casa, mostrando tres dedos de la mano. De lo que es posible entender de la historia, esta vez vio al invasor entrando por el jardín, se mantuvo al acecho en el garaje y lo sorprendió con un garrotazo en la cabeza.

Günther esperar en el garaje y garrote, dice simulando el gesto de un bateador de béisbol.

El otro policía recién llegado cuenta que el chico estaba amarrado a una viga del garaje por los pies, colgado cabeza abajo. El alemán continúa narrando la historia a gritos y gesticulando mucho. Los policías empiezan a interrogar al joven, que tiene el pelo empapado de sangre por detrás de la cabeza. Dándose cuenta de que los policías ya no lo escuchan, Günther desvía su atención hacia él.

¡Tres veces!, grita exasperado. ¡Avisé policía tres veces! ¡Tengo dirección de ladrón! ¡Todos saben quién es!

Günther calza sandalias de piel y viste pantalones tejanos desgastados con bolsillos en el muslo y una camiseta azul con el logotipo de Pepsi. Tiene los ojos muy claros y una barba blanca muy corta en el rostro rojo. Dice que el chico rompió dos veces la ventana de su casa en las últimas semanas para robar una licuadora y un par de zapatillas de deporte para correr.

¡Roban cosa pequeña para fumar *crack*! ¡Garrotazo en cabeza! ¡Toma garrote! ¡No poder tener miedo de ladrón!

Günther le agarra el brazo con fuerza y comienza a contarle que vino a Río de Janeiro a buscar a su hija, que había raptado su madre brasileña. Le advirtieron de que Brasil era muy peligroso y permaneció cuatro días encerrado en su habitación de hotel alimentándose de refrescos y cacahuetes. Los cacahuetes del hotel se terminaron y se vio forzado a bajar y buscar un bar en el que comer algo. Pidió una ración de patatas fritas y un ladrón intentó quitárselas. Günther le atravesó la mano con un tenedor y todo el mundo se lo quedó mirando, nadie más volvió a molestarlo. Desde entonces jamás ha vuelto a tener miedo.

Cuando se dan cuenta, los policías están propinando una paliza al joven en un rincón de la comisaría. La cara de Günther se retuerce, horrorizada. Les grita que paren y, viendo que eso no va a ser suficiente, arremete contra los policías, que ya pisotean al chico de unos dieciocho años como mucho, y que está encogido en el suelo pidiendo disculpas. Los hombres de la ley intentan inmovilizar al guiri e impedir la fuga del sospechoso al mismo tiempo. Se arrastran mesas y se derrumba el galón de agua del bebedero. Él no consigue reaccionar en medio del pandemónium, hasta que controlan al alemán. El chico permanece sentado en el suelo protegiéndose la cabeza con las manos. El orejudo parece sorprendido al darse cuenta de que él sigue allí.

¿Te puedo ayudar en algo más?

No. Gracias por la atención.

Buenas noches.

¡Ah! Otra cosa. Hace unas semanas mataron a una chica en Paulo Lopes. La ahorcaron con un cordón de zapato. Le mutilaron

la cara. ¿Sabe a qué me refiero?

Sí. Cogieron al tipo.

¿Lo cogieron? ¿Quién fue?

Un vecino. No recuerdo el nombre. Está preso. ¿Por qué?

Leí la noticia en el periódico y acabo de acordarme. Solo quería saber lo que había pasado al final.

El asesino confesó. Un conocido de la familia. Ya lo habían visto antes con su hija.

¿Ha explicado por qué la mató de ese modo?

Parece que estaba enamorado de la chica. Ella no quería saber nada de él.

¿Es un tío normal? ¿O está loco?

El policía parece a punto de ponerse a reír y se encoge de hombros.

Le da las gracias, sale y se marcha con su perra y su bicicleta.

Regresa a casa andando y empujando la bicicleta por las calles que contornean la laguna de las Capivaras. La luz de las farolas tiñe de un amarillo aceitoso la alfombra de helechos flotantes que cubre casi toda la superficie del agua contaminada. Un torbellino de mosquitos flota sobre el pequeño almacén podrido. Perros inmensos empiezan a salir de entre los matorrales de un terreno baldío y él mete el dedo en el collar de Beta por precaución. Muchos de los integrantes de la jauría son perros de raza, rottweilers, pastores alemanes o cruces en los que reconoce rasgos de collies y labradores, todos con el pelaje erizado de sudor y frío, inmundos y esqueléticos, con la lengua fuera, recorriendo la noche sin destino aparente, como desorientados por un líder fantasmagórico.

Son figuras típicas de la ciudad. Perros de gran porte abandonados por veraneantes que viven a centenares de kilómetros de allí. Sus instintos no parecen capaces de sofocar por completo el deseo imposible de volver a casa.

Repara en que la puerta de su casa está abierta y él no suele olvidarse de cerrarla. Desde la entrada es posible divisar casi la totalidad del

pequeño apartamento y a primera vista no parece haber ninguna señal de invasión. Observa la posición de los cojines de los sofás, de los folletos de encima de la mesa, del par de revistas sobre la barra junto al plato y de los cubiertos sucios. El traje de neopreno de natación que vale cientos de reales y que tal vez sea lo que pudiera despertar mayor interés a un ladrón sigue colgado en el tendedero del lavadero. El portadocumentos donde guarda cuatrocientos dólares y ochocientos reales en billetes, entre tarjetas magnéticas y papeles personales, sigue debajo de la bandeja para guardar los cubiertos en uno de los cajones de la cocina. Cierra la puerta por dentro, deja las persianas cerradas, da comida y agua a la perra y toma un baño.

Más tarde pasa un rato sentado en el sofá mirando el teléfono móvil. Recarga el crédito del móvil y marca un número.

¿Gonzalo?

Su amigo desde la adolescencia comienza el interrogatorio habitual sobre qué bicho le ha picado para mudarse a la playa así sin más, pero él le interrumpe. Pregunta a Gonzalo si todavía trabaja de periodista en la redacción del periódico *Zero Hora*. Le explica su deseo de obtener información sobre la muerte de su abuelo y le cuenta lo que sabe, el año, la historia del asesinato anónimo en el baile, los datos confusos que le dio su padre sobre su llegada a Garopaba en la época de lo sucedido.

Tío, ¿de verdad que estás bien?

Escucha, Gonça. Mi padre vino entonces aquí y me contó que habló con un comisario de Laguna que había venido a investigar el caso. Pero aquí nadie parece saber una mierda yen comisaría no van a ayudarme. Por aquí está prohibido hablar del asunto y todavía no sé por qué.

Va a ser complicado. ¿Tu padre no tenía un certificado de defunción?

No.

Si ocurrió de ese modo y un comisario se ocupó del caso, tuvo que abrir una investigación. Pero imagínate al tío llegando en 1967 a un pueblo de pescadores que se acababa de emancipar para lidiar

con un asesinato sin culpable. Los únicos testigos neutrales debieron de ser los *hippies* y esos estaban lamiendo la arena, locos por las setas. O el tío ni siquiera abrió una investigación, o no se tomó la molestia de señalar un culpable. Fue justicia popular y ya está. Ese tipo de cosas pasaban con frecuencia en las ciudades pequeñas y siguen pasando hasta el día de hoy. Y si abrió una investigación, apuesto a que está en algún archivo por ahí.

Vale, pero ¿hay alguna forma de descubrirlo?

Voy a hablar con un colega, una fuente del juzgado. Tal vez nos sugiera algo. Te llamo luego, ¿vale?

Lava los platos de tres días acumulados en la pila y después busca algo para comer. Hace días que no ha hecho la compra y no encuentra nada sustancioso excepto un paquete de gambas peladas en el congelador. Lo descongela en agua tibia y cocina las gambas en agua y sal durante unos minutos. Exprime una lima por encima y se las come junto con lo que queda de un paquete de galletas. Está lavando otra vez los platos cuando suena el móvil.

Hola, Gonça.

¡Qué hay! Hablé con el tío.

Dime.

Ahí va, colega. Vamos a suponer que un comisario de Laguna se encargó del asunto. Este pudo haber abierto una investigación o no. Si la abrió, pudo haber señalado o no un sospechoso. A veces no hay forma de hacerlo, o a veces llegan a un acuerdo bajo manta porque hay gente importante involucrada, lo de siempre.

Vale.

De cualquier modo, el comisario tiene que remitir la investigación al juzgado. El juez tiene que enviarla a un fiscal aunque no hayan encontrado ningún sospechoso. Cuando hay uno, el fiscal pide la apertura de un proceso. Sin sospechoso va a tener que pedir más información sobre la investigación o pedir su archivo, que debe de ser lo más probable en crímenes sobre los que nadie sabe nada, en los que nadie vio nada. Es el juez quien toma la decisión final.

Vale. Entonces crees que debieron de archivarlo de entrada.

Es lo más probable. Si hubo investigación. Sopesemos entonces esa hipótesis. El tío lo archivó. En 1967. ¿Qué pasa cuarenta años después? Lo que ahora importa es que el proceso tiene dos destinos. Una copia tiene que ir al archivo de la Policía Civil. Si nadie abre el caso en veinte años el proceso prescribe y la policía lo manda al archivo público estatal. ¿Vale?

Vale.

Y otra copia va a parar al archivo del Tribunal de Justicia del Estado.

Entonces lo único que hay que hacer es ir a esos archivos.

En teoría sí, pero el tema es que esos archivos deberían conservarse para siempre, solo que en algunos casos los estados consiguen autorización para incinerar los papeles porque ocupan un huevo de espacio y todo eso. Hay que ver si ese es el caso de Santa Catarina. La moraleja de la historia es que si hubo investigación y si esta fue archivada correctamente y si no ha sido incinerada o perdida en estos cuarenta años, quién sabe, buscando bien y hablando con las personas adecuadas, se puede encontrar.

Vale. ¿Y entonces?

Pues eso.

De acuerdo.

¿Lo has entendido todo?

No he entendido nada, la verdad.

¿Qué parte?

No sé, ya se me ha olvidado todo. No sé cómo has podido memorizar toda esa porquería. Eres periodista. Yo soy un burro. ¿No podrías enviármelo por *e-mail*?

No me jodas.

Perdona. Archivo del Estado, ¿no? Policía Civil.

Mira…

Gonzalo medita un poco al otro lado de la línea.

Vamos a hacer una cosa, ya me encargo yo. Se me da bien hablar con este tipo de gente. Ahora estoy hasta arriba de trabajo investigando esa porquería del Departamento de Tránsito —por cierto, ¿has visto esa mierda? Un robo de la hostia, cuarenta y cuatro

millones, le está explotando a la gobernadora—, pero en cuanto encuentre un momentito haré unas llamadas e intento adelantarte algo.

Guay. Gracias. Muchas gracias, Gonça.

No hay de qué. Ya me has ayudado mucho, lo hago con gusto. Creo que hasta te debo dinero.

No me debes nada.

Iré a visitarte cuando menos te lo esperes.

Ven cuando quieras. Tráete a las niñas.

Tío, Valéria está enorme. Vas a flipar. Y tienes que ver cómo le da al teclado del ordenador. Da miedo.

¿Tiene siete?

Seis. Pero con la cabeza de un adulto. Solo se comporta como una niña cuando le conviene. ¿Y tú? ¡Qué mierda lo de tu padre! Me enteré después. Mi más sentido pésame.

Gracias. Tranquilo. Fue una mierda, pero ya ha pasado. ¿Todavía nadas?

¿Yo? Ni de coña. Solo sigo fumando como un desgraciado y bebiendo sin parar. Se acabó para mí.

Todavía no se ha acabado nada. No te dejes, Gonça.

Para mí es tarde. Y tú, ¿estás bien ahí?

Estoy genial. Trabajo en un gimnasio, puedo nadar en el mar cuando quiero, voy a mi rollo. Y tengo muchas ganas de averiguar algo sobre el tema de mi abuelo.

¿Tienes algún motivo específico para involucrarte en esto?

Mientras piensa la respuesta mira a la perra que duerme tumbada de lado en la alfombra del comedor dando pataditas con la pata trasera, luchando quizá por mantenerse dentro de un sueño cualquiera.

Tengo. Pero no sé explicártelo.

¿Te lo pidió tu padre?

No. Quizá me lo pidió sin pedirlo. ¿Sabes? O fui yo quien decidió que tenía que saber qué había pasado y ahora necesito saberlo.

Ya lo pillo. No te preocupes, tío. Algo encontraremos.

Gracias, Gonça.

Te llamo en cuanto tenga alguna novedad. Cuídate, nadador.

Tú también.

El grupo de atletismo se compone ahora de cuatro personas. Sara trajo a las otras tres. Denise, la mejor amiga de la farmacéutica, tiene sobrepeso pero es determinada y esconde una fuerza de voluntad inmune al cansancio. Clóvis lleva gafas y tiene pinta de intelectual. No sabe explicar a qué se dedica pero utiliza un reloj de última generación con monitor cardíaco y un GPS que cuesta cientos de dólares. Celma es una señora delgadita al mando de una confitería casera especializada en tartas de plátano y cereales con avena y frutos secos que entrega en bicicleta en casa de los clientes. Todos se encuentran tres veces por semana frente al restaurante Embarcaçao a las siete de la mañana con los cuerpos todavía soñolientos y contraídos. Sara siempre sale del coche del mismo modo. Suena la alarma y se acerca con un aire concentrado y ensayado, como si no pudiese olvidar que tiene un papel importante que desempeñar sobre el escenario. Cuando termina de descender la rampa ya está entregada al personaje, se suelta, sonríe con los ojos achinados y mece la cola de caballo aplaudiendo y animando al grupo. ¿Vamos o qué? ¿Vamos a movernos?

Clóvis dice que se ha despertado con un enano agarrado a cada pierna. Refunfuña que hoy no va a ser fácil. Coordina el estiramiento de sus alumnos y Sara exhibe las zapatillas de deporte Asics recién compradas rellenas de gel amortiguador.

¿Cómo va la espinilla, Sara?

¡Mucho mejor, profesor!

Sara sé agacha y se masajea los músculos en el sentido del hueso como él le ha enseñado a hacer.

Mejor, pero todavía duele un poco.

¿Estás haciendo los ejercicios en el gimnasio?

Ajá.

Vamos a continuar poquito a poco. Utiliza esto hoy…

Le muestra el reloj con monitor cardíaco y le explica cómo colocarse la cinta debajo del pecho.

Hoy tu misión es controlar las pulsaciones. Vamos a mantenerlas en ciento cuarenta, ¿vale? Fuerza más el ritmo si bajas de ahí, si pasas, lo reduces.

Ayúdame.

Sara se levanta la camiseta. La cinta está aparentemente bien colocada.

¿Qué problema hay?

¿Está bien colocada?

Él la sube medio centímetro.

Listo.

El mar está revuelto. Las nubes ocupan buena parte del cielo pero estrías anaranjadas informan de que el sol acaba de salir detrás del monte. Un enorme catamarán permanece anclado a unos quinientos metros de la playa con las velas recogidas y el mástil dirigiendo el sube y baja de las olas. Salen corriendo en grupo por la arena, despacito. El reloj de Sara pita, ya está en ciento cincuenta y cinco y disminuyen aún más la velocidad. Clóvis sale disparado delante. Él se lo permite. Al final de la playa toman la carretera de Siriú, que cuenta con un corto trecho pavimentado y después es toda de tierra y arena. Un mocoso asusta a las gallinas en el patio de una casa al borde de la carretera. Cada dos o tres minutos pasa un cocheo una moto en ambos sentidos e insiste en que todos corran en fila india cerca del margen de la carretera y presten atención a las curvas. Sara encuentra su ritmo y Denise la acompaña resoplando ruidosamente. Clóvis ha desaparecido delante y Celma, que no tiene ninguna preparación, empieza a cansarse. Les dice a las chicas que sigan adelante y acompaña a la pastelera alternando pequeñas carreras y largos paseos. Celma exclama que es una bendición vivir en un sitio como este y poder correr a primera hora de la mañana en un lugar tan bello. Dice que Dios ya la ha hecho pasar por muchas cosas antes de llegar hasta aquí. Él la anima y ella se lo cuenta todo.

A la vuelta Sara tiene las mejillas coloradas, que son su marca registrada. Su rostro oleoso de sudor desprende un vapor visible.

Dice que su marido, el dentista, quiere hacer una barbacoa en casa y todos los corredores están invitados. Después lo coge por el brazo y lo aparta un poco de los demás como si quisiera contarle un secreto.

Todavía no hemos acordado una cosa.

¿Cuál?

A cuánto vas a cobrar las clases.

Todavía no lo sé. Ya lo veremos más adelante.

Pero ¿no tienes una tarifa?

Voy a pensarlo. Ya lo veremos más adelante.

Es que hace casi un mes y quieren saber cuánto les va a costar.

No os preocupéis. Ya lo veremos más adelante.

Parece frustrada con el asunto, pero lo deja estar por ahora.

Los alumnos se marchan y él coge la mochila que dejó escondida detrás del muro de una casa y guarda en su interior el pantalón corto, la camiseta y las zapatillas de deporte, quedándose solo con el *slip* de baño que llevaba puesto debajo. Toma las gafas y se dispone a nadar. El agua está helada aunque es soportable. Sopla el viento lo suficiente para encrespar las olas y va abriéndose paso en el mar revuelto en dirección al catamarán planeando rodearlo, volver a la playa y repetir el circuito hasta cansarse. Nadar hasta la playa de la Preguiça puede despertar la ira de los pescadores, que aún hacen valer su exclusividad de acceso a la ensenada durante la época de la pesca del mújol.

Cuando se acerca al catamarán oye gritos de alerta. Jadeante y con las gafas empañadas, saca la cabeza fuera del agua y ve a dos tripulantes en la popa gritando y agitando los brazos. Se saca las gafas y mira a su alrededor intentando ver u oír alguna embarcación viniendo en su dirección o quizá un delfín o vete a saber qué. Uno de los hombres del catamarán le hace gestos para que se acerque y señala alguna cosa en la parte trasera del barco. Nada con cautela y al llegar un poco más cerca ve por encima de las olas a un animal reluciente en la plataforma de popa. Se trata de una foca corpulenta, color grafito, con unas manchitas claras y oscuras. Los hombres se ríen encantados con el mamífero desgarbado y bigotudo que cambia el punto de apoyo sin parar entre una aleta y otra. Llega a pocos

metros del barco. Uno de los hombres le explica que la foca estaba allí cuando se despertaron y que no da señales de querer irse. Creen que tiene hambre y el otro hombre entra un momento en la cabina y regresa con un pez pequeño. La foca echa una ojeada al pez que el hombre agita sobre su cabeza, suelta dos berridos altos, gangosos y cortos que parecen de puro desprecio y tras una pausa dramática salta al mar con destreza y se sumerge sin salpicar una gota. Los tres hombres se miran sin saber qué decir. Pregunta de quién es el catamarán y los dos comienzan a explicar que solo cuidan del barco. El dueño, de São Paulo, está dando la vuelta al mundo y ha parado para resolver un asunto en la ciudad. La foca sale del agua y, dando un salto digno de una gimnasta, clava la misma posición de antes en la plataforma de popa. Lleva un pez grande en la boca, por lo menos tres veces más grande que el ofrecido por los anfitriones. El pez se debate hasta que la foca se cansa de exhibirse y lo devora.

Ese mismo día por la tarde está explicándoles a las gemelas cómo hacer un ejercicio educativo para alargar la finalización de las brazadas cuando una mujer aparece por la puerta de la piscina y empieza a correr hacia él con el ceño fruncido y los brazos descontrolados.

Han atropellado a tu perro.

No la reconoce.

No es el mío. Mi perra está aquí.

¡Lo he visto!, grita la mujer exasperada. Lo han atropellado justo delante de mí. Allí, en la avenida.

Continúa intentando reconocerla. Se trata de una mujer delgada de unos cuarenta o cuarenta y cinco años, las venas le descienden por los brazos hasta las manos como las raíces de un árbol.

No puede ser, Beta está tumbada ahí fuera en la entrada del gimnasio, responde con una impaciencia que suena afectada en sus propios oídos. Siempre se queda delante de la recepción o con Mila en la cafetería.

Da dos pasos en dirección a la salida de la piscina, pero cae en la

cuenta de que no sabe hacia dónde se dirige, y entonces se detiene y vacila. Las gemelas observan la escena con los ojos abiertos de par en par. Parecen más idénticas que nunca. Está sudando en el aire caliente y maloliente de cloro. La mujer lo agarra del brazo.

Ven, vamos, el hombre que la atropelló se la ha llevado a Greice, es mejor que vayas.

¿Nos conocemos?

Antes de terminar la pregunta sabe que ha cometido un error. Hacía tiempo que no se precipitaba de esa forma.

¿Eh? ¿Estás loco?

Clava los ojos en el rostro de la mujer, atisba sus sandalias, sus pantalones *sarong* verdes y dorados con motivos indios, la blusa sin ninguna característica, pendientes, pelo, dientes, nada.

Ella le pone la mano en la cara y lo observa con una mirada maternal. Como si fuese un hijo enfermo.

No pierdas la calma. Voy contigo, ven.

La sigue con la respiración acelerada. Se encuentra dentro de un túnel de luz y fuera de él todo está borroso y ya no le interesa.

Soy Celma, tu alumna, le dice mirándolo.

Lo sé, perdona. Estoy un poco confundido.

Así que esta es la cara de Celma. Habían corrido juntos esa mañana temprano. Le había explicado buena parte de su vida. Vuelve a disculparse. Celma sacude la cabeza como quien dice que no importa.

Al salir del edificio de la piscina no consigue evitar mirar hacia los lugares en los que la perra acostumbra a pasar el rato. Débora dice que no la ha visto. Celma pierde la paciencia.

Tu perra está con Greice, ¿no te lo estoy diciendo? ¡Corre hasta allá antes de que se muera! ¿Quieres que te lleve? Si no, me marcho a casa.

¿Quién es Greice?

La veterinaria de Palhocinha. El tipo ha dicho que iba a dejar allí a tu perra.

Cruzan la puerta de entrada del gimnasio. Celma sube a la bicicleta y se vuelve para tocar algo dentro de la cesta de paja sujeta a

la parte de atrás por extensores elásticos.

¿Cómo está?

Celma aprieta los labios y suspira.

Le ha pasado por encima. Le ha dado de lleno.

Pero ¿está viva?

No lo sé. La ha reventado. Pero paró el coche y preguntó dónde había un veterinario. Lucia, la de la cafetería, le dijo que la llevara con Greice y le explicó dónde era. El hombre quiso cogerla en brazos y la perra intentó morderle. Alguien le ayudó, consiguieron meterla en el coche y el tío salió disparado.

Esa clínica queda al borde de la carretera, ¿no? ¿La de la placa verde?

Eso es. Cerca de los bomberos. ¿Quieres mi bici?

Pero antes de que ella termine la frase, él se lo agradece y sale corriendo a toda velocidad. Tres manzanas hasta la avenida principal, donde gira a la izquierda y casi choca con un ciclista que viene pedaleando por el carril bici con una tabla de surf bajo el brazo. Corre. Viste una camiseta, un *slip* de baño y chanclas. Disminuye la velocidad cuando se le sale la tira de una de las chanclas, se desprende de las dos en una especie de paso de baile y sigue corriendo. Las plantas de los pies se adhieren a la arena del arcén y al asfalto agrietado de la carretera. Pasa por la tienda de decoración hindú, por una de las varias pizzerias que dejaron de funcionar después de carnaval. Hay un foco de incendio en el pantano que queda a la derecha de la carretera y que se extiende unos kilómetros hasta las montañas, del que se levanta una nube de humo gris. Escucha los estallidos de las tacuaras ardiendo y vislumbra lenguas de fuego rosa en su visión periférica. Ahora no tiene tiempo de mirar. Empieza a quedarse sin aliento. Los matorrales junto al arcén apestan a carroña. Corre decidido mirando al frente dando grandes zancadas, los pies quemándole con el roce, y se pregunta por qué ha decidido ir corriendo hasta la clínica veterinaria, por qué no cogió la bicicleta de Celma, por qué no pidió a alguien que le llevara en coche, o mejor, por qué no cogió su bicicleta que estaba apoyada en el gimnasio, en el lugar de siempre.

Imbécil. Ya se acerca a la rotonda de Ferrugem. Siente en el fondo de la garganta el sabor a Cinc de la falta de aire. Corre hasta la placa verde donde se lee Pet-Vida.

El chico de la recepción se asusta o ya estaba asustado.

¿Han traído aquí a una perra a la que acaban de atropellar?

El chico no dice nada y se lo queda mirando, sin más. Se trata de una reacción común por esas tierras. A veces las personas parecen espantadas al ser abordadas, como si dirigir la palabra a alguien fuese algo insólito que pudiera acontecer.

Han atropellado a mi perra y me han dicho que está aquí.

El auxiliar despierta del estupor y dice que sí, la perra está allí, se pone en movimiento, dice que va a hablar con la doctora y le pide que espere. Vuelve enseguida y le informa deque la veterinaria está en el ambulatorio y que ahora viene a hablar con él.

¿Puedo entrar a hablar con ella?

No puede. Ahora viene.

El joven mantiene una expresión de inseguridad en el rostro, como si lo estuvieran examinando.

¿Ya se ha marchado el hombre que la trajo?

Sí. Se ha quedado un rato esperando y después se ha ido.

¿Era alguien de aquí, de Garopaba?

El chico se encoge de hombros. Los bordes de sus orejas no tienen dobleces, como si le hubieran recortado los contornos durante la infancia en un acto de crueldad malsana. La recepción de la clínica veterinaria es en realidad una tienda de animales en toda regla. Altas pilas de sacos de comida canina y felina ocupan buena parte del pequeño recinto y desprenden un fuerte olor que despierta recuerdos de infancia, visitas a establos y ferias agrícolas junto a su padre. Una vez, cuando apenas era un adolescente y toda la familia vivía todavía en la casa de Ipanema, ingirió comida para perros solo para ver a qué sabía y ahora vuelve a notar en la boca el sabor harinoso y la textura arenosa. Sintió pena de los perros que tenían que comerse aquello. Ve un póster en la pared con ilustraciones de todas las razas de perros del mundo. Fotos un poco desvaídas de lo que parecen ser miembros de varias generaciones de beagles de un

mismo linaje. Un cartel sobre vacunación. En la puerta de vidrio hay pegado un gran adhesivo con el dibujo de una vaca con hierba en la boca que reza LOS ANIMALES SON AMIGOS, NO COMIDA. Casitas de plástico, camitas acolchadas, collares y champús multicolores. Oye los ladridos chillones de un pequeño animal en la parte trasera de la casa.

Una mujer rubia con bata blanca aparece en recepción.

¿Eres el dueño de la perra?

Hay una mancha de sangre en la bata, cerca de la cintura.

Sí, soy yo.

La han atropellado. Lo sabes, ¿no?

Sí. ¿Dónde está?

En el dispensario. Acabo de estabilizarla. Vamos a sentarnos en la consulta, por favor, que tengo que explicarte algo.

Ambos se sientan frente a frente a la mesa de la consulta. Sobre la mesa hay un retrato de la veterinaria junto a su marido, un retaco calvo. Se acuerda de su alumno Jander, dueño de una tienda de animales.

¿Por casualidad no serás la mujer de Jander?

Sí. ¿Lo conoces?

Es mi alumno en la piscina.

Ah, entonces tú eres el profesor.

Asiente con una pequeña sonrisa y suspira. Apoya la cabeza en la mano y el codo en el borde de la mesa.

La veterinaria le explica que Beta se ha fracturado el húmero y tiene una lesión lumbar, probablemente con fractura completa a la altura de las vértebras L6 y L7, lo que significa que es muy probable que la perra se quede paralítica. Su tono de voz es fúnebre. También puede haber fractura en la pelvis. Aparte de las excoriaciones, que son muy feas. En un caso como este, dice ella, tengo que proponer al dueño la alternativa de la eutanasia.

No quiero sacrificarla. Intenta salvarla.

Claro que no quieres. Pero piensa un poco en ello.

¿No se la puede operar?

Sí. Pero aunque sobreviva, es casi seguro que no volverá a

laminar. Y por mucho que quieras a tu perra es bueno pensar un poco en cómo va a ser después. Puede sufrir bastante, los cuidados serán difíciles, necesitará un andador.

Existe entonces una posibilidad de que vuelva a caminar.

Es casi imposible. Lo lamento mucho.

¿Puedo verla?

Mejor que no. En general no lo permitimos. Crees que quieres verla, pero no quieres. Créeme.

No tengo ningún problema con ese tipo de cosas.

Aunque seas médico, veterinario, no importa. No es cuestión de estar acostumbrado a ver sangre. No quieres. Es mejor que hables conmigo. Confía en mí, ya lo he visto antes.

El sudor se desliza a goterones por su barbilla. Todavía está jadeando. Recuerda que va vestido con el bañador *slip* y la camiseta, y que está descalzo.

Disculpa mi aspecto, he venido corriendo desde el gimnasio.

No pasa nada. Mira, te pido perdón por insistir, lo lamento mucho, de verdad, y sé que quieres mucho, mucho, mucho a tu perra, pero debo insistir en que tal vez lo mejor sea…

Te llamas Greice, ¿no?

Sí.

Greice, lo entiendo, de verdad. Pero necesito echarle un vistazo antes de tomar una decisión. No me voy sin verla.

La veterinaria lo mira fijamente durante un instante.

Entonces ven conmigo.

En el dispensario hay poca cosa, un armario en la pared, una mesita auxiliar, tubos de plástico, algodón, ningún instrumento quirúrgico a la vista. En el centro, sobre una mesa de aluminio y bajo un foco de luz con cuatro bombillas, está la perra de su padre.

La he limpiado y sedado. Pero ya te lo he advertido, está hecha polvo. Te vas a asustar.

Se acerca y la mira.

Después va hasta la veterinaria, que se ha quedado en la puerta, y habla en voz baja cerca de la cara de la mujer.

Haz todo lo que puedas, Greice. No importa el tiempo que

lleve, ni lo que vaya a costar. Te pago más de lo normal si es necesario. Te pago lo que creas justo. Si hay que llevarla a otro sitio, la llevamos. Haz todo lo que se pueda hacer para que sobreviva y quede lo mejor posible.

¿Entiendes que se va a quedar paralítica? ¿Que no hay ninguna garantía de que vuelva a andar?

Sí.

La cirugía cuesta alrededor de dos mil reales. Pero puede acabar costando más.

Yale. Lo que haga falta.

Deja tus datos a Uíliam. El número de móvil también. Te llamo en cuanto sepa algo. Y como mínimo estará treinta días interna. Eso también es caro.

Está bien. Haz todo lo que puedas.

Te aseguro que voy a hacerlo.

Gracias.

Le dicta sus datos a Uíliam y regresa caminando a Garopaba.

La noticia se propaga rápidamente por el gimnasio. Mila lo abraza y le da un beso en el cuello. Siente el contacto de la piel satinada de la chilena descendiente de indios mapuches. La joven le pasa la mano por el pelo y le ofrece un trozo de pastel integral de chocolate. Le dice que está blanco y que parece exhausto. Débora está inscribiendo a unos nuevos Chentes pero se estira en la silla y le pide información sobre el estado de la perra con la cara llena de pena. Le dice que se vaya a casa, está a punto de acabar de todas formas y Panela vigila a los alumnos en la piscina. Piensa en llamar a su madre mientras se cambia en el vestuario pero desiste. Para ella Beta no es más que una perra, por no decir una especie de contrincante, y se da cuenta de lo absurdo que es tener celos de la perra de un hombre muerto, y encima con razón. Cuando le explicó a su madre que había decidido cuidar de Beta tras el suicidio de su padre, ella movió la cabeza sin entender nada. Si hubiera dependido de ella, hubiera molestado a algún vecino y le habría hecho prometer que cuidaría del animal.

Pero ¿que su hijo se quedara con la perra? Era una especie de ofensa.

Llega pronto a buscar a Pablo al colegio. Cuando dejan salir a los niños el chaval aparece acompañado de una profesora. Ha perdido la uña del dedo índice jugando. Le han hecho una cura exagerada en el dedo, un montón de gasa enganchada con esparadrapo. La profesora le pasa la mano por la cabeza.

Ha tenido que ir al centro de salud, ¿verdad, Pablito?

Sí.

¿Y qué ha dicho la doctora?

Que me va a crecer otra uña, responde el niño mirando a un lado, prestando atención a alguna otra cosa.

Sienta a Pablo en la sillita de la bicicleta.

¿Listo?

¡Listo!

¿Puedes agarrarte bien con el dedo fastidiado?

Sí.

¿Ha dolido mucho?

Un montón.

Sigue haciendo preguntas a lo largo de todo el camino y Pablo las responde de la forma más sucinta y directa que le es posible y con una honestidad todavía sin contaminar por el sarcasmo o la ironía. Cuando llegan a casa, la madre de Dália le pregunta si ha leído el último *e-mail* que le ha enviado. Confiesa que todavía no.

He tenido otra visión contigo. O sueño, si prefieres. Esta vez ha sido muy raro. Quería saber lo que piensas de él.

Te prometo que lo leeré en cuanto pueda.

De camino al apartamento se detiene frente a la pizzeria de la avenida principal. Identifica el casi metro ochenta y los ricitos de Dália. Está reunida con los demás empleados alrededor de la barra del bar y le hace una señal desde el otro lado del cristal para que la espere un minuto. Al salir se acerca con los labios torcidos, los ojos bizcos y una mueca en la cara.

Hola, ¿Sabes quién soy?

No, pero estoy buscando a una chica muy guapa que trabaja aquí.

Dália deshace la mueca y él vuelve a reconocer ese rostro. ¿Qué vez debía de ser esa? ¿La trigésima? ¿La quincuagésima?

¿Qué tal, guapo? ¿Te estás dejando barba?

Dejo que la naturaleza siga su curso.

¿Rompiendo muchos corazones por ahí?

Solo he venido a saludarte y a decirte que Pablito está en casa. Se ha arrancado toda la uña del índice jugando al escondite, pero está tan tranquilo como siempre. Lo han llevado al médico y le han hecho una cura exagerada, no ha pasado nada.

¡Ay! Pobrecito mi bebé. Ahora mismo llamo a mi madre y hablo con él, gracias por decírmelo. Por cierto, ¡qué bien que hayas venido! Tenía que hablar contigo. No hace falta que vayas a buscarlo a partir de la semana que viene. Voy a dejar este empleo. Solo voy a trabajar en la tienda y puedo recogerlo cuando vuelva de Imbituba.

Vaya, novedades. ¿Algún problema aquí?

No, pero ya no necesito los dos trabajos. Allí gano más. Y es de día. Gracias por tu ayuda. Eres un hijo de puta, pero también eres un ángel.

Eso decían de mi padre. Pero con él era al contrario. Eres un ángel pero un hijo de puta. Y tienes un brillo en la mirada que ya sé yo lo que es.

Estoy saliendo con alguien.

¿Ya?

Dália le hace una peineta.

Ya sabía yo que había algo. Tienes el guapo subido. ¿Alguien de aquí?

De Floripa. Tiene cincuenta años, pero es menos carca que tú.

¿A qué se dedica?

Tiene una constructora. Trabaja en uno de los trechos del desdoblamiento de la carretera. ¿Y esa cara? Todo el mundo pone la misma cara cuando digo su edad. ¿Por qué?

¿He puesto alguna cara? No he puesto cara de nada.

Vale.

No veo nada malo en ello. Ni siquiera conozco al tipo. Quizá es a ti a quien le preocupa lo que piensen los demás.

Dália no responde pero su mirada se reconfigura. Ahora es una mirada de despedida en la que se entrevé que ella no está despidiéndose de él propiamente, porque todavía se van a ver por ahí, y sí de otro mundo idéntico a ese excepto por el detalle de que ellos habrían seguido estando juntos, se habrían enamorado y habrían durado, un mundo imaginado hasta el más mínimo detalle y cultivado durante cierto tiempo y del que ella está despidiéndose en ese mismo instante. El siente una tristeza enorme. De repente la quiere de nuevo. Es como si el apego a ese otro mundo saltase del cuerpo de ella al de él como un espíritu invasor. Quizá esté sintiéndose ahora exactamente como ella se sentía hace un minuto.

¿Qué pasa?, pregunta Dália.

Tiene ganas de llorar. En realidad jamás sabrá cómo se sentía ella. Se lo podría haber preguntado. Dália se lo habría explicado. Con la voz quebrada le cuenta que han atropellado a Beta a primera hora de la tarde.

¡Dios mío, qué horror! Pero ¿se va a poner bien?

Está muy mal. Pero se va a poner bien.

¿Y tú estás bien?

Sí. Estoy bien.

Comienzan a sacar las mesas a la calle y Dália tiene que volver al trabajo.

Las olas baten con gran estrépito contra la piedra de Baú, seguido de un chirrido efervescente. Mezcla una lata de atún con un poco de mayonesa, corta un tomate en rodajas y se prepara un bocadillo. Siente el olor a la perra en el apartamento, observa sus pelos cortos, finos y azulados caídos por el suelo y el plato de comida vacío abandonado en el suelo de cemento húmedo del lavadero.

De repente no tiene nada que hacer ni en qué pensar y en ese intervalo tiene un atisbo de cómo y dónde morirá. La visión no se le aparece con todo detalle. Es menos una escena y más una combinación de circunstancias indistintas que encajan entre sí en un patrón nítido. No es la primera vez que fantasea con su propia

muerte. Vive haciéndolo y está bastante seguro de que todo el mundo lo hace. Pero esa vez es diferente. Rasga una hoja de la vieja agenda que utiliza a modo de bloc de notas, encuentra el bolígrafo entre el frutero y un montón de revistas, escribe algunas líneas en el papel, pone la fecha y firma debajo. Tiene el corazón acelerado. Abre una lata de cerveza y llama por teléfono a Bonobo.

¿Te apetece tomarte unas cervezas en mi casa?

Ajá, ya lo creo. Antes tengo que resolver unos asuntos aquí, en el hostal. Me planto ahí en una hora. Tengo que hablar contigo. Necesito que me eches una mano.

El calor aprieta por la noche de repente y saca a mosquitos famélicos del agujero en que se meten durante las estaciones frías. Rocía *spray* insecticida por todas partes, se pasa con la dosis y tiene que salir a la calle mientras deja ventilar el apartamento.

Bonobo aparece cerca de dos horas después con un paquete de doce latas de cerveza y un salami colonial que va pelando y cortando despacito con una pequeña navaja. Dice que va a rezar por la recuperación de la perra.

Le entrega a Bonobo la hoja del bloc doblada y espera a que lea lo que hay escrito en ella.

¿Qué coño es esto?

Quiero que tú también firmes en esa hoja y la guardes. Guardar de verdad. No perderla.

¿Qué te hace pensar que vas a morir ahogado aquí, en Garopaba?

No hace falta que te lo tomes en serio. Solo guárdala bien.

Perdona, tío, pero no pienso firmar esto. ¿Quieres matarte en el mar? ¿Por qué has firmado algo así? ¿Qué va a probar este papel? No te entiendo.

Relájate. Tan solo se trata de algo que creo que va a suceder. No va a ser dentro de poco, todavía falta mucho.

Si de verdad crees en lo que has escrito vas a acabar haciendo que suceda. Rompe eso.

Si pasa tal cual va a ser imposible saber si aconteció porque yo lo dije o si lo dije porque iba a suceder.

Bonobo le devuelve la hoja de papel.

No quiero quedarme con esta mierda. Rómpelo.

Algunas cervezas después Bonobo le pide dinero prestado. Ya están un poco borrachos y por la ventana se pueden ver relámpagos silenciosos iluminando la oscuridad del océano. La petición le sorprende. Creía que el hostal daba dinero. Y sí que da, responde Bonobo. Si solo tuviese que pagar mis gastos aquí me sobraría. Entonces Bonobo le explica que algunas veces al año manda dinero a su hermana soltera que malvive encargándose de una guardería y también a su padre enfermo. La verdad es que él siempre tuvo más suerte que juicio en lo del hostal de Rosa. Perder allí dinero es tan fácil como ganarlo y él no es un buen administrador, un hombre de negocios como lo era su socio, con quien discutió dos años después de la inauguración porque el tipo comenzó a traficar con marihuana y cocaína en el hostal, y después con *crack*, hasta que acabaron peleándose y él le dio un mogollón de pasta para que el tío desapareciera, cosa que prometió hacer pero no hizo ya que prefirió seguir traficando por los alrededores hasta que un rival le metió una bala en la cabeza en la Encantada. Y que él le debe a la maderera, al contable y al banco.

¿Cuánto necesitas?

Para salir de la pesadilla, unos tres mil reales. Tres y medio.

Coge el bolígrafo que hay sobre la mesa y anota el número de tu cuenta en un trozo de papel. Mañana te hago una transferencia.

Tío, no me hace falta todo. También puedo pedir prestado a otras personas. Tengo una amiga en Silveira que ya me dejó una vez.

Todavía me queda buena parte del dinero de la venta del coche. Ya me pagarás cuando puedas.

Te vas a gastar una pasta en el veterinario. De verdad, no hace falta que sea todo. Con que me dejes una parte ya me haces un gran favor.

Si te digo que puedo, es que puedo. No te preocupes.

Bonobo anota el número de cuenta en una hoja en blanco de la agenda.

Ahora coge ese mismo bolígrafo, firma ese papel y guárdalo.

Bonobo vuelve a leer lo que hay escrito en la hoja arrancada.

Colega, eres el tío más perturbado que he conocido en toda mi vida. Te admiro.

Firma la hoja, la dobla tres veces y se la guarda en la cartera de lona desgastada con cierre de velero.

¿Solo guardarla?

Sí. Guárdala bien. No la pierdas.

Un gato amarillo se sube al hueco abierto de la ventana y parece sorprendido al encontrarse con los dos hombres en el comedor del apartamento. El felino mira fijamente a los humanos y los humanos miran fijamente al gato hasta que este decide que se encuentra en el lugar equivocado y desaparece en mitad de la noche de un salto.

¿A qué te dedicas cuando estás solo en casa?

Cocino un poco. A veces echo una partida a la *Play*.

¿Y Dália?

Se terminó.

Qué mierda. Justo antes del invierno. ¿Qué ha pasado?

No sé. Fui perdiendo las ganas.

Esa chica es muy guay, pero un poco despistada.

No es despistada, para nada. Se exige demasiado.

Nosotros no escogemos cuándo pasan esas cosas de las relaciones. El viento kármico las lleva y las trae. Cuando menos te lo esperas, aparece otra. Pero ten cuidado con las tías de Garopaba, tú que eres de fuera. Se quedan embarazadas con facilidad.

A los de aquí ya no les hago ni pizca de gracia porque no dejo de hacer preguntas sobre la muerte de mi abuelo. Si me meto con sus hijas voy a acabar teniendo el mismo final que él.

¿Quieres reescribir tu trozo de papel?

No responde y ambos se quedan un rato sonriendo en silencio.

Tío, ¿juegas al póquer?

Jugué algunas veces. Pero hace tiempo.

Vamos a echar una partida en el hostal, estoy intentando volver a quedar con la panda de amigos. Altair juega, y Dieguinho de la gasolinera, y también unos tíos de Rosa. Es chulo. Pero te tienes que preparar porque las partidas llevan su tiempo. Jugamos al

póquer del pañal geriátrico. Tienes que llevar un paquete de pañales.

Un momento, ¿qué has dicho?

Pañal geriátrico. Así nadie tiene que interrumpir el juego para ir a mear.

No puedes estar hablando en serio. Eso es totalmente demencial.

Ya nos hemos pasado más de un día sin parar.

¿Y si el tío tiene que cagar?

Ahí, vale. Se levanta y va. Pero nadie planta un pino en medio de una partida de póquer, ¿no? Vacía el intestino antes de que empiece el juego. Es cuestión de profesionalidad. Hay que tomárselo en serio. Te aviso del próximo, pero ve preparándote.

Cuando las doce latas vacías están sobre la mesa Bonobo se despide con un apretón de manos complejo que conlleva entrechocar los puños, dar un golpecito con el dorso de la mano en el pecho del otro y chasquear los dedos. Luego le da un abrazo.

Gracias por la pasta. Eres de fiar.

Tranquilo. Para eso están los amigos.

Te la devolveré pronto.

No te preocupes. Cuando puedas.

Intenta no aislarte mucho aquí.

Tranquilo, no lo haré.

Me tienes un poco preocupado.

Vete a tomar por culo, Bonobo. Vete a casa.

Más tarde, después de que el motor del Tétano soltara sus carcajadas en medio de la noche antes de arrancar y de que el ruido del coche desapareciera en la distancia y los perros de los pescadores dejaran de ladrar y sacudir sus cadenas, abre una de las mochilas que hay sobre el ropero y coge un álbum de fotografías. Se sienta en el suelo de la habitación y hojea las páginas. Hay fotos de su padre, de su madre, de Dante y de Viviane. Toma una foto de su hermano mayor y la compara con las suyas para verificar una vez más que no se parecen físicamente. Su hermano se asemeja más a su madre. Ve fotos de su primera novia y de su prima favorita, Melissa, que vive en Australia y de quien no tiene noticias desde hace meses. Fotos de

algunos colegas de la facultad. De compañeros de triatlón. Mira las imágenes e intenta adivinar quién aparece en ellas. Es capaz de equivocarse hasta en las de su hermano, hasta en las de sus propios padres en algunos casos, pero ya memorizó la mayor parte de las fotos de ese álbum que considera el principal, el catálogo de su existencia familiar, social y afectiva. Mira la foto de cinco atletas sudados al sol del inicio de la tarde y montados en sus bicicletas Speed alineadas una al lado de la otra con un tramo de la playa de Lami al fondo y la esquina de un quiosco de frutas a la derecha, cada atleta lleva una fruta diferente en la mano, Maísa una penca de plátanos, Renato una rodaja de sandía, Breno una piña, él una naranja clavada en un cuchillo de cocina y, en el extremo derecho, Pedrão un racimo de uvas negras. Fue uno de los últimos entrenamientos de la pandilla antes del Mundial de Hawái. Todas las fotos tienen escrito a mano en el reverso, en el margen inferior o sobre la misma imagen los nombres de las personas, «PAPÁ». «MAMÁ». «PAPÁ Y MAMÁ». «DANTE». «VIVIANE». «YO Y VIVIANE». «VIVIANE (2.ª A LA DERECHA). Y AMIGAS». «GRUPO DEL CLUB DE VIAJANTES». «RENATO, YO, BRENO, MAÍSA, SANDRINHA, LEILA» abrazados en el borde y «PEDRÃO» con una flecha que apunta hacia un rostro sonriente dentro de la piscina. Hay tres retratos de él y en todos está escrito «yo».

Miles de personas se reúnen en la plaza central el segundo miércoles de junio, una noche muy fría, para la inauguración de la XI Kermés de Garopaba con el concierto de Gian y Giovani. Hace tiempo que se escuchan sin parar en las radios locales las canciones del dúo del interior de Brasil y una niña de unos cinco años canta ahora una de ellas de cabo a rabo a pleno pulmón llevando el ritmo sobre los hombros bailarines del padre. La plaza en sí ha desaparecido bajo la multitud, el escenario secundario, el principal con sus cañones de luz verde, roja y azul y bajo las decenas de pequeños puestos de artesanía, bebidas, piñones, *quentão*, hamburguesas, golosinas y manjares sin fin. El aire huele a caramelo, vino caliente, mújol

asado, fritura, cigarrillos, tierra mojada, colonias mentoladas y hierba pisoteada. Ha venido toda la ciudad. Los niños más pequeños trepan a los árboles y se sientan en los troncos con sus piernecitas colgando como ramas podridas para ver el espectáculo por encima de la masa formada por grupos de adolescentes, parejas de la mano y familias avanzando en formación compacta. Todo el mundo parece ávido de ver y ser visto en el hormiguero de la comunidad en fiestas, a la búsqueda de la catarsis social prometida y deseada. Algunas personas lucen sus mejores galas. Pendientes pesados y relojes dorados centellean en la oscuridad. Diputados, lisiados, médicos, policías, pescadores, atletas, parejas con carritos de bebé, vagabundos, turistas. Todos los locos están allí con su locura aplacada por el tumulto. También han venido los aburridos, los que no consiguen dormir con el ruido y los que miran a su alrededor con aire de censura o incomprensión. Todo el mundo.

Camina a solas con un vaso de *quentão* en la mano. Bebe a sorbos cortos y rápidos, en parte debido a la ansiedad de estar en medio de un montón de gente conocida que no podrá reconocer y en parte porque el aire helado de la noche enfría en cuestión de minutos la mezcla humeante de vino dulce, azúcar, cachaza y clavo. Uno de los cantantes, no sabe decir si Gian o Giovani, pide que los enamorados levanten las manos y griten entre canción y canción. Todo el mundo está enamorado. Observa a los niños deslizarse por el tobogán de plástico del pequeño parque infantil y dando vueltas dentro de las cabinas de una noria minúscula bajo las miradas y *flashes* de las cámaras fotográficas de los padres. Algunos sonríen y hablan con sus hijos, otros parecen distraídos. Cada cabina de la noria en miniatura es una pequeña jaula de plástico cerrada, cada jaula es de un color diferente y los niños en su interior parecen asustados, a punto de dormirse o, por más improbable que parezca, conscientes de su situación. Los mocosos saltan fuera de control en camas elásticas y corren como roedores por los pasajes y laberintos de estructuras inflables complejas riendo y gritando en una rutina interminable de persecución y fuga.

Alguien grita su nombre y él se gira con cautela temiendo no

reconocer a la persona en cuestión. Son las gemelas Tayanne y Rayanne acompañadas de sus padres y de otra familia de amigos a quienes es presentado como el profesor de natación de las chicas. Tienen que hablar alto para poder oírse en medio del volumen estratosférico de la música, del vocerío y de las motocicletas siendo aceleradas. Gian y Giovani acaban el concierto y piden a dos chicas del público que suban al escenario. Todo el mundo está mirando. Ellas se ganan el derecho a dar un beso a los artistas y de llevarse a casa como regalo una toalla de Gian y Giovani. El grupo decide comer algo y él les acompaña a través de un circuito de puestos de comida. Hay perritos calientes, bocadillos de carne, bocadillos con pan de pita de pollo y queso, atrayentes raciones de patatas fritas y salchichas a la plancha. El puesto de la iglesia vende empanadillas, bolas de patata rellenas de carne y broquetas de carne. Compra un pastelito de coco en el tenderete de la Asociación de Padres y Amigos de los Excepcionales, donde los ingresos van a parar a la institución. Y todavía queda el sector de los dulces con trocitos de coco fritos y pasados por azúcar moreno, tocinillos de cielo, bombones de chocolate y de leche condensada, pasteles, mermeladas de carambola y de maracuyá con manzana, chocolates artesanales mezclados con castañas, cacahuetes y vino y un manjar llamado «delicia de coco» que tiene mucho éxito.

Al cabo de un tiempo ve la silueta sin hombros que solo puede pertenecer a Bonobo. Viste unos pantalones rojos de chándal y una chaqueta blanca de esquí y está bebiendo *quentão* junto con Altair y un calvo con pinta de surfista al lado del escenario secundario donde, según ellos, comenzará en breve la actuación de un grupo local de street dance. Vas a flipar con la cantidad de tías buenas que hay, dice Altair, enfundado en una chaqueta de piel reluciente, fumando un cigarrillo de Bali y soltando chorros de humo dulzón por la nariz. El grupo de baile presenta una coreografía agresiva y un tanto erótica que mezcla la estética del tango con enfrentamientos cinematográficos de bandas callejeras en una puesta en escena repleta de peleas, seducciones y caricias representadas al son de la música tecno. El vestuario negro y rojo está compuesto por faldas

con una abertura lateral, medias de rejilla, americanas con flores en la solapa y sombreros. Las chicas son realmente guapas, los chicos son atléticos, el baile es vigoroso y lleno de acrobacias y el público aplaude a rabiar.

Después del espectáculo, los cuatro se dirigen a la calle perpendicular donde la Liga Femenina de Lucha contra el Cáncer ha montado la tienda de la Fiesta del Mújol. Los peces frescos y abundantes de la temporada de pesca en curso se asan a la brasa y se sirven en una teja con un colorido bufé de acompañamiento dispuesto encima de un barco de verdad. Piden dos mújoles y se toman algunas latas de cerveza sentados en las sillas y mesas de plástico. Los espectáculos en directo terminan y los turistas comienzan a regresar a las furgonetas y autocares inmensos que los trajeron desde todos los rincones del estado.

A la mañana siguiente se acerca a la clínica veterinaria a comprobar cómo está Beta. La operación salió bien pero Greice dice que ahora no sirve de nada que la visite y promete llamarlo cuando sea el momento adecuado. El jueves a primera hora corre con el grupo de atletismo por la playa, da clases en la piscina por la tarde, va a buscar al niño al colegio por última vez y le hace una transferencia a Bonobo a través de la página web del banco en el cibercafé. basa las noches del jueves y del viernes en casa escuchando desde la cama hasta la madrugada los gritos y los grupos de la kermés fundiéndose con el sonido rítmico de las olas bajo su ventana.

La kermés vuelve a animarse el sábado por la tarde. Acompaña el ir y venir interminable de los grupos de adolescentes con sus historias, flirteos e intrigas. Pasan en un abrir y cerrar de ojos de la risa a la seriedad, de una actitud confiada a una mirada perdida. Las parejas de enamorados desfilan leves y serenas, restregándose las caras e intercambiando el calor corporal, orgullosos. Los que no están muy enamorados desfilan conformes cumpliendo con un ritual necesario y hay también los que parecen estar juntos a la fuerza y solo se

exhiben para cumplir con una obligación. Algunos llevan a sus parejas a modo de trofeo, se vanaglorian de agarrar la mano o sujetar por el hombro a una persona que, cualquiera puede adivinar, no desea o apenas tolera. Se adivina el odio entre algunas parejas. Los solitarios son, en su mayoría, pescadores adultos y viejos de traje. Lucen pantalones de sastre y camisas de lana, o traje y sombrero. Caminan levantando la mandíbula. Conquistaron el derecho a presumir de su aire de autoridad. Para los más viejos, la kermés es una ocasión de pompa y parecen pasar revista a los hábitos de las nuevas generaciones. Beben en las barras de los pequeños puestos de bebida o vagan de un lado a otro sin comprender muy bien qué está pasando. No parecen impresionados. Ya nada les asusta a esas alturas.

La primera actuación del sábado en el escenario secundario es una obra de teatro cómico-educativa con tema ecológico. Tres actores vestidos con mallas negras interpretan diálogos y chistes que versan sobre la deforestación, el calentamiento global y el agujero de la capa de ozono, que en realidad no supone ningún problema porque lo único que tenemos que hacer es ponernos protector solar factor 349 en el cuerpo y 686 en la cara, ¿no es cierto, gente?, y pesticidas y hormonas utilizados en la crianza animal, que según el texto de la pieza teatral dejan impotentes a los hombres y hacen que las niñas menstrúen a los nueve años de edad. Cae la noche. En el concurso de Reina Infantil desfilan diez niñas de nueve o diez años en representación de sus colegios. Una a una, recorren un rápido circuito frente a las miradas de tres jueces, uno de ellos el párroco local, y después posan para el público. Van vestidas con trajes típicos del interior de Brasil, con vestidos a cuadros, volantes y lazos en el pelo. Algunas se muestran tímidas y torpes, otras se arriesgan a caminar como modelos adultas con un resultado cómico. El presentador quiere saber de cada una de ellas si tienen algo que decir, la edad y el nombre completo del colegio, que en algunos casos resulta muy difícil de pronunciar, y por qué les gusta estudiar allí. Algunas han memorizado textos que hablan sobre sus comunidades o barrios pero las que improvisan son más aplaudidas,

sobre todo cuando se equivocan y se vuelven vulnerables. La más menudita de todas se traba por completo, olvida el escrito memorizado y mira atónita al público. Se queda moviendo el cuerpo con una pequeña sonrisa fija en su carita hasta que la sacan de allí bajo aplausos. La vencedora asiste al colegio Pinguirito, el de Pablo. Vuelve a desfilar y recibe un regalo indescifrable. Luego eligen a la Reina Juvenil. Solo participan tres chicas, todas ellas de anchas caderas, con muchísimo maquillaje en la cara y el pelo alisado con las planchas. La representante de la comunidad de las Areias do Macacu es de largo la más guapa pero gana la candidata de Radio Garopaba, la más pija. Todas reciben inmensos ramos de flores, casi del mismo tamaño que ellas. Se abre un claro frente al escenario para la exhibición del baile de las cintas del grupo de la tercera edad. Vestidos también con trajes típicos del interior de Brasil los viejecitos cantan y bailan sujetando las puntas de las cintas de colores atadas a un poste central siguiendo la coreografía que obedece a las órdenes en verso que un cantante profiere al micrófono. Cambian de pareja, invierten la dirección de la rueda y entrelazan las cintas de forma compleja. A él le parece bonito pero el público que va ocupando la plaza se impacienta y comienza a hacer ruido. Han llamado a las dos reinas para dar cierto lustre a la exhibición de los de la tercera edad, pero solo la Infantil ha aparecido y se olvidan de ella sobre el escenario durante veinte minutos, sin nada que hacer. Lo aborda alguien que se dirige a él como profesor. Sospecha que se trata de Ivana, cosa que confirma enseguida cuando ella bromea sobre la dificultad del entrenamiento del día anterior. Ivana va acompañada de su marido y los tres hablan un rato acerca de banalidades en el transcurso de dos representaciones de danza del vientre. El público masculino se disputa el espacio frente al escenario. La segunda bailarina representa a la diosa Lakshmi pero el presentador no acierta a pronunciar el nombre. Desiste tras algunas tentativas y no deja de repetir que la joven está representando el «baile de la diosa». Eso cierra la programación del escenario secundario e Ivana y su marido se despiden y se marchan a hacer otra cosa. El escenario principal se

ilumina para dar paso al *Show* de Talentos de Garopaba. Ya va por el tercer *quentão* y decide comer un bocadillo de carne, huevo frito y queso. En la fila para comprarlo reconoce a Chándalmen por el mechón de pelo que se escapa por el cuello de la camisa. Solo aguantó unas pocas semanas en la piscina pero le explica que hace pilates y que le encanta. Después no saben de qué más hablar y pide permiso para ver el resto del *Show* de Talentos. Cuando se sumerge de nuevo en medio de la multitud una banda local de metal melódico llamada Reflexos Aleatorios está terminando su breve actuación con un muro de distorsión y un redoble de batería. Inmediatamente después sube al escenario una niña de no más de diez años que toca una canción de Sérgio Reis al acordeón con sorprendente habilidad y canta con una voz muy aguda y afinada. La aplauden con entusiasmo.

La antepenúltima actuación de la noche, que tocará antes que la Turma do Pagode y de la esperada pareja de pop meloso Claus y Vanessa, es el cantante indígena Indio Mascarenhas. El hombre que sube al escenario debe de andar por los sesenta y pocos años. Viste pantalones bombachos negros, botas marrones, pañuelo rojo y sombrero de gaucho. Incluso desde tan lejos, sus rasgos rústicos y la firme mandíbula llaman la atención. Un rayo de luz que incide en diagonal revela sus arrugas profundas como cicatrices. A su nariz ancha y agujereada y a sus orejas les sobra cartílago. Su piel tiene color madera y parece madera. No hay banda, solo el hombre y su guitarra. En vez de cantar, empieza a hilvanar un discurso interminable sobre su carrera como artista.

Toco una música diferente, de allá, de mi tierra, Uruguayana. Aquí oyen ese tipo de música con un ropaje más bailarín. Perdonadme pero yo soy más salvaje. Mi sombrero es diferente al vuestro, es de ala ancha. Tengo la iglesia delante de casa, a un lado el bar y al otro el burdel y yo soy feliz en los tres.

El público de la plaza no parece muy entusiasmado con Indio Mascarenhas y comienza a dispersarse. Algunos adolescentes empiezan a insultarlo. Pero la figura del cantante lo atrae y se acerca al escenario. La letanía dura varios minutos y resulta egocéntrica y

narcisista, pero también es sincera y está impregnada de una ingenuidad conmovedora. El hombre se declara un bruto pero parece frágil e inseguro. Su figura posee una pureza ancestral. El repetitivo discurso no alcanza ningún tipo de conclusión pero de repente el cantante se da por satisfecho y empieza a tocar. La guitarra eléctrica está desafinada y con el volumen regulado muy por encima de lo ideal, lo que distorsiona el sonido y causa que los altavoces crepiten. El Indio Mascarenhas nunca puntea el instrumento, apenas pulsa las cuerdas con un veloz barrido de percusión que no da tregua mientras que los dedos de la mano izquierda se enredan en acordes que sostienen la melodía en un hilo. Su voz es grave y bonita pero nada extraordinaria. Lo que hipnotiza es su actitud y su forma de tocar. Su padre tenía un montón de vinilos de música indígena y él creció escuchando clásicos gauchos, pero ese sonido rústico y un tanto improvisado es diferente de cuanto ha oído hasta entonces.

Instantes después de terminar la primera canción, mientras cosecha algunos aplausos y algunos abucheos por parte del público que todavía no se ha ido de allí, Mascarenhas pasea la mirada por la concurrencia y de repente pone cara de susto y da un salto. El cantante lo mira fijamente con los ojos entornados y entonces los abre como platos y levanta las cejas como quien ha visto y después ha reconocido a un fantasma.

Después de la actuación divisa al hombre de los pantalones bombachos y el pañuelo con el codo apoyado en la barra de un puesto de bebidas y se aproxima a él. De cerca el cantante indígena desprende un olor ácido a sudor que llega a marear. Bebe cachaza en un vaso de plástico. El sombrero de ala ancha reposa sobre la barra y su pelo es abundante, una mezcla de negro y blanco, grasiento, y lo tiene pegado al cuero cabelludo. A su lado hay una niña de unos trece años con el cabello negro recogido en una cola de caballo, ojos grandes y curiosos y rasgos indígenas. Conversa con otro hombre, un bajito también con pantalones bombachos y una chaqueta de piel marrón por encima de una camisa de vestir. Al verlo llegar Mascarenhas le echa una mirada de arriba abajo y vuelve a hablar

con el bajito en un intento mezquino de disimular el reconocimiento anterior. Aun así, se detiene justo delante del cantante y da las buenas noches. El buenas noches de Mascarenhas va acompañado de un aliento fétido que podría derribar a un hombre y esa agresión olfativa desentierra un detalle de la última conversación que mantuvo con su padre. Las décadas aparentemente no habían suavizado en nada el problema. Para empeorar las cosas, Mascarenhas está fumando un fuerte cigarrillo liado con hoja de maíz y masticando puñados de cacahuetes que coge de un bol de la barra.

Me ha gustado mucho tu actuación, dice extendiendo la mano. El cantante recibe el cumplido con su mano maciza y dura como una piedra y sonríe.

Gracias, chaval.

Sin más rodeos, con su voz enérgica y enronquecida por un incesante régimen de mate hirviendo y tabaco rústico, Mascarenhas va directo al grano.

Joven, tienes la misma cara que un hombre al que conocí aquí mismo, en Garopaba, hace muchos años.

El Indio lleva tocando en la ciudad desde los años sesenta, se entromete el bajito. ¡Este de aquí… tiene historia!

Me has dado un susto de muerte, continúa Mascarenhas. Pensé que eras una aparición.

¿Has pensado que era Gaudério?

Mascarenhas frunce el ceño y vuelve la cara teatralmente.

¡Virgen santa!, exclama, y después no consigue decir nada más y devora otro puñado de cacahuetes.

Soy su nieto. Mi padre me explicó vuestro encuentro. Os peleasteis, ¿no es así?

Nos peleamos, sí. Una barbaridad. Hace tiempo de eso. Esta fiesta no era más que un par de puestecitos y un pequeño escenario así de bajo en el salón parroquial.

La niña tira de la camisa de Mascarenhas.

¿Qué quieres, princesa? Esta es mi hija. Noeli. Mi potrilla. Está de viaje con su padre, ¿eh? ¿Qué quieres, mi linda flor?

La niña pide dinero para comprar una manzana caramelizada al otro lado de la plaza. El bajito se adelanta, saca un fajo de billetes del bolsillo de los pantalones bombachos y le da un billete de cinco reales a la niña. Ella se lo agradece tímidamente y se va sujetando el billete con las dos manos.

¡Rodea la plaza por fuera, que hay menos gente!, grita el cantante a su hija. El gentío aumenta sin parar desde el inicio del concierto de pagode.

¡Qué niña tan mona!, comenta el bajito.

Ese bichito no había salido nunca de Bagé, explica Mascarenhas. Y se me quejaba: ¡Vives viajando, papá! Entonces vamos juntos, le dije. Ahora ya ha ido a Toledo, Cascavel, Pomerode. Hoy se ha bañado en el mar helado y mañana vamos a Bom Jesus y luego a Amaral Ferrador. Después volvemos a casa porque tiene que estudiar.

El índio toca por todo Brasil, aclara el bajito. Tocó en el Amazonas a principios de año, ¿no es así?

Así es.

Tocábamos juntos en Uruguayana en los años sesenta.

Sí. Homero era mi compañero y ahora es mi agente en Garopaba. Uno subió en la vida y el otro sigue siendo artista. Moriré siendo un viejo indio.

Ibas a hablarme de Gaudério.

Gaudério. Eres su nieto, ¿no?

Lo soy.

Mascarenhas da una profunda calada al cigarrillo haciendo chispear la hoja de maíz y después habla soltando humo por la nariz y la boca.

¿Cómo es posible? Después de todo lo que he vivido el diablo todavía consigue asustarme. ¡Qué cosas! ¿Me aceptas una cachaza?

Por supuesto.

Bebe un trago de cachaza turbia y amarillenta. El Indio Mascarenhas se arremanga la camisa por encima del codo mostrando una piel castaña con apariencia de cuero curtido. Muestra una cicatriz sinuosa de cinco o seis centímetros que termina

en una pequeña protuberancia renegrida en mitad del brazo. Hablando alto para ser escuchado por encima del pago de de la Turma do Pagode y sometiendo a su interlocutor a dosis pungentes de la fragancia que su abuelo otrora definió, según su padre, como culo de zorro muerto, Mascarenhas dice que esta es la marca dejada por la cuchillada que Gaudério había acertado a darle en el brazo durante la kermés de hacía cuarenta años. La pelea había sido fea y no acabó en tragedia porque los separaron sin demora.

Gaudério era una persona encantadora que daba miedo, si es posible entender eso, dice el cantante. Entonces yo era muy joven, me enfrentaba a quien hiciera falta, pero tu abuelo consiguió que me cagara de miedo a pesar de ser un hombre mucho mayor que yo. Habíamos tenido nuestros más y nuestros menos durante un baile en alguna ciudad fronteriza, no sé cuál, creo que fue en Sant'Ana do Livramento. Él creyó que le había intentado robar a una chica, pero fueron imaginaciones suyas. La primera vez no me causó ninguna impresión, me había topado ya con otros potros más bravos, pero la segunda vez, aquí en esta plaza, fue diferente. Era otro hombre, parecía poseído. Es difícil encontrar una palabra. Creo que de verdad había perdido el juicio. ¿Qué sabes de tu abuelo, chaval?

Poca cosa. Lo que me explicó mi padre y lo que me estás contando ahora. Nunca lo vi. Desapareció antes de que yo naciera. Al parecer lo mataron aquí.

¡Qué cosas! Te pareces mucho a él. Creo que él era más alto. Pero tienes la misma cara que el miserable. Eres clavadito a él.

Saca la fotografía de la cartera y se la muestra a Mascarenhas. El cantante lanza la colilla de cigarrillo en la hierba antes de cogerla con cuidado con la punta de los dedos. Un solo de pandero se mezcla con la lluvia de fuegos artificiales.

Es él. Un poco diferente, pero no olvido esa cara.

Diferente, ¿en qué sentido?

No sé. Hay media docena de personas con las que nos cruzamos en la vida que dejan en la memoria una fuerte impresión que nunca pasa. Personas que infunden un miedo extraño, parece que tengan algo malo, pero se trata de una maldad que solo es tal a ojos de los

hombres, no a los ojos de la naturaleza. Recuerdo a otro hombre así que conocí hace unos años, después de cantar en un rodeo en São Jerónimo. ¿Sabes dónde queda eso? Por allá por Pantano Grande, Charqueadas… Al día siguiente fui a ver unas reses que un tío de allí quería vender a un compañero mío. La parcela estaba bien adentro, en las montañas. El tío me dijo que quería enseñarme una cosa, un ser vivo que vivía en una casa de piedra y barro en el fondo del valle. Descendimos un cerro difícil a caballo y allí al fondo estaba esa casita, muy antigua y hecha polvo, casi se venía abajo, y dentro vivía solo un viejo de edad indeterminada, piel oscura y muy arrugada, con el pelo blanco cayéndole por los hombros, así… vivía sin nada. Con una tetera y una daga. Dormía junto a los cerdos. Solo que ese hombre tenía unos cuantos miles de reales guardados en algún lugar de los alrededores. No entendí si era una cantidad importante de dinero, pero sí que era lo suficiente para que el viejo lo hubiera enterrado. Tenía un hijo que iba detrás de la pasta, un hijo que se había ido a la ciudad y que estaba esperando a que se muriera el viejo para echarle mano a los fajos de billetes, pero el padre no quería saber nada del hijo, decía que era un inútil y no quería ver las narices del chaval en modo alguno. El viejo decía que ese hijo lo había amenazado de muerte y que llevaba meses allí esperando a que apareciera el desgraciado. Tenía un trabuco de esos de principios de siglo, hecho polvo, de este tamaño. Nos mostró el arma. Completamente oxidada. Era evidente que ya no disparaba, era triste, pero el viejo dormía sujetando el trabuco, esperando vete a saber desde cuándo a batirse en duelo con el hijo, viviendo allí, como un animal. Y había algo en su mirada, en lo más profundo de sus ojos pequeños, casi imperceptible. Tenía los ojos pequeñitos y hundidos, pero de ellos salía una furia que daba escalofríos. Y tu abuelo me causó la misma impresión. No la primera vez que me crucé con él. Solo la segunda, aquí, en Garopaba. Había cambiado. No me preguntes en qué. Es la noche del mundo. Ese tipo de cosas me hacen tener pesadillas.

¿Y sabes qué le pasó?

¿A Gaudério?

Al viejo de la casita.

Sí. Se murió agarrado al trabuco y se lo comieron sus cerdos.

¡Qué putada!

El hijo encontró el cuerpo pero no el dinero. ¿Qué te parece?

¿Y de mi abuelo? ¿Supiste algo más de él después?

Después de aquella vez que nos las tuvimos no volví a verlo nunca más. La siguiente vez que vine a Garopaba me pareció raro no ver señal de él. No es solo que hubiera desaparecido. Nadie hablaba de él. Nadie lo recordaba. Pero no podía ser cierto porque era muy conocido. La gente estaba mintiendo. No sé por qué. Pregunté. ¿Por dónde anda aquel hijo de puta que me dio un navajazo en el brazo? No sé de quién me habla usted. De Gaudério. ¿Se ha ido? ¿Se ha muerto? No sé quién es, me decían. Era tocar el tema y la gente enmudecía.

Mi padre me contó que lo mataron en un baile. Apagaron la luz y lo cosieron a navajazos.

¿Eso hicieron?

Es lo que entonces contaron a mi padre. De tanto armar follón, decidieron librarse de él. Y lo hicieron de tal modo que es imposible saber quién lo mató. Quizá por eso todo el mundo finja hasta hoy que nada ocurrió.

Puede ser. No sabía nada de eso. ¿Tú lo sabías, Homero?

No. Hace veinticinco años que vivo aquí y nunca he oído hablar del tema. Pero corren muchas leyendas por ahí. Tienen hasta fantasmas de ballenas.

Pero eso lo explicaría todo, reflexiona Mascarenhas. Puede haber sucedido tal cual. Incluso porque…

Se detiene.

Incluso porque ¿qué?

No sé si vale la pena decir nada porque no estoy seguro de ello. Pero alguien debió de contármelo en aquella época, si no, no me habría acordado ahora. No es el tipo de cosas que uno inventa. Decían que Gaudério había matado a una chica.

¿En serio? ¿Una mujer de aquí, de la ciudad?

No lo sé. Solo fue un comentario que alguien me hizo. Entendí

que era una chica muy joven. La habían encontrado muerta y decían por ahí que había sido él.

¿Cómo la mataron?

Chaval, no sé nada más, ya te lo he dicho. Ni siquiera sé si es verdad. Pero creo que tu abuelo no era solo un incordio para todos. Tal vez cometió alguna barbaridad y estaba marcado y arreglaron cuentas con él de ese modo. En el baile. Pero no te fíes de lo que yo diga. Puedo estar engañado. Ese es el problema de beber demasiado. Uno se vuelve viejo y no se acuerda bien de las cosas.

Se queda pensando en eso y no acierta a decir nada más. Se había imaginado a su abuelo de muchas formas pero no como un asesino ocasional y menos aún como un psicópata. La idea no se asienta en su mente, su organismo la rechaza.

Mataron a una chica hace unas semanas en Imbituba, dice de repente. ¿Os habéis enterado?

El Indio Mascarenhas y Homero lo miran, intercambian una mirada, y vuelven a mirarle.

El tío la estranguló. Después le arrancó los ojos y los labios.

El cantante lanza un rápido vistazo al vasito de plástico y toma de un solo trago lo que queda en él.

La niña vuelve a aparecer con la manzana caramelizada y dos reales de cambio en la mano.

Quédate con el cambio, princesa, dice Homero. Si tu padre te deja.

Claro. Se las apaña bien con el dinero. Le doy una paga. Solo falta una cosa.

Gracias, canturrea.

Y a ti, nieto de Gaudério, ¿qué te ha traído por estos lugares?

Decidí vivir en la playa después de que muriera mi padre. Soy profesor de educación física. Doy clases de atletismo y de natación.

Qué bien, muy bien… este es un buen sitio para practicar deporte, ¿no? Mascarenhas sonríe sin rastro alguno de sarcasmo. Sus ojos llorosos son infantiles y transmiten una ingenuidad que contrasta con su figura. No parece consciente del brusco cambio de tema y de la súbita amenidad que se impone en la conversación.

Esto de aquí es un paraíso, dice Homero. Para quien quiere tener calidad de vida no existe lugar mejor.

El mar es el caldo primordial, proclama solemne el Indio Mascarenhas. La fuente de la vida. Del mar vinimos y al mar volveremos.

Es verdad, coincide solo por coincidir. Luego los dos hombres se disculpan y se despiden cordialmente. Homero alega que tiene que tratar unos asuntos el sábado de madrugada y Mascarenhas, si lo ha entendido bien, va a atravesar la multitud y llevar a hombros a su hija frente al escenario para que no se pierda el principio del concierto de Claus y Vanessa.

7

Un hombre con traje de neopreno de camuflaje verde y negro lleva una bolsa hasta un bote naranja detenido en el agua delante de la piedra de Baú. Otro permanece sentado dentro de la embarcación, también con traje de neopreno, sujetando el timón del motor con una de las manos y blandiendo un arpón de pesca submarina en la otra. Desciende la pequeña escalera de cemento y conversa con ellos. Están saliendo a pescar en los arrecifes, a mar abierto, a un kilómetro y medio de la costa de Garopaba. A pesar de no contar con todo el equipo necesario para la pesca submarina, pregunta si les puede acompañar y ellos aceptan. Entra en casa y coge las aletas de goma vulcanizada, las gafas de natación, un paquete de galletas rellenas y el arpón que Bonobo le regaló. Se extiende protector solar por la cara y se pone el *slip* de baño y una camiseta vieja de manga larga. Cierra las ventanas del apartamento, baja por las piedras y camina por el agua hasta llegar al bote. El tío del traje de camuflaje le dice que va a pasar frío y le presta una chaqueta impermeable de repuesto. El motor despierta, hace gárgaras y ronca, propulsando el bote contra la ondulación del mar verdoso. Pregunta cómo se llaman y solo entonces descubre que ya conoce al del traje de camuflaje, con su acento local y su cara redonda, y que se trata de Matías, el hijo mayor de la señora Cecina. El cielo vespertino está cargado de nubes y el viento aumenta su intensidad conforme se aproximan al cabo de Vigia. Antenor, el amigo de Matías, un gaucho con tupé de rockero y rostro alargado, acelera el bote al máximo. La embarcación va saltando las rampas formadas por las olas, abofeteando el océano. Se

agarra con fuerza a las cuerdas de seguridad y pone los pies en el hueco que queda entre el suelo y el borde inflable del bote recibiendo salpicaduras de agua helada en la cara. Matías le ofrece un comprimido de Dramin para prevenir el mareo. Se lo agradece pero lo rechaza. La ciudad va desapareciendo en la distancia y cada vez resulta más fácil entender por qué esa bahía es considerada refugio en el que protegerse de la violencia del mar abierto, por qué navegantes, bancos de peces y ballenas convergen en aquel trocito de litoral en busca de una placidez poco evidente para quien está en tierra. Las olas, que ya parecían grandes a distancia, adquieren un aspecto montañoso en alta mar y se va instalando una sensación de abandono a medida que el continente se aleja. La espuma se dispersa con placer en las rocas. Después es posible divisar los arrecifes. Pocos peñascos llegan a despuntar en la superficie pero a su alrededor se aprecia una gran área de ondulación menos caótica. Rabihorcados negros planean por allí cerca con sus alas finas y colas ahorquilladas, escudriñando el mar y lanzándose en picado sobre la superficie.

Antenor disminuye la velocidad del bote y se aproxima a marcha lenta rodeando la zona de peñascos sumergidos mientras discute con Matías cuál es el mejor lugar para echar el ancla. Matías señala una zona, prácticamente dentro de los arrecifes. La pareja carga los arpones, se calza las aletas, guarda los cuchillos en una funda detrás de la pierna y se pone las gafas y el tubo de bucear. Matías se sumerge primero. Nada un poco en la superficie en dirección a los arrecifes arrastrando la boya señalizadora y desaparece por primera vez. Cuenta en la cabeza cuánto tiempo tarda en volver. Un minuto quince. Antenor salta luego del bote y nada en otra dirección, hacia la izquierda, buscando un lugar distinto en el que pescar. Se sumerge auxiliado por los diez kilos de lastre acoplados al traje de bucear. Los observa durante algunos minutos sintiendo el balanceo del bote. Se coloca las aletas de entrenamiento, mucho más cortas que las de buceo, se pone las gafas de natación, se saca la camiseta, coge el arpón y entra en el mar helado.

Al llegar cerca de los peñascos toma aire, se sumerge y escucha la

sinfonía entrecortada de los mejillones, un sonido que ya había oído en otras ocasiones al nadar cerca de las piedras en algunas playas, pero nunca con aquella intensidad. El chasquido de los moluscos es sobrecogedor, como millones de pinzas o dientes entrechocando y reverberando en el hueco de las cavernas. Las gafas de natación solo permiten vislumbrar los bultos de las rocas más próximas. El ruido de los mejillones cesa por completo cuando saca la cabeza fuera del agua y ni los rumores del océano y del viento arañan la súbita sensación de silencio. Dos mundos distintos.

En el paisaje turbio de rocas y corales divisa los mejillones y algunos peces pequeños que no sabe identificar. Ninguna señal de que haya por allí un banco de peces y mucho menos algún mero, que es el objetivo deseado. Matías le emplazó a buscar agujeros y madrigueras donde les gusta descansar. La mayoría de los meros que se encuentran hoy en día pesan dos o tres kilos, a veces cinco, con suerte ocho, y un mero que pese más de diez kilos es un trofeo. Nada que se compare con los que debía de haber pescado su abuelo unas décadas atrás, cuando no era raro que los peces llegaran a pesar treinta o cuarenta kilos. Se sumerge una docena de veces pero no ve ni agujeros ni cavernas ni meros. No ve nada que merezca ser el blanco de un arpón.

Acaba regresando al bote y cuando sube ve que por el sur se aproxima una tempestad que ya cubre los montes de Ibiraquera y de la playa de Rosa. Matías y Antenor continúan sumergidos entre las piedras. Sus boyas amarillas se hunden y reaparecen en el sube y baja de las olas. No parecen preocupados por las nubes grises que se aproximan ni por el viento cada vez más silbante. Ellos son los entendidos. Deja el arpón en el fondo del bote y se sumerge de nuevo. Intenta medir la profundidad en aquel punto. Desciende hasta que la presión hace que le duelan los oídos y entrevé las grandes piedras amarillas del fondo. Deben de estar a unos cinco o seis metros de la superficie. Regresa a los arrecifes. En ciertos puntos las piedras casi alcanzan la superficie y consigue quedarse de pie sobre ellas.

Según su padre, el abuelo conseguía aguantar la respiración

durante tres o cuatro minutos, o hasta más. Otro submarinista había muerto de una embolia al intentar igualarlo. Se sumerge, bucea un poco entre las piedras marcando el tiempo en el reloj y emerge solo cuando comienza a sentir detrás de los ojos esa presión desesperante que produce la falta de oxígeno. Un minuto y cinco segundos. En el próximo intento ve un pulpo violeta arrastrándose por el fondo y levantando una pequeña nube de arena antes de esconderse bajo una piedra. La duración de la segunda inmersión solo es de cuarenta y ocho segundos. Decide descansar un poco. El viento deforma las olas. Con la tercera inmersión consigue aguantar un minuto y seis segundos y se da por satisfecho. No tiene los pulmones de su abuelo.

Regresa al bote, se pone la chaqueta impermeable en un intento inútil de entrar un poco en calor y se queda intentando medir el tiempo de apnea de sus compañeros. Una de las inmersiones de Matías dura un minuto y cuarenta. Lleva poco tiempo allí cuando Antenor se acerca al bote y se sube a él con dificultad. Al ayudarlo ve que sus gafas de bucear están llenas de sangre. Antenor se las quita y la sangre contenida se derrama por su rostro y su cuello.

Me ha reventado algo, dice sujetándose la nariz. ¡Qué putada! ¡Duele que te cagas! Creo que tengo sinusitis.

Deja de brotar sangre y Antenor empieza a marearse.

Joder, joder, balbucea. Me encuentro mal.

Abre su paquete de galletas rellenas con sabor a fresa y se las ofrece a Antenor. Las olas sacuden violentamente el bote hacia todos lados. La temperatura ha caído de repente por lo menos diez grados y el horizonte ha desaparecido en la tempestad que se aproxima. El viento ruge y lanza chorros de espuma al aire. Hace mucho que desaparecieron todos los pájaros. Antenor lanza miradas afligidas hacia los arrecifes.

Matías ha encontrado un mero grande escondido y no va a volver hasta que le clave el arpón. Lo conozco.

Pero poco después, para alivio de ambos, ven nadar a Matías en dirección al bote. Se sube, tira de una cuerda y saca del agua dos meros cobrizos, uno grande, de unos ocho kilos, y otro pequeño, de unos dos y medio. Posa sujetando con ambas manos el pez mayor

por la enorme boca y Antenor hace una foto. El *flash* de la cámara ilumina las entrañas rojo brillante y los anillos de dientes serrados dentro de la atroz garganta del mero. Empieza a llover. Matias saca de la bolsa un tubito de leche condensada, corta una de las puntas del envoltorio con un cuchillo y comienza a beber a morro el líquido viscoso y azucarado. Antenor enciende el motor y el bote parte a toda velocidad rumbo a la ensenada, huyendo del temporal.

Una competición de triatlón de corta distancia, en la categoría *Sprint*, alborota en Garopaba la mañana del tercer sábado de junio. Hace sol aunque un malhumorado viento del nordeste dificulta la actuación de los atletas. Han cortado la avenida principal para los ciclistas y atletas y dos boyas rojas marcan en el mar el circuito triangular de la prueba de natación. Las bicicletas están alineadas en la zona de transición montada en una travesía situada a una manzana de la orilla del mar. Entrenadores, familiares, amigos y gente local se aglomeran detrás de las cintas de seguridad de las aceras de la avenida principal para animar a los competidores. Dos de sus alumnas de atletismo, Sara y Denise, se han inscrito en equipos de relevo y van a correr los cinco kilómetros de la prueba. A la farmacéutica ya no le duelen las espinillas y su amiga Denise ha perdido peso visiblemente y corre el kilómetro en cinco treinta, un notable progreso desde las primeras carreras por la playa. Él mismo nadará los setecientos cincuenta metros en el equipo de Sara. Douglas, el marido de esta, se encargará de la bicicleta. Se trata de un tipo cordial y de pocas palabras. Unos diez años mayor que su mujer. Está a mitad de camino de convertirse en un calvo peludo. Tiene un acento gaucho muy fuerte del norte de Porto Alegre y se mantiene en forma practicando surf regularmente a lo largo de todo el año y montando en su bicicleta Speed hasta la BR-101 los domingos por la mañana.

Entre los competidores profesionales han venido algunos conocidos suyos y el reencuentro más efusivo es con Pedrão, patrocinado por Paquetá Esportes, quien acostumbra a subirse al

podio y es undécimo en el *ranking* nacional de triatlón. La pasada noche, durante el congreso técnico celebrado en el comedor del hotel Garopaba, lo primero que Pedrão le preguntó fue si estaba enfermo. Había encontrado demasiado delgado a su antiguo compañero de entrenamiento y con el semblante ligeramente demacrado, por no hablar de la descuidada barba. Le aseguró que gozaba de una salud inmejorable y en cuanto a la barba, bueno, se había cansado de su cara y estaba llevando a cabo un experimento. Pedrão entendió la broma y rio. Intercambiaron un fuerte abrazo. Su amigo se le había acercado y le había dicho Hola, soy Pedrão. Eran dos hombres que se respetaban. Habían pasado centenares de horas juntos corriendo, pedaleando y nadando largas distancias, animándose, distrayéndose, forzando el ritmo del otro, o intentando acompañarlo, compartiendo el estado mental semimeditativo del ejercicio prolongado. Pedrão tiene la misma edad que él, treinta y cuatro años, pero sabe que los dos aparentan unos pocos más. Demasiado esfuerzo, demasiado sol, demasiados radicales libres en la sangre sumándose a los percances físicos y emocionales que afligen a todo el mundo y que llevamos en el cuerpo como marcas patentes o sutiles, a veces sutilísimas o casi invisibles, y aun así perceptibles desde fuera. El cuerpo es su propia cápsula del tiempo y su viaje siempre es un poco público, por más que intentemos esconderlo o maquillarlo.

Unos veinte minutos antes de que anuncien la salida, unos inspectores avisan de que el agua está llena de medusas. Permiten, en el último momento, el liso de trajes de neopreno y los nadadores se apresuran a buscar los suyos. Cuando dan la salida los atletas corren por la arena, saltan las primeras olas, se sumergen y descubren que tendrán que abrirse paso en una sopa de glóbulos gelatinosos del tamaño de pelotas de fútbol sala. De hecho, muchas medusas están vivas y quien no se llevó o no tuvo tiempo de ir a buscar su traje de neopreno sale del agua con quemaduras. Una mujer lleva pegado a la cara un tentáculo urticante y grita sin parar, y los monitores en kayak tienen que rescatarla.

Aquella mañana, Pedrão es el primero en salir del agua. EL es

tercero. Douglas pierde una parte de la ventaja inicial del equipo a lo largo de los veinte kilómetros de ciclismo. Pedalea con firmeza pero no hay modo de estar a la altura de los ciclistas mejor entrenados. Sara casi no consigue terminar la carrera, pero él corre el último kilómetro a su lado y su alumna cruza la línea de llegada completamente roja y jadeante. Aun así, quedan en cuarto lugar en los relevos, justo en medio del total de siete equipos inscritos. Un resultado alentador. Al final de la prueba los atletas aficionados y los profesionales deambulan sonrientes y un poco distraídos, drogados de cansancio, en una mezcla de euforia y relajación.

Sara y Douglas deciden celebrar una barbacoa en casa para los amigos y conocidos que también hayan participado en la prueba. A petición de Sara, promete contribuir asando su lamosa matambre aliñada. El plato exige cierta preparación. guindillas, mejorana, romero, lima, sal gruesa y por lo menos una hora y media en la parrilla, liado en papel de aluminio.

Douglas sube a la bicicleta y se marcha a casa con la misión de encender el fuego y meter la cerveza en la nevera. Sara insiste en llevarlo en coche al supermercado a comprar la carne y los condimentos, pero él tiene que pasar primero por casa para darse un baño y cambiarse. Por más que él repita que no es necesario, ella finge no oírlo. ¿Somos un equipo o no?

Al entrar en su apartamento sucede lo que él ya anticipaba y no hizo nada por impedir. Nada más cerrar la puerta, Sara se quita las zapatillas de deporte y los pantalones del chándal, quedándose solo con los pantalones cortos de atletismo celestes y la chaqueta todavía cerrada ensayando con ambas manos el gesto de abrir la cremallera.

Hey. Sara. Espera.

Follame, profesor.

No puedo.

¿No puedes o no quieres?

No puedo.

Claro que puedes, insiste ella acercándose. Mírame.

Él la mira.

Puedes, ¿vale?

Sara lo empuja levemente y lo fuerza a caer sentado en el duro cojín del sofá amarillo. Intenta montarse encima, pero él la agarra por la cintura y se lo impide.

Te vas a arrepentir.

No, de eso nada.

Pero yo sí.

Tú mucho menos.

Algunos transeúntes pasan hablando al otro lado de la persiana cerrada. Él se pone el dedo en los labios pidiéndole silencio.

¿Lo conoces?

No lo sé. Pero aquí todo el mundo lo ve todo.

Deja de ser paranoico.

Sara baja un poco la cabeza y susurra.

Solo será una vez. Nunca he hecho nada parecido.

Él continúa sentado, ella continúa de pie. Los muslos pecosos intentan dar pasos al frente. Una de sus manos desciende por la cintura hasta la pierna de Sara y ella la levanta y coloca el pie sobre el sofá. Su olor inunda el apartamento oscuro y húmedo. Se pueden sentir las pulsaciones en sus cuerpos. Temblores mínimos.

Mejor que no.

¿Y qué vas a hacer con eso enorme que tienes ahí?

Apoya la cabeza en la goma elástica del pantalón de ella y suspira.

Eso es, dice Sara.

Empieza a sonar su móvil.

No lo cojas.

Al cuarto toque, él la aparta despacio y coge el aparato, que está encima de la mesa. Es Gonzalo.

¡Qué pasaaa, colega! ¿Cómo te va la vida por la playa?

Todo en orden, Gonça. ¿Y por ahí?

La misma mierda de siempre. Perdona el retraso, he estado pillado con unos asuntos de mierda y solo he podido ir detrás de lo tuyo desde hace unos días. Hablé con gente de la policía y del Tribunal de Santa Catarina. No hay ninguna posibilidad de encontrar ese proceso, si es que existió. Olvídate del tema.

¡Mierda!

Se acerca a la ventana y desatranca la persiana.

Solo que…

Gonzalo hace una pausa dramática. Él abre una rendija y observa la playa soleada.

… consulté las hojas de servicio de aquella época y descubrí quién es el comisario que probablemente acudió a Garopaba a realizar la investigación del crimen. Investigué el nombre del tío y descubrí dos cosas.

Mira hacia atrás. Sara está sentada con las piernas cruzadas en el sofá, casi en posición de meditación, mirando las baldosas color arena con una vaga expresión. Da la impresión de ser un robot desconectado.

¿El qué?

Primero que el tío está vivo. Segundo, encontré dónde vive. En Pato Branco.

¿Eso queda aquí, en Santa Catarina?

En Paraná. Al oeste del estado. Cerca de la frontera con Santa Catarina. Su nombre es Zenão Bonato. Es uno de los socios de una empresa de seguridad privada llamada Commando. Sinceramente, espero que sea una referencia a la película de Schwarzenegger. Salúdalo de mi parte de ser así.

Pero ¿cómo lo encuentro?

Tengo el teléfono y la dirección de la empresa.

Espera. Deja que coja un bolígrafo.

Rebusca en la cestita de paja que hay sobre la barra de la cocina en busca de un bolígrafo y un trozo de papel en el que anotar. La polla sigue dura bajo el pantalón del chándal y Sara acompaña sus movimientos con la cabeza manteniendo la misma expresión vacía.

Dime.

Apunta el nombre, la dirección y el teléfono del ex comisario en el folleto publicitario de una empresa de turismo de aventura especializada en la observación de ballenas.

Gracias, Gonça. Yo me encargo a partir de aquí.

De nada. Para eso estamos. ¿Estás ocupado?

No, ¿por qué?

No sé. ¿Estás bien?

Estoy genial.

Entonces vale. Tengo que escribir un artículo. Espero que te sirva de algo. Ya me contarás cómo te ha ido.

No te preocupes. Un abrazo.

En cuanto cuelga Sara vuelve a prestarle atención y lo mira con sus ojos rasgados. Parece una paciente olvidada hace horas en la sala de espera de un médico.

Era un amigo de Porto Alegre.

Ella no dice nada.

¿Quieres agua?

No.

Sara se levanta y se acerca a él. Pone la cara muy cerca. Apoya la nariz en su mejilla.

Voy a tomar un baño.

La desplaza hacia atrás y hacia un lado con un gesto intencionalmente mecánico, como si recolocase un maniquí.

Entonces no tardes mucho, dice ella, y vamos a comprar de una vez la mierda de la costilla o morcilla o lo que sea.

Matambre.

Solo da un paso en dirección al cuarto de baño cuando se detiene de repente, da media vuelta, va hasta la ventana y cierra la persiana extinguiendo el rayo de sol que ilumina el comedor. Cuando se gira de nuevo Sara avanza hasta pegar su cuerpo al de él. ¡A la mierda! Se ha dejado acorralar y ahora tiene que actuar en consecuencia. Sara le rodea el cuello con los brazos. El mete las manos bajo su chaqueta de deporte y sube las palmas por su barriga caliente y pegajosa por el sudor. Mete los dedos bajo el top y agarra sus pequeños pechos. Sara lo besa con timidez. Es más una serie de besitos que un beso propiamente dicho, nada del beso ávido que las circunstancias hacían esperar. Es su forma de ser. Parte de la gracia consiste en nunca ser exactamente como uno se imagina. Sara se arrodilla y le chupa la polla. Él la agarra por la cola de caballo. Sara se detiene un momento y dice Solo hoy, ¿vale? Prometido.

Antes de tomar el autobús a Florianópolis pasa por la clínica veterinaria. Greice está de buen humor y lo saluda con un beso en la cara. Le pregunta cómo va Jander y ella responde que está muy bien. Qué días más bonitos nos han hecho, ¿eh? Ven a ver a tu bichillo. La perrera está situada al fondo de la clínica y tiene una docena de compartimentos de cemento cerrados por una reja. Algunos están abiertos por arriba y en ellos se hallan los animales que necesitan más cuidados. Beta está en uno de esos, tumbada de lado sobre un trapo. Hay dos pequeños cuencos con agua y comida y el resto del suelo está cubierto de hojas de periódico. En cuanto lo ve o lo olfatea empieza a intentar moverse. Tiene vendada una de las patas delanteras. Tiene raspados algunos retazos de pelo que están cubiertos de emplastos y costras de tejido cicatrizado. Ha perdido un trozo de una de las orejas. Greice le explica que la columna no estaba fracturada. Era un edema. Abre la puerta enrejada y acaricia a la perra. Mira esto. Greice levanta al animal con cuidado. Beta se queda de pie pero no se mueve.

El movimiento está volviendo poco a poco. Todavía no se sabe si volverá a andar con normalidad. Vamos a ver cómo evoluciona. Pero tu pequeña es una guerrera. No me lo esperaba. Esta raza es muy fuerte.

Greice abre paso y él se adentra en el pequeño espacio, se agacha y acaricia a la perra en el cuello mientras le habla bajito cerca de las orejas. Va a andar, sí. ¿Verdad que sí? Hoy tengo que irme de viaje pero volveré pasado mañana y vendré a visitarte todos los días, ¿vale?

La veterinaria vuelve a tumbarla.

¿Cuánto tiempo tiene que estar internada todavía?

Unas dos semanas. Por lo menos.

El ríe solo en el autobús varias veces durante el viaje de una hora y media hasta Florianópolis pensando en cómo las cosas salen bien cuando uno menos se lo espera. La perra consigue ponerse de pie. Sara siguió viniendo a los entrenamientos matutinos concentrada en actuar como si nada hubiera pasado. El agua está tan caliente que ha estado nadando solo con el *slip* de baño. Los alumnos más aplicados no han abandonado la piscina ante la proximidad del invierno y cada

vez nadan mejor. Recibe saludos y gestos de personas que no reconoce por la calle y siempre que puede se acerca a ellas y entabla conversación hasta que las distingue. Las noches de sueño pasan en un abrir y cerrar de ojos y lo restauran. El día huele a ozono y a humedad marina. El verde de los bosques palpita en las laderas de la sierra de Mar y las montañas puntiagudas con sus crestas enmarcadas por las ventanillas del autobús insinúan el misterio de los lugares intactos. El balanceo del autobús resulta calmante y el paisaje deslizándose al otro lado del cristal lo lleva a pensar en obviedades en las que nunca repara. Qué impresionante que cuanto lo rodea esté ahí. Que él esté ahí. Que pueda ser consciente de ello. Se siente inmóvil y en movimiento al mismo tiempo y recuerda a sus padres contándole cómo se lo llevaban a pasear en coche para que se durmiera cuando era un bebé. En la fila opuesta, en un asiento un poco más adelante del suyo, una chica duerme en el regazo del novio con el pie estirado en medio del pasillo y logra verle las uñas pintadas de azul turquesa, el tatuaje de un sol maya en el tobillo, la mano del chico alisando la piel acaramelada de la pantorrilla. La composición remite a algo que él ya tuvo y que no sabe decir si echa de menos. Lo añora y no lo añora al mismo tiempo. Es menos el recuerdo melancólico de una ausencia y más un certificado reconfortante de que eso existe y sigue formando parte del mundo.

Durante las dos horas de espera en la estación de autobuses de Florianópolis, cena un menú en una de las cafeterías, da una vuelta a pie por los alrededores y se acerca a un quiosco a comprar algo para leer. Un hombre de aspecto chocante se aproxima al mismo tiempo que él. Tiene la cabeza hipertrofiada por alguna malformación o elefantiasis, en especial la mandíbula, cuatro o cinco veces más grande que la de un hombre normal. Lleva una peluca beis y viste pantalones tejanos y un jersey de lana con rayas de colores. El hombre escruta las revistas dando pasos casuales de un lado a otro con las dos manos entrelazadas a la espalda en posición de descanso, ajeno a la impresión que causa en el vendedor y en los transeúntes, que desvían la atención hacia otra cosa en cuanto se fijan en él. Finge estar eligiendo una publicación mientras echa un buen vistazo

al rostro del hombre deformado. Escoge la revista de triatlón que tenía intención de comprar desde el principio, paga y regresa al vestíbulo de la estación de autobuses intentando retener las facciones del hombre en la memoria durante el mayor tiempo posible, pero desaparecen como las demás.

En cuanto se pone cómodo en el autobús echa una ojeada al plano del centro urbano de Pato Branco que imprimió de Google Maps en el cibercafé de Garopaba. Ha marcado con bolígrafo con sus pertinentes anotaciones la dirección de Zenão Bonato y del hotel indicado por el mismo ex comisario. Consiguió su móvil en la empresa de seguridad. Zenão se mostró dispuesto a atenderlo sin hacer demasiadas preguntas. Creo que sé de lo que hablas, dijo con voz ronca al teléfono. Si insistes en venir hasta aquí, ven. Te puedo explicar lo que recuerdo.

El autocar se detiene en todas las paradas. Duerme durante buena parte de las doce horas de viaje hasta Pato Branco escuchando música bajito por los auriculares conectados al móvil. Despierta cada vez que el autocar para en alguna pequeña ciudad del oeste catarinense para que bajen y suban pasajeros, y desciende en las paradas para ir al baño y estirar las piernas. Come la peor croqueta de patata y pollo de toda su vida y sueña con una lata de Coca-Cola muy fría hasta llegar a la parada siguiente. Está amaneciendo cuando despierta instintivamente en la entrada a la ciudad sintiendo las curvas y el relieve accidentado. La distancia del litoral y la altitud han hecho caer bastante la temperatura. No debe de hacer más de diez grados en ese momento. Abre la mochila con las manos heladas para coger la chaqueta forrada de lana acrílica. Los campos cubiertos de rocío y las pequeñas casas adormecidas dan lugar a viviendas rodeadas por un porche que aumentan de densidad hasta que de repente, para su sorpresa, el autocar está dentro de un centro urbano con anchas avenidas, galerías y pequeños centros comerciales. Toma un taxi desde la estación de autobuses al hotel. El automóvil sube cuestas empinadas de asfalto impecable. Al entregarle la llave de la habitación el joven recepcionista le dice en tono ceremonioso que la contraseña es noventa y ocho.

¿Qué contraseña?

La del canal deportivo, señor.

Telefonea desde la habitación a Zenão Bonato. El ex comisario dice que estará ocupado durante todo el día y pregunta si no le importa dejar el encuentro para última hora, quizá sobre la medianoche. Le parece raro, pero dice que no hay ningún problema. Zenão le pide quedar en un sitio llamado Deliryu's, con i griega. Anota la dirección con el bolígrafo del hotel en el bloc de notas situado encima de la mesilla de noche. Piensa que solo puede ser el nombre de un puticlub pero no tiene tiempo de preguntarlo porque Zenão se despide de inmediato y da por terminada la llamada.

Enciende el televisor y pulsa noventa y ocho en el mando a distancia. Se trata de una película con historia y va por la parte de la historia. Se queda esperando a que llegue la parte que interesa y se hace una paja rápida. Después toma un baño caliente de veinte minutos.

El reloj de pulsera marca las diez de la mañana. Se viste, sale del hotel, desciende algunas cuestas y llega a una gran avenida con un espacio central en forma de extensa plaza, bien cuidada. No recuerda haber visitado ninguna ciudad tan limpia y organizada. Las calles secundarias están casi desiertas pero en las avenidas hay mucho movimiento. El centro está lleno de edificios modernos de más de diez plantas pero los floreros y jardines son los de una pequeña ciudad rural. El aire huele a monóxido de carbono y a tierra húmeda. Las mujeres son a la vez delgadas y fuertes. Saca dinero en un cajero automático, se pasa por un cibercafé para comprobar sus *e-mails* y camina bajo un viento helado y el sol de mediodía hasta cansarse. Almuerza tarde en un bufet libre y come tanto que apenas puede andar. Se arrastra de vuelta al hotel, se acuesta en la cama con el aire acondicionado caliente al máximo y el televisor encendido en el canal noventa y ocho y pasa un tiempo alternando cabezadas y sesiones de autoestímulo anticlimático. Cerca del final de la tarde vuelve a salir del hotel, desciende hasta la avenida y camina un poco por la plaza hasta encontrar una cafetería acristalada con una pantalla gigante instalada en la terraza. Además de las mesas fijas,

han colocado algunas sillas de plástico adicionales y ya hay unos cuantos espectadores, algunos con la camiseta tricolor. Entra y pregunta si van a pasar el partido del Gremio. El fornido camarero que luce el delantal y el gorro negro con el logo del establecimiento dice que sí. Pide un café. Comienza el partido y durante las dos siguientes horas bebe algunas cañas de cerveza y come una ración de patatas fritas. El Gremio pierde tres a cero contra el Atlético Paranaense. El termómetro de la plaza indica once grados y está tiritando. Se marcha a caminar de nuevo por la ciudad pasando por delante de pequeños bares llenos de universitarios, por manzanas enteras sin un alma y por gasolineras frecuentadas por jóvenes camino de fiestas y taxistas sin servicio. Casi es medianoche cuando regresa al hotel. Ni sube a su habitación. Pide al recepcionista que llame un taxi. Muestra la dirección y pregunta si conoce el establecimiento. El joven alto y narigudo aprieta los labios y alza las cejas.

¡Ya lo creo!

¿Qué pasa?

¿Quién te ha dicho que vayas a ese lugar?

Tengo una reunión de negocios con alguien. Él me ha dado la dirección.

Bueno, si te han pedido que vayas… pero ten cuidado.

¿Por qué?

Mafia. De la mala. Y las chicas allí son rápidas. Muy rápidas. Te sacan el dinero sin que te des cuenta. Mi padre me decía que en esta vida tenemos que mantenernos lejos de tres cosas: de las mujeres rápidas, de los caballos lentos y de los ingenieros. Te doy el mismo consejo. Hace unos días unos huéspedes volvieron al hotel de madrugada dentro del coche del segurata del local. Con un arma en la cabeza. Los dos se gastaron mil ochocientos reales y no tenían con qué pagarlos. Habían creído que se gastarían unos quinientos cada uno y los muy tontos no tenían tarjeta de crédito. Tuvieron que andar por ahí con el arma en la oreja hasta las seis de la mañana para poder sacar lo que faltaba en un cajero automático.

¡Qué follón!

Si hay que matar a alguien, lo matan. Mafia. Piensa bien si te quieres meter ahí.

Solo tengo que hablar con ese tipo. No pretendo quedarme.

El chico pone cara de quien ya ha dado el recado que tenía que dar, levanta las palmas de las manos y le devuelve el papel con la dirección. El taxi aparca en la entrada del hotel. El interior del coche huele a lana de oveja y los cristales están empañados. El anciano con boina al volante reacciona como si ya supiese el destino del pasajero.

Es uno de los mejores sitios que tenemos por aquí. Te puedo ir a recoger si hace falta. Toma mi tarjeta. Pero ya sabes, no te gastes más de lo que tienes.

El neón parpadeante del club Deliryu's queda a pocos kilómetros, a las afueras de la ciudad, en un terreno elevado muy cerca de la carretera al que se accede por una rampa de grava. El edificio cuadrado y sin ventanas está cercado por un bosque de pinos. El guardia de seguridad, un monstruo calvo y bonachón de doscientos kilos embutido en un traje negro, hace una reverencia ceremoniosa y le informa de que la entrada cuesta cuarenta reales. Recibe una tarjeta de consumición con su nombre inscrito en ella y entra. La sala parece mucho más grande por dentro que por fuera y está casi vacía. Al fondo hay un pequeño escenario de baile con una barra metálica y la entrada a los dos baños. Los círculos de colores procedentes de un cañón de luz giratorio colgado en mitad del techo y los haces de rayos verdes disparados por otro mecanismo situado encima del escenario barren el suelo. Las luces destacan las siluetas de las putas reunidas en dos pequeños grupos al fondo, apoyadas en la pared o en los sofás, casi escondidas en la penumbra. Otro guardia de seguridad lo saluda dentro. Se trata de un hombre de mediana estatura vestido con pantalones tejanos y chaqueta de piel. Tiene el pelo ceniciento lamido hacia atrás con alguna pasta o gel reluciente. Hay dos putas recostadas en la barra y a esas las puede ver bien, una rubia delgaducha y enfadada que intenta sonreír al verlo y una morena alta de piel muy blanca y aspecto gótico que está hablando con el joven camarero con perilla frente a ella. Tiene una de las

piernas en el suelo y la otra doblada sobre el taburete, luce botas negras con hebillas de metal que le llegan casi hasta las rodillas. En una zona provista de media docena de cabinas con mesitas y sofás situada a su derecha se encuentra el otro único cliente del local nocturno, un viejo acompañado de una chica, y este solo puede ser Zenão Bonato.

Él se acerca y se presenta. Zenão le indica por señas que se siente en el sofá adyacente. Es un mulato que aparenta unos sesenta años, pero tiene más. Parece un ex atleta, alguien a quien se le ha exigido poseer una gran masa muscular durante toda la vida, como un boxeador o un remero. Lleva pantalón de vestir, zapatos buenos y una americana de lana. Un puro se consume entre sus dedos y el humo de las últimas bocanadas forma un círculo que se disipa con pereza alrededor del trío.

La chica ha pasado las piernas cruzadas por encima de las del cliente. El diminuto tubo negro que apenas pasa de la cintura deja a la vista unas braguitas rojas. Tiene el pelo liso, largo y decolorado y parece emitir luz blanca. En realidad toda su cabeza emana una claridad un tanto espectral. Fuerza un poco la vista hasta verla mejor. La chica es albina.

¿Sabes cómo la llaman aquí?, pregunta Zenão percatándose de su interés. ¡Blanca! Una carcajada gutural escapa de la garganta del viejo en largas ráfagas que terminan en un pitido propio de fumador al respirar y vuelven a empezar enseguida a plena potencia. Se toma su tiempo. Mientras intenta dejar de reír el viejo se sirve en el vaso una nueva y generosa dosis de una botella de Natu Nobilis que está sobre la mesita. Blanca mezcla un poco del mismo *whisky* con una lata de bebida energética en su vaso largo. Toma el cóctel a pequeños sorbos con los labios incoloros y luego lo analiza con un par de ojos grises casi camuflados en su cara sin maquillaje.

¿Por qué ha querido encontrarse aquí conmigo?

Aquí estoy entre amigos.

Entiendo.

Porque no te conozco y no entendí muy bien por qué decidiste buscarme. No me pareciste peligroso, pero a mi edad, en mi

oficio… un tío llama queriendo saber sobre un caso del pasado… ya sabes cómo funciona.

Me lo imagino. Puede estar tranquilo.

Y aprovecho y me divierto un poco, ¿no te parece, joven? Estos me deben tantos favores que puedo follar gratis hasta que me muera.

Mientras a Zenão le da otro largo acceso de risa, ve avanzar en dirección a la mesa a una de las putas del fondo de la sala. Se sienta a su lado sin tocarle. Se trata de una morena con buenas piernas, rizos mojados y labios agrietados por el frío. Está empapada de perfume y da la impresión de que acaba de salir de la ducha.

¿Te puedo hacer compañía?

Solo estoy charlando un poco con mi amigo.

¿Qué gracia tiene estar solo? ¿Cómo te llamas?

Tarda unos minutos en librarse de la mujer.

Escoge una, dice Zenão.

¿Qué?

Escoge una y dile que se siente aquí. Se van a ir acercando una a una y cuando todas lo hayan intentado volverán a empezar de nuevo. La casa está vacía.

El camarero atiende a su señal y se acerca a la mesa.

Pídele a la rubia de la barra, la de las botas, que venga, y tráeme una lata de cerveza.

Ahora voy, jefe.

En los altavoces, el forró da paso a una canción de Roxette que reconoce de su tierna juventud. Tiene que hablar alto para que le oigan y los dos hombres se inclinan frente a frente, aplastando en medio a la albina. La chica da un mordisquito en el lóbulo de la oreja del viejo, se pasa el haz de pelo blanco por encima del hombro y comienza a seleccionar mechones y a inspeccionarse las puntas. Zenão confirma que era comisario en Laguna en 1967.

¿Y se acuerda del caso de un hombre al que mataron a cuchilladas en Garopaba a finales de aquel año? ¿Un hombre al que llamaban Gaudério?

Una voz femenina canta «Listen to your heaaart» en su oreja y el peso de un cuerpo hace temblar el cojín del sofá. Un hálito de chicle

de canela penetra en sus fosas nasales.

Estaba rezando para que me pidieses que viniera.

Me han gustado tus botas. ¿Cómo te llamas?

Mel.

El de verdad.

Eso no se pregunta, guapetón.

Mira fijamente los ojos de la chica. Iris azul, llenos de rímel. Lápiz de labios color sangre. Un pequeño lunar en relieve en el pómulo izquierdo. Es lo que se puede adivinar en esa penumbra.

Es Andreia.

Siéntate, Andreia. Ahora hablo contigo. Solo tengo que terminar de charlar con este señor.

¿Puedo pedir algo de beber?

¿Qué quieres tomar?

Vino.

Pídelo.

Zenão se da un golpecito en la rodilla.

¿No se da cierto aire a Anjelica Huston de joven?

¿Quién?

Tu rubia.

¿A quién se parece?

A Anjelica Huston. La actriz. ¿Sabes quién te digo?

No lo sabe pero mira a Andreia y finge pensar en el tema.

Se parece un poco, es cierto. ¿Y entonces? Finales del sesenta y siete.

Me acuerdo de la historia del tipo asesinado en Garopaba. Fue uno de los casos más raros de toda mi vida y por eso mismo tampoco se investigó demasiado.

Raro ¿por qué?

Porque no había cuerpo.

Mi padre me explicó lo mismo. Que cuando él llegó no pudo descubrir dónde habían enterrado a mi abuelo. Encontró la tumba de un indigente con matojos encima. No parecía reciente.

¿Qué dices? ¿Tu padre? ¿De qué estás hablando?

Se llamaba Hélio. Fue él quien me contó la historia.

Ah, el hijo. De Porto Alegre. Conseguimos encontrarlo unos días después. Vino. Un rubio que fumaba como un condenado.

Él mismo.

Me acuerdo de él. Pero volviendo al tema. El misterio reside en que cuando llegué no había cuerpo.

¿A quién enterraron, entonces?

¡Yo qué sé! Escucha. Recibí la denuncia por telégrafo. En aquella época no había teléfono en Garopaba. Creo que llegó a mediados de los setenta. Solían llamar a la comisaría de Laguna para investigar esos crímenes en la región. Garopaba era un municipio emancipado desde principios de los años sesenta. Los municipios tenían su propio comisario, pero era algo muy precario. Llegué a conocer la *moreninha*, que era como llamaban a una garita con rejas de hierro donde retenían a los malhechores. Quedaba cerca de la iglesia. El delincuente pasaba un día preso y después tenía que cortar el césped en presencia del comisario o del agente de policía. Me llamaron varias veces para resolver algunos temas. Asesinato, alguna violación con mucha violencia, pirómanos.

¿Pirómanos?

Garopaba tiene una larga tradición de pirómanos.

¿Había muchos asesinatos? Uno del pueblo me dijo que nunca mataron a nadie en Garopaba.

Se mata gente en todas partes. Cuando los gauchos empezaron a aparecer por allí comenzaron los problemas. De repente hubo una invasión de gauchos. Venían a acampar, a hacer surf. Hippiosos. Y muchos se fueron quedando y empezaron a adueñarse de la ciudad. Empezaron los asuntos de dinero, propiedades, poder. Hubo un asesino de gauchos. Un tal cabo breñas. Estuvo varios años de servicio, hasta que se lo cargaron también a él. Era un archivo viviente.

Andreia se restriega contra él.

Acércate más a mí.

El aliento le huele ahora a vino dulce.

Coloca la mano en mi pierna.

El obedece y tantea las medias de rejilla. Los fríos muslos

retienen sus dedos.

Entonces mi abuelo no fue el único.

Ni mucho menos. Pero la historia de tu abuelo fue otra cosa. El domingo recibimos un telegrama en el que se nos informaba de que el día anterior habían matado a un hombre. La mayoría de los crímenes ni llegaban a nuestros oídos. La comunidad solía tomarse la justicia por su mano. Apenas había policía en la región y la gente se las apañaba para eliminar el problema. El lunes por la mañana salí de Laguna en coche. Llovía a mares. Hice aquel viaje de mierda en mi Corcel nuevecito, cayeron relámpagos por la carretera, una lechuza enorme chocó contra el parabrisas y quebró el cristal, y aquella carretera que entonces era de tierra era horrible. Llegué al centro de Garopaba después del mediodía y me fui a hablar con la gente. Primero me dijeron que no había pasado nada. El único policía de la ciudad no sabía absolutamente nada y empecé a darme cuenta de que la persona que envió el telegrama debía de haberlo hecho por iniciativa propia. Quizá hasta lo hizo en secreto. Nadie esperaba que un comisario apareciese por allí. Pero impuse autoridad, vieron que no servía de nada marear la perdiz y me contaron la historia del apagón durante el baile. Cuando volvió la luz el infeliz estaba muerto. El tal Gaudério. Ningún sospechoso, claro está. Cuando llegué no quedaba ni rastro de sangre en la sala, ni había arma del crimen, nada. El cuerpo había desaparecido. Pasé el día averiguando lo que pude pero no había mucho que hacer. Anocheció y estaba a punto de marcharme cuando una mujer vino a hablar conmigo y me dijo que había sido ella la que había enviado el telegrama.

¿Quién era?

Si lo entendí bien, era la novia de tu abuelo. Una muchacha de allí, procedente de las Azores, muy joven, de unos veinte años. Ella no había asistido al baile porque tenía cólicos pero alguien la avisó del alboroto en la ciudad y corrió hasta la sala de baile para ver lo que había ocurrido. La escena que describió no tenía sentido. La sala estaba vacía pero había un charco de sangre en el suelo y señales de lucha, mesas y sillas por el suelo, vasos rotos. Dijo que había

mujeres llorando en la calle a las que los niños abanicaban. Lo único que entendió es que habían matado a Gaudério. Le mandaron no entremeterse y la arrastraron de vuelta a casa.

¿Cómo se llamaba?

No me acuerdo. ¿Soraia? ¿Sabrina? Creo que empezaba por ese. Pero estoy diciéndolo a voleo. No lo sé, hace mucho tiempo de eso. Debía de amar a tu abuelo para llamar a un comisario en esas circunstancias. Le prometí que buscaría el cuerpo. Mandé efectuar una búsqueda durante los días siguientes y no apareció nada. Cerré el caso.

Mi padre me explicó que mi abuelo tenía una tumba en el cementerio.

Sí. Unos días después de cerrar el caso encontré a tu padre porque la muchacha sabía que vivía en Porto Alegre y que la familia era de una ciudad más pequeña. Creo que de Taquara. ¿Sí? Acudió a Garopaba y me llamó esa misma tarde para decirme que su padre estaba enterrado allí, en el cementerio. No puede ser, le dije. Nunca encontramos el cuerpo. Vosotros no lo encontrasteis, dijo, pero parece que alguien de aquí sí lo encontró. Está enterrado como un indigente. No lo sabía. Fui a comprobarlo al cabo de un tiempo y es cierto que había una sepultura que decían que era de Gaudério. Era mentira, claro. Tenían que enseñarle alguna cosa al hijo del desgraciado. La verdad es que nunca encontraron el cuerpo. Debieron de lanzarlo mar adentro.

Hay algo en esta historia que no encaja.

Nada encaja. Creo que se esconde algún misterio que jamás desvelaremos. Cuando llegué allí a investigar el caso me llevé una fuerte impresión. El lugar tenía cierto aire siniestro. La gente estaba nerviosa. Otra cosa que dijo la chica del telegrama es que cuando ella llegó a la sala de baile la gente ya había salido y estaba en la playa, a unos cien metros de allí, mirando el mar. Me fijé en lo mismo durante los siguientes días. No era como si esperasen un barco o buscasen un banco de peces, sino más bien como si el mar se hubiese vuelto contra ellos. Como si de pronto ya no quisiesen que estuviera allí.

Eso no tiene sentido.

No.

¿Y no se abrió una investigación del caso?

No.

Pero…

Está tan desconcertado que no sabe muy bien qué preguntar.

¿Puedo pedirme otro vino?, pregunta Andreia. La chica le masajea la nuca y siente en la piel sus largas uñas.

¿Ya te has terminado la botella?

Casi, guapo.

Dame un trago.

Andreia le alcanza la copa de cristal y mete las manos entre las piernas de él. El vino es dulce como el almíbar y la copa huele a humo de cigarrillo.

Voy a pedirme otra, ¿vale?, dice la chica haciéndole una señal al camarero.

No bebas esa asquerosidad, mi joven amigo. Toma de mi *whisky*.

Zenão pide otro vaso al camarero. Este llega al instante con tres cubitos y el ex comisario se lo llena por la mitad. Brindan y se llena la boca de *whisky*. Mientras tanto la albina se levanta, pasa por encima de sus piernas y se sienta al lado de Andreia. Ambas empiezan a cuchichear.

Hay otra cosa que me gustaría preguntarle. Oí decir que en aquella época corría el rumor de que Gaudério había matado a una chica.

El camarero deja una nueva botella de vino en la mesita. Zenão responde levantando la cabeza y reacomodándose en el sofá, dando la impresión de que la conversación ha llegado a donde él quería que llegara.

Es cierto. Fue una de las cosas que surgieron durante los interrogatorios que llevé a cabo. No conociste a tu abuelo, ¿no es así? Si algo me quedó muy claro es que le gustaba meterse en follones. Se produjo la muerte no aclarada de una niña unos meses antes de que se lo cargaran. Creo que la comunidad sospechaba de tu abuelo y puede que lo liquidaran por eso. Si fue él o no, esa es

otra historia.

Zenão Bonato lo mira fijamente con frialdad.

¿Lo has entendido, joven? Perdona, era tu abuelo y eso debe de afectarte. Pero fue así. Yo hice la vista gorda y regresé a casa.

No, tranquilo. Ni siquiera sé muy bien por qué le estoy dando vueltas a toda esta mierda.

Mira el vaso de *whisky* y toma otro buen trago.

Pero es una mierda no poder estar seguro de nada. Si era un asesino o solo un pendenciero inofensivo. Si está o no enterrado en aquel cementerio.

Querer saber es normal. Pero nunca nadie te va a poder decir lo que le sucedió realmente. Algunas personas desaparecen de esta vida sin decir cómo ni adonde fueron. Dejan un montón de pistas, solo que todas falsas.

¿Cree que puede estar vivo?

Los ojos del ex comisario brillan.

Puede. Quizá todavía lo esté. ¿Te imaginas? Pero es inútil decir palabras al viento.

Zenão se levanta despacio, vuelve a llenar los dos vasos y sale andando en una postura que da pistas sobre su edad, las rodillas un poco flexionadas, la espalda un poco encorvada. Da tres pasos y se gira.

Sabes cuánto cuestan esas botellas de vino, ¿verdad?

No. ¿Cuánto?

Ciento cincuenta. Voy a echar una meada, ahora vuelvo.

Coge la botella y mira la etiqueta. El vino se llama CORAÇAO.

¡Qué pasa, guapo! ¿No quieres ir a un lugar más reservado?

No puedo. Acabo de gastarme todo el dinero en vino.

Aceptan tarjetas de crédito.

Estoy hablando de mi tarjeta de crédito. Tengo que guardar el dinero que me queda para pagar el tratamiento de mi perra, que fue atropellada.

Se toma el poso de *whisky* que le queda y mastica un cubito. Está borracho. La joven no se conmueve con el comentario sobre la perra. Ni siquiera lo registra.

¿A qué te dedicas?

¿Yo? Soy profesor de educación física. Y triatleta.

Hum, deportista.

Sí. Nado, monto en bicicleta y corro. ¡Qué mierda!

Se ríe solo.

¿Mierda, por qué? Yo creo que es increíble.

No, no es eso lo que es una mierda. No es nada. No me hagas caso. Me tengo que ir.

Me encantan los hombres fuertes.

El comienza a reír de nuevo. Se siente medio desesperado, medio loco.

¿Cuántos tatuajes tienes, Andreia?

Nueve. Este de la pierna es un ideograma chino o japonés que significa paz y salud, dice abriendo la cremallera de una de sus botas hasta la mitad. Este de aquí, dice levantándose la camisa y mostrando la pelvis, son rosas.

¿Qué significan las rosas?

Nada. Son flores.

¿Y el del hombro?

Es una Harley-Davidson en la carretera. Me encantan las motos. ¿Has montado alguna vez en una?

Observa de cerca el tatuaje pero no entiende el dibujo.

¿Dónde está la moto?

Aquí, mira, Andreia echa el cuello hacia atrás, apuntando y hablando como si lo hiciera con un niño, la moto está encima de la carretera. Es que la carretera hace una curva. Y en la matrícula tiene una calavera.

Ajá. Ahora lo veo.

Y tengo este de aquí.

Le da la espalda y se sube la blusa. Escrito en letras grandes, atravesado en la región lumbar, DIOS ESTÁ MUERTO.

Este tatuaje es extraño.

Mola, ¿eh? Me encanta Nietzsche.

¿Quién es Nietzsche?

Un filósofo. El bigotudo. Una amiga puso esa frase en Orkut y

me gustó. He leído un libro suyo. *Más allá del bien y del mal*.

No lo he leído.

¿Vamos a la habitación, atleta?

¿Cuánto cuesta?

Ciento cincuenta.

¿Cuestas lo mismo que el vino? Eso no está bien.

Ella no dice nada.

Tienes que valer más que el vino. No está bien.

Zenão Bonato regresa con un puro entre los dientes y ofrece su mano a la albina. Vamos a jugar, blanquita. Después extiende la otra mano. Él se levanta y se despide del viejo. Blanca se levanta también y un rayo de luz le ilumina la cabeza. Sus pestañas son amarillas y el cuero cabelludo que aparece en la división del pelo es rosado.

No sé si te he ayudado en algo.

Me ha ayudado, ya lo creo que sí. Gracias por la atención.

Cuidado con la rubia. ¿Quieres una Viagra?

Hoy no.

El viejo suelta una carcajada. Son varios accesos de risa intercalados aquí y allí por un ronquido nasal porcino y al final un chirrido aterrador. En cuanto se recupera, Zenão se marcha remolcando a la albina y desaparece por una entrada al lado del bar donde una mujer anota alguna cosa, entrega la llave a la chica y les permite el acceso al pasillo de las habitaciones.

Él se levanta para marcharse. Se toca la cartera en el bolsillo de los tejanos. Cerca de la puerta Andreia lo abraza y hace pucheros. Se sumerge en sus ojos azules de un modo que reconoce imprudente, pero esa entrega le infunde una calma que solo él sabe cuánto necesita. Andreia tiene una pelusa algodonosa y casi invisible en la cara. Las finísimas arrugas que nacen en el rabillo del ojo como el delta de un río resaltan su juventud.

Me has gustado, rubia.

Tengo otros tatuajes en lugares en los que, si los quiero enseñar, tengo que quitarme la ropa.

Me gusta tu lunar.

Andreia se cubre el pómulo con los dedos como si se

avergonzara del mismo y quizá se avergüence realmente. Después lo besa. Después lo abraza. La curva de su blanco cuello concentra un olor avinagrado a vino blanco. Llega un campesino, con sombrero de paja, de unos cincuenta años. Posteriormente entran otros dos hombres jóvenes y bien vestidos. Saludan a todo el mundo, les conocen. Allí el movimiento comienza tarde. Las chicas surgen del fondo oscurecido y circulan por la discoteca, dos abrazadas a cada hombre. Andreia quiere saber dónde vive y si volverá a verlo. Él le pide el teléfono pero ella dice que no puede dárselo. Él le ofrece su número y le dice que si quiere ir a la playa solo tiene que llamarlo. Andreia se acerca a la barra a buscar un bolígrafo. El guardia de seguridad que lleva una chaqueta de piel se pasa la mano por el pelo entrecano lamido hacia atrás y dice Eso es amor. La chica vuelve, anota el teléfono y la dirección, dobla el papel y se lo guarda en el bolsillo del diminuto *short*. ¿De verdad es tu número de teléfono? Sí. Pero no vas a llamarme, ¿verdad que no, Andreia?[6] Claro que sí, pero no quiero que te vayas.

Lo abraza de nuevo. El gigante bonachón con traje no les quita los ojos de encima y comenta Nunca la he visto así. ¿Crees que soy guapa? Sí. Estoy mucho más buena desnuda. ¿Por qué no quieres quedarte conmigo? Aceptan tarjeta de crédito. Lo hago superbién.

¿Cuánto has dicho que era?

Ciento cincuenta.

¿Estás segura?

Quizá pueda hablar con ellos para que te lo dejen en ciento veinte.

No lo entiendes. Ciento cincuenta costaba ese vino asqueroso.

Andreia piensa un poco. Los ojos clavados en él.

¿Me estás sugiriendo un aumento?

Dime cuánto vales.

Doscientos. Cincuenta.

¿Ese es el precio?

Lo es.

Vamos.

¿Puedo llevar una botella de champán?

Junio llega a su fin seco y helado con pingüinos muertos desperdigados por la arena. Tardan días en retirar las docenas de cuerpos. Nadie los toca, ni los buitres. Los cadáveres negros y blancos y rollizos se niegan a descomponerse y parecen animales de peluche olvidados en la playa. Algunos pingüinos aparecen vivos en las piedras, cansados y heridos, y son recogidos por miembros de una asociación local protectora de animales. Tienen el ceño fruncido de pasajeros forzados a descender de un autobús estropeado en mitad de la carretera. Desde de la ventana de casa observa a los niños arrojando cubitos de agua encima de un pingüino que decidió montar su campamento en la piedra de Baú, creyendo que los baños lo ayudan de algún modo. El pingüino se seca sacudiendo la cabeza y da dos o tres pasos hacia un lado, resignado, como si en la nueva posición lo fuesen a dejar en paz. Un joven pasa por delante de la ventana del apartamento y le pide agua oxigenada enseñándole un dedo ensangrentado. Estaba intentando domar a un pingüino junto con otros voluntarios de una ONG medioambiental y le mordió. La aleta del pingüino parece rota y van a tratarlo en una clínica de Campo D'Una. No saben por qué de vez en cuando aparecen pingüinos muertos en esta costa. No pasa todos los años.

Ya han visto las primeras ballenas por la zona de Ibiraquera. Han divisado machos saltando a kilómetros de la costa y las primeras hembras embarazadas surgiendo cerca de la playa empezaban a atraer a científicos, curiosos y turistas.

Sigue despertándose temprano y a veces se enfunda el traje de neopreno y da algunas brazadas. Tarda un poco menos de media hora en atravesar la bahía de una punta a otra y cuando está bien dispuesto hace el camino de vuelta. El grupo de atletismo comienza a disolverse. Solo Denise se presentó a las últimas dos clases. Está lista para correr pruebas de diez kilómetros y si persevera podrá acabar una media maratón antes de fin de año. Sara dejó de venir y

responde a los mensajes de móvil diciendo que está ocupada y que necesita tomarse un tiempo. Él está viviendo solo del irrisorio salario del gimnasio pero ya ha pagado el alquiler de todo el año y sus gastos son mínimos. La cirugía y el tratamiento de Beta ya han costado tres mil reales y todavía habrá costes extras de internamiento y medicamentos.

El primer sábado de julio tiene lugar un partido de voleibol acuático en la piscina del gimnasio. Fue una idea que se le ocurrió para que los alumnos de distintos horarios se conocieran entre sí y se animó mucha gente. Todos están allí. Él mismo compró la red e intentó instalarla en la mitad menos profunda de la piscina. Las gemelas Rayanne y Tayanne habían pedido permiso para llevar a una amiga y las tres son las primeras en llegar. Ivana acude y dice que no va a jugar, pero la acaban convenciendo para que participe y descubre que es una buena rematadora. Jorge, el reumatólogo, y Tiago, el que padece ginecomastia, llegan enseguida. Después Jander y Rigotti, el triatleta con quien nada en Silveira de vez en cuando. Pidió a Débora que llamara por teléfono a los alumnos que se habían desapuntado de la piscina o desaparecido y algunos reaparecen, entre ellos Amos, el rastafari, que se ha casado mientras tanto con una *hippy* varios años mayor que él, una mujer que habla despacio y reviste cada gesto y palabra de una ternura y una placidez un tanto perturbadoras. El dueño del gimnasio, Panela, también participa. La mayoría de los alumnos ya saben que él no puede acordarse de sus caras y se identifican al saludarlo. Al final tienen que hacer tres equipos y juegan partidos a diez puntos donde el equipo ganador se queda y el perdedor cede el sitio al otro. El mismo no es un buen jugador y pasan la mañana metiéndose con él por no dejar de dar golpes bajos lamentables dentro del agua. Por último, los alumnos más jóvenes deciden hacerle una ahogadilla. Pasa minutos huyendo de ellos. Después del voleibol han organizado una barbacoa en casa de Jander y Greice. Débora lo aborda a la salida de los vestuarios. Le dice que los alumnos lo adoran. ¿Lo sabes, no? A él le da vergüenza y le dice que exagera. En la barbacoa Jander demuestra la potencia de su equipo de sonido

sometiendo cedés de Rush y de Pink Floyd a múltiples reglajes de los ecualizadores y después deja puesto un DVD del Acústico de la MTV de Charlie Brown Jr. Greice vuelve a comentar lo bien que se encuentra Beta. Él la visita ahora todos los días y la veterinaria confía cada vez más en que la perra recuperará la movilidad. Jorge, el reumatólogo, vino acompañado de su novio, un inversor norteamericano millonario que vive en el monte de Silveira y pasa la mitad del año en Garopaba y la otra mitad en Nueva York. Todo el mundo trajo carne y las *maminhas* y las *picanhas* crudas esperan su turno alineadas en una bandeja de madera, lo que provoca caras de asco y adoctrinamientos veganos por parte de la mujer de Amos. Solo Chándalmen y Jander beben en abundancia fundiéndose una lata de cerveza tras otra. Las mujeres trajeron vino tinto. Él se limita a tomar refrescos ya que no le gusta beber alcohol delante de sus alumnos de corta edad. A las tantas de la noche sale del cuarto de baño y se encuentra a todos reunidos en el balcón sumidos en un silencio extraño. Ivana, la portavoz escogida, dice que todos están contentos de tenerlo de profesor de natación y que le perdonan que jamás consiga recordar las caras de sus alumnos. Que no tiene de qué avergonzarse porque sienten y saben muy bien cuánto les importa, que todos están nadando cada vez mejor y que cada vez disfrutan más haciéndolo. Dice que todos esperan que él tenga una vida muy feliz en Garopaba porque la ciudad está contenta de recibirlo y que él ya es un habitante más. Después menciona que hicieron una colecta y le compraron un regalo. Las gemelas aparecen llevando entre las dos una bolsa de papel de una tienda de deportes. Dentro hay una chaqueta cortavientos Nike, especial para correr.

Esa noche, después de la barbacoa, va al hostal de Bonobo. Alrededor de la mesa de la cocina están sentados también Altair, Dieguinho de la gasolinera y Jaspion, un chico de pelo largo y liso, hijo de un coreano y una brasileña. Jaspion vive en Rosa y es cuchillero. Vende sus cuchillos con hojas minuciosamente trabajadas y mangos de marfil, hueso de jirafa y otros materiales cuyo comercio está muy regulado o prohibido por miles de dólares a coleccionistas o entusiastas de las armas blancas del mundo entero. Mantiene una

vida confortable junto a su mujer y su hija pequeña en una casa taller situada cerca de la playa vendiendo apenas cinco o seis cuchillos al año. La cocina apesta y está llena de humo de los cigarrillos indonesios de Dieguinho y del puro cutre de Bonobo, que quiere saber cómo le fue la visita a Pato Branco. Él se mueve un poco en la silla para colocarse bien el pañal geriátrico que insiste en apretarle en la ingle y narra sus desventuras en el sudeste de Paraná.

¡Joder!, dice Bonobo. Dios está muerto, ¿eh? Yo no podría comerme a una tía que tuviese un tatuaje así encima del culo.

Cambia dos cartas y cierra un trío y un par bajo. Dobla la apuesta. Bonobo pasa. Dieguinho pasa. Jaspion paga y dobla la apuesta afrontando el juego lleno de confianza, frunciendo el labio superior, arrugando el mentón, casi sonriendo. No aparta la vista de sus cartas. Va de farol. El paga para ver. Jaspion tiene dos parejas altas.

Full House.

¡Joder, Bonobo! ¿Por qué te traes a este maricón a jugar?

Gracias, señores, dice él recogiendo las cerillas de la mesa.

Pulirse novecientos reales en un puticlub en Pato Branco da suerte.

No es suerte, protesta en tono solemne. Hay que saber leer la fisonomía y el lenguaje corporal de los oponentes.

La suerte del putero. Clásico.

Solo tenéis que mirar la cara de Altair. Creo que está meando.

No estoy haciendo nada.

¿Estás meando, Altair?

No.

Oye una cosa, ¿el comisario te explicó alguna novedad sobre tu abuelo?

Algunas. Pero creo que me lio más en vez de ayudarme. Desistí del tema. Iba a acabar volviéndome loco. Déjalo estar.

Bonobo reparte las cartas y explica que la próxima semana va a retirarse al templo de Encantada. Una semana levantándose a las cuatro y media de la mañana para mirar hacia la pared y rezar. Creo que te gustaría, nadador. Un día de estos tienes que probarlo y

participar en uno.

Me gusta mirar las paredes, pero no rezar.

Paso.

Yo también.

¿Por qué ingenieros?

¿Qué?

Nada, estoy pensando en voz alta. El tío del hotel me dijo mujeres rápidas, caballos lentos e ingenieros. No tiene sentido.

Mierda.

¿Qué pasa, Altair?

Mierda, se ha salido.

Altair se levanta y da una carrerita hasta el cuarto de baño.

Bah, qué porquería.

La vida no es para aficionados.

8

La perra enflaquecida camina con dificultad por el suelo de cerámica de la tienda de animales. Las patas delanteras se mueven a pesar de que una de ellas ha quedado un poco torcida y débil después de semanas de escayola. Las traseras solo consiguen ejecutar movimientos cortos y rápidos que parecen reflejos involuntarios y que a veces cesan de golpe. La cola no se mueve. Aun así, la perra avanza sola. Está caminando. Él y la veterinaria están codo a codo y con la cabeza inclinada hacia abajo, mirando. Beta respira el aire helado con la boca cerrada. Una de sus orejas ha quedado parcialmente mutilada y el pelo no le crece en el lugar de algunas heridas e incisiones quirúrgicas pero, aparte de todo eso, está bien. Está viva. La deja andar un poco y después la coge en brazos, la deja en otro sitio y la provoca con un juguete en forma de pato que estaba tirado en una estantería. Beta profiere unos gañidos y ladridos estridentes. Greice le facilita una serie de indicaciones. La perra puede tener incontinencia ocasional y deberá tomar medicinas durante un tiempo. Necesitará fisioterapia para recuperar una parte de los movimientos. Tal como está no precisa de un andador pero tampoco consigue moverse como ella quisiera. La veterinaria le enseña algunos ejercicios que puede realizar con ella en casa. Dice que han tenido mucha suerte. Está emocionada y no lo esconde. Utiliza la palabra milagro. Tarda en despedirse de la perra y sonríe sin parar ron esa clase de sonrisa que no es más que una defensa contra el llanto. Antes de marcharse cuenta a la veterinaria que Beta fue la perra de su padre durante quince años. El animal lo

acompañaba como si fuera su sombra. Si era necesario, se quedaba tumbada durante horas delante de un restaurante o de una tienda hasta que él saliese. Su padre no le hacía muchos mimos, nunca la cogía en brazos ni dejaba que se tumbase encima de él ni nada por el estilo. Tenía un gesto de afecto que él no olvidará jamás. Daba a Beta tres o cuatro palmadas consecutivas en las costillas con una fuerza que podía parecer excesiva. La perra llegaba a desplazarse hacia un lado y sonaba como un pequeño tambor. Estaba claro que a ella le gustaba, era algo entre ellos. Los códigos de camaradería son siempre un poco excéntricos para quien los ve desde fuera. Beta tiene ese agudo ladrido que resulta un poco irritante, aunque no ladra mucho. Le gustan los niños pequeños pero no así los otros perros, tiene que andarse con cuidado porque si no se lanza sobre ellos. También tiene la costumbre de morder los talones de las personas. Es algo típico de su raza, parece, instinto de pastoreo. A su padre le gustaba dejar que corriera detrás del coche en vez de llevarla dentro del vehículo cuando se dirigía a algún lugar cerca de casa. Iba a cuarenta, cincuenta por hora y la perra llegaba corriendo detrás del vehículo hasta el mercadillo o incluso hasta la carretera de Trabalhador que quedaba a tres o cuatro kilómetros. Cuando veía a mi padre con más frecuencia y Beta era más joven, a veces me la llevaba a correr conmigo. Tan mona ella, me acompañaba del collar a lo largo de ocho, diez kilómetros. De no ser por Beta no sé cómo habría vivido mi padre durante esta última década. Creo que cuidar de un perro era lo que lo mantenía con los pies en el suelo, con cierto sentido de la responsabilidad. Con las ganas o la obligación de que le importase alguna cosa. A mi madre no le gusta mucho Beta. La llama «plaga». Saca esa *plaga* de aquí.

Greice le pregunta cómo pretende llevarse a la perra a casa. Admite que no había pensado en ello y llama un taxi. Deja un cheque por valor de lo que aún debe a la veterinaria. Greice le regala un paquete de galletas caninas. Cuando llega el taxi da unos golpecitos a Beta en las costillas y la lleva en brazos hasta el coche.

A lo largo de los días siguientes piensa por primera vez en la idea de regresar a Porto Alegre o por lo menos de salir de allí y

mudarse a otro lugar. Comienza a dormir demasiado. Se levanta a media mañana con el motor de los barcos que vuelven de pescar o con las conversaciones de los jóvenes que van a la pequeña escalera a fumar marihuana. Unta miel y aceite de sésamo en una gruesa rebanada de pan integral y mastica sintiendo el viento salado en la cara. Cuando asoma la luna llena, el tiempo no cambia hasta que esta muda de fase. Con el viento del este llega el mal tiempo. ¿Quién le enseñó este tipo de cosas? No lo recuerda. El invierno le entusiasma por razones que no entiende. Le gusta recalentar todas las noches una olla grande de sopa, sentir la ráfaga de aire polar quemándole la piel cuando abre la cremallera del traje de neopreno después de nadar. Se siente cómodo en la estación que los demás esperan que pase rápido. Siente la presencia constante de algo indefinido que tarda en suceder. Fases como esa es lo más próximo que ha estado a la felicidad. A veces sospecha que es infeliz. Pero si eso es ser infeliz, piensa, la vida es de una clemencia prodigiosa. Puede que todavía no haya visto ni una sombra de lo peor, pero se siente preparado.

Una vez Viviane le habló a este respecto de los dioses griegos, tema de lecturas que había estado llevando a cabo para el máster en literatura que cursó cuando ya vivían juntos. Imagina si la vida real fuera así. Dioses diciéndonos de antemano que vamos a ganar una guerra, sobrevivir a un naufragio, reencontrar a la familia, vengar la muerte de nuestro padre. O al contrario, que vamos a ser derrotados o sufrir cosas terribles durante muchos años antes de conseguir lo que queremos, que nos vamos a perder e incluso a morir. Y entran en detalles, dicen exactamente cómo, cuándo y dónde y después salen volando con el viento y dejan allí al mortal con la obligación de cumplir o ejecutar lo que ya ha sido decidido por los tíos del Olimpo. Imagina qué mierda. Y él había dicho que no le parecía mal. Que le gustaba la idea de que hubiera dioses soplando a nuestro oído una buena parte de lo que todavía nos tiene que suceder. De hecho, no cree en ello, no hay lugar para dioses en su corazón, pero tiene la sensación de que algo equivalente se ha puesto en marcha en el mundo profano, un proceso natural, algún mecanismo en el

cuerpo o en la mente que anticipa cosas que después podremos llamar destino. En su opinión la vida es un poco así. En gran medida ya se sabe cómo van a ser las cosas. Para cada sorpresa hay decenas o centenares de confirmaciones de lo que ya era más o menos esperado o intuido y toda esa previsibilidad tiende a pasar desapercibida. Viviane se volvía loca con este tema, en parte porque él no tenía la misma cultura y vocabulario que ella y no conseguía expresarse con propiedad, en parte porque difería de la idea con vehemencia. Ella hablaba entonces del libre albedrío, la libertad del hombre para escoger, para decidir cómo serán las cosas según su voluntad, cosa que ella no aceptaba que él no aceptase con la misma naturalidad que ella. Las discusiones podían empezar con una pequeña broma o una provocación cariñosa y evolucionar en discusiones exasperantes en las cuales, ante la falta de argumentos y de arsenal retórico, tenía que defender su postura con terquedad o silencio.

En una de esas mañanas de principios de julio, se quita los calcetines y la camiseta, se pone unas holgadas bermudas playeras, coge a la perra en brazos y desciende la escalera de cemento hasta la piedra de Baú. El mar está encrespado pero las olas no tienen fuerza. El sol radiante suaviza un poco el frío. Deja a Beta al borde de la piedra y entra en el agua pisando con cuidado los mejillones y algas ocultos bajo la espuma. Levanta de nuevo en brazos a la perra, se adentra un poco más al fondo y la sumerge en el mar helado. Beta mantiene la mirada fija al frente, perpleja con el baño inesperado. Nunca adquirió el hábito de entrar en el agua y mucho menos en el mar. Las olas la asustan. Comienza a pedalear instintivamente con las patas delanteras y también un poco con las traseras. La estimula y se mantiene sumergido hasta el cuello por solidaridad, para pasar tanto frío como ella. En cuanto la perra encuentra un ritmo, la agarra por debajo de la barriga con una mano y proporciona un punto de apoyo a su cuerpo. Beta inspira un poco y estornuda cuando el agua le alcanza el hocico. Una bandada de buitres los observan y en un momento dado despegan agitando sus magníficas alas. Son aves espantosas en tierra y bellas durante el vuelo. Cuando

el frío se hace difícil de aguantar se acomoda firmemente la perra bajo el brazo, sale del agua, sube la escalera, entra en casa y la envuelve en una toalla. Después le da una ducha caliente y la seca con paciencia y esmero. Calienta un poco de sopa en un pequeño cazo cuidándose bien de separar unos buenos trozos de carne y la sirve en un cuenco para que la perra se la coma. Pasa a realizar lo mismo todos los días, aunque llueva.

Un grupo de turistas con impermeables amarillos, chalecos salvavidas anaranjados y máquinas fotográficas colgadas del cuello embarca en una gran nave anclada delante de uno de los cobertizos de pesca. Un bote menor tiene que ir y venir varias veces para transportarlos hasta la embarcación. Él acompaña el movimiento mientras ejercita a la perra dentro del agua. El barco acelera el ruidoso motor y arremete contra las gaviotas que flotan cerca de los barcos de pesca. Las aves abren las alas y patinan un poco sobre la superficie antes de conseguir alzar el vuelo.

Más tarde, después de secar y alimentar a la perra, encuentra la agencia de turismo en la calle principal del barrio de los pescadores. Caminho do Sol. Turismo de Aventura, Senderismo, Paseos Ecuestres, Rápel en Pedra Branca, Observación de Ballenas. La pequeña fachada acristalada de la oficina está situada al fondo del cobertizo en el que los turistas se reunieron por la mañana. Una moto roja permanece aparcada justo delante. Una gran vértebra de ballena franca situada al lado de la puerta sirve como reclamo a los turistas y recuerda que la pesca de esos animales protegidos fue en otro tiempo la principal actividad económica de la región. Hay vestigios de la antigua fabrica ballenera por todas partes, desde los edificios históricos construidos con argamasa de aceite de ballena hasta los esqueletos que decoran casas, jardines y hostales.

Abre la puerta de cristal y por un instante piensa que la chica de pelo rizado recogido en lo alto de la cabeza, sentada detrás del escritorio mirando la pantalla y sosteniendo un mate a mitad de camino de la boca, es Dália. Está leyendo algo con mucha atención,

con la cabeza un poco inclinada hacia delante y los ojos encogidos en barridos horizontales. Pero no puede ser Dália porque es negra. Viste una blusa blanca y una falda marrón y naranja que no parecen tanto prendas de ropa como tiras de tela atadas al cuerpo de cualquier modo. Da las buenas tardes y la chica responde en el acto pero solo aparta los ojos de la pantalla tras acabar a toda prisa la lectura de alguna frase o párrafo.

¡Hola, bienvenido! Perdona, estaba terminando de leer una cosa. Siéntate, vamos a hablar un ratito. Me llamo Jasmim. ¿Y tú?

Su voz es grave y viscosa. Dice que el paseo cuesta cien reales y que todavía quedan plazas para mañana a primera hora. El equipo cuenta con un biólogo que dará una pequeña explicación sobre las ballenas francas a lo largo del trayecto. Las normas de protección ambiental de la zona exigen que cada barco turístico haga como máximo tres aproximaciones consecutivas y mantenga con las ballenas una distancia mínima de cien metros en todo momento, aunque muchas veces las mismas ballenas sienten curiosidad y se acercan al barco. Si es la ballena la que toma la iniciativa, no hay ningún problema, pero no hay forma de garantizar que eso vaya a suceder. El barco llegará hasta Ibiraquera, donde todavía están concentradas este año. Vamos a pasar por delante de Ferrugem, Ouvidor, Rosa, por la costa peñascosa. Es muy bonito. La previsión meteorológica es de sol sin nubes y la salida es a las nueve de la mañana. Hay que estar aquí a las ocho y media para reunir al grupo, ponerse el chaleco y escuchar las indicaciones. Si queda alguna plaza para mañana yo también iré. Solo he ido una vez.

Jasmim sorbe el mate y termina el agua con un ruido de succión.

¿Quieres uno?

Sí, gracias.

Levanta la tapa del termo de aluminio y llena el mate con agua humeante.

¿Qué estabas leyendo en el ordenador cuando entré?

Ah, era un *post* de un blog del que soy seguidora.

¿Sobre?

Sobre la necesidad que tienen las personas hoy día de idolatrarlo

todo y sobre la diferencia entre mito e ídolo.

¿Qué diferencia hay?

En realidad existen mil definiciones de mito pero casi todas sugieren que un mito tiene cierta carga de verdad, por más oscura que sea, sobre los desafíos y los significados de la vida. Son historias relacionadas con un héroe, el tío que afronta obstáculos para alcanzar un objetivo, etcétera. Los patrones de esas historias van asentándose a lo largo del tiempo. La fuerza de las mismas es atemporal. La idolatría tiene que ver con el ídolo, que es la imagen o la representación de una divinidad. Idolatría es valorar al ídolo tanto como o incluso más que a la divinidad en sí. O sea, lo que está implícito en la idolatría no es una verdad, como en el mito, y sí una mentira o una falsificación. Y entonces ese tío dice que en nuestra generación es muy fácil idolatrar, pero muy difícil valorar y reconocer los mitos. La idea tradicional de mito estaría en decadencia a causa de la velocidad de la transformación social, del exceso de información, del individualismo fuera de control, etcétera. Estaríamos viviendo un momento histórico de transición del mito al ídolo. En fin. Más o menos eso. No he terminado, pero me estaba pareciendo interesante.

Es interesante.

¿Vas a querer dar el paseo?

Sí.

La joven anota su nombre y teléfono en un cuaderno de papel pautado. Una vena saliente le nace en el dorso de la mano y sube casi hasta el codo. Los dedos parecen ásperos. Caligrafía angulosa. Zurda. Uñas bien cuidadas pero sin esmalte. Él se termina el mate.

¿Quieres otro?

El labio inferior es un poco más claro que el superior. Color de carne viva.

No, gracias. ¿Tengo que traer algo?

Protección solar. Cámara. El agua la damos. Solo una cosa, tienes que dejarlo pagado.

¡Oh! No he traído dinero.

Ella consulta el reloj.

Cierro en quince minutos. Haz lo siguiente, llega un poco más temprano mañana y traes la pasta. Queda entre nosotros. ¿Eres de aquí?

Soy de Porto Alegre pero estoy viviendo aquí. Justo aquí detrás, en uno de los apartamentos situados frente a la piedra de Baú. Al lado del dique.

¡Uau! Vista cinco estrellas. ¿A qué te dedicas?

Soy instructor de triatlón, de natación, de atletismo. Ese tipo de cosas.

¡Qué guay!

Un coche se detiene delante de la agencia. Las cuatro puertas se abren al mismo tiempo y toda una familia comienza a salir del mismo. El hombre barrigudo que debe de ser el padre entra en la agencia, murmura un saludo y adopta la posición de quien espera ser atendido. La mujer que debe de ser la madre se queda fuera lidiando con la hiperactividad de las tres niñas.

Da las gracias, se despide y regresa a casa con el corazón palpitándole dentro del pecho. Intenta pensar en otra cosa pero no lo consigue. Mujeres con nombre de flor y pelo rizado. Los mitos tienen cierta carga de verdad. Cierta vulnerabilidad en los grandes ojos fijos en la lectura. Patrones de historias que se asientan a lo largo del tiempo. Ya no se acuerda de su cara pero sabe que mañana volverá a encontrarla bella. Se acuerda de los hombros anchos, de la forma en la que su cintura se encaja en las caderas, la postura erguida en la silla. Nunca ha visto a nadie sentarse de una forma tan bonita. Se ha enamorado de su postura. Es demasiado culta para aguantarlo durante mucho tiempo. Sería mejor ni empezar. Aun así, coge los cien reales del cajón de la cocina y regresa a la agencia, pero cuando llega ya está cerrada.

Durante la época de la factoría ballenera de São Joaquina de Garopaba remolcaban las ballenas francas hasta aquí y las descuartizaban en la orilla de la playa. Derretían la grasa en los hornos de Imbituba para obtener el aceite que utilizaban para

encender los faroles y dar consistencia a la argamasa utilizada en la construcción. La iglesia principal, la de la antigua placita, fue construida con argamasa de restos de grasa de ballena mezclada con arena y conchas trituradas en el mortero. Utilizaban las aletas para fabricar corsés. El despiezo se hacía justo ahí, delante de la piedra de Baú, ¿vale, gente?, y los cazones devoraban las vísceras que quedaban flotando en el agua.

El agua de delante de tu casa es un cementerio de ballenas, dice Jasmim.

Vuelve la cabeza para contemplar la ensenada, que se está quedando atrás, y se imagina el agua mansa teñida de sangre y el cielo ennegrecido por un torbellino de buitres y gaviotas. El barco avanza a marcha lenta para que Toni, el delgado biólogo que guía el paseo, pueda concluir su explicación inicial.

Antiguamente cazaban con arpones de hierro. A veces una ballena podía arrastrar las lanchas durante horas hasta que se cansaba y entonces los pescadores se acercaban y podían abatirla. A partir de cierta época empezaron a utilizar dinamita en los arpones. A esa combinación la llamaban «bombilanza».

A un muchacho con gafas de sol y acento carioca le parece gracioso.

Coño, ¿explotaban a las ballenas? ¿Literalmente?

No explotaba entera, ¿vale, gente? La dinamita le producía una grave herida.

Arponeaban a las crías para atraer a las madres, le cuchichea Jasmim al oído. Pero eso Toni no lo cuenta nunca. Turismo familiar y esas cosas.

La matanza, como se llamaba aquí, ocurría una o dos veces al año durante la temporada de la ballena, ¿vale, gente? Los animales vienen aquí en invierno en busca de agua caliente. Nosotros podemos encontrarla fría pero para ellas, que viven en aguas polares, está templada. Las madres vienen a parir a sus crías y estas playas son como maternidades donde ellas pueden amamantar y proteger a sus hijos.

Hace una pausa.

El despiezo de una ballena podía durar varios días durante los que un olor muy fuerte se apoderaba de la ciudad.

La *fedentina*, se entromete el piloto del barco, un señor de más de sesenta años con un tic nervioso en el ojo y una especie de quepis en la cabeza. Era un sacrificio que teníamos que soportar.

El señor Elias, nuestro piloto, era cazador de ballenas, explica Toni. Pescó la última ballena aquí en la costa. ¿No es así, señor Elias? En Imbituba, ¿no?

Así es. En el setenta y tres. También pesqué la más grande. Veintitrés metros.

El barco va costeando el cabo de Vigia y la ondulación empieza a aumentar. Inquietos por el paisaje y por la mención de arpones explosivos y ballenas gigantes, los turistas comienzan a subir el tono de voz, a grabar y a fotografiar. Todos los turistas hombres, a excepción de él, empuñan una cámara de vídeo o de fotos. La mayoría de las mujeres y niños apuntan también con cámaras y teléfonos móviles a todos lados. El viento es helado, el cielo está completamente azul y el sol de las nueve de la mañana ya quema la nuca. Siente el sudor resbalándole por el pecho y se saca la chaqueta de nailon impermeable proporcionada por la agencia para proteger a los clientes del agua salada que salpica dentro del barco. Jasmim lleva puesto el impermeable amarillo y un pareo estampado con cintas de Nosso Senhor do Bonfim amarradas a la cintura. La parte de arriba de un biquini blanco con flores rosas aparece por el escote del impermeable. Tiene los dientes blancos perfectos y un *piercing* de aro en la oreja izquierda.

Señores, señores. Atención. Acabando. La factoría ballenera de Garopaba se fundó en 1795 y fue una más de las muchas que existieron en el litoral catarinense. La playa de Armafao, por ejemplo, en Florianópolis, también tenía una. Al darse cuenta de que proporcionaba beneficios, la hacienda real portuguesa asumió el mando de las factorías balleneras entre 1801 y 1816, pero no supieron administrarlas y acabaron alquilándolas de nuevo a particulares. Fue la principal actividad económica de esta región. Nuestro centro histórico fue levantado en función de la pesca de la

ballena. Todo quedaba allí, la casa industrial, las viviendas de los administradores y de los trabajadores, los depósitos. Cerca de treinta esclavos africanos trabajaron en la factoría de Garopaba.

¿Vives aquí, en Garopaba?

Vivo en Ferrugem. Tengo alquilada una casita. Con vistas a la laguna. También disfruto de unas vistas privilegiadas.

¿Qué haces aquí, además de trabajar en lo de los paseos de ballenas?

Jasmim suelta una risita forzada, vuelve la cabeza y mira el océano.

Ya no lo sé. Es un poco complicado.

La caza de ballenas empezó a decaer a mitad del siglo XIX, ¿vale, gente? Oficialmente terminó en 1851. Las causas principales fueron el exterminio de la población de ballenas y la introducción del petróleo. Con el queroseno y el cemento ya no se necesitaba el aceite de ballena. Pero la caza prosiguió de forma esporádica hasta los años setenta, a pesar de que los tratados internacionales la prohibieron desde los años treinta.

Aquí, en Brasil, solo quedó prohibida por ley en el ochenta y seis. Casi se extinguió la ballena franca. Hoy existe un esfuerzo por protegerla y estimamos que la población ha crecido hasta los ocho mil ejemplares.

En realidad vine a Garopaba a llevar a cabo una investigación para mi máster.

Vaya. ¿Un máster en qué?

En Psicología. En la PUC de Porto Alegre. Mi investigación versa sobre la calidad de vida. El título es «Evaluación de la Calidad de Vida de los Jóvenes del Municipio de Garopaba».

Jasmim suspira.

Por lo menos ese era el proyecto. Pero es complicado. No sé si voy a terminarlo. Mi plazo acaba a finales de año.

El barco acelera y empieza a contornear las murallas de piedra del arrecife de Ferrugem. Algunos pescadores solitarios vigilan sus cañas de pescar sobre peñascos que parecen imposibles de alcanzar por tierra o por mar. Jasmim señala hacia arriba.

La Cabeza del Gran ídolo. ¿La ves? La esfinge, en lo alto de la pared de piedra. Allí, mira. La cabeza de piedra.

Consigue distinguir lo que parece ser una calavera sin mentón de varios metros de altura, en lo alto de la pared.

¿Aquello no es natural?

¡No! Es un monumento prehistórico. Los arqueólogos han comprobado que fue esculpido.

Olas que vienen de muy lejos otorgan su forma a los peñascos en un último gesto cansado.

El barco pasa por la playa de Ferrugem, por el cerro del índio, por la playa de la Barra. Una chica gorda con el pelo decolorado se marea y vomita en el cubo que Toni le facilita a tiempo. Jasmim coge un poco de agua y un comprimido Dramin y va a encargarse de ella. Las tres niñas de la familia que vio en la agencia la tarde anterior compiten por captar la atención de la cámara del padre y una de ellas casi se cae del barco en un momento de exaltación. El barco pasa por la playa de Ouvidor, por la Vermelha, por la playa de Rosa. El agua es azul y opaca, el verde aguacate de los montes palpita al sol y, a lo lejos, la arena de las playas vacías parece inmaculada. Cuando el barco llega a la playa de Luz el señor Elias reduce la velocidad y Toni dirige los binóculos en dirección a Ibiraquera. No pasa mucho tiempo antes de que el ojo experto del señor Elias aviste un chorro en forma de V. La gente aplaude y enciende o regula cámaras de todo tipo. Mientras el bote avanza hacia la ballena un macho da un salto a lo lejos, en alta mar, pero pocos lo ven. El señor Elias reduce la fuerza del motor al mínimo y navega en círculo buscando la mejor dirección para abordar a la hembra que bate con la aleta en el agua.

La ballena está con su cría, ¿vale, gente? No hagáis ruido ni piséis con fuerza en el barco. Vamos a ver si se acerca.

Cuando llegan a unos cien metros de la ballena el motor se apaga. La joroba negra rompe la superficie y desaparece de nuevo a intervalos regulares. Madre y cría exhalan casi al unísono. El chorro de la cría es débil en comparación con el de la madre y parece afinado una octava por encima. Se trata de un sonido típicamente

mamífero, por no decir un poco humano. Como el ruido mil veces amplificado de una persona resoplando. Siente una conexión inmediata con los animales y sospecha que lo mismo les sucede a todos los tripulantes del barco. Pocos cuchicheos se atreven a romper el silencio. Las mujeres no pueden reprimir suspiros maternales y la euforia de los niños va dando paso a la catatonia. Ningún libro ilustrado les ha preparado para aquello. Tras una zambullida más impetuosa que termina con un movimiento de la cola, la ballena vuelve a emerger frente al barco y avanza despacito en su dirección, corcoveando.

Mantened la calma, dice Toni. Va a pasar por debajo del barco. Es normal que roce levemente el fondo. Esas callosidades o verrugas que tiene en la espalda son características de la especie. La cría ya mide cinco metros de largo y pesa cuatro o cinco toneladas al nacer.

¡Qué hermoso!, dice él.

Es impresionante, ¿verdad?, dice Jasmim. Impone cuando se acercan.

Joder, me he olvidado la «bombilanza» en casa, dice el carioca.

La ballena espira a pocos metros del barco y los turistas suspiran admirados. Una buena parte acompaña la escena a través de visores electrónicos. La piel de la madre es negra, lisa y reluciente como el vinilo y la de la cría es rugosa y grisácea. Da la sensación de que van a arremeter contra el barco pero en el último instante se sumergen y pasan por debajo. La embarcación se eleva un poco y algunos turistas exclaman de miedo. La chica mareada se ha vuelto a tumbar en el suelo y tiene los ojos clavados en el cielo con expresión de entrega. Algunos turistas pasan por encima de ella durante la maniobra colectiva de desplazamiento hacia el otro lado, para acompañar el trayecto de las ballenas. La superficie se vuelve lisa. Madre y cría resurgen y se marchan.

Esto de aquí fue una carnicería durante un siglo y medio y aun así ellas vuelven y nos reciben, dice Jasmim. Sin instinto de defensa, sin historia, sin ningún rencor. Me parece increíble que lleguen tan cerca de la playa para parir a sus crías. El año pasado algunas casi llegaron hasta donde rompen las olas, allí en Garopaba, casi en la

orilla. Los bebés tienen que aprender a respirar fuera del agua. Porque lo más loco es que no son peces, sino mamíferos. Cuando se acercan y respiran siento sus pulmones y me dan escalofríos. Son animales terrestres que volvieron al mar. ¿Has visto alguna vez el esqueleto de una ballena? Tienen huesos como patas en las aletas. Manos y dedos. Me pregunto si esa costumbre que tienen de emigrar hasta aquí y quedarse en la orilla del mar no tiene que ver con cierta nostalgia del pasado. De sus ancestros terrestres. Imagínate a una ballena allí, casi en la playa. ¿Qué sentirá? Puede que vea la frontera de otro mundo remoto y mortífero, tan amenazador como lo es el mar para nosotros. Aunque tal vez sea como regresar a casa. Como volver al útero de la madre. Algo tentador. A lo mejor es por eso por lo que encallan sin motivo aparente. Porque el mar no tiene límites. En eso consiste el terror del océano. Es el útero al revés. Creo que las ballenas viven en ese terror.

Sé quién es, dice Bonobo. Una negra con voz de cantante. Estaba en una fiesta que organizaron por la noche en la playa de Ferrugem hace un mes. Me pareció un poco cerrada. No le caí bien. Llegó sola y se fue sola. En moto. Como máximo debo de haberla visto unas tres veces por ahí, no debe mezclarse mucho con la gente. Pero es una reina. Es curioso que me preguntes por ella porque se me pasó por la cabeza que los dos erais iguales. Me hizo pensar en ti.

También me hace pensar en mí.

Voy a hacer como que no te he oído.

Perdona.

¿Te estás enamorando, nadador?

Puede ser.

Pobre. Aquí estaré cuando me necesites.

El teléfono móvil le avisa de que está recibiendo otra llamada. Se despide de Bonobo y atiende. Es su madre. Quiere saber si puede ir a visitarlo dentro de tres fines de semana. Claro que sí. Puedes dormir en mi habitación, mamá. Yo dormiré en el comedor. Hace

mucho frío aunque no ha llovido mucho. Ella dice que vendrá en coche. Genial. Podemos ir a pasear por las distintas playas.

El sol ya ha despuntado detrás de la montaña, pero no parece dispuesto a calentar la mañana de invierno. Lleva a la perra a que haga sus necesidades en la hierba que bordea el camino frente al mar y después entra con ella en el agua y la ejercita durante unos veinte minutos. Un barco llega cargado de peces y los pescadores lo saludan con gestos de la cabeza y lo miran de lejos. La señora Cecina pasa por el camino, se para y se queda mirando al hombre y al animal sumergidos hasta el cuello. Da los buenos días, se ríe y mueve la cabeza de un lado a otro. Ella lo trata con cordialidad y una leve sonrisa en la cara, sin darle mucha conversación, como si él fuese un loco inofensivo. De vuelta en el apartamento, le da a Beta una ducha de agua caliente, toma un baño, se prepara un café y se queda observando la playa sentado al solecito de la piedra de Baú con una taza humeante en la mano y la perra tumbada a su lado. Se pasa los dedos por la barba oleosa y todavía húmeda y siente los pelos del bigote escabulléndose por el labio superior. Beta se pone de pie y vuelve a tumbarse como si quisiera demostrar empeño. Su locomoción está mejorando. Ya se aventura a intentar dar carreritas aunque todavía no consigue hacerlo. Una pelusa gris clarito recubre las partes que rapó la veterinaria. El trozo de oreja que falta la hace parecer más simpática. Todavía tiene que dejarla encerrada en casa cuando da clases en la piscina pero siempre vuelve directo después del trabajo y la vuelve a sacar a la calle. Débora le regaló una camita de perro. A él le pareció una tontería pero a Beta le gustó y la cama la protege del frío.

A última hora de la mañana entra a la perra en casa y va en bici hasta la calle de los pescadores. Acaba de llegar otro barco y un pescador corta filetes de brótola y lenguado sobre una tabla de madera. Las gaviotas y los buitres se divierten con cabezas de cazón y algunos gatos manchados rondan los cobertizos en busca de algo que satisfaga sus exigentes paladares. Un tonel de plástico azul lleno de pescado apesta bajo el sol. Los habitantes del pueblo se calientan sentados en los escalones de sus casas. La agencia Caminho do Sol

está cerrada. Un viejo parado de pie en la puerta de la casa vecina le dice que los lunes cierran. El piensa un poco espiando la oficina a través del cristal y sale pedaleando. Recorre toda la orilla del mar y la avenida principal. Va hasta el acceso a la playa de Ferrugem y toma la pequeña escalera sinuosa pasando por las casas y escuelas, por los charcos y los matorrales, por la laguna centelleante y por las laderas de los montes incrustadas de grandes casas vacías, por los mercadillos e ingenios movidos por bueyes, atento a cualquier mujer que pudiera ser Jasmim y a cualquier motocicleta roja de baja cilindrada, hasta llegar a la playa donde solo hay dos mujeres tostándose al sol y una niña en cuclillas abriendo un pequeño canal con las manos en la arena mojada. Recorre en bici el camino de vuelta hasta la entrada de Garopaba, para en un bufet a kilo y llena un plato con judías negras, arroz y pescado a la plancha. La tarde de trabajo en el gimnasio se le hace eterna, una tortura. En cuanto la piscina se queda vacía se dirige a la cafetería a tomar un zumo y Mila le pregunta qué le ocurre. Él no entra en detalles pero le pregunta cuál es, según ella, la mejor forma de conquistar a una mujer. La chilena responde en su melódica combinación de portugués y castellano que no lo sabe pero que cree que lo mejor es no hacer jamás ningún esfuerzo para conquistar a nadie. Todo lo que tiene que ser conquistado después da problemas.

La reencuentra al atardecer del día siguiente después del trabajo. Está cerrando la puerta de la agencia de turismo y lo trata con la dosis de simpatía exacta que insinúa que él está siendo inoportuno por algún motivo. El volumen de su hermoso pelo suelto enmarca su cabeza. Cuando Jasmim se inclina para darle un beso, sus rizos le rozan la cara, siente el olor de su sudor y tiene ganas de tomarla allí mismo. Solo consigue decir cosas banales acerca del clima y sobre cómo anda la faena. Le gustaría poseer todo el tiempo del mundo para volver a descubrir su rostro pero tiene que hacerlo lo más rápidamente posible, preferentemente sin que ella se dé cuenta, o querrá saber por qué la está mirando como un débil mental. Jasmim tiene pequeñas marcas de acné adolescente en las mejillas y una cicatriz oval por encima de la clavícula, cerca de la intersección del

trapecio. Mientras busca el casco dentro de la oficina y cierra la puerta de cristal, Jasmim responde con enfado a alguna pregunta que él le hace. Entre semana la cosa está muy parada, pasa el rato respondiendo *e-mails* enviados a la página web de la agencia e incluyendo en la agenda a los pocos clientes que aparecen antes de la tarde del viernes, cuando aumenta la demanda de paseos. La joven se sube a la moto con el casco rosa colgado del brazo y empieza a maniobrarla con las piernas haciendo palanca en el suelo. Es una Honda CG 125cc roja muy usada, que debe de haber comprado de segunda mano. Viste unos *shorts* tejanos, mallas negras y botines marrones de invierno. El conjunto de mujer y vehículo desciende de la calzada hacia la calle de paralelepípedos balanceándose como un animal destartalado. Consigue preguntarle si ella no quiere hacer algo uno de estos días. Tomar una cerveza ahora, quién sabe. Ella dice que no bebe cuando va en moto y da una patada al pedal de arranque, pero la moto no se pone en marcha. Se dispone a intentarlo una vez más pero acaba poniendo el pie en el suelo. Saca el móvil del bolsillo de los *shorts* y le pide su número. Esta noche tengo una misión que cumplir, dice ella. Voy a hacer de niñera de los hijos de una amiga que va a Floripa a ver el concierto de Jack Johnson. Pero te llamo cuando pueda y nos tomamos unas cervezas, ¿qué te parece? A él le parece genial. Diviértete con los niños. Son muy buenos, dice Jasmim, pero espero que se duerman enseguida. Me llevo un libro y tres DVD. Voy a llenar de camino un bote de helado en la Gelomel. Programazo Jasmim. Acciona de nuevo el pedal y la moto arranca. Adiós, entonces. Se pone el casco, acelera lentamente y desaparece a la izquierda en la primera calle después del puente.

Jasmim no lo llama. La semana va quedando atrás y él se tortura por no haberle pedido también su número de teléfono. Al mismo tiempo no consigue forzarse a volver a la agencia para importunarla y en el par de veces que acaba pasando por delante de la oficina acristalada se limita a saludarla desde el otro lado del cristal. Ella le

devuelve el saludo pero no lo llama. Presta especial atención al móvil durante esos días, lo mantiene siempre cargado y a mano, con crédito de sobra, y comprueba la pantalla sin parar en busca de mensajes y llamadas no atendidas que apenas existen desde hace meses y que le daba igual recibir o no. Quiere que ella llame, que lo llame para entrar. Cree que si toma alguna otra iniciativa lo echará todo a perder. Ve parejas abrigadas en la orilla del mar tomando mate y leyendo revistas durante las soleadas mañanas y se imagina haciendo lo mismo junto a ella. Imagina que duermen juntos en su cama mecidos por la percusión sin fin de las olas, reblandecidos por el calor combinado de sus cuerpos. Fantasea con que viven juntos y han tenido un hijo y cuanto más se burla de sí mismo e intenta reprimir esas ideas más las elabora su mente y mayor es el contraste entre las fantasías y las mañanas en que se levanta solo con el mismo día por delante y la rutina que normalmente aprecia ensombrecida minuto a minuto por una sensación de impotencia. Se siente enfermo. El viernes por la mañana tiene la estúpida idea de comprarle un regalo, idea que a la tarde ya se ha transformado en una obsesión ineludible y al final del día se da una vuelta en bicicleta buscando las pocas tiendas de ropa y de regalos que funcionan a mediados de invierno sin que se le ocurra nada que a ella pudiera gustarle. Se acuerda de la librería. La dependienta le recomienda un montón de *best sellers* y hay una estantería dedicada a la psicología pero acaba no comprando nada porque sería demasiado fácil equivocarse con un libro, no sabe escoger, y además los libros afirman o delatan demasiado y ella no debe de ser una mujer que lea cualquier cosa. Hace un último intento en la tienda de decoración balinesa situada a la entrada de la ciudad. Hay adornos de cocina y pequeños objetos decorativos que están bien de precio. La chica que lo atiende le garantiza que todo procede directamente de artesanos de la isla de Bali. Encuentra una colcha de cama deslumbrante con intrincados patrones veriles y dorados que no cuesta mucho y de repente se da cuenta de lo que está haciendo allí y se marcha. En casa verifica el horario del gimnasio y descubre que este sábado le toca trabajar. Se acuesta temprano y al día siguiente ya está en la

piscina a las ocho de la mañana aunque no aparece ningún alumno hasta el cierre de su jornada laboral, a la una de la tarde. Hace menos de diez grados de temperatura y amenaza lluvia. En vez de almorzar, se pone las zapatillas de deporte, el pantalón corto y la chaqueta que le regalaron sus alumnos y se va a correr por la playa hasta Siriú con la intención de pensar en Jasmim hasta olvidarse de ella, acelerar el motor hasta fundirlo, transpirar las ganas que no pasan de verla. Tarda más de una hora en empezar a cansarse. Llega un momento en que recobra la paz. No falla. Un único trueno sin relámpago retumba en algún lugar pero no llueve.

El domingo por la mañana vuelve a hacer sol y pone a Beta a prueba con el primer paseo lejos de casa después del accidente. Lleva a la perra en brazos hasta el principio de la playa y la acompaña despacito. Cojea de una forma extraña, la pata delantera fracturada está rígida y el rendimiento de las traseras sigue un poco atrofiado pero camina más rápido de lo esperado y no da señales de querer desistir. Por el contrario, va ganando confianza. De vez en cuando la perra se aproxima al mar y en más de una ocasión tiene que rescatarla para que no la derribe una ola que alcanza la playa con más ímpetu. Le cuesta creerlo, pero la perra le está cogiendo gusto al agua. Camina con ella hasta el comienzo del paseo marítimo, se sienta en las escaleras que descienden hasta la arena y le pasa la mano por la cabeza pensando en dejarla descansar un poco, pero la perra sale con su trote poco fluido en dirección al mar. Se levanta y la alcanza cuando ella ya está metiendo el hocico en las olas. ¿Te has vuelto loca, desobediente? Coge a Beta en brazos, vuelve a la arena, se desnuda hasta quedarse solo con el calzoncillo bóxer negro, amontona la ropa sobre un pequeño montículo y entra en el mar con la perra bajo el brazo. Las olas son aquí más fuertes que al final de la playa pero a ella no parece importarle. El mar está tan helado que la sensación no es ni de agua fría sino de un calor abrasivo, como si no hubiera forma de distinguir entre el límite del frío y el del calor. Sujeta todo el rato a la perra por la barriga con ambas manos garantizando su flotación pero dejando que ella mueva las patas y que las olas la cubran levemente. Beta, estás loca, dice

castañeteándole los dientes. ¿Quieres volverte una ballena? ¿Quieres ser campeona mundial de natación de perros? Ella estornuda y nada, estornuda y nada. Cuando empiezan a dolerle y a hormiguearle los miembros saca a la perra del agua y la seca con la camiseta, después se pone el resto de la ropa sobre el cuerpo mojado y emprende el camino de vuelta a casa. Está pelado de frío. Un poco antes de pasar por los dos barcos de pesca estacionados sobre maderas en la playa, oye la voz de Jasmim diciendo su nombre. Está sentada a solas bebiendo mate en uno de los bancos de la acera con la silueta hinchada por una chaqueta de nailon acolchada azul marino y una bufanda de lana liada al cuello. Camina hasta ella.

Había unos tíos aquí parados mirando el mar y comentando que un loco estaba dándose un baño en calzoncillos con un perro. Me he parado a mirar y he pensado Mmm… creo que lo conozco.

Era yo.

¿No tienes frío?

Estoy a punto de morirme de frío. Pero el solecito ayuda a la hora de salir.

Suerte que no hace viento.

¿No ha habido paseo en barco hoy?

No, no se cerró el grupo. Frota, el dueño de la agencia, se ha quedado allí y yo he adelantado mi visita a la iglesia y vine a tomar unos mates aquí antes de volver a casa.

¿Vas a la iglesia?

Los domingos. Suelo ir a la pequeña capilla de la plaza, allí. Es una cucada. ¿Has entrado alguna vez?

Nunca.

¿No tienes religión?

No. ¿Tú sí?

Bueno, yo creo en Dios. Sin más. Me criaron así. Iglesia los domingos desde niña. Rezar me hace sentir bien. El gesto de ir hasta allá y rezar. Sé que es irracional y todo eso. Me gustaría dejar de hacerlo, pero no puedo.

En algún momento quise creer y no pude.

No importa. A Dios eso no le preocupa, qué va. Pero no debe de

gustarle que alguien se juegue así la vida. Estás azul. Las personas azules tienden a despertarse en el hospital con hipotermia. Es mejor que te vayas a casa.

Creo que prefiero quedarme un rato más aquí.

Jasmim lo mira fijamente y, a pesar del esfuerzo, él acaba por desviar la mirada.

Entonces tómate un mate para entrar en calor.

Presiona el botón del termo y el chorro de agua humeante rellena la cavidad entre el mate y la hierba con un ruido espumoso. Beta estaba entregada a sus pensamientos lejos de allí pero ahora regresa hacia su dueño con su paso cojitranco. Jasmim le entrega el mate y observa intrigada al animal.

¿Cómo se llama tu perro?

Beta. Es hembra.

¿Qué le pasa?

La atropellaron. La veterinaria quería sacrificarla pero no se lo permití y al final se recuperó. Tiene que hacer fisioterapia para ver si vuelve a caminar bien pero se me ocurrió meterla en el agua para que hiciera ejercicio. Había un tío que venía a ejercitar su pitbull casi todas las noches delante de mi apartamento. El animal se pasaba horas buscando una botella en el mar. Me acordé de aquello. Sé un poco sobre hidroterapia posquirúrgica. Es eficaz para lesiones de columna y el uso veterinario no debe de ser muy diferente. Así se me ocurrió. Creo que también fue un poco de intuición. Y ella fue reaccionando. Cuando salió de la clínica veterinaria ni movía la cola. No solo está mejorando, también le está cogiendo gusto al agua. ¿La has visto? Está aprendiendo a correr las olas.

Da un sorbo al mate caliente y su cuerpo se relaja un poco.

¿Entras en el agua con ella todos los días?

Todos los días.

Jasmim se queda mirando a la perra y no dice nada más hasta que él termina de beber y le devuelve el mate.

Me tengo que ir. Hace mucho frío. Solo una cosa, yo… Te llamo la semana que viene y hacemos algo.

Me quedé esperando a que me llamases. Ahora no puedo anotar

tu número de teléfono pero si me das un toque…

Te llamo.

Me gustaría mucho. Que tengas un buen domingo.

Tú también. Caliéntate.

Ella no llama pero dos días después aparece sin avisar cuando el sol está poniéndose. Se quedan sentados delante del edificio mirando el mar y tomando mate hasta que la noche absorbe el último hilo de luz y después entran y continúan hablando en el comedor con la ventana entreabierta. Jasmim le hace mimos a Beta y dice que echa de menos comprar hierba mate a granel en el mercado público de Porto Alegre. Mezclada, ¿sabes? Hoja pura molida gruesa de la marca Ximango. Hice que no tiene hambre pero cambia de idea en cuanto él empieza a inspeccionar los armarios y la nevera y anuncia que tiene una caja de nuggets de pollo en el congelador. Jasmim pasaba las tardes de su infancia viendo la sesión de tarde en el televisor y comiendo nuggets con *ketchup*. Repite que no bebe cuando va en moto pero acepta una copa de vino tinto chileno. Jasmim lo escucha narrar sucintamente la reciente muerte de su padre con interés científico y comenta que hay casos famosos de personas que se suicidaron por aburrimiento o cansancio, naturalezas predispuestas a ver la muerte como una cuestión pragmática. Uno vive mientras vale la pena, mientras se es útil. A ella le interesan los suicidios. La gente cree que todos los que se suicidan están deprimidos, han tirado la toalla o ya no pueden más, sin embargo existen varios tipos de suicidios como el suicidio por honor, el suicidio kamikaze, el suicidio para beneficio ajeno, el suicidio por vejez, el suicidio por enfermedad crónica o incurable, el suicidio para probar un argumento intelectual o para promocionar una idea, el suicidio de protesta. Le explica el caso reciente de un joven psicólogo estadounidense que se mató en mitad de la calle y dejó una nota suicida de casi dos mil páginas hablando sobre Auschwitz y la ascensión de un dios tecnológico engendrado por los hombres, toda una gigantesca argumentación filosófica, teológica,

sociológica y científica para dar sentido a un tiro en la cabeza. Ella leyó unas doscientas páginas del texto, se puede encontrar íntegro en internet. Después él comparte lo que descubrió sobre su abuelo y Jasmim le advierte que tenga cuidado con escarbar en ese tipo de historias antiguas relacionadas con la muerte y con algún tipo de misterio ya que la gente de Garopaba es muy supersticiosa y ella misma ha tenido problemas con eso a causa de una leyenda local sobre tesoros enterrados. Dicen que cuando una persona sueña tres veces que hay un tesoro enterrado en un determinado lugar es porque es verdad, pero si la persona que tuvo el sueño desentierra el tesoro, entonces muere. Pregúntale a cualquiera, la gente cree en eso. Dicen que el año pasado murió un tío en la playa de Ouvidor a causa de eso. Cavó un agujero en el lugar que había soñado, encontró algo y murió en su casa sin motivo aparente. Ella explica que esos tesoros malditos debían de haber sido enterrados por los jesuitas que moraron allí en el siglo diecisiete, antes de la colonización de la región, para catequizar a los indios carijós y llevárselos a Rio de Janeiro. ¿Sabes que la ciudad de Tubarão se llama así en homenaje a un jefe indígena que se negó a que lo convirtieran? El indio dijo que Dios no lo había creado para habitar en el cielo, sino para vivir en la tierra. Tubarão significa «padre feroz» en tupiguaraní. No tiene nada que ver con el pez. Eso se encuentra en los libros de historia de Garopaba, te puedo dejar uno. De todos modos la gente cree que los jesuitas dejaron enterrados por ahí objetos de plata, monedas de oro, ese tipo de cosas. Hace quince años encontraron enterrada en la Encantada una especie de vasija en forma de cabeza de carnero, hecha de un metal que parecía bronce, y que nadie sabía explicar qué era. ¿Has oído hablar del Caminho do Rei? Ahora hay un montón de hostales y urbanizaciones con ese nombre. Se trata de un camino que todavía existe en las montañas utilizado por jesuitas y colonizadores. Nace de un camino indígena que venía del Pacífico, cruzaba todo el imperio inca y terminaba aquí, en el litoral catarinense. Muchas de esas leyendas se remontan a aquella época y… Él la interrumpe y pregunta qué tiene eso que ver con los problemas de ella. Pues eso, yo conocía esa leyenda de

los tesoros enterrados y lo de los tres sueños y quizá justamente por eso acabé soñando con que había un tesoro enterrado bajo la escalera de cemento que hay delante de mi casa. La primera vez fue hace casi un año. Y por entonces volví a soñar lo mismo. Me hizo gracia e hice la tontería de comentárselo a algunas personas de Ferrugem. Hace poco estaba en el mercadillo comprando unas cosas y un señor muy viejo se me aproximó. Lo conocía tic vista, era el señor Joaquim de aquí, de Garopaba, que fabrica redes de pesca en la laguna. No sé su edad exacta pero parece que tiene unos ochenta años. Es ciego de un ojo, está acabado. Me agarró del brazo y me preguntó por los sueños. Me advirtió que si volvía a tener el mismo sueño una tercera vez no podía desenterrar el tesoro o moriría. Que lo llamase, que él lo desenterraría. Al principio me hizo gracia pero me fui asustando, estaba hablando muy en serio. Desde entonces me vigila y ya lo he visto rondar mi casa dos veces junto con un chico con cara de psicópata que debe de ser su nieto o algo así. Es muy siniestro. Las leyendas pueden ser inofensivas pero quien cree en ellas a veces no lo es. Esa historia de tu abuelo parece tener algo de eso. No hagas caso a ese tipo de cosas. Las supersticiones pueden encubrir la realidad para siempre. Solo vas a conseguir reconstruir lo que aconteció realmente hasta cierto punto. El resto se convierte en leyenda. Y eso tiene algo de guay, ¿no? Tener un abuelo que es casi una leyenda local. Sí. Tiene algo de guay, él está de acuerdo. Nunca había pensado en esos términos. Quiere poder pensar en más cosas tal como lo hace ella y le gustaría explicárselo ahora mismo pero no encuentra las palabras. Jasmim hace una pausa, come los últimos nuggets y disfruta del vino. Él se despereza, mira el tubo de la lámpara fluorescente encendida en el techo y deja asentar por unos instantes ese placer de escucharla. No paro de hablar, dice ella. Cuéntame algo más de ti. Cuando menciona que participó en el mundial de Ironman en Hawái ella se emociona y quiere saberlo todo. ¿Cómo fue? ¿Cómo es Hawái? ¿Qué coméis durante la prueba? ¿Cómo se entrena uno para eso? Él le enseña la medalla y ella la manipula con cuidado, como si fuera algo frágil. Parece impactada con el objeto. Solo es una medalla por haber participado,

intenta explicarle él. Aun así es increíble. ¿Piensas competir otra vez? No, se me ha pasado el arroz. No digas tonterías. Tendrías que participar otra vez. ¿No hay quien lo hace con cincuenta o sesenta años? ¿No es este el lugar perfecto para entrenar? No lo sé, pero es el lugar perfecto para ser feliz, por lo que me han contado. Jasmim se queda perpleja con ese comentario y él tiene que explicarle que solo es una broma sobre las garantías de bienaventuranza que oyó decir a tantas personas desde que llegó. La gente repite mucho ese tipo de cosas como si quisiera convencerte y convencerse a sí misma. Ella se queda visiblemente perturbada y él teme haber dicho algo inadecuado que no sabe qué es. Es gracioso que digas algo así, Jasmim dice por fin, porque justamente ese es el tema de investigación de mi máster. ¿Tienes más vino? Tengo otra botella pero el vino es muy malo. Sirve. Mientras él saca el corcho ella cuenta que decidió llevar a cabo su investigación en Garopaba porque tenía la teoría de que la vida de ese lugar tenía un lado oscuro. Pasé un verano en la playa de Ferrugem durante mi primer año de universidad y solo por curiosidad me acerqué a conocer el CAPS de aquí, el Centro de Atención Psicológica y Social. Una chica que trabajaba allí me explicó que la incidencia de enfermedades psicológicas y el consumo de psicotrópicos en la ciudad eran monstruosos. Adolescentes enganchados a dos o tres medicinas diferentes. Madres que dan Rivotril a niños de tres años para calmarlos. Me dijo que sería más fácil poner de una vez anfetaminas, tranquilizantes y antidepresivos en el agua dela ciudad. Aquello se me quedó grabado. Elaboré toda una teoría sobre el contraste entre la ideología de vivir en el paraíso litoral y la realidad opresiva de la vida cotidiana del lugar. Al año siguiente pasé dos semanas aquí durante las vacaciones de invierno y hablé con habitantes, médicos, asistentes sociales. La gente de fuera piensa en esta ciudad como un lugar en el que abrir un pequeño hostal, hacer surf, tener una existencia holística en un paraíso natural. Pero si hablas con las personas adecuadas acabas sabiendo que hay una epidemia de *crack* y que los traficantes se matan entre sí. Que asaltan el centro de salud para robar cajas de Valium. Del tabú de la

homosexualidad y el montón de problemas que eso conlleva. Personas que sufren mucho en su vida privada. La propagación del sida. Es un problema grave. Muchos pescadores se enrollan entre sí y no se protegen y acaban transmitiéndoselo también a sus mujeres. ¿No lo sabías? Lo sabe muy poca gente. Y en el corazón de las comunidades más alejadas del Campo D'Una, en Encantada, acontecen cosas un tanto primitivas. Es muy complicado. Me fascinó ese contraste. Acabé escribiendo mi monografía sobre otro tema pero presenté un proyecto de master para investigar la cuestión de la calidad de vida aquí y me dieron una beca. Solo que vine aquí con la tesis lista y conforme empecé a investigar y a realizar entrevistas me fui dando cuenta de que, no sé, de que todo aquí es más o menos normal cuando examinas los números, cuando empiezas a organizar entrevistas. Hoy en día, el CAPS tiene registradas a dos mil personas y atiende a unas quinientas. El cinco por ciento de la población. Normal, nada excepcional. El personal desempeña un trabajo muy serio y me mostró la realidad. El tipo de problemas que los pacientes tienen son los mismos que hay en Porto Alegre, en São Paulo, en Manaos, en cualquier sitio. Lo que aquí hay de especial es la estacionalidad de los disturbios. Los pacientes desaparecen durante el verano y vuelven trastornados en masa en invierno. El verano es euforia, dinero. La gente está demasiado ocupada y no tiene tiempo de sufrir. El invierno es tedio, falta de perspectivas. Frío. Entonces la cosa empeora. Bromeo con mis amigas sobre el hecho de que vivimos en la Era de Estoy Jodida. Una sociedad entera mal preparada para soportar el sufrimiento o demasiado consciente del mismo. Cuanto más comprendemos y tratamos el sufrimiento más creemos que sufrimos y al mismo tiempo el sufrimiento de los demás comienza a parecemos una tontería. ¿Y quién me creía yo para pensar que entreveía la verdad detrás de las apariencias? Mi premisa era muy arrogante. La felicidad aquí es auténtica, tanto como el sufrimiento. La belleza es tan auténtica como la degradación. Pensé que había algún secreto, ¿sabes? No hay ninguno. Mi investigación fue desmontando mi ficción personal. Y podría concluir exactamente eso en mi tesis, pero

en algún momento perdí la pasión por el tema. Y ahora solo me quedan cinco meses para terminar pero, si por mí fuera, seguiría trabajando con los turistas o despachando en alguna tienda y no pasaría nada. Dicen que la vida vista de cerca es más fascinante. Sumergirse en las cosas. A mí siempre me sucede lo contrario. Todo es tan banal visto de cerca. Creo que estoy enferma. Pero voy a dejar de vomitarte encima todos mis problemas. A veces no puedo dejar de hablar. Me encanta escucharte, contesta él. Jasmim lo mira fijamente con cierta ternura por primera vez y sus labios se despegan con un pequeño estallido. Es raro que yo me desahogue así con alguien. Aquí vivo prácticamente sola. Yo también, replica él. Eres un tío muy raro. Suelo pillar a las personas a la primera pero no sé qué pensar de ti. No tienes ambiciones. Tu cara no me dice nada. Es muy raro. No sé si me gusta eso. Jasmim se termina la copa de vino y anuncia que tiene que irse pero está un poco borracha. Duerme aquí si quieres. Utiliza la habitación, yo duermo en el comedor. Ella suspira. No, me voy a casa. No debería conducir en este estado, pero voy a hacerlo. La acompaña hasta la moto aparcada en la entrada superior del edificio. Un gato negro los observa con ojos relucientes color cobre desde el muro de la escalera. Mientras se sube a la moto, le dice que no ha podido dejar de pensar en ella. Jasmim le da un beso en la mejilla y un estirón cariñoso en la barba, se pone el casco, coge el móvil y le da un toque. Llámame, dice. Pero es mejor que no te enamores de mí. No sé amar de verdad. Pero me gusta hablar contigo. Ya veremos. Arranca la moto y acelera. El desciende y guarda el número en contactos. Después le manda un mensaje a su madre pidiéndole que traiga dos kilos de hierba mate del mercado público de Porto Alegre cuando venga, hoja pura molida gruesa de la marca Ximango.

Se levanta con picor en la garganta y los músculos doloridos. No consigue reunir fuerzas para llevar a Beta a nadar y vuelve a dormirse oyendo los ladridos de protesta de la perra. Se levanta al mediodía con escalofríos y moqueando pero aun así va a trabajar. A media tarde está tiritando de fiebre y Débora lo envía a casa. Deja instrucciones en la pizarra para los pocos alumnos que siguen

acudiendo a nadar las tardes de invierno. Para en la primera farmacia que ve y compra un antigripal. Los cerros no pasan de ser meros bultos en la atmósfera grisácea. No se ve a nadie a pie y los pocos vehículos que circulan están parados al borde de los cruces con las luces encendidas, desmotivados para proseguir su camino o incapaces de decidir un rumbo. La ciudad está encogida de frío en la llovizna y él pedalea rápido hasta llegar a casa con el viento helándole la ropa húmeda. Al pasar por la calle de los pescadores se detiene delante de la agencia de turismo y Jasmim sale a la puerta a hablar con él.

Bonito día para ir en bici bajo la lluvia. ¿Intentando demostrar algo a alguien?

Me voy a casa. Me ha entrado fiebre, responde sorbiéndose los mocos.

¿Por qué será?

Si estoy mejor de aquí al viernes, ¿quieres cenar conmigo en el japonés?

Vete a casa.

Toma un baño y se coloca varias capas de ropa. Vierte agua caliente en una taza y añade lima, miel y una bolsita de té de frutas cítricas. Traga un comprimido antigripal y se bebe el té poco a poco. Beta ni sale de la camita para perros. Se suena la nariz hasta que le escuecen las fosas nasales, la barba se le llena de trocitos blancos de papel higiénico. Corta virutas de jengibre y las va mascando. Abre la ventana y observa a un hombre de pelo largo con chaqueta de chándal y bermudas tirando al mar una red de pesca desde una piedra. La red vuelve tres, cuatro veces vacía. Cierra la persiana y el cristal, cae en la cama y se duerme.

Se despierta asustado con los golpes en la puerta. Beta ladra. Cuando abre una rendija, Jasmim ya está cerrando el paraguas y dando un paso al frente con bolsas de plástico colgadas del brazo. Lo deja todo encima de la mesa, se saca la mochila mojada de los hombros y mira alrededor como una detective en busca de pistas.

Me dijeron que necesitabas una niñera.

Le pone la mano en la cabeza. El estornuda a un lado y se

marcha a por un rollo de papel higiénico.

¿Has comprobado cuánta fiebre tienes?

No.

¿Tienes termómetro?

No.

Estás muy caliente. Toma este antitérmico. Y también he traído vitamina C, voy a dejarte el tubo.

Mientras observa la pastilla efervescente burbujeando y deshaciéndose dentro de un vaso de agua, Jasmim saca un ordenador portátil de la mochila, lo coloca en la mesa, abre la tapa y se aproxima al enchufe más cercano.

Cuidado que…

Jasmim grita y da un salto hacia atrás.

… da corriente. Tienes que colocar la clavija neutra en el agujerito de arriba. Espera.

Encaja el adaptador en la posición correcta. Ella enciende el ordenador y ambos se quedan sin saber muy bien qué hacer mientras se inicia el sistema. Jasmim teclea una contraseña, espera un poco más, desliza el dedo por la almohadilla táctil y clica dos veces. Los pequeños altavoces del ordenador comienzan a susurrar música.

¿Conoces a los Kings of Convenience?

No.

Son buenos, muy tranquilos. ¿Tienes un cuchillo que corte bien?

¿Qué vas a hacer?

Sopa para un moribundo.

Jasmim enciende la luz de la cocina y abre las puertas de los armarios situados encima y debajo de la pila hasta encontrar una olla grande. Él abre el cajón de los cubiertos y coge el cuchillo que heredó de su padre.

Este es el más afilado.

Jasmim da un rápido lavado a la olla y a los platos acumulados en la pila. Después coge las bolsas de plástico y comienza a disponer su contenido en la barra metálica. Aparece una bandeja de poliexpán con trozos de pollo, un repollo, cebollas, patatas, zanahorias, un calabacín, media calabaza liada en una lámina de plástico

transparente, apio, una pastilla de caldo de gallina.

Creo que he comprado demasiadas cosas, pero me gusta hacer así la sopa, meterlo todo dentro. ¿Tienes ajo?

Deja caer el cuerpo dolorido en el sofá y se queda observando cómo Jasmim pica los vegetales en la tabla, pone agua a calentar, rehoga cosas en la olla grande. Ella canturrea fragmentos de algunas canciones y a veces mueve a los lados la cabeza y baila con los hombros.

¿Esto está pasando de verdad?

¿El qué?

¿Estás cocinando en mi cocina?

Ella se acerca, se sienta a su lado en el sofá con las rodillas encogidas y se queda allí sin decir nada. Se muerde con avidez la uña del pulgar, gira la cabeza, mira en sus ojos un instante y vuelve a mirar la pared. Su respiración es audible y se mezcla con la música, las olas y el ruido burbujeante de la olla a fuego lento.

Tómate esa uña con calma, te vas a quedar sin dedo.

Ella se ríe, esconde la mano bajo el brazo y se vuelve hacia él.

Solo una cosa, vamos a intentar no hablar de esto, ¿vale?

¿De qué?

De que estoy aquí. De habernos conocido y de cualquier cosa que pueda suceder a partir de ahora. Vamos a intentar simplemente no hablar del tema. No preguntar si está sucediendo de verdad, si tenemos motivos, si va a ser así o asá. Querer saber lo que uno está sintiendo, lo que el otro está sintiendo. Sé que debo de parecer loca pero para mí hablar de las cosas lo estropea todo. Hablar estropea. Si lo nombramos se muere.

Jasmim apoya la cabeza en su hombro. Más tarde, sirve la sopa con panecillos calentados al horno y después de cenar ella le enseña fotos en el portátil. Su padre es abogado y diputado estatal del Partido Comunista do Brasil y su madre encargada de un restaurante en Tristeza, barrio donde creció y donde la familia vive hasta hoy. Hay fotos antiguas de una casa en la playa, en Tramandaí, de la fiesta de sus quince años, de un equipo de voleibol del colegio. Él ya le había explicado que su padre se suicidó y ahora

le cuenta que la mujer que amaba lo cambió por su hermano mayor. Compartir sus intimidades con ella parece la cosa más obvia y ni se lo piensa dos veces. El deseo que siente por ella va acompañado de una fuerte sintonía inconsciente, una simbiosis que avanza en rebeldía a pesar de lo que él quiera o piense. Jasmim es la primera persona que conoce que ya sabía en qué consiste la prosopagnosia. Es la clase de cosas que estudió en la facultad y sobre las que sigue leyendo en internet con insaciable interés.

¿Cómo me reconoces?

Por el pelo, el color de la piel, las manos, varias cosas. Las personas normales nunca utilizan las manos para reconocer a las demás, pero aprendí a fijarme en ellas. Después de la cara, las manos son la cosa más particular de una persona. Pero en tu caso no es necesario. Contigo es muy fácil.

Se supone que es un elogio, pero ella no parece halagada.

¿Sabes lo que creo? Que es por cabezonería por lo que no preguntas a las personas si las conoces o no. Es porque eso te da un aire de misterio. Sientes apego a esa distancia. Eres muy autosuficiente, superior. Un aire de león sentado en su trono. Y al mismo tiempo eres muy dulce. No hay quien te entienda.

Jasmim le acaricia la cabeza hasta que él se duerme. Una hora después se despierta y ella está en el otro sofá viendo una película en el ordenador y mordiéndose la uña del pulgar. Vuelve a dormirse enseguida escuchando los diálogos en inglés y cuando se despierta de nuevo está tumbado en la cama. No recuerda cómo fue a parar ahí. Se levanta y la encuentra durmiendo en el sofá, liada en la manta que estaba guardada en el armario. Está tumbada boca arriba pero se pone de lado cuando él entra en el comedor, trastornada quizá en las profundidades de su sueño por el ruido de sus pasos. Jasmim no se despierta pero se reacomoda varias veces seguidas como si no consiguiera encontrar una posición cómoda, frunce el ceño y enjaula el rostro con la mano como si intentase concentrarse en la resolución de un problema muy grave.

Solo días después, en casa de Jasmim, una cabaña rústica de dos pisos escondida en una pequeña salida del acceso de Ferrugem, en

mitad del monte, a orillas de la laguna de Garopaba, cuando duermen juntos por primera vez, descubre que ella tiene el sueño más agitado que nunca ha visto. Primero se hace una trenza en el pelo para que los rizos amanezcan intactos y después se pasa media hora revolviéndose en la cama e intentando dormir. Una pierna se enreda en las sábanas y con la otra cocea, estira el tejido y vuelve a alisarlo sobre el colchón, gimiendo y balbuceando cosas en un limbo entre la vigía y el sueño. No es una mujer pequeña pero su cuerpo parece ser un teatro insuficiente para todas las sensaciones que abriga. Cuando se duerme finalmente la narrativa íntima del sueño la libera de los estímulos externos. El cuerpo se sosiega pero cuando uno menos se lo espera vuelve a cambiar de posición. A veces habla y no hay forma de saber si está consciente. Estoy oyendo sapos. Mira. Quiero dormir. Abre brevemente los ojos, murmura alguna palabra o una melodía de dos o tres notas y vuelve a dormirse. El pequeño cuarto situado en el segundo piso de la cabaña parece un sótano y se impregna de su olor terroso y cítrico en cuanto ella se quita la ropa, un olor que penetra en la cama al instante y que se apodera de todo pero que no sobrevive lejos de ella y le pisa los talones cuando ella se levanta para ir al baño o a hacer café. No deja rastro al retirarse y su ausencia es concreta e instantánea. Quizá sea el rumor de las olas. Él se duerme con facilidad pero intenta quedarse despierto para poder verla durmiendo, un animal del desierto en sábanas enmohecidas. Basta con tocarla muy suavemente para que despierte de inmediato y trate de abrazarlo, casi siempre errando el blanco y envolviendo la nada o una almohada.

Los últimos días de julio son soleados y la luz natural les despierta entre las ocho y las nueve. Por las mañanas van juntos a la playa, donde ella se toma un mate sentada en la arena viéndole nadar con la perra antes de ir a trabajar. Días que pasan rápido y en los que uno no puede acordarse bien de lo que sucedió ayer, ni pensar en un día siguiente muy diferente al de hoy. Casi siempre se corren juntos y descansan con las narices y las bocas rozándose, inspirando y espirando en sincronía. Ella siempre está fría por fuera, como si mantuviera reprimido su calor interno. Incluso analizados

muy de cerca, sus iris estriados de color café y esmeralda transmiten expectativa e indecisión.

Cierta mañana, se levanta y se la encuentra haciendo Empieza general en el apartamento, fregando el suelo, las alfombras colgadas de las ventanas, el olor abrasador de la lejía en extraña armonía con la humedad marina y el aire helado, y cuando le dice que no era necesario, que el apartamento estaba limpio, ella ignora el comentario como si fuese un dato irrelevante. Al día siguiente por la noche, va a la cabaña de ella y se da cuenta de que está inmunda pero no hace ningún comentario al respecto.

A ella le gusta que la agarren firmemente y la folien con fuerza. Él estira un músculo de la espalda buscando dar lo mejor de sí y se rompe el frenillo de la lengua de tanto chuparla. Lo depila prometiéndole que no se va a arrepentir y él no se arrepiente. Se tumba encima de ella y encaja el pecho en su espalda oscura y arqueada para calentarla. Desliza los dedos por el brazo que ella dejó extendido al lado de la cabeza y se atiene al ramillete de venas y tendones envueltos en la piel delicada de la muñeca. Ella le pregunta qué pasa y él responde que nada.

Un domingo se acercan a Florianópolis en moto a ver una sesión doble de cine y a comer en un McDonald's de un centro comercial. En una de las películas sale Angelina Jolie buscando a su hijo desaparecido y en la otra Brad Pitt naciendo viejo y muriendo siendo un niño. Jasmim llora con las dos. El sol está poniéndose en la sierra cuando emprenden el camino de vuelta. La moto surca el asfalto a más de cien por hora en aquellos tramos donde está bien, y vibra dócilmente entre sus piernas. Se agarra a Jasmim con fuerza como si fuesen un solo cuerpo a gran velocidad y fantasea por debajo del aislamiento del casco. Había creído que jamás volvería a enamorarse y eso le parecía bien, creía que una vez bastaba para toda la vida, pero está sucediendo otra vez, esa sensación que se asemeja a una leve depresión y tiñe de insignificancia todo lo que no tenga que ver con la mujer que abraza. Le embarga el tedio cuando no está con ella y hay que ser adolescente o estar enamorado para que a uno le embargue el tedio. Quiere que ella lo sepa pero prometió no hablar

de esos temas por ahora y va a cumplir su promesa.

Es noche de luna, el cielo está limpio y bajan a la playa, se sientan en las escalerillas del bar de Zado y admiran la luz de la luna azulada reflejada en el mar y en la arena laminada de Ferrugem. Es una arena que refleja de una manera muy particular la luz de la luna, y el brillo azul tiene la calidad artificial de una escena nocturna de película. Le describe a Jasmim las extrañas nubes negras que vio o soñó que vio en aquel mismo horizonte meses atrás.

No fue un sueño. Yo también las vi.

¿En serio? ¿También estabas aquí?

Sí. Era un fata morgana. Un espejismo.

Más tarde, en la cabaña, Jasmim enciende el ordenador portátil, conecta el módem 3G y abre varias ventanas en el navegador con una entrada en la Wikipedia y fotografías en Imágenes de Google. Tiene que ver con masas de aire caliente y frío cambiando de lugar en la vasta superficie de desiertos y océanos. El acerca la cara a la pantalla y no se cansa de ver las fotos, una detrás de otra, boquiabierto. Era justamente eso.

Está controlando el tiempo que un alumno tarda en hacer veinticinco series de cien metros cuando el teléfono vibra en el bolsillo de las bermudas. La pantalla muestra el nombre y el número de Jasmim.

Hola, ¿qué estás haciendo? ¿Podrías venir ahora mismo a casa?

Estoy en la piscina. Salgo en media hora. ¿Pasa algo?

El señor Joaquim se ha presentado en mi casa con un detector de metales y no consigo hacer que se vaya.

¿Quién?

Aquel viejecito del que te hablé. Que cree que hay un tesoro enterrado bajo mi casa. No se van. Tengo un poco de miedo.

¿Qué es ese ruido?

El zumbido de esa mierda de aparato que han traído. Una especie de detector de metales casero. No sé explicártelo mejor, es muy surreal. Ya les he pedido que se marchen pero no sirve de nada.

Tranquila. No te pelees con ellos. Salgo a las cinco y voy directo hacia allí.

Han abierto un agujero y han encontrado unas latas de cerveza. Querían arrancar la escalera de la puerta pero no les he dejado. Me voy a encerrar en casa hasta que llegues. Ven luego, ¿vale?

Cuelga el teléfono móvil justo en el momento en que Leopoldo, el budista con un cuarenta y seis de pie y morros equinos y que se desplaza por el agua como si tuviese un motor de lancha trasero, toca el borde de la piscina y mira hacia arriba con expresión de pánico queriendo saber el tiempo.

¿Cuánto he tardado?

Perdona, Buda, he contestado al teléfono y me he distraído.

Estás de coña, exclama con acento paulista. Su boca permanece entreabierta en una media sonrisa e intenta ver el cronómetro del borde de la piscina a través de las gafas empañadas.

Has tardado más o menos lo mismo que antes. Uno veinticinco. Flexiona un poquito más el brazo dentro del agua, está estirado. Diez segundos. Prepárate.

Leopoldo se vuelve, suelta un grito horrendo de agotamiento, contempla la calle libre que se extiende frente a él en la piscina vacía y espira tres veces seguidas silbando como una olla a presión.

Preparado…

El alumno apoya los pies en la pared sumergida, saca el tronco fuera del agua y empieza a tomar aliento.

Ya.

Leopoldo se sumerge, estira los brazos y toma impulso en la pared sin oír siquiera el bip del cronómetro. Emerge segundos después y el pabellón templado de la piscina se llena del alboroto de su movimiento de piernas. Sería un campeón si se entrenase con frecuencia, pero pasa dos terceras partes del año haciendo fotografías de viajes, mujeres y deportes extremos alrededor del mundo para diversas publicaciones. Frecuenta con Bonobo el templo budista del cerro de Encantada. Después del entrenamiento, ambos toman una ducha a toda prisa en el vestuario.

Bonobo me ha preguntado por ti, dice que estás desaparecido.

Quiere que conozcas el templo.

¿Continúa con esa historia? Ya le he dicho que no me apetece.

Cree que eres budista y no lo sabes.

Intentó adoctrinarme. Cuando llegó a la reencarnación, dejé de escuchar.

En verdad, en el budismo no existe la reencarnación propiamente dicha. Porque el concepto de renaci…

Eso, renacimiento. Es lo mismo. Tengo que salir corriendo, mi novia está en apuros. Hoy has nadado bien, Buda. Hasta mañana.

Ajá.

Su barba goteante se hiela en segundos al llegar a la calle. Monta en bicicleta a toda velocidad por el acceso de Ferrugem y aparca derrapando delante de la cabaña de Jasmim antes de tener tiempo de empezar a sudar. No ve a nadie en el terreno en declive pero escucha refunfuños monosilábicos, el sonido de una pala cavando y un zumbido eléctrico puntuado por una campanilla aguda. Jasmim abre la puerta antes de que él pique, baja precipitadamente los cinco escalones de la escalera de cemento y cae en sus brazos.

Gracias a Dios que estás aquí. Han empezado a cavar allí, debajo de la casa, hace veinte minutos.

Dan la vuelta a la casa por el lado derecho, donde una rampa cubierta de alta hierba desciende hasta los juncos de color verde flojito del borde de la laguna. De camino, pasan por el agujero rectangular de casi medio metro de profundidad, del tamaño de una pila de cocina y lleno de raíces filamentosas colgadas, de donde la pareja invasora había desenterrado antes un par de latas de cerveza de otra época. En la esquina de la cabaña se topan con un viejecito lleno de arrugas y con un ojo empañado que viste un pantalón de pana color arcilla, una chaqueta desgastada color plomo y una boina negra. Está apoyado en el suelo con una especie de prolongación robótica conectada al brazo, observando a un chico de unos dieciséis años cavar un agujero junto a los cimientos de la casa.

Hey. Ya podéis parar. No podéis cavar aquí.

Los dos tardan en reparar en su presencia, pero cuando el señor Joaquim vuelve la cabeza para verlo, se asusta y pierde el equilibrio

de forma tal que tropieza algunos pasos terreno abajo y por poco no acaba en el suelo, mientras que el aparato que le sale del brazo emite silbidos llenos de estática. El joven deja de cavar, mira a su abuelo o bisabuelo hasta asegurarse de que todo está bien y después vuelve la cabeza y fija la vista en él. La sombra de la visera de la gorra deja entrever una expresión desprovista de sentimientos o intenciones de cualquier clase. Está oscureciendo.

¿Quién os ha dicho que podéis cavar aquí?

El viejo parece tener miedo de hablar pero acaba desembuchando.

Ahí hay un tesoro escondido. ¿Te ha hablado del tesoro?

No importa si hay un tesoro o no, grita Jasmim. No podéis cavar en mi casa sin mi autorización. Es propiedad privada.

Con todos mis respetos, usted es la inquilina. La propiedad es de Abreu.

¿Quién es Abreu?, pregunta él.

El dueño de la casa, contesta Jasmim. Se conocen.

Hay que joderse. No importa. Tenéis que iros de aquí.

El señor Joaquim escala el terreno irregular y lleno de piedras hasta alcanzar la posición que ocupaba antes y reajusta el aparato al brazo.

Déjame que te enseñe una cosa, joven. Lo hemos encontrado. Está justo aquí. Escucha el artefacto.

El artefacto, ahora lo ve, es un detector de metales de fabricación casera. Una bobina circular unida a una chapa de compensado junto con una madeja de circuitos e hilos. Un cable se enrosca por el bastón metálico hasta la otra punta, que posee un asta para la mano y un apoyo para el antebrazo, y se conecta a una caja sujeta a la cintura del señor Joaquim por un cinturón que recuerda a una batería pequeña de coche con un conjunto de llaves y botones en la parte superior. El viejo gira un botón, acciona una llave y realiza movimientos suaves con el brazo sosteniendo la bobina por encima del agujero. La frecuencia del zumbido aumenta drásticamente y una campanilla irritante, algo entre la bocina de una moto y la señal de una línea telefónica, se dispara a intervalos

aparentemente aleatorios y cada vez más frenéticos, con un chirrido de estática de fondo.

Es aquí. El señor Joaquim esboza una sonrisa infantil. De repente su tono se vuelve servil. Ya he encontrado otros tesoros con este aparato. Aquí hay algo. Pero la joven no lo puede desenterrar. Lo sabes, ¿no?

Ay, Dios mío, se desahoga Jasmim. Debe de ser solo otra lata oxidada, señor Joaquim. Un bolígrafo. Un clavo. Y solo lo he soñado dos veces. Tienen que ser tres, ¿no? ¿No tienen que ser tres veces?

El chico vuelve a cavar.

No es un clavo, muchacha. Aquí el silbido es muy fuerte. Ya lo verás. Es por tu bien.

Una bandada de cuervos marinos rodea la laguna graznando flojito. El único resquicio del día es un halo anaranjado detrás de las montañas.

Basta ya. Dame esa pala, vamos.

Comienza a avanzar con la mano extendida en dirección al joven, que no puede interrumpir el movimiento a tiempo y clava la pala por última vez en el fondo del agujero. Un tintineo metálico lo deja todo en suspenso por un largo instante. Todos se miran. Jasmim levanta una ceja e inspira profundamente.

Está bien, señor Joaquim. Vamos a ver lo que hay aquí.

El nieto o bisnieto del señor Joaquim trabaja con ahínco mientras el viejo se lía un cigarrillo de paja y da instrucciones. Él y Jasmim acompañan la actividad desde lejos, tumbados en la hamaca colgada entre dos ramas de un árbol junto al matorral que invade el terreno vecino, oyendo el creciente griterío de los grillos y los sapos.

¿No habías soñado que el tesoro estaba enterrado bajo la escalera de la puerta?

Sí, pero querían arrancarla y dijeron que después tendría que cambiar la puerta de lugar para apaciguar a los espíritus. Imagínate. ¡Cambiar de sitio la puerta de casa! Los espíritus de mi casa están tranquilos, no quiero despertarlos.

¿Qué quieres decir?

Esta casa está embrujada. He sido la primera persona en

alquilarla en diez años. No tenía luz, ni agua, ni nada. Lo arreglé todo. Los primeros meses viví oyendo la carcajada de una mujer y un día que estaba tumbada en la hamaca cerca de aquel árbol sentí una mano acariciando mi cara y escuché a una mujer decir «No tengas miedo». Salí corriendo, claro. Cambié la hamaca de lugar y nunca ha vuelto a pasar nada. No quiero ahondar más en ese tipo de cosas. Le mentí al señor Joaquim y le dije que en el sueño el tesoro estaba en aquella piedra para ver si cavaban y se largaban de una vez. No sabía lo que hacer.

Malditos jesuitas.

¿Te quedas a dormir conmigo hoy? Voy a tener miedo.

Tengo que volver, he dejado a la perra allá.

¿Puedo ir a dormir a tu casa, entonces?

Claro.

¿Has visto cómo se asustó el señor Joaquim al verte? ¿Lo conocías?

No lo había visto nunca.

Al viejo se le pusieron los ojos así de grandes. No se ha caído a la laguna por poco.

Ya es noche cerrada cuando el viejo y el chico suben el terreno en su dirección, el primero llevando el artefacto casero, el segundo con la pala al hombro y un cuadro de bicicleta oxidado en la otra mano.

9

Aguarda la llegada de su madre en lo alto de las escaleras. Espera el Parati negro, pero el coche que aparece haciendo una curva al principio de la carretera de Vigia es un Honda Civic de un modelo antiguo color champán que ella estaciona atravesado en la plaza de aparcamiento descubierta. Se acerca y abraza a su madre por primera vez desde el entierro. Lleva puestos unos guantes rojos y un jersey de lana beis. Parece más pequeña y más delgada de lo que recordaba. Con la inminencia de la visita, había decidido contarle la conversación que mantuvo con su padre la tarde anterior al suicidio, pero cuando recibió su llamada hace unos minutos avisándole de que estaba entrando en la ciudad y pidiéndole indicaciones sobre cómo llegar a su apartamento su decisión se fue al garete y al colgar supo que jamás sería capaz de explicársela. Lo atormentaría el resto de su vida por no haber avisado enseguida a la familia o tomado algún tipo de actitud para prevenir la tragedia. Jamás se lo podrá contar a nadie. La única otra persona que comprendería el acuerdo estaba directamente relacionada y se pegó un tiro con la pistola bajo el mentón teniendo cuidado de inclinar el arma lo suficiente para causar el mayor daño posible. Ahora ella se aleja un poco sin retirar las manos de la cintura de su hijo, mira en sus ojos y se deja mirar por él con una pequeña sonrisa en los labios. No se parecen mucho, pero mirar a un pariente próximo es como mirar un espejo y debe de haber algo de él en los ojos negros y llorosos de la madre, bien abiertos y dispuestos. Quizá sea más una cuestión de fe que de reconocimiento, pero se ve un poco en ellos. Ahora ella debe de

estar viendo a su ex marido en los rasgos del hijo. Y él sabe que su madre se siente relativamente joven y protegida al mirarlo pues él no tiene modo de saber si ella ha cambiado mucho o no. El ventilador del radiador del coche se apaga y se dan cuenta de que estaba girando. Su madre se saca los guantes y le pasa la mano por la barba.

Estás guapo así. Pero estás muy delgado.

Te echaba de menos, mamá.

Menos mal.

¿Y ese coche? ¿Es de tu novio?

Es de Ronaldo. Me lo ha dejado porque es automático y tiene calefacción. He viajado calentita y la carretera iba bastante vacía. ¿Le preparas un café a tu madre?

El sol está enmarcado por un claro de nubes y la previsión es de buen tiempo hasta el lunes. Baja la maleta de su madre por las escaleras y ella lo sigue haciendo fotos de las vistas de la bahía. Se queda afligida al llegar a la planta baja y ver la fachada del apartamento.

¿No hay peligro de que el mar llegue hasta aquí?

Claro que no, mamá. Si el mar subiese hasta mi ventana, Garopaba entera quedaría inundada por el agua.

Dentro del apartamento deja la maleta en la habitación y alisa un doblez en la sábana limpia recién cambiada mientras explica en voz alta que ella dormirá en su cama y él en el comedor. Su madre no responde y cuando regresa al comedor se la encuentra sentada en el sofá con las manos unidas entre las rodillas, atónita, mirando a la perra que está de pie en la alfombra, delante de ella.

¿Qué le ha pasado?

La atropellaron. Estuvo muy grave, casi se muere.

Está coja y le falta una oreja.

Solo un trocito de la oreja. Está mejorando. Ya lo verás cuando vayamos a la playa. Ya consigue correr un poco.

¿Cuántos años tiene?

Quince o dieciséis. Hacía mucho que no la veías, ¿no?

Desde que dejé a tu padre.

Beta da unos pasos en dirección al sofá y su madre se encoge.

Se acuerda de ti.

Llévate a esa *plaga* de aquí, por favor.

Abre la puerta del comedor, saca a la perra, cierra la puerta. Después de beber un café solo y de hablar un poco más, coge la llave del Honda y se lleva a su madre a comer al sofisticado restaurante de un hostal situado en la ladera del cerro de la playa de Rosa. Es pronto para los surfistas de fin de semana y el sitio todavía está vacío. El interior del edificio de madera y piedra está decorado con muebles de madera de segunda mano, estatuillas indias, máscaras y tótems africanos, caparazones de tortuga y huesos de ballena. Baladas suaves suenan muy bajito a través de los altavoces ocultos. Escogen una de las mesas que quedan cerca de la plataforma con vistas a la playa y a la graciosa laguna de Meio, donde según dicen mucha gente ha muerto enredada en las algas. Olas enormes rompen en el fondo y marchan sin desviarse hasta la arena, remolcando bolillos de espuma. Su madre se muestra encantada con las copas de cristal, las velas votivas, los girasoles colocados dentro de jarrones de vidrio en forma de tubo de ensayo. Piden un guiso brasileño de marisco. El camarero recomienda algunos vinos y ella elige un pinotage sudafricano. El divisa el chorro de agua de una ballena franca y señala el mar azul. Su madre se pone las gafas y alcanza a ver los dos chorros siguientes, pero la ballena desaparece enseguida. Llega la comida y el olor penetrante del marisco y los condimentos se extiende por la mesa.

¡Qué bueno está el puré de chirivía! ¿Ya habías venido antes a este sitio?

No. Me lo recomendó un amigo que tiene un hostal aquí al lado.

¿Has hecho muchos amigos?

Algunos.

Creí que te habías vuelto un ermitaño.

La vida aquí es normal.

Normal para ti. Sinceramente, no entiendo por qué tienes la necesidad de vivir metido en un lugar abandonado de la mano de Dios en pleno invierno cuando podrías estar en Porto Alegre o en São Paulo, como tu hermano. Creo que lo que te pasa es que estás

cabreado con la muerte de tu padre y que acabarás volviendo. Pero es tu vida, claro. Eres adulto. Sé que te gusta estar solo, siempre has sido así, desde pequeño, y siempre lo respeté, pero nunca estuve de acuerdo con esa falta de voluntad para hacer algo útil con tu vida. ¿Hasta cuándo te vas a quedar aquí dando clases de natación a cuatro gatos? Solo, con esa perra asquerosa. No va a tardar mucho en morirse. Este no es lugar para construir una vida. Nunca dejé de pensar que tu falta de iniciativa es culpa de tu padre, quien siempre me decía que te dejara en paz. Te pasaba la mano por la cabeza. Deja al chico estudiar educación física. Deja al chico montar en bici y nadar, es lo que le gusta. Has heredado lo peor de tu padre, que no era la botella ni los puros ni su falta de respeto hacia mí, sino esa idea absurda de que podríais vivir en medio del bosque como se vivía hace mil años y que solo nacisteis por casualidad en el siglo veintiuno, y sin embargo vivís en una gran ciudad donde es posible hacer cosas, crear cosas, ganar dinero, viajar por el mundo…

Yo nací en el siglo veinte. Y papá también.

… y estudiar cosas fascinantes y llevar una vida moderna, interesante, llena de cultura, y aprovechar todo eso para tener una familia que también podrá beneficiarse de todo eso y así sucesivamente. Esas cosas que nuestros antepasados piensan que vamos a hacer, ¿sabes? Tu padre no me dejaba regañarte por eso durante tu adolescencia y ahora crees que dejarte barba en un cuchitril de verano alquilado, lleno de moho y olor a pescado, ganando lo justo para pagar la luz, es una vida lo bastante buena para ti. Yo no lo veo así. En algún momento querrás casarte, querrás tener tu propia casa. Tu nueva novia es de Porto Alegre, ¿no? ¿Quiere pasar el resto de su vida en este lugar? Lo dudo mucho. ¿Pretendes seguir con ella? ¿Piensas en casarte algún día con ella? ¿Pretendes tener hijos? ¿Podrán acceder a un buen colegio en este sitio? Me has explicado que es una chica muy culta, que está haciendo un máster. Debe de tener ambiciones. Ya he visto antes la misma película. Ya me conozco la historia y al final tú acabas mal. Te puedes pasar toda la vida buscando otra Viviane pero si tú no cambias de actitud volverá a pasar lo mismo una y otra vez…

Solo si me das otro hermano hijo de puta.

… porque el problema es que te enfrentas a la vida como algo para ser vivido en soledad, a no ser que las circunstancias te obliguen a hacer otra cosa. Sé que no lo haces adrede, que es tu naturaleza, pero, cariño, tienes que luchar contra ello. Y si quieres insultar a tu hermano insúltalo de otra manera porque aquí la señora, su madre, no es ninguna puta. Es licenciada en Arquitectura y trabajó durante muchos años de decoradora.

No quise…

Tienes que dejar de odiar a Dante por lo que pasó. No es culpa suya que Viviane se interesara por él.

Mamá, no sabes nada.

Y se tomó muy mal tu marcha apresurada del velatorio. Me quedé muerta de vergüenza. Si eres la persona tan independiente y segura de sí misma que crees ser, ¿por qué huir para evitar el encuentro con Dante y Viviane? ¿De verdad crees que no necesitas a nadie? Hace unos años llegué a pensar que Dante era el hijo que iba a acabar complicándose la vida con esa historia de ser escritor. Hasta hoy no tengo la menor idea de cómo se gana la vida ya que vende pocos libros y nunca gana los premios que dan dinero. Creo que dando conferencias. Sé que está en São Paulo y que vive en un pisazo que consiguió comprar…

Lo financió a treinta años.

… porque persistió en sus sueños…

Y ella paga la mitad.

… y en sus objetivos, mientras que tú regalaste tus muebles y lo poco que tenías en aquel apartamento de Menino Deus prácticamente gratis al primero que apareció por allí, le diste poderes a tu amigo abogado para resolver los litigios, huiste a la playa y te metiste en un agujero en la arena como un armadillo. ¿Cómo sabes que Viviane paga la mitad?

Me lo dijo ella.

¿Cuándo has hablado con ella?

A veces me manda mensajes por Facebook.

Pero no sois amigos en Facebook. Lo he comprobado.

No tienes que ser amigo para enviar un mensaje privado.

No sabía que estabais en contacto.

No respondo a sus mensajes. Y de todas formas, acabo de cerrar mi cuenta.

No sabía que ella paga la mitad.

Hay muchas cosas que tú no sabes.

Dante nunca me explicó que ella paga la mitad.

Es normal. Viven juntos. Y espero que hayas terminado porque no quiero volver a hablar del tema. Es bueno que hayamos tenido esta conversación porque ahora ya no tenemos que volver a tenerla. Me importa una mierda lo que Dante haga o deje de hacer y me da igual que sea tu preferido hasta que me muera. Hace mucho tiempo que hice las paces con ese asunto. Pero no me toques los huevos con él. ¿São Paulo? Siempre has odiado São Paulo y ahora que viven allí se ha convertido en el único lugar donde querría vivir un ser humano. Mírame y dime qué crees que alguien como yo podría…

No os estoy comparando, hijo, solo quería…

Estoy bien aquí, mamá. En serio. Sé que no entiendes cómo puede ser posible. Intenta creerlo, entonces. Me gusta la vida de aquí.

Os quiero igual a los dos. No existe lo de preferir a un hijo.

No importa.

Eso no existe.

Y tú, ¿cómo estás, mamá?

Ya te lo he dicho. Estoy muy bien. No he dejado de hablar desde que llegué. No sé qué más contarte. ¿Qué quieres saber?

¿Estás caminando? ¿Has conseguido bajar los triglicéridos?

Sí. Caminando e hinchándome a omega 3. Me hice un análisis el mes pasado y la doctora me dijo que tengo la sangre de una niña.

¿A cuánto han bajado?

Doscientos y poco.

No son los de una niña, pero han bajado bastante. ¡Qué bien! ¿Estás trabajando? Te veía muy parada. Sé que el tal Ronaldo debe de ser pura emoción, pero creo que tendrías que volver a trabajar para mantenerte ocupada.

Estoy ocupada con el testamento y el inventario de tu padre.

Dante se está encargando de casi todo, que yo sepa.

Dante está en São Paulo y solo viene si es indispensable. Me he vuelto su gestora. Antes de final de año debería de estar disponible vuestro dinero. Voy a poner la casa a la venta. Me gustaría que pensases bien lo que vas a hacer con él. Utilízalo para poner en orden tu vida. Consigue un socio y abre un gimnasio en Porto Alegre. O da una buena entrada para un piso. No lo regales.

¿A quién se lo voy a regalar, mamá?

Ya me entiendes. Eres demasiado generoso. Guarda ese dinero cuando llegue. Prométeselo a la vieja de tu madre.

¿Lo echas de menos?

¿A quién te refieres?

¿Echas de menos a papá?

Ella gira la cabeza hacia el mar y se muerde las mejillas por dentro.

Lo peor es que sí. Ahora que ya no está, echo de menos los años buenos. Fueron varios.

¡Qué bien, mamá! ¡Qué bien!

Ella quiere poner los pies en la arena. Bajan en coche hasta el extremo sur de la playa, caminan hasta la laguna de Meio y vuelven sin apenas hablar. La imponencia de las montañas los envuelve y empequeñece y al otro lado el mar les restriega en la cara la infinitud de su salida inaccesible. El viento se lleva dos veces el sombrero de paja de su madre, que tiene que correr en la arena seca detrás de él. La belleza de la playa asienta los últimos resquicios de animosidad del almuerzo.

Jasmim les recibe en la cabaña de Ferrugem casi al final de la tarde con café, mate y un bizcocho de naranja cortado en cubitos. Le entregan la hierba mate del mercado público de Porto Alegre que su madre trajo como regalo. Por la tarde, había advertido a su madre de que no tocara ciertos temas y la conversación fluye sin percances impulsada por el entusiasmo afectado de su madre, que lo encuentra todo absolutamente maravilloso, divertido y espantoso. Es entonces cuando más lo irrita, cuando finge para agradar y no queda ni rastro

de la historia de amor oculta que existe por detrás de sus censuras y juicios y de las perennes comparaciones con su hermano mayor. Jasmim exagera la historia del detector de metales con fines cómicos y a su madre se le acaban saltando las lágrimas de la risa. En un momento increíble discuten algunos detalles de la trama de la telenovela de las ocho, ya que Jasmim ni siquiera tiene televisor en casa. No se plantean preguntas sobre cómo es para una mujer vivir sola en un sitio así, ni sobre las expectativas de futuro, ni chistes sobre suegras y nietos. Piensa si podrían realmente llevarse bien. Es posible que sí. Con el tiempo.

El domingo por la mañana decide no llevar a Beta al mar solo para no dejar a su madre perpleja con la escena. Descongela un pescado para el almuerzo y abre dos sillas de playa delante del apartamento. La perra ladra bastante y pilla a su madre *in fraganti* derramando agua caliente del termo sobre ella, pero al ser confrontada su madre jura que fue sin querer. La *plaga* pasó por debajo justo en el momento en que iba a llenar el mate, me asusté.

Una mujer pasa por el camino y se detiene delante de ellos para conversar. Solo alcanza a identificar a la señora Cecina cuando empieza a decir que él es un buen inquilino, el mejor que ha tenido nunca fuera de temporada, muy tranquilo, distinto a su abuelo que vivió aquí hace muchos años. Él nunca había hablado de su abuelo con la señora Cecina y la descabellada mención solo puede ser alguna especie de mensaje para él, pero ya hablará del asunto con ella en otro momento. Cuando la señora Cecina se marcha su madre le pregunta qué había querido decir con lo del abuelo.

No tengo ni idea, mamá. Chochea un poco. No deja de confundirme con otras personas que se alojaron aquí.

Cerca del mediodía entra en casa e intenta condimentar el pescado y asarlo. Tarda en oír la voz de su madre otra vez.

Hijo, ven a ver esto.

Sale y mira a su alrededor pero no sabe decir a qué se refiere su madre.

Allí. Un alcatraz pescando. Es un alcatraz pardo. Mira.

El pájaro planea entre los barcos de pesca a veinte o treinta

metros de altura. Comienza a descender en círculo abierto y de repente cambia bruscamente de sentido, se transforma en una flecha y perfora el agua en ángulo recto. Reaparece flotando segundos después sin ningún pez en el pico y alza de nuevo el vuelo, conforme.

Si hay algo que adoro es ver a esos pájaros que pescan sumergiéndose en el agua. Venía mucho a Florianópolis y a Bombinhas con mi familia cuando era una adolescente y me pasaba horas mirando los alcatraces. Mi padre lo sabía todo sobre estos pájaros. Tienen bolsas de aire en la cabeza para amortiguar el impacto cuando se sumergen. ¿Lo sabías? Me gustan cuando se quedan inmóviles sobre las piedras con esas patitas torpes, la barriguita blanca. Son tan coquetos… Mi padre me contó que una vez encontraron un alcatraz que se había sumergido con tanta fuerza que entró con el pico en la boca de un pez. Sacaron el pez del agua con la cabeza del alcatraz dentro de la boca. Murieron los dos a la vez porque al alcatraz se le quedó la cabeza atrapada y se ahogó. ¿Te lo imaginas?

Mira a su madre, que sigue vigilando al alcatraz como una niña maravillada, y sonríe para sí. Siente un nudo en la garganta.

Un amigo mío diría que las vidas de ambos estaban unidas.

Después del almuerzo se acercan a tomar un helado a la Gelomel. Propone ir a otra playa pero su madre dice que está cansada y prefiere no pasear arriba y abajo por ahí. Suben en coche al cerro de Antenas para apreciar la vista de la ciudad, de las playas, de las dunas y de la laguna de Siriú. Cuando empieza a anochecer vuelven a casa y se preparan una cena sencilla a base de cafés y bocadillos. Su madre le pregunta cómo va de dinero.

Voy bien. Tengo el pequeño colchón de lo que me saqué con el coche y el salario del gimnasio me da para vivir. No te preocupes por mí.

¿Me puedes prestar algo?

No entiende por qué necesita dinero. Le explica que se hizo una cirugía plástica.

¿Dónde, mamá?

Me he quitado la papada. Y las bolsas de los ojos. No querrás tener una madre con cara de sapo, ¿no? No puedes apreciar la diferencia, pero estoy más guapa.

Pero ¿adónde ha ido a parar tu dinero?

No lo sé. Está todo muy caro. También le dejé algo a Dante, y tiene que devolvérmelo, pero no sé cuándo. Dice que tendrá dinero cuando termine el libro. Porque tiene que dejar de trabajar para poder acabarlo. Me falta pagar cuatro plazos de la operación.

Ahora entiendo cómo viajó a Vietnam el año pasado.

Me lo va a devolver.

¿Ronaldo no tiene dinero?

Tiene un poco. No se lo quiero pedir a él. Está en contra de la cirugía estética. Creo que me lo daría, pero solo se lo pediré si no hay más remedio. No pasa nada si no tienes. Solo estoy preguntando.

No tengo casi nada, mamá.

Le dice que le hará una transferencia de lo poco que tiene ahorrado al día siguiente por la tarde y su madre promete devolvérselo cuanto antes. El lunes por la mañana se levantan temprano para que ella emprenda el regreso de vuelta a Porto Alegre. Está empezando a amanecer y la luz de la farola parpadea sobre sus cabezas. Cierra el maletero, abraza a su madre y le da un beso en la cara. Le dice que no corra. Antes de dar marcha atrás, su madre abre la ventanilla hasta la mitad.

Perdona que me meta, pero creo que a esa negra no le gustas de verdad.

Jasmim no atiende el teléfono en todo el día, pero llama a primera hora de la tarde cuando él está trabajando. Está desconsolada, sin aliento de tanto llorar.

Necesito que vengas ahora mismo.

Solo puedo ir después de las cinco. ¿Qué pasa?

Una nueva oleada de sollozos la impide hablar.

Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

Ven en cuanto puedas, ¿vale?

A las cinco y media baja a toda prisa la rampa de acceso a la cabaña, apoya la bicicleta en la valla y solo cae en la cuenta de que ya no existe ninguna escalinata de cemento en la puerta delantera cuando está a punto de llamar. La escalera no solo desapareció sino que ha dado lugar a un agujero irregular y profundo rodeado de piedras de tierra húmeda que van del beis al negro. Una azada y una pala yacen abandonadas sobre la hierba. Rodea el agujero y pica a la puerta. Jasmim grita que está abierta y que entre. Apoya uno de los pies en el umbral, se agarra al marco con ambas manos y entra en la cabaña con una especie de maniobra de escalada.

Jasmim está tendida en el suelo con los pantalones tejanos y la chaqueta de nailon llenos de barro. Hay tierra en sus manos, en el pelo recogido detrás de la cabeza y en la punta de su nariz. Tiene los ojos opacos y los pómulos que ve como si fuese la primera vez llenos de lágrimas. Esboza una pequeña sonrisa dolorida al verlo. Él enciende la luz en el interruptor de la pared, se arrodilla y la abraza preguntándole qué ha sucedido. Jasmim suspira de alivio pero sus besos no pasan de ser reflejos involuntarios. Señala la encimera de la cocina y gira la cara hacia el lado contrario como si allí reposase algo terrible que preferiría no volver a ver nunca más. Él se levanta y camina hasta la encimera. Se trata de dos objetos. Un candelabro plateado de unos treinta centímetros de altura, del tamaño de una flauta, y una especie de copa o cáliz de hierro con el interior de bronce u otro metal anaranjado. Aún están sucios de tierra.

Estoy segura de que el candelabro es de plata, dice Jasmim a su espalda con voz cansada.

Parece que la copa es de bronce por dentro.

Creo que es oro.

No puede ser.

Jasmim suspira profundamente. El vuelve a poner los objetos sobre la encimera, se agacha delante de ella y sujeta sus manos ásperas y llenas de barro. Ella le explica que la noche anterior había pedido ayuda al vecino para retirar la pequeña escalera de cemento. Su vecino se dio cuenta de que el bloque de los escalones estaba un

poco suelto, trabajó un rato en ellos con un mazo, encontró una manera de atarlo con una cuerda a la parte trasera de su camioneta F1000 y aceleró cuesta arriba hasta arrancar la escalera de cuajo. Había aprovechado que la agencia de turismo cerraba hoy para pasarse todo el día cavando con las herramientas que el mismo vecino le dejó y ya tenía los brazos débiles, ampollas en las manos y todo el cuerpo dolorido cuando dio a algo extraño con la pala. Los objetos estaban envueltos en trapos deshechos y ella tuvo una crisis de llanto en cuanto los llevó dentro de casa.

¡Increíble! Estaban justo donde habías soñado, ¿no?

Sí, responde exasperada. Las lágrimas vuelven a serpentearle la cara como gotas en una vidriera. Recoge las manos y se refriega el rostro extendiendo el barro como en una pintura de guerra mezclada con su color de piel. ¡Joder! ¡Qué coño he hecho! Y ahora, ¿qué hago?

Debe de costar una pequeña fortuna. No creo que la copa sea de oro pero si fuese de…

¡Joder! ¿No lo entiendes? Volví a soñar otra vez lo mismo el sábado.

Ahora lo entiende y solo consigue reaccionar con una exclamación muda.

Después de que tú y tu madre os fuerais me tumbé a ver una serie que me había bajado, me dormí y volví a despertarme al cabo de una hora justo en medio del sueño. El mismo que las otras veces. Dos sacerdotes enterrando algo delante de la puerta de mi casa y una mujer de blanco mirando. Y esta vez aparecía el viejo con el detector de metales y algunos cacharros más, pero la situación era la misma.

¿Por eso estás así? Por el amor de Dios, Jasmim. Solo es una superstición. Volviste a soñar lo mismo porque le contaste la leyenda y los sueños a mi madre y te asustaste con los tipos esos cavando por aquí. Las cosas se quedan en la cabeza y soñamos con ellas. No te pongas así.

Fue la tercera vez y había realmente algo allí. Nunca creí que…

Levántate. Vamos a tomar un baño, estás un poco guarra.

Voy a tener que cambiar de sitio la puerta de casa. Estoy jodida.

La levanta por los brazos hasta que se pone de pie.

Estás impresionada. Vamos a pensar qué hacemos ahora con tu tesoro. Ahora taparé el agujero de delante de la puerta. No pasa nada.

¿Duermes hoy aquí?

Tiene que pasar por casa a darle agua y comida a la perra pero sabe que ese instante es decisivo y cualquier mínima variación en su respuesta lo cambiará todo.

Claro que sí.

Ella se va a darse una ducha y él sale a cubrir el agujero. Requiere tiempo porque la tierra está muy esparcida y la oscuridad dificulta el trabajo. Un silencio antinatural se apodera de la noche y oye cómo se quiebran algunas ramas en mitad del bosque. El paso de un vehículo por arriba, en la carretera, lo tranquiliza. Cuando el agujero está lo suficientemente relleno para no causar un accidente, se da por vencido y entra en la casa. Cierra la puerta y las persianas, toma un baño y prepara un bocadillo con lo que encuentra en la nevera. Pensando que es buena idea perderlos de vista, coloca el candelabro y la copa dentro de la caja de cartón de la licuadora y la esconde debajo de la pila, entre los productos de limpieza.

Jasmim está tumbada de lado bajo una capa de mantas y edredones, las rodillas encogidas, mirando la pared. No quiere comer nada. Él se mete bajo el calor de las colchas y la tranquiliza acariciándole el cuerpo húmedo y el pelo seco recogido en una trenza. No quiere seguir viviendo en la cabaña. Le dice que si quiere puede instalarse durante un tiempo en su apartamento y le pregunta si piensa seguir viviendo en Garopaba en un futuro. Todavía quedan terrenos baratos en Ambrosio, en Pinguirito, en Siriú. En dos o tres años todo va a costar el doble y si empiezan a buscar ahora podrían encontrar un buen terreno y construir una casa poco a poco.

¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

Sí. Si quieres.

¿Y cómo sería nuestra casa? ¿Crees que podríamos encontrar un terreno en la ladera? Me gusta vivir en una ladera. No tiene por qué

ser muy arriba ni nada de eso.

Fantasean sobre la casa durante un buen rato hasta que su voz bella y monótona se vuelve embriagada, débil, y desaparece por completo. Es la primera vez que ella se duerme a su lado sin el lento preámbulo de coces y balbuceos y sabe que Jasmim tiene el cuerpo y la mente exhaustos aunque se autoriza a creer que se trata de otra cosa.

Por la mañana la ve por última vez. Se levanta más pronto de lo normal y la zarandea levemente. Le dice a la oreja que tiene que pasarse por casa y le pide que lo llame por teléfono en cuanto se levante. Jasmim refunfuña asintiendo. Se monta en la bicicleta y pedalea hasta el apartamento. Beta se ha meado en el suelo del lavabo. Da agua y comida a la perra y la lleva a dar un paseo por la playa. La deja entrar sola en el mar y se queda vigilándola. Su forma de nadar es voluntariosa y de una impresionante eficacia. Enfrenta con bravura la corriente de retorno de las olas en el agua lisa y deja que las pequeñas olas la cubran sacudiendo la cabeza y soplando el agua con el hocico. Después de unos minutos la perra regresa a la arena y viene trotando hasta él con sus movimientos limitados, usando la pata delantera solo para apoyarse cuando es necesario. Como son las once y Jasmim todavía no lo ha telefoneado, intenta llamarla él, pero no atiende nadie. Deduce que ha dejado el móvil en silencio pero sigue intentándolo cada diez minutos hasta que empieza a atenderle el mensaje que anuncia que el aparato está apagado o fuera de cobertura. Cuando se da cuenta, va atrasado para ir a trabajar. Se pasa toda la jornada vespertina en la piscina intentando hablar con ella y llega a telefonear a Bonobo y a pedirle que se pase por casa de Jasmim en coche para ver si está todo en orden, pero su amigo está en Florianópolis renovando el pasaporte en la Policía Federal. A las cinco se monta en la bicicleta y pedalea hasta Ferrugem. La cabaña está cerrada y la moto ha desaparecido. El teléfono sigue inaccesible.

Se pasa por la cabaña los siguientes días pero no hay señal de ella. Los vecinos no la han visto salir ni volver. Al tercer día aparece una chica nueva en el mostrador de la agencia Caminho do Sol y le

informa de que allí nadie tiene ni la más mínima idea de lo que le ha pasado a Jasmim pero que el martes no acudió al trabajo y no dejó recado alguno, lo que es muy raro porque tiene por cobrar el sueldo de la semana anterior. Al cuarto día acude a la policía y presenta una denuncia por su desaparición. Los policías le comunican que harán una investigación informal, contrastarán los datos obtenidos e iniciarán los procedimientos de búsqueda en caso de que Jasmim no aparezca en una semana. No sabe su nombre completo pero da el nombre de su padre, diputado en Porto Alegre, y explica que estaba investigando en los CAPS y centros de salud de la región. También cuenta que un viejo de Ferrugem conocido como señor Joaquim llevaba días rondando la cabaña, aunque decide no mencionar por ahora nada sobre leyendas ni tesoros enterrados.

Al quinto día él y Bonobo fuerzan la persiana de una de las ventanas. Hasta donde su problemática memoria puede recordar el interior de la cabaña está intacto y todo se halla en la misma posición que cuando él se marchó el lunes por la mañana y la dejó allí durmiendo sola, con la diferencia de que la caja que contenía el candelabro y la copa ha desaparecido del armario bajo la pila. Al sexto día pasa por allí de nuevo y se encuentra al señor Joaquim fisgoneando la parte trasera de la casa junto con el chico que debe de ser su nieto o bisnieto. Pregunta si saben dónde está Jasmim. El viejo responde que creía que él lo sabría y señala la ventana.

La han forzado.

La forcé yo. Salid y no volváis nunca más. Si os vuelvo a pillar de nuevo por aquí la cosa se va a poner fea.

Lo habéis encontrado, ¿no es cierto?

Fuera de aquí.

Toma por el brazo al señor Joaquim y lo conduce durante unos metros en dirección al portón. El chico se pone la gorra del revés y lo mira como si reforzase una maldición antes de seguir los pasos del viejo y desaparecer por el acceso hacia la carretera.

Al séptimo día Jasmim le envía un SMS diciéndole que está en

Porto Alegre, que necesita pensar y que le llamará en cuanto vuelva, lo que sucederá en breve. Él le envía un mensaje preguntándole si puede llamarla pero ella no responde. Intenta llamar de todos modos pero nadie atiende. Llama cinco veces seguidas hasta que ella desconecta el móvil. Se acerca a comisaría a retirar la denuncia. La chica está en casa de sus padres en Porto Alegre. El policía le comenta que siempre sucede lo mismo.

Jasmim no lo llama hasta mediados de agosto. Hace dos días estuvo en la cabaña de Ferrugem junto con un primo para empaquetar sus cosas, colocarlas en un pequeño camión de mudanzas y entregar la llave al propietario. Ya ha vuelto a Porto Alegre. Pide perdón por no haberlo llamado y por haber desaparecido sin dar explicaciones en primer lugar. No quiere seguir viviendo en Garopaba y no tiene intención de terminar su investigación para el máster. Hacía mucho tiempo que estaba perdida y no se había dado cuenta de ello. Pretende quedarse un tiempo viviendo con sus padres hasta enderezar su vida y encontrar un nuevo rumbo. Llegó a creer que podría enamorarse de él pero ella le había avisado, ¿no le había avisado? No sabe enamorarse de verdad. Dice que él es una buena persona. Guapo, cariñoso y buena persona. Espera que él no se haya enamorado de verdad. Siempre es duro hacer lo que uno tiene que hacer, romper con personas legales, incluso cuando se está convencido de que es lo mejor. Dice que sintió que no tenía otra opción. Aquella mañana, después del desenterramiento del tesoro, se despertó sola y temblando de pánico sobre las diez de la mañana y la acometió una sensación urgente de huir. Los objetos habían desaparecido de la encimera de la cocina pero al ver la licuadora fuera de sitio encima de la nevera ató cabos y buscó la caja hasta dar con ella en el armario de la pila. Se puso ropa de abrigo, botas y guantes, instaló el maletero en la moto, colocó en su interior el cáliz de plata y la copa recubierta de oro, tomó la bolsa y partió decidida a librarse de los objetos en el lugar más remoto y perdido al que pudiese llegar con la gasolina del depósito. Entró en la BR-101 dirección sur y cuanto más avanzaba a gran velocidad dejando atrás Garopaba más sentía que ese viaje no tendría vuelta

porque ella iba a morir de algún modo antes de poder librarse de los malditos tesoros que eran como una granada sin espoleta en el maletero de su vieja motocicleta, y en esos últimos momentos de claridad que anteceden a la muerte, la claridad ocasionada por la desesperanza o por el fatalismo, alcanzó a ver en toda su dimensión la farsa que había sido su vida a lo largo de los últimos años. Sentía como si los años, después de los veinte, hubiesen perdido la personalidad única que poseen en la juventud y se hubieran convertido nada más que en vagas referencias al hecho deque la vida pasa. No quería seguir creyendo algo así. No quería vivir sola en una cabaña al lado de la laguna ni continuar preguntando a la gente si toma algún medicamento o si es feliz para diseñar tablas de Excel y no llegar a ninguna conclusión. No sabía qué quería hacer. No era eso. Ella no era como él, que parecía pertenecer a ese lugar. Ella nunca pertenecería a Garopaba y ya se había quedado el tiempo suficiente para aprender esa lección, la única todavía disponible. Cuando se dio cuenta estaba cerca de Criciúma y sin pensarlo demasiado decidió tomar la primera salida a la derecha y seguir adelante hasta donde pudiese. La carretera se volvió estrecha y las ciudades postapocalípticas a orillas de la BR-101 fueron dando paso a pueblos sencillos y sitios muy verdes mientras los paredones monstruosos de la sierra Geral asomaban frente a ella. Vio papagayos y tucanes volando muy cerca del bosque y llenó el depósito en una pequeña ciudad llamada Timbé do Sul donde el empleado de la gasolinera le sugirió que el lugar remoto que ella estaba buscando quizá estuviese en lo alto de la sierra de Rocinha y allí fue adonde se dirigió después de tomar una Coca-Cola, comer un paquete de Ruffles y apagar el teléfono móvil en el que constató que él le había enviado varios mensajes y la había llamado innumerables veces. No pudo responder en aquel momento o lo habría echado todo a perder. La carretera de tierra era extremadamente empinada y extremadamente peligrosa y tras algunos kilómetros en primera pasando por encima de piedras enormes y aguantando la moto entre las piernas para no caerse en el abismo aterrador, rezando en las curvas muy cerradas que limitaban

la visibilidad a unos pocos metros para no ser arrollada por uno de los camiones de carga que descendían sin poder frenar, paró en una especie de mirador natural, contempló la vista que abarcaba los paredones de los cañones y la planicie de la costa hasta el litoral, sacó el cáliz y la copa del maletero de la moto y los arrojó con todas sus fuerzas, de uno en uno, en el bosque del barranco más cercano, que los engulló sin hacer ruido. Después siguió subiendo la sierra pensando que quizá ahora se hubiera librado de la maldición y al llegar a la cumbre ya había dejado de creer en la leyenda y se había dado cuenta de que su terror era de otra naturaleza y que la maldición solo servía a modo de chivo expiatorio. Lo contempló todo desde arriba y de lejos y sintió que estaba libre. La niebla comenzó a condensarse en la ladera de los cañones formando nubes prodigiosas de vapor muy blanco que se enrollaban y desenrollaban delante de sus ojos y después amenazaban con engullir todo el borde de la sierra. Arrancó la moto y pilotó por carreteras de tierra cubiertas de grava. Atravesó colinas y campos color verde claro, casi marítimos, ligeramente quemados por la escarcha, con los huesos tiritando de frío, hasta llegar a São José dos Ausentes y después a Bom Jesus, donde se hospedó en una pequeña habitación de hotel por veinticinco reales y se derrumbó completamente exhausta y feliz sobre los edredones de lana de oveja. Al día siguiente descendió por las carreteras de asfalto hasta Porto Alegre en un hermoso viaje de cinco horas que terminó en casa de su familia, y tras días de reflexión y consejos decidió que iba a romper los lazos con Garopaba y todo lo que allí había porque ella era ya otra persona y no podía seguir por ese camino, ya no tenía sentido. No respondió a sus llamadas ni le telefoneó por miedo, por falta de palabras para explicar lo que estaba sucediendo y quizá porque creyó que sería mejor así. Qué triste es hablar sobre las cosas, intentar explicarse, intentar expresarse. En cuanto damos nombre a las cosas estas mueren. ¿Podía entenderlo? ¿Podía perdonarla? ¿Estaba todo bien?

Le dice que no la perdona pero que la entiende y que no pasa nada, que si quiere ella ya sabe dónde encontrarlo y que espera que sea muy feliz. No ve sentido en explicarle que había pasado diez días

sufriendo como si su vida hubiera perdido toda posibilidad de alegría y encanto, bebiendo hasta desmayarse y corriendo y nadando hasta sentir calambres, pero que después todo volvió a la normalidad y que en verdad ya no la echaba tanto de menos, que su cara había desaparecido de su memoria quince minutos después de haberla dejado durmiendo aquella última mañana que despertaron juntos y que nunca volvería a no ser que le enviase una foto, lo que le gustaría mucho que hiciese, de hecho, y que para ser sincero ya la había olvidado también en el otro sentido, el sentido que ahora lo haría sufrir, pero se lo acaba contando de todas formas y ella enmudece por un momento y dice ¿Lo ves? No me amabas tanto.

La señora Cecina no parece sorprendida con su visita y lo invita a entrar sin preguntar a qué se debe esta. Intercambian las amabilidades de rigor. El televisor del comedor está sintonizado en el telediario del mediodía y un viejo en estado vegetativo vigila su llegada desde una silla de ruedas al lado del sofá, protegido del frío por un gorro de lana y mantas. Un olor a pescado frito sube desde la cocina situada en el piso de abajo.

No conocías a mi marido, ¿verdad?

No. ¿Cómo se llama?

Quien.

Su marido.

Ese es su nombre. Lo llaman Quien. Su verdadero nombre es Quirino.

Buenas tardes, señor Quirino, lo saluda.

La respiración del viejo se vuelve pesada.

Siéntate, por favor. ¿Quieres un café?

No, señora Cecina, muchas gracias. Voy a ser muy rápido, solo vine a preguntar una cosa. ¿Recuerda que mi madre estuvo aquí hace unas semanas y usted habló con ella delante del apartamento?

Sí. Tu madre es muy simpática.

A ella también le cayó usted muy bien.

¿Qué tal con tu novia?

Se fue. Volvió a Porto Alegre.

¿Para siempre?

Creo que sí.

¿No vas a ir detrás de ella?

No.

¡Qué cosas!

Señora Cecina, esta mañana temprano estaba nadando con mi perra en la piedra de Baú y…

¿Cómo está la perrita?

Está genial. Cojea un poco pero ya corre con la lengua fuera y me acompaña a todos lados.

Parece un pececito nadando.

Es verdad. Pero justamente la estaba haciendo nadar un poco hoy temprano cuando miré la entrada del apartamento y me acordé de la conversación que mantuvo con mi madre. Me quedé dando vueltas a una cosa que no sabía exactamente qué era hasta que puf, me acordé. Usted habló de mi abuelo. ¿Se acuerda?

¿Hablé de él?

Sí. Pero yo nunca le había dicho nada de él.

El viejo Quirino resopla en la silla de ruedas.

Dicen por ahí que quieres saber cosas sobre tu abuelo. Y si te digo la verdad, si dependiese de mucha gente ya te habrían echado de aquí. Me han pedido varias veces que te eche. Pero me pagaste el año entero. Te has convertido en un problema.

Usted dijo que él no era tranquilo como yo o algo así. ¿Lo conocía?

Yo no.

¿Qué sabe sobre él? Sé que murió aquí, en la ciudad, pero aparte de eso todo el mundo me explica una cosa diferente. Había decidido dejar el tema en paz pero ahora ha vuelto todo y esa historia me está volviendo loco.

¿Estás enfermo? No tenías esas ojeras.

No puedo seguir adelante con mi vida hasta que no sepa qué le pasó, señora Cecina. Mi padre me habló de mi abuelo antes de morir. Él quería saberlo y ahora yo quiero saberlo. Lo necesito.

Tiene que ayudarme. Usted es la única amiga que tengo de entre la gente de entonces. Se lo pido encarecidamente. Por favor.

El viejo Quirino empieza a hacer gárgaras con la saliva o algo parecido. La señora Cecina permanece un rato en silencio, mira a su marido inválido, se levanta, empuja la silla de ruedas y desaparece por el pasillo. Regresa al cabo de unos minutos y vuelve a sentarse en la butaca situada delante de él.

Conocí a tu abuelo. Todos lo conocían durante el tiempo que pasó aquí. Pero pocas personas lo conocían bien. Yo era una adolescente.

¿Sabe cómo murió?

Lo sé pero no te lo puedo contar.

¿Por qué no?

Tengo miedo. Nadie que viera lo que sucedió y que todavía esté con vida te lo va a querer explicar.

¿Usted lo vio?

Lo vi y todos los días rezo para olvidar aquello.

El apoya la mano en la cabeza y suspira. La señora Cecina se levanta, toma un bolígrafo y un bloc de notas de la mesilla del televisor, vuelve a sentarse y empieza a anotar algo con su caligrafía lenta al son del histérico anuncio de un centro comercial.

No le cuentes a nadie que te he hablado de ella, le pide la señora Cecina entregándole el papel. Invéntate que lo has descubierto de otro modo. Mi marido es el único que sabe que has venido y él no puede hablar.

Mira el papel. Hay escrito el nombre de una mujer, Santina, un número de móvil y la dirección de una casa en Costa do Macacu.

Ella no vio con sus propios ojos lo que sucedió aquel día pero lo sabe todo. Es la única persona que te hablará del tema.

¿Quién es?

Era la novia de tu abuelo.

El camino de tierra rodea la laguna de Siriú pasando por los pueblos Areias do Macacu, Macacu y Morro do Fortunato basta llegar a

Costa do Macacu, una pequeña aglomeración de casitas de madera y albañilería encaramada a la ladera del monte parcialmente deforestado que cae hasta los márgenes de la laguna. Desde el punto de vista de la aldea, los montes abrazan la laguna dejando únicamente una estrecha abertura por la que se adivina la arena cremosa de las dunas de Siriú, y más allá de ellas el mar se extiende hasta el pliegue del horizonte. Dos vacas rumian dentro de un reducido establo al borde de la carretera y parecen hartas del paisaje, y simpáticos chuchos vigilan el tránsito de motos y bicicletas protegiendo sus pequeños reinos en balcones y portones. La mayoría de las casas están cerradas a causa del frío y pequeños grupos de niños vestidos con el uniforme azul de la red de enseñanza de la alcaldía caminan hacia la escuela por mitad de la calle. Pasado el colegio municipal comienza a disminuir la densidad del pueblo y aparece a la izquierda una calleja empinada que da acceso a la casa de Santina. Ha venido pedaleando con fuerza por el largo y sinuoso trayecto y tiene que subir el trecho empujando la bicicleta. La puerta y las ventanas de la casa de albañilería pintada de azul clarito están entreabiertas y permiten vislumbrar el movimiento de varias personas en su interior.

Llama suavemente a la puerta, y una chica con las mejillas rosadas por el frío, el pelo negro recogido en una cola de caballo y una larga cicatriz en la mandíbula lo atiende al instante. Dice que está buscando a Santina y ella le echa una buena ojeada de arriba abajo sujetando el borde de la chaqueta de lana con la mano a la altura del busto. Explica que intentó llamar antes por teléfono para concertar la visita pero nadie respondió al móvil y el asunto a tratar es importante. Está preparado para ser interrogado y dar explicaciones pero la joven abre la puerta y lo invita a pasar a un comedor poco iluminado con una puerta que da a un pasillo y la otra a la cocina, de donde sale un fuerte olor a pollo guisado y cilantro. La mesa del almuerzo está puesta sobre un mantel bordado con flores de tela rosas y un viejo y dos niñas todavía están comiendo. Cerca de la entrada de la cocina, una mujer menuda de unos sesenta años con una gruesa chaqueta de lana marrón está amasando pan en

otra mesa más pequeña bajo un enorme retrato enmarcado de Cristo. La joven señala con la cabeza y al mismo tiempo la mujer se endereza, se limpia las manos llenas de harina en un paño blanco y se dirige a él con una voz a la vez fina y ronca.

Entra, joven. ¿Ya has comido?

Sí. ¿Es usted la señora Santina? Yo…

Lo soy, pero en esta casa las visitas no se quedan mirando cómo los otros comen. Aninha, busca un plato. ¿Te gusta el pollo guisado?

Santina empieza a tirar de una silla pero se detiene en seco, da un paso atrás y se lleva la mano a la boca.

Dios mío, tienes la cara de Gaudério.

Soy su nieto.

¿Quién es Gaudério, abuela?

Nadie se mueve ni dice nada. Santina mantiene la mano cu la boca y los ojos abiertos de par en par. Otra mujer aparece por la puerta de la cocina. El viejo termina de tragar algo, deja el tenedor en el plato haciendo ruido y vuelve la cabeza.

¿Qué haces aquí, chaval?

Tranquilízate, Orestes.

¿Quién es Gaudério, tía?

¿Quiere que vuelva en otro momento, señora?

No, joven. No hay problema. ¿Ya has comido? Aninha, el plato.

La joven que atendió la puerta le sirve un vaso de Coca-Cola, guiso de pollo, arroz, un poco de judías negras y un cuenco de harina de mandioca elaborada en los molinos de la región. Mientras almuerza va explicando dónde vive y de dónde vino. Cuenta que su padre murió a comienzos de año y le reveló que su abuelo había vivido en Garopaba. Tantea el tema con prudencia pues hay otras personas en la mesa y en la cocina. Santina se da cuenta.

Vamos a hablar en la calle. Pero primero acaba de comer.

Al salir de la casa percibe que entretanto la brisa se ha transformado en un vendaval que cubre la laguna de pequeñas olas y mece la vegetación. No hay señal de nubes de lluvia. Agarra a Santina por el brazo para darle apoyo conforme avanzan dando pasos cortos en dirección a la carretera de tierra. Santina señala un

local situado al otro lado de la vía.

No puedo caminar mucho pero podemos ir allí. Hay un banco de madera que queda protegido del viento por la pared del colegio. No sé si paso de este año. Hace siete meses que espero a operarme por la seguridad social.

¿Qué le pasa?

Tengo cáncer. El segundo.

Santina no dice en qué parte y él no se lo pregunta. Intenta no agarrarle el brazo con mucha fuerza. No pesa nada.

¡Qué bonito es este sitio! Nunca había pasado por aquí. Desde lejos esos montes no parecen tan enormes. Se ve la laguna y la playa desde un ángulo muy diferente.

Santina mira hacia atrás y hace un gesto que abarca la ladera de detrás de su casa.

¿Ves todo eso? ¿Todo ese terreno? Adivina de quién es.

¿De su marido?

Es mío. Mi marido murió. El de ahí dentro es mi hermano. Ayer mismo apareció por aquí un chico de tu ciudad. Quería comprar un terreno en el monte. Mi nieto subió con él y se lo enseñó. Pedí cincuenta mil y a él le pareció caro. Entonces le dije que su precio acababa de subir a un millón. Porque eso es lo que va a valer de aquí a diez años. Estará lleno de mansiones. Fíjate bien en toda esta naturaleza. Aprovecha porque se ha acabado. Yo no voy a vivir lo suficiente para verlo pero tú sí. Solo espero que mis hijos no lo vendan todo barato y se gasten el dinero en tonterías. Mi vecino dio un terreno a cada uno de sus hijos, unos vagos, y los vendieron al día siguiente por una miseria y se lo gastaron todo en neumáticos para el coche y en drogas. Intento hacer entender a mis hijos y nietos lo que va a pasar aquí.

Le ofrece ayuda para que se siente en el banco pero ella la rechaza con un gesto de la mano.

No es para tanto. ¿Cómo me has encontrado?

Estuve investigando. Encontré al comisario. El de Laguna a quien usted pidió que viniera.

Aquel hombre no encontró nada. Pobre. Le mintieron hasta el

final.

¿Usted fue novia de mi abuelo?

Así es. Era muy joven. Creía que me iba sacar de este lugar como decía. El amor es el corazón del desespero.

Usted no fue al baile la noche en que él murió, ¿verdad?

No. Me quedé en casa con náuseas. Yo…

Santina suspira y se estremece.

¿Se encuentra bien?

Vuelve la cabeza hacia él pero no le mira. No está mirando a ningún sitio en particular. Su rostro está arrugado y tenso y tiene los ojos hinchados.

¿Qué te han dicho? ¿Qué es un fantasma? ¿Qué es un demonio? ¿Que nunca murió? ¿Te han dicho que trajo una maldición a Garopaba? ¿Qué mataba a las niñas para vengarse? No había sitio allí para Gaudério, pero insistió en quedarse. ¡Qué animal tan terco! Decían que había matado a la niña de José Feliciano, pero él no lo hizo. Me lo juró. Nadie sabe quién fue. Pero cogieron lo primero que les sirvió para librarse de él. Aquella década comenzaron a aparecer por allí muchos gauchos y a los nativos no les gustó. Se libraban muchas peleas, muchas disputas. Tu abuelo no dejaba pasar una y amenazaba con el cuchillo. Todos le tenían miedo. Era un hombre muy grande y fuerte. Desaparecía bajo el agua para pescar. Mucha gente decía que era un truco. Que él era peligroso. No lo era. Es solo que no le gustaba demasiado tratar con las personas. Por dentro era un caramelito, un hombre muy honesto. Era cariñoso. Aquel día no fui al baile porque estaba mareada. Estaba embarazada. Él nunca lo supo. Si hubiese ido quizá no le habrían hecho nada.

¿Qué le hicieron?

Envié el telegrama al comisario porque creía que solo había desaparecido. A pesar de toda la sangre. Pero yo quería ver el cuerpo. Quería encontrar al padre de mi hijo.

¿Qué le hicieron, Santina?

Y luego perdí al bebé. Si hubiese nacido sería tu tío.

¿Qué le hicieron a mi abuelo?

Apagaron la luz y le acuchillaron. Fueron varios hombres a la vez y sé el nombre de cada uno de ellos. Intentaron ocultármelo pero acabé descubriéndolo con el tiempo. Ya murieron todos los que intentaron matarlo. Cuentan que le hicieron más de cien agujeros. Encendieron la luz y allí estaba el cuerpo. Alguien fue a por una sábana para enrollar el cadáver y abandonarlo en alguna cueva en medio del bosque. Eso requirió un poco de tiempo y antes de conseguir todo lo que necesitaban Gaudério se levantó. Después de haber pasado un buen rato allí tumbado. Comenzó a moverse y se levantó. Todavía llevaba su cuchillo en la cintura y lo blandió al aire. Le hicieron un corro y él los miró a los ojos, uno a uno, diciendo que los iba a matar. Comenzó un griterío pero nadie se atrevió a acercarse a él para rematar la faena. No era posible que todavía siguiese con vida. En torno a él era como si hubiesen deshuesado a un buey. Lo fueron arrinconando en dirección a la playa. Gaudério hacía así con el cuchillo y amenazaba con que iba a volver para matarlos a todos. Que iba a matar a las mujeres y a los hijos de todos ellos. Hay quien dice que gritó cosas en lenguas que no existen. Hay quien dice que tenía fuego en los ojos. Fue tropezando por la arena y entró en el mar. Salió nadando hacia el fondo y desapareció. Hasta hoy la gente cree que él es un fantasma. Que solo hay que hablar de él para que aparezca y ocurra alguna tragedia. Es peor que el diablo. El miedo pasó de padres a hijos. ¿No te has dado cuenta? Cuando muere alguna niña dicen que ha sido él. Aunque encuentren al verdadero asesino. Se trata de una creencia que ha cuajado. Dicen que el espíritu de Gaudério no dormirá hasta que no acabe con todos los descendientes de los que lo mataron a él. Que no va a parar nunca, ni después de que él muriese. Incluso quien sabía que estaba vivo alimentaba aquellas historias para ayudar a que la gente creyese que había muerto, para ayudar a la gente a olvidar. Vergüenza y miedo. Eso es todo.

¿Él no murió?

Nos volvimos a ver tres veces.

¿Dónde vivía?

En las montañas.

¿En una cabaña en el monte?

No, por ahí, en las montañas. Pero estaba loco. No quedó demasiado. Fue muy triste. Muy triste.

Pero usted cree que todavía…

No lo sé. La última vez que nos vimos hace cinco o seis años decidí que sería la última. No tengo buena salud. Ya no quiero ver ciertas cosas. Hoy tendría unos noventa. No hay duda. Aquel animal no se va tan pronto.

¿Dónde lo vio por última vez?

Aquí detrás, en el monte de Freitas. Las otras dos veces en Ouvidor. Pero él andaba por todas partes. En cada sitio se refieren a él de un modo distinto. En Jaguaruna hablan de un viejo del conchero y siempre creí que era él.

Santina se tapa la boca con el dorso de los dedos y lo mira fijamente hasta que él desvía la mirada hacia el vendaval en la laguna.

Vas a ir a buscarlo, ¿verdad? Sé que vas a ir.

Creo que sí, Santina.

Se te nota en la cara. ¡Te pareces tanto a él…!

Eso dicen.

Hay un habitante en Cova Triste que no sabe leer ni escribir pero hace unos versos rimados. Los dicta y la gente torna nota. Hay uno que dice así:

Todo viejo ya fue joven
y el niño será hombre;
rezando le pido a Dios
que le dé un buen nombre.
Hijo mío, no sientas orgullo,
que el orgullo la tierra se come,
pues venimos del polvo
y el mismo polvo nos consume.

TERCERA PARTE

10

El coche derrapa en mitad de la interminable subida que conduce a la cima de la montaña en la que se encuentra el temido budista de Encantada. Leopoldo mete el freno de mano, baja el volumen de la avalancha de guitarras distorsionadas procedente de los altavoces, se concentra un momento y arranca dosificando la aceleración con cuidado, el labio inferior caído, la mirada fija al frente. Llueve y no llueve. Una niebla espesa les espera siempre un poco más arriba pero nunca llega. Surgen láminas de cemento en la pendiente de tierra pero ni aun así Leopoldo, que conoce bien el camino, consigue pasar de la primera marcha. Por fin alcanzan el punto más alto de la carretera y, tras una breve bajada, el bosque se abre a un terreno lleno de desniveles con una estatua de buda a la derecha y un caminito de losetas a la izquierda que lleva al templo, un edificio de dos pisos con tejas portuguesas y paredes de madera pintadas de un rojo terroso. Un todoterreno 4x4 está aparcado delante de los escalones que conducen a la puerta de entrada. Aún no son las nueve de la mañana y la luz que consigue atravesar las nubes tiene la blancura intermitente y onírica de un tubo fluorescente agotado. La estatua de buda todavía no está terminada y se halla cubierta de remiendos de hormigón oscuro en diferentes etapas de secado. El conjunto escultórico mide más de tres metros de altura y el buda es un poco más grande que un ser humano. Sustentan su trono dos leones esculpidos en relieve en el pedestal. La figura permanece sentada con las piernas cruzadas en la posición del loto, con una de las manos en el regazo y la otra levantada, ambas sosteniendo

objetos que no puede identificar. Leopoldo, que ayudó varias veces a construir partes del templo, se acerca a hablar con los dos hombres que trabajan en la estructura de un tejado que están levantando junto a la estatua mientras él va en busca de Lama Palden, con quien la tarde anterior había acordado por teléfono la visita.

El suelo, las paredes y las vigas del interior del templo son de madera pintada de rojo sangre. Varias estatuas de cerca de un metro de altura representan divinidades sentadas realizando diversos gestos con las manos y los brazos o sujetando espadas u otras reliquias. Las han pintado doradas con detalles en azul, rojo, verde y amarillo. En una de las esquinas se eleva un altar con el retrato de un lama. El techo está repleto de linternas adornadas con retales de muchas tonalidades, y por todas partes se leen inscripciones en tibetano. El olor y el sonido de las plantas mojadas se mezclan con la fragancia de inciensos y el crujir de las tablas bajo los pies.

Lama Palden aparece de repente acompañada de una niña pequeña por una puerta situada al fondo por la que se entra a un patio reservado. Las dos son rubias y van descalzas a pesar del frío. Realizan las presentaciones de rigor y ella no parece acordarse de que él telefoneó la tarde anterior. Mientras la lama manda a la niña a la calle él se queda pensando sobre qué fue exactamente a preguntar allí y cómo debe de hacerlo sin sonar ignorante o irrespetuoso, pero antes de que pueda decir nada ella indica que ha sido el primero en llegar y lo invita a colocar las ofrendas en el altar, delante de las seis estatuas de los budas, para acumular algunos méritos. Lama Palden mueve el cuerpo alto y esbelto con elegancia. Luce un collar de cuentas igual al de Bonobo y viste una blusa rosa de cachemira de manga larga. De vez en cuando sus pies huesudos sobresalen por debajo de la larga falda con estampados intrincados y el dobladillo adornado de bolitas. Lo que más llama la atención de su rostro es la barbilla fina y prolongada. Sus ojos claros y de pestañas casi transparentes transmiten serenidad de espíritu y su constitución física sugiere adhesión a alguna modalidad radical de vegetarianismo. Su voz es al mismo tiempo suave y resonante. Por detrás de su economía de palabras parece existir una deliberada

reverencia al silencio. No aparenta ser feliz y mucho menos infeliz. La mujer sale al patio, abre un grifo y regresa con un cubo de agua. Siguiendo las instrucciones de Lama Palden, realiza tres saludos consecutivos uniendo las manos por encima de la cabeza, delante de la cara y del pecho, y después se postra y toca con la cabeza en el suelo con el fin de purificarse. Lama Palden le da las últimas indicaciones y se retira. El utiliza una pequeña jarra de plástico para tomar agua del cubo y llenar hasta arriba cerca de treinta vasijas dispuestas en el altar principal y en torno a un altar menor situado en un rincón de la sala. Se siente observado por las estatuas. Escucha otros dos coches aparcar fuera y poco a poco van llegando los demás adeptos. Tres señoras muy bien vestidas y circunspectas, un par de chicas que parecen un poco atolondradas, una pareja muy joven formada por una brasileña con el pelo muy corto y un argentino con el pelo muy largo, un típico surfista de mediana edad de venas prominentes y tatuajes gastados en el cuello y en los antebrazos y por fin Leopoldo, que entra distribuyendo saludos desde lo alto de su metro noventa de estatura.

La práctica en sí consiste en sentarse con las piernas cruzadas delante de unos soportes de madera, expulsar aire por la fosa nasal izquierda, por la derecha y después por las dos a la vez para simbolizar la expulsión del odio, del egoísmo y de la ignorancia, escuchar los discursos de Lama Palden sobre la necesidad de escapar de las artimañas del ego y de observar la mente, y recitar, casi siempre tres veces seguidas, una serie de oraciones y mantras. Los mantras se entonan con dicción acelerada y monocorde, a veces con insignificantes variaciones melódicas, en frases largas que consumen todo el aliento. Entre una sección de rezos y otra la lama pide a los adeptos que visualicen esferas de luz saliendo de las bocas, gargantas y corazones de las divinidades y penetrando en los suyos. El intenta imaginárselo, procura acompañar los mantras dentro de lo posible y concentrarse en las enseñanzas pero su pensamiento no tarda mucho tiempo en vagar por otros lugares. Los árboles gotean fuera y alguien camina y derrumba objetos en el piso de arriba, quizá la niña que acompañaba a Lama Palden cuando él llegó. Venía sintiéndose

atraído por una serie de ideas y conceptos budistas explicados con paciencia por Bonobo, la impermanencia de todas las cosas, la ilusión de la individualidad, la visión de una persona como nada más que una configuración fugaz de los componentes inestables del cuerpo y de la mente, la necesidad de combatir la impresión errónea de que somos íntegros, permanentes, duraderos, autónomos y estamos desconectados del flujo de todas las cosas para conseguir interaccionar con el mundo de una forma más espontánea, compasiva y desapegada, para conseguir sufrir menos y hacer sufrir menos. Muchas de esas ideas que le eran nombradas por primera vez se correspondían con sus propias intuiciones y convicciones pero nada podía ser más diferente del camino que lo llevó hasta ellas que esas lecturas repetitivas y esas meditaciones en grupo. Incluso en este instante de oración y contemplación siente el impulso de interrumpir el murmullo, de eliminar lamas y estatuas y quedarse solo y en silencio con una pared o con el horizonte, o correr y nadar hasta que la sensación constante de ser una persona se disuelva naturalmente por el esfuerzo físico extremo y por la conversión de todo su pensamiento en pasos, brazadas, pulmones, corazón. Entiende lo que buscan estas personas, es lo que él busca y lo que todos buscan, pero sus métodos son diferentes y tal vez, sospecha ahora, irreconciliables. Comienza a impacientarse con el ritual. A partir de cierto punto solo desea que concluya.

Cuando la práctica finaliza se queda esperando a que la lama termine de hablar con la chica de pelo corto sobre los adornos budistas que confeccionarán para vender en el templo hasta que tiene la oportunidad de abordarla y formularle la pregunta que lo ha llevado allí en primer lugar. Quiere saber cómo los budistas pueden hablar de reencarnación si toda su filosofía promueve el desapego a cualquier noción de ego que persista en el tiempo. Porque para que un ser pueda reencarnarse, perdón, renacer, algo de lo que era debe resurgir más adelante o de lo contrario no tiene sentido utilizar ese término. Bonobo le había dicho que no era del todo así, que lo que renace no son seres sino estados mentales y que, la verdad, el tema resulta muy complicado de explicar a partir de ahí, pero él no

advierte ninguna diferencia entre un espíritu reencarnado y un estado mental que resurge más adelante y es atribuido a alguien que murió como si algo de la persona todavía existiera. No consigue encontrar las palabras que busca y sabe que su pregunta gravita cada vez más cerca de la inocencia total, pero Lama Palden escucha con toda atención hasta que él se cansa de hablar. Después se limita a decir que la meditación solo puede conducir a la certeza racional de la existencia del karma y del renacimiento. El camino para la iluminación es un entrenamiento de la mente, análogo al entrenamiento del cuerpo. Solo la práctica revela las enseñanzas, dice ella. No pueden entenderse las verdades a través de la óptica racional y dualista de Occidente. Recalca también que la iluminación elimina el ciclo de renacimientos y le pregunta si quiere saber algo más. Se la queda mirando como si estuviera asimilando todo aquello, le da las gracias repetidas veces y se despide. Lama Palden lo anima a ir a las próximas prácticas, todos los domingos a las nueve.

Leopoldo acepta pasar un rato por el hostal de Bonobo, que está viendo vídeos porno a todo volumen en el ordenador de la recepción y grita al verlos entrar.

¡Capitán Ahab! ¡Leopoldo, Bistec de Vaca!

Ya te he dicho que no me llames así. No me gusta.

Está bien, Leopoldo, Bistec de Vaca.

Eres un bobo.

Vosotros me llamáis Bonobo y no me quejo.

Pero a ti te gusta, ¿no? Es diferente. Me voy a inventar un apodo horrible para ti.

En la zona sur de Porto Alegre también me llamaban Macaco, Ebola y Polla de Terciopelo. Podéis escoger. Qué tal, nadador, ¿has hablado con la lama?

Sí, venimos del templo.

Guay. Esperad un momentito, que hay una familia de Curitiba que está a punto de largarse. Podéis coger una cerveza del congelador de la cafetería.

Los tres pasan la tarde bebiendo y comiendo en una de las

cuatro mesitas del café de Bonobo. Leopoldo es grandote pero se emborracha rápido y empieza a mofarse de la actuación del novato en su primera práctica. Bonobo lo escucha mientras mueve la cabeza y después lo reprende.

Eres una buena pieza, ¿verdad, nadador? ¿Ya le has ido a la lama con esa historia del renacimiento?

Era la duda que tenía.

¿Qué te ha dicho?

Que medite hasta que lo entienda.

Leopoldo suelta una carcajada.

Ya te lo dije, Bonobo, lo mejor es no empezar.

Tío, estás obcecado con esa historia del renacimiento. Cambia el disco. ¿Por qué es tan importante para ti saber si existe el renacimiento?

Lo importante es saber que no existe. Lo demás me parece cierto, pero ese detalle lo estropea todo.

Escucha, nadador. La cuestión del renacimiento ni siquiera es muy importante en el budismo original. Ya existían hechizos cuando el budismo cayó allí en paracaídas y una parte de su locura subsistió. Pero no es como la reencarnación kardecista. Si entiendes que una persona solo es una aglomeración dinámica de estados mentales, la idea de un alma que se puede reencarnar deja de tener sentido. Lo que renace, a grandes rasgos para que lo entiendas, son esos estados mentales, que siguen adelante y se recombinan hasta cierto punto. Del mismo modo en que tu cuerpo alimenta plantas y gusanos si te entierran en la tierra. Del mismo modo en que los átomos de tu cuerpo son polvo de estrellas.

Los átomos de mi cuerpo pueden ser polvo de estrellas, pero eso no quiere decir que haya estrellas en mí.

Dejad de hablar como los *hippies*.

¿Entiendes lo que quiero decir, Bonobo? La estrella murió, yo voy a morir. No hay diferencia alguna. Los átomos no eran de ella. Mis estados mentales no son míos. ¿Y qué mierda es eso de la mente? Creo que no es más que una forma listilla de creer en el alma. Es el resto de permanencia que los budistas guardan bajo la

cama.

Hemos creado un monstruo, Bistec.

Ya os avisé. Lo mejor es no empezar.

La vida no puede continuar después de la muerte. No puede. Sería ridículo. Si demuestran que continúa, me mato.

Pero eso no te iba a servir de nada.

Eres todo un pieza. El desgraciado más escéptico que he conocido en mi vida.

No soy escéptico. Pero no creo en cualquier cosa.

Si Dios existiera se iba a divertir contigo.

Leopoldo levanta la botella de cristal e hipa.

Un brindis por la creencia apasionante de que nada existe.

Él y Bonobo también alzan sus botellas. Los tres cuellos de botella entrechocan y la suya se hace pedazos haciendo volar cerveza y vidrio por todos lados. Los tres se miran con los brazos aún estirados y los hombros encogidos, inmóviles, asimilando poco a poco lo que acaba de suceder. La botella se deshizo en el aire instantáneamente pero la sensación de agarrarla va desapareciendo poco a poco.

Algunos días de invierno parecen de verano, y este lunes de principios de septiembre es uno de ellos. Los tendederos se llenan de ropa y los colchones toman el sol en céspedes y balcones. Quien puede, disfruta del sol en la playa. Militantes de los dos partidos que se disputan las elecciones en la ciudad inician temprano sus rondas de compra de votos visitando a electores a los que entregan sacos de cemento y saldando plazos de motocicletas. Algunos niños pobres reciben clases de surf gratuitas y sorben naranjas para desayunar en la orilla de la playa. Él lleva puesto el traje de neopreno, suelta a la perra en la calle y desciende por la piedra hasta el mar. En las primeras brazadas el agua helada se infiltra por el cuello y por la cremallera y le baja por la espalda y por el abdomen, pero el calor de su cuerpo la calienta en unos segundos y el traje inundado se vuelve protector y acogedor. Cuando respira por el lado izquierdo puede

ver a la perra cojear en la arena para acompañar su avance entre los barcos de pesca. No sabe cómo puede pero consigue hacerlo. En la avenida principal un deficiente mental acompañado de un monitor corre despacito con la antorcha de la Semana Olímpica en ristre tirando de un convoy formado por un microbús de la APAE ocupado por los demás deficientes que participan en el relevo y por dos vehículos policiales con las sirenas parpadeando rumbo a Paulo Lopes, donde pasarán la llama olímpica. En la playa de Rosa, Bonobo recibe la llamada de una amiga que acaba de meterse en apuros y que antes de hacer cualquier cosa tuvo ganas de hablar con él y verlo, si a él le parece bien. En su casa en Ferraz, una nativa conversa por Skype con su hijo de trece años que vive con el padre en España y que solo la visita en verano. Un jardinero tropieza con el cadáver de un perro que murió de frío dos noches atrás en el parterre de una casa de verano de la calle Flamboyants. En la comunidad que vive aislada en los montes de Encantada siguiendo el calendario maya, una joven de Mina Gerais llora de dolor de muelas y no puede dejar de pensar en cómo continuará su vida en caso de que el mundo no acabe en diciembre de 2012 como está previsto. Él nada muy a lo hondo y va sintiendo cómo aumentan las olas y se encrespa la superficie a medida que se aproxima al centro de la bahía. El traje de neopreno atenúa su miedo al océano pero el terror está ahí y aumenta en cuanto piensa en él. Tiene la sensación de que el océano quiere algo de él pero no puede imaginar el qué. Es como si se tratase de una información que olvidó o que ni sabe que sabe. El océano lo interroga y parece siempre a punto de perder la paciencia pero él sale a tiempo de evitar un ataque de furia. En el centro de salud el médico de guardia sutura el rostro de un surfista guapetón que se hirió con la tabla en las piedras de Ferrugem utilizando puntos de cirugía plástica para intentar preservar al máximo su apariencia mientras la novia graba el procedimiento con el teléfono móvil. Un grupo de jóvenes amigas se enfrenta a jornadas laborales en administraciones de lotería, farmacias y tiendas de ropa intercambiando SMS y acordando los detalles de una pequeña fiesta secreta con champán y vibradores para aquella noche. Una serpiente

de coral repta por encima del pie de un pequeño traficante que fuma marihuana en el cerro de Siriú sin que él se dé cuenta. Un pirómano a quien han retenido el coche por conducir sin carnet decide pegar fuego a toda la ciudad. En el colegio municipal un adolescente quiere volver a hablar con la chica con la que perdió la virginidad la noche anterior, tras el baile del Club Campinense, pero no está seguro de cómo se llama ella. El dueño de una cafetería situada a la salida de la ciudad suma las facturas del fin de semana y llama a su mujer para contarle que la inclusión del bufet libre de *pizza* por la noche les ha reportado ganancias en invierno por primera vez en tres años. En las tiendas de una pequeña galería de la avenida principal una diseñadora gráfica ajusta los vectores del logotipo de una *boutique* de surf, una abogada empapa un paquete de cigarrillos casi lleno en el grifo del lavabo del cuarto de baño para enseguida tirarlo al cubo de la basura y un profesor de pilates cuelga a un alumno cabeza abajo en la pared utilizando ganchos y cintas. Hace unos minutos que él nada sin mirar hacia delante cuando siente algo extraño. Levanta la cabeza y se encuentra con lo que parece ser un peñasco pero que enseguida revela ser la masa negra y verrugosa de una ballena franca flotando a veinte o treinta metros de distancia. Su primera reacción es retroceder preso del pánico pero va calmándose mientras observa al animal inmóvil. Debe de ser una de las últimas ballenas de la temporada y se encuentra increíblemente cerca de la playa, tal vez a unos setenta u ochenta metros. Divisa a la perra como un puntito azulado con patas en la arena y a un montón de personas admirando al cetáceo en la playa. La ballena suelta un chorro de agua y él siente un escalofrío. A continuación lanza otro chorro más pequeño, más agudo y estridente, y se da cuenta de que hay una cría cerca de la madre, oculta, al otro lado. La ballena no parece alterada y es imposible saber si lo vigila. Su enormidad es intimidatoria pero transmite calma y complicidad. El dorso emerge y se sumerge en función de las olas reflejando el azul del cielo, y las aletas se mueven fuera del agua. Se le ocurre que la ballena está amamantando y que su cría es probablemente una recién nacida. Cuando empieza a salir del agua la perra se lanza contra las olas de

la orilla y acude a su encuentro. Juega un poco con ella en la arena y de repente todos alrededor suspiran admirados. El cetáceo comienza a dar coletazos en el agua. Una sonriente joven de pie cerca de él dice que la ballena está feliz por la cría. Cada golpe salpica montañas de agua y produce una agradable conmoción. La ballena reemprende su camino y también él regresa a casa andando despacio con la perra coja detrás. Ya consigue andar largas distancias aunque todavía le cuesta correr. Hacia un lado atisba una columna de humo gris y después otra. Demasiado humo para no ser más que basura ardiendo en terrenos baldíos. En la playa de Silveira un hombre practica surf en solitario en las olas del fondo de losas del extremo sur. El mar está calmo y las olas son pequeñas. No hay nadie más en la playa y la sensación de soledad lo sacude de repente con una mezcla de éxtasis y terror. Es un día de invierno que parece de verano. Sentado sobre la tabla, mueve los pies dentro del agua helada e imagina que no hay mundo más allá de las montañas. Una gaviota aparece de la nada y empieza a volar en círculos sobre su cabeza. El pájaro es todo blanco y piensa que quizá no sea una gaviota. No sabría decirlo. Los círculos van volviéndose cada vez más cerrados y sin más el surfista está seguro de recibir un aviso de que salga inmediatamente del agua. Venía detectando una serie de variaciones muy sutiles en el mar, fenómenos invisibles y difíciles de describir. El fondo pedregoso empieza a burbujear. Rema con todas sus fuerzas en dirección a la orilla, electrizado por el miedo, mirando un punto fijo en la arena. Cuando alcanza la orilla y corre con el agua por las rodillas mira finalmente hacia atrás y vislumbra gigantescas olas rompiendo en las losas de piedra, las olas que en adelante creerá que lo habrían ahogado.

Pasa toda la tarde en la piscina pensando en qué decirle a Panela, y cuando llega el momento le comenta simplemente que desea abandonar el trabajo, a ser posible solo durante un tiempo.

Panela no lo acepta.

¿Quieres un aumento?

No es por eso.

¿Por qué, entonces?

Necesito tomarme un descanso.

¿Cuándo quieres irte?

Ahora.

Ya sabes que las cosas no funcionan así. Necesito un mes de preaviso.

Un calvo con el torso hipertrofiado y piernas finas emite animalescos berridos en las últimas repeticiones de una serie de elevaciones laterales, lanza las pesas al suelo de madera y sale resoplando y andando en círculos por la sala de pesas, junto a la recepción. Débora pone los ojos en blanco y regresa al juego al que está jugando en el móvil.

Un mes es demasiado para mí.

Necesito por lo menos dos semanas para encontrar a otra persona.

Entonces me quedo dos semanas más.

Vale, pero habla conmigo. ¿Qué haría que te quedaras?

Nada, Panela. Perdona. Quizá regrese dentro de un tiempo.

No puedo garantizarte que vayas a recuperar tu empleo.

Lo sé. Ya lo veremos cuando llegue el momento. Gracias por la oportunidad de trabajar aquí, ha sido muy importante para mí.

Te vamos a echar de menos, tío.

Panela se encoge de hombros y se marcha. Débora lo estaba oyendo todo y ahora lo mira apretando los labios y arqueando las cejas.

Espero que tengas un buen motivo.

Yo también.

¿No vas a afeitarte esa barba nunca? Estás mucho mejor sin ella.

¿Tú crees?

No solo yo.

Me lo voy a pensar, entonces.

¿Estás bien?

¿En qué sentido?

Últimamente te veo un poco desanimado. Ya he visto al invierno

acabar con mucha gente aquí.

Hoy parecía verano.

Ya sabes a qué me refiero. A un tipo le abandona su mujer en pleno invierno, deja el trabajo, empieza a quedarse en casa, desaparece. No quiero que tú… ¡Yo qué sé!

No tiene nada que ver con eso, Debs. Estoy bien. No te preocupes por mí.

Si necesitas alguna cosa, ven a hablar conmigo. ¿De acuerdo? Cualquier cosa.

Asiente con la cabeza.

Cuídate, Cara Oculta.

Seguro que también es cosa de las gemelas.

Evidentemente.

Todavía no me voy, Débora. Me quedan dos semanitas. Hasta mañana.

Vacila un poco antes de salir y da la vuelta al mostrador. Débora se levanta antes de que él llegue y se abrazan durante un largo rato sin decir nada. Beta pasa por el lado de fuera de la puerta de cristal.

Tu perra ha quedado bien, ¿eh?

Está genial. Hoy he venido con ella andando despacito hasta aquí y ella ha venido conmigo.

Me han dicho que nada contigo hasta lo hondo en el mar.

Entra un poco, sí, pero no llega tan lejos. La gente exagera.

Le cuenta a Débora su encuentro matinal con la ballena y ella no parece particularmente impresionada. Ya tocó una mientras hacía surf en Ferrugem hace cuatro inviernos y ha visto delfines que perseguían un banco de mújoles saltar a un palmo de su nariz. Se da por vencido y se marcha.

Pide una hamburguesa en el carrito del aparcamiento del supermercado Silveira, se come el bocadillo sentado en el pretil de la acera y ya es noche cerrada cuando emprende la vuelta a casa. El bar Al Capone está abierto, como siempre, y se toma una cerveza en una de las mesas de la calle. Janis Joplin suena muy bajito por el altavoz y recuerda una recopilación en casete que le encantaba escuchar en los *walkman* de camino al colegio en autobús. El camarero rastafari

acaricia el cuello de Beta y mira hacia ambos lados de la avenida como si algo pudiera acontecer. Hay una pareja dentro y dos hombres cerca de él sentados a una mesa en la calle. Todos saben que esa noche de invierno ha terminado hace rato y que se irán en breve. Ningún desconocido hablará con él. Nadie lo hace últimamente. Mastica los cacahuetes salados, se toma la cerveza rápidamente y paga la cuenta.

Apenas camina una manzana más en dirección al mar cuando un apagón deja la ciudad a oscuras. La avenida principal se transforma en un túnel oscuro por el que corre un viento helado. La vista se adapta a la noche de luna nueva y la luz de las estrellas se vuelve poco a poco perceptible y diseña un mundo de siluetas. De camino a casa cerca de la playa solo oye las patas de la perra arañando el asfalto. El mar negro resuena en la oscuridad como un gran animal dormido, las olas rompen cadenciosamente en una suave respiración. Bultos solitarios pasan caminando por la arena, y no se puede decir de dónde vienen ni hacia dónde van. Quinqués de gas iluminan el interior de alguno de los cobertizos de los pescadores. Sube a Beta por los escalones de la escalerita que se cae a pedazos y la vuelve a dejar en el suelo en el camino. La brasa de un cigarrillo revela la aproximación de otros tres o cuatro bultos viniendo en dirección contraria y cuando se cruzan, un poco antes de llegar a su apartamento, recibe un brutal puñetazo en la cara y se desploma sobre la hierba que separa el camino de las piedras. Lo poco que alcanzaba a ver desaparece y la cabeza le palpita. Mientras intenta orientarse escucha gañir a Beta. Consigue ponerse de pie y vislumbrar las figuras que ya están atravesando el reducido espacio de arena que separa el final del camino de la vía de acceso a la plaza. La válvula del dolor se abre y siente cómo el ojo izquierdo aumenta de tamaño. Beta está recostada en sus piernas. Se agacha y acaricia a la perra, que parece ilesa. Deben de haberle propinado una patada. Hace un intento de gritar algo e ir tras el agresor pero el grupo ya ha desaparecido. No rieron, no provocaron, no insultaron, no lo amenazaron. Pasaron y se esfumaron como fantasmas, pero dejaron su recado.

Despierta con una medialuna negra bajo el ojo, si bien la hinchazón ha desaparecido con el hielo aplicado la noche anterior. Vasos rotos han teñido de sangre la mitad de la esclerótica. El dolor va y viene y se extiende por la cabeza y la mandíbula. Da su paseo por la playa con la perra y la observa entrar sola en el agua y enfrentarse a las olas durante unos minutos. A la vuelta se topa con un pescador sentado sobre la montaña de nailon blanco y trenzado azul que descansa en la piedra de Baú desde hace unos días. Se trata de un hombre fuerte con la piel quemada, una barba rala y el pelo rizado. Solo viste un pantalón corto blanco sucio y chanclas en los pies. Se detiene un momento en la parte superior de la escalera de cemento y se queda observando al hombre trabajar con un carrete de hilo de nailon, una pequeña navaja y una especie de aguja de plástico con la que cose secciones de la red de pesca con rápidos e hipnóticos movimientos como los de un ilusionista. El pescador desvía la atención de la faena apenas un segundo para espiar a su observador y sonríe con la comisura de los labios.

¿Te has tropezado?

Me llevé un puñetazo gratis ayer por la noche.

¿Quién fue?

No lo vi. Sucedió durante el apagón.

Casi no te he reconocido con esa barba.

Inspecciona al pescador por segunda vez en busca de alguna señal que le recuerde su identidad, pero no encuentra nada. Quiere preguntar pero siente el orgullo tapándole la boca, aquel orgullo que había desvelado Jasmim. El león en el trono. La echa de menos. Echa de menos todo aquello que imaginó que viviría con ella.

Perdone, pero ¿nos conocemos?

Es Jeremias, el dueño del *Poeta*, el barco que estaban arreglando delante de la piedra la primera mañana que pasó en el apartamento. Se sienta en la escalera y le pregunta cómo fue la temporada de pesca. Flojita, flojita, responde el pescador. Cada año hay menos peces. Ahora es la época del boquerón, pero apenas queda nada. Está fatal. Corvino sí que hay. Dentro de poco termina la veda y esperamos pescar bastante. Sin interrumpir en ningún momento el

remiendo de la red le cuenta que el motor del *Poeta* se fundió del todo en junio y tendrá que reemplazarlo, pero no sabe de dónde va a sacar el dinero. Te voy a decir una cosa. Aquí en la región, la pesca artesanal subsistirá unos diez años más, quizá quince. No más. La pesca industrial está acabando con el pescado. Lo junta todo allí dentro y no llega nada a la costa. Esto ya no da dinero y la juventud no quiere ni oír hablar de pescar. Ninguno de mis hijos ni de mis sobrinos se ha dedicado a la pesca. Ninguno. Aquí en el pueblo solo tres o cuatro hijos de pescadores se dedican. Quien tiene dinero se pone a estudiar, abre un comercio, se hace dentista. Quien no tiene trabaja en el sector del turismo durante la temporada de verano o cuida dela casa de algún veraneante. Y luego están los que andan por ahí sin hacer nada. Incluso los pescadores acabamos trabajando de albañil, camarero, basurero, cartero. En un día de mar brava y lluvia necesito cinco o seis hombres para sacar la red y no hay gente suficiente para realizar el trabajo. De aquí a diez años todos estos barcos, todos, hace un gesto con la aguja abarcando las embarcaciones ancladas en la ensenada, harán paseos turísticos.

Cuando llegué a Garopaba leí en el periódico que el año pasado pescaron el mayor banco de corvino de la historia de la ciudad. Había una foto con un montón de peces del tamaño de un camión.

Jeremías ríe y sacude la cabeza como si no debiese hablar del tema pero revela que el gran banco de corvino había sido pescado en alta mar por una trainera industrial en una maniobra ilegal, fuera de temporada. Los pescadores locales lo descubrieron a tiempo, sacaron varios barcos al agua y abordaron la embarcación transgresora. Hubo amenaza de violencia, a la tripulación de la trainera le entró miedo y cuando los ánimos se calmaron llegaron a un acuerdo. La mayor parte de los peces recogidos ya estaban muertos. La trainera se quedó con cinco toneladas y los pescadores de Garopaba con el resto. Al llegar, fue como si hubiesen pescado aquellas sesenta y cuatro toneladas de corvino con sus propias redes. Esa historia, prosigue, solo demuestra que estamos condenados. Ya no vale la pena comprar kilos de nailon y pagar mano de obra para tejer una red artesanal. La red industrial es más barata. Esta que estoy

cosiendo mide cuatro kilómetros y medio. Me va a llevar otros tres días terminar de arreglarla. Antiguamente las mujeres se quedaban en casa cosiendo las redes. También eso se acabó. No creen que sea trabajo para ellas. Las más jóvenes ni saben cómo se hace. ¿Ya has estado en Laguna? Allí las mujeres todavía se encargan de las redes. Da gusto verlas. Son tan rápidas que ni se ve la aguja. Aquí se acabó. Luego traerán la universidad y la juventud estudiará y se marcharán en cuanto puedan. Eso por no hablar del clima. Un descontrol. No dejan de discutir acerca de si el clima está cambiando o no pero quien trabaja con la pesca lo sabe a ciencia cierta. Tiempo atrás sabíamos que en octubre íbamos a tener mar en calma, viento sur, cielo abierto. Octubre empieza dentro de nada y ya verás el caos que va a ser. Para mí no cambia nada, buena parte de mi vida ya ha quedado atrás. A tu perro le gusta el agua, ¿no? Entra a lo hondo contigo. Os he visto.

Entra, sí. La atropellaron y las patas se le quedaron medio paralizadas. La fui enseñando a nadar y ahora ya está casi bien.

¿En serio? ¡Qué cosas! Nunca había visto nada parecido.

Ve a su dueño nadar todo el rato, a lo mejor se le ha pegado el gusto de mí.

Ya verás que le viene de familia.

Los dos intercambian una leve sonrisa.

¿De verdad no sabes quién te dio esa hostia?

No se veía nada. Creo que fueron esos chicos que van a las piedras a pasar el rato.

Si te enteras de quién fue o vuelve a ocurrir, me lo dices.

Vale.

Conozco a todo el mundo.

Gracias.

Se levanta y estira la espalda.

Hasta la vista, Jeremías. Iba a nadar un rato pero se ha hecho tarde. Voy a comer algo y a currar un rato. Buen trabajo.

Jeremías asiente con la cabeza sin desviar los ojos de la red y de la aguja. El pescador permanecerá en ese mismo lugar durante tres días seguidos, desde el amanecer al atardecer, sentado en la misma

posición, haciendo remiendos de espaldas al mar, y al cuarto día la red desaparece.

Va cumpliendo con sus últimas tardes de trabajo como profesor de natación sin poder disimular que tiene la cabeza en otra parte. El ahínco con que acostumbra a orientar y corregir a sus alumnos da paso a una desconexión apesadumbrada. Tábua, el socio de Panela en el gimnasio, hace una de sus rarísimas apariciones y le dice que si va a fingir que trabaja lo mejor es que se largue de una vez.

Cierta mañana el cartero narigudo y esquelético le entrega un sobre que no es de la compañía eléctrica ni de la telefónica. La primera correspondencia personal que recibe en aquel lugar es de Jasmim. Dentro hay una breve carta[7] escrita a mano con letra espaciosa y una fotografía que hizo en Ferrugem con la cámara girada hacia ambos. Están sentados al atardecer a una mesa del bar de Zado. Ella lleva una camisa con la espalda al aire, blanca con flores amarillas, y pendientes de aro, los rizos despeinados por los hombros, un *piercing* de aro en la oreja izquierda, la piel negra iluminada llena de matices dorados, los orificios nasales muy abiertos, ojos pequeños, boca voluminosa brillante por el protector labial, cierta gravedad en la mirada, la boca entreabierta mostrando apenas las puntas de sus dientes blancos pero sonriendo levemente como si estuviese más admirada que feliz. Él no lleva camisa, está despeinado y con barba, luce una extrema sonrisa abierta de par en par y en un primer momento piensa que le ha enviado una foto suya junto a otro tío, pero solo puede tratarse de él.

Todas las mañanas corre descalzo hasta Siriú o monta en bicicleta hasta Silveira y atraviesa la playa a nado viendo los tímidos bancos de peces en las aguas translúcidas, que son el primer y único indicio de que la primavera se está aproximando durante aquellas semanas de frío seco y persistente. Ahora Beta vaga suelta por la calle todo el tiempo y nunca se aleja mucho de casa a no ser en las caminatas, justo después del amanecer, cuando cojea por la playa con cada vez más desenvoltura y nada entre las olas como ninguna pastora australiana nadó jamás. La perra lo acompaña siempre que él sale a pie y únicamente regresa sola a las inmediaciones del

apartamento si él la espanta con un silbido corto y seco y un fuerte pisotón en el suelo, uno de los signos del nuevo lenguaje que poco a poco va sustituyendo al anterior, establecido durante una década y media de convivencia del animal con su padre. Las largas y frecuentes carreras por la arena hacen que le duelan las rodillas por primera vez en años. Pasa las noches en cama comiendo macarrones con salsa de tomate o arroz con carne directamente de la olla, con bolsas de hielo en las rodillas, jugando al FIFA Soccer en la PlayStation, las persianas y los cristales cerrados dentro del cuarto oscuro y un poco enmohecido. Tiene hambre a todas horas y comienza a llevar barritas de chocolate y paquetes de galletas en los bolsillos. Cada vez que sale de casa se siente observado y comienza a evitar los intercambios de miradas. El sueño lo alcanza y pasa como un rayo. Compara su cara en el espejo con la foto de su abuelo y se da cuenta de que su barba ya está un poco más larga que la de él. Su rostro más bronceado, delgado y envejecido nunca se pareció tanto al de la foto y cada vez que despierta tras una fulminante noche tiene la sensación de que pasó las últimas horas soñando que era su abuelo deambulando por las montañas y arrecifes rocosos en tardes repletas de relámpagos, salpicaduras de lluvia y olas rompiendo en las piedras, de rebaños de vacas abriendo caminos, truenos en pleno bochorno, capín susurrado por cobras, aves negras en fuga y vientos oceánicos. La lluvia llega sin hacer ruido, nadie piensa en ella y no hay motivo para creer que no se irá de aquí a unos días como siempre. Las últimas ballenas parten con sus crías rumbo a mares antárticos y con ellas también los últimos turistas del invierno.

La noticia de que va a dejar el gimnasio circula entre los alumnos y empieza a recibir invitaciones a dar una vuelta y a cenas de despedida de las que se exime gentilmente con mentiras. Después de un tiempo ni se le ocurre cargar el móvil.

La mañana del sábado en que acaba su breve carrera como profesor de natación en el gimnasio Swell se desencadena una agitación anormal en la ciudad. A pesar de la fina lluvia una enorme cantidad de gente circula por las calles y de camino a casa percibe que muchos enarbolan banderines azules o rojos y escuchan la radio

en coches, auriculares y radios a pilas. Un taxista le explica que se está celebrando un debate electoral en directo en Radio Garopaba entre los dos candidatos a la alcaldía, el candidato a la reelección del Partido Progresista y su opositor del Partido de los Trabajadores. Hace semanas que en la ciudad las conversaciones giran en torno a promesas de asfaltado y construcción de centros de salud, denuncias de favoritismos y corrupción, vídeos y grabaciones en internet pillando *in fraganti* supuestas compras de votos y un rumor de que el alcalde actual se ha construido una piscina nueva en su casa con dinero público, lo que no ha impedido que centenares de sus partidarios, nativos en su mayoría, se reunieran en la plaza Vinte e Tres de Abril blandiendo innumerables banderines azules mezclados con algunos paraguas de colores. La sede de Radio Garopaba se encuentra en una sala anexa a la iglesia y una fila o dos de guardias bloquean el acceso a la gran escalinata. Un coche con megáfono retransmite el debate a un volumen estratosférico y a cada buena respuesta de su candidato la gente aplaude y celebra con gritos de apoyo y palabras de vuelta al orden. Se trata de personas de todas las edades, entre las que se encuentran respetables familias y pandillas de adolescentes que fluyen como bancos de peces entre la multitud y correligionarios tensos con gafas oscuras que coordinan todo el cotarro. Niños circunspectos lo observan todo apoyados en coches o sentados a horcajadas de sus padres y los viejos parecen rejuvenecidos dando carreritas de un lugar a otro, vibrando con los puños levantados, un poco desorientados por el exceso de estímulos. Se respira cierta amenaza en el aire. Militantes del Partido delos Trabajadores circulan por el perímetro de la plaza con banderines rojos y el intercambio de amenazas e insultos es tranco y sin indicios de buen humor. La política ha exaltado los ánimos de la población y el telediario informal lleva días acumulando casos relacionados con discusiones y bofetadas, y hasta con barras de hierro y cuchillos de limpiar pescado.

Desde que un desconocido le propinó un puñetazo en la cara, evita acercarse demasiado a los autóctonos pero parece que aquel día todo y cualquier impulso agresivo está siendo canalizado en la

exaltación de un candidato y en el odio a su oponente y a los electores de ese opositor, de modo que él permanece en los lindes del tumulto, neutral en el conflicto y al mismo tiempo interesado en la escalada de intensidad del frenesí colectivo. Algunos coches circulan a trancas y barrancas por los callejones en torno a la plaza, tocando la bocina sin parar. El alcalde actual niega por los altavoces el aumento del impuesto de bienes inmuebles apuntado por el adversario alegando que los reajustes durante sus cuatro años de administración solo han ido a la par de la inflación, y la multitud celebra la respuesta agitando banderas, dando bocinazos y gritos. Algunas chicas desfilan maquilladas y bien vestidas, con los labios centelleantes, el pelo liso, plataformas y sus mejores y más ajustados pantalones tejanos. Un pescador desharrapado no se cansa de incitar a los otros a gritar El pueblo unido jamás será vencido, obteniendo poca adhesión. Muchos están borrachos y la gente patea inadvertidamente las latas de cerveza esparcidas por el suelo. La inesperada llegada de dos coches de partidarios de la oposición genera un gran bullicio. Los militantes del Partido de los Trabajadores agitan banderas rojas por las ventanillas e intentan abrirse paso con los vehículos en la calle ocupada. La gente de la plaza comienza a cantar ¡Estáis desesperados! ¡Estáis desesperados! El alarido es tan grande que ya no puede oírse el debate. Comienzan a pegar adhesivos azules en las carrocerías de los automóviles invasores. El conductor de uno de los coches intenta arrancar una banderilla azul de la mano de un elector oponente y una acalorada discusión se va propagando en olas de gritos, ajetreo y empujones. Los padres empiezan a sacar a sus hijos del lugar pero en poco tiempo la pelea es sofocada por mediadores y los dos automóviles atraviesan el camino abierto por la multitud y desaparecen en la primera esquina. El candidato petista habla mal de los médicos de Garopaba y eso proporciona munición a la ametralladora del actual alcalde, que sale victorioso del debate. Después es posible divisar a los dos oponentes realizando declaraciones a la prensa local en el patio de entrada de delante de la iglesia, encima del cerro, y minutos después ambos empiezan a descender la escalinata. El candidato

petista se retira discretamente mientras que el alcalde actual saborea cada escalón y abre los brazos como un emperador yendo al encuentro de su pueblo al son de su canción de campaña. Es un hombre grande que recuerda a un actor de cine estadounidense, uno de los que asesinan en *El padrino*. Mientras el alcalde sostiene en brazos a un niño una nueva pelea se desata entre militantes oponentes en el lado de la plaza que da a la playa. Él se encuentra un poco alejado de la confusión pero alcanza a ver un intercambio de puñetazos en el que participan hombres y mujeres, y también a un tipo zancadilleado que acaba en el suelo y se levanta enseguida. La policía actúa rápidamente y la pelea se reduce a pequeños grupos que retroceden y profieren insultos y amenazas. Entretanto se ha empezado a formar una caravana de coches liderada por el coche del altavoz. Compra una cerveza en la cafetería de la esquina de la plaza y acompaña a la hilera de coches y peatones que pone rumbo al centro de la ciudad. No pasa mucho tiempo antes de que docenas de autos y centenares de motos y bicicletas formen una larga serpiente arrastrándose por estrechas calles del pueblo hasta la avenida principal, pasando por delante del centro de salud. La lluvia intermitente va calando a los participantes poco a poco. Las bocinas, los motores acelerados hasta el fondo y los estallidos de los tubos de escape se suman a la repetitiva canción de campaña en una sinfonía infernal. Las motos toman la delantera por la avenida principal en dirección a la salida de la ciudad, casi todas ellas ocupadas por el piloto y un pasajero que agita una bandera. Tras su estela sigue una fila de turismos, pickups y todoterrenos abarrotados de gente. Un desdentado que viaja en la parte de atrás de una camioneta que se cae a pedazos golpea sin parar el techo del automóvil con una rueda de bicicleta. Algunas personas van sentadas en los capós o de pie en los parachoques de los vehículos. La caravana se transforma en un desfile escatológico visto con espanto por los habitantes no involucrados que asisten al jaleo desde la acera o los jardines de las casas. Los hombres silban a las tías buenas empapadas de agua de lluvia que se inclinan fuera de los coches ofreciendo el escote de sus diminutas camisetas y los más viejos toman mate y fuman

observándolo todo con una expresión un tanto aburrida. Todo el mundo parece a punto de estrellar el coche, caerse de la moto o empezar una pelea. Acompaña la caravana hasta cerca de la esquina del Banco do Brasil. La lluvia aprieta y él se da por satisfecho. Toma dos cervezas más de camino a casa y en uno de los bares están diciendo que alguien intentó acuchillar a un elector oponente y acabó haciéndole un rasguño a un niño en el brazo. Otro hombre se jacta de haber vendido el voto a los dos candidatos en el mismo día y confiesa que aún no ha decidido a quién votar. Cuando se enteran de que es de Porto Alegre le preguntan cómo van las elecciones por allá. Él se levanta, hipa, dice que no tiene ni la más remota idea y paga la cuenta en el mostrador. Después se vuelve de nuevo hacia la mesa ocupada y mira rápidamente las caras de cada uno de los hombres allí sentados.

¿Conozco a alguno de ustedes?

Poco a poco van diciendo que no.

Entonces, ha sido un placer. Adiós, señores.

Camina de vuelta a la ciudad siguiendo el rastro de silencio, banderas, gases de tubo de escape y latas de cerveza dejados por la caravana. La canción, el griterío, los motores y las bocinas van quedando atrás hasta desaparecer del todo.

11

Espera dos días a que deje de llover, pero al tercero resulta evidente que no va a parar tan pronto. Las cerillas no prenden. Gotas de agua resbalan por la pintura blanca de la vieja nevera como si transpirase de fiebre. La humedad le empapa el pelo oleoso y también el de la perra. Lleva la mochila de acampada con dos mudas de ropa, una toalla, jabón, el cepillo de dientes, el cuchillo con el mango de piel de armadillo, el saco de dormir bien enrollado, dos mecheros, un espejito, un salami, dos paquetes de galletas rellenas, plátano seco, algunas manzanas y un paquete de comida para perros, todo dentro de bolsas de plástico. Viste un chándal, la chaqueta impermeable, las zapatillas de atletismo y una gorra. Cierra bien las ventanas y espera a que Beta salga a la calle antes de cerrar la puerta y esconder la llave bajo una piedra entre las plantas frente al edificio. Da unos golpecitos en las costillas a la perra, que mueve la cola. El frío del invierno ha quedado atrás pero la luz del día no consigue forzar su entrada a través del cargado cielo.

Tras pensarlo un poco decide salir en dirección al cabo de Vigía. Pasa por las mansiones de veraneo desocupadas en terrenos deforestados hasta llegar a la costa peñascosa. El camino se va volviendo estrecho y empinado y la vegetación autóctona lo va invadiendo poco a poco. Cuando la ladera empieza a caer en picado hacia el mar la hierba da paso a bromelias, cactos y pequeños arbustos de restinga capaces de aguantar el viento constante y extraer vida del suelo salino. Hojas espinosas le pellizcan las perneras del chándal. Beta no se intimida y avanza a su ritmo lento y

tenaz desapareciendo en trechos de camino cubiertos de capín. El sendero desemboca en rocas de granito renegridas por la lluvia y busca un acceso más elevado que la perra sea capaz de traspasar. La vía es traicionera y va paso a paso. Sus pies resbalan en las piedras lisas y se hunden en el barro hasta los tobillos. A mitad de la ladera divisa entre las rocas piscinas naturales parapetadas contra las olas y cubiertas por gruesas capas de espuma parda. Avanza con cautela hasta que la ladera de la montaña disminuye y el pequeño bosque vuelve a dar paso a la hierba de una gran parcela deforestada y en su mayor parte desocupada. Cerca de la única casa construida un hombre grita algo y viene caminando en su dirección. Beta se pone tensa y gruñe en dirección al extraño. El hombre se detiene a diez metros de distancia, se coloca bien el sombrero de paja y pone la mano sobre el mango del machete que lleva sujeto a la cintura.

No puedes pasar por aquí. Propiedad privada.

Estoy siguiendo el camino hasta Silveira.

Tienes que dar la vuelta.

No voy a entrar en el terreno. Voy a rodearlo.

No puedes estar aquí.

El vigilante escupe en el suelo y señala una hilera de molones de piedra clavados en la tierra a pocos metros de las olas.

¿Aquello es el límite de la parcela?

Así es.

Eso es completamente ilegal.

No es mi problema. Tienes que volver.

No voy a volver.

Chasquea la lengua en los dientes para llamar a la perra y sigue su camino montaña arriba. El hombre va tras él.

Hey, no me obligues a…

Se vuelve y empieza a quitarse la mochila de los hombros mientras avanza con paso firme hacia el vigilante. Beta vuelve a gruñir.

¡Lárgate y déjame en paz o juro por Dios que te mato ahora mismo!

La mochila cae en la hierba y el vigilante da unos pasos atrás. El

hombre ha sacado el machete de la cintura pero lo mantiene bajado con el brazo pegado al muslo. Los dos se estudian durante un rato hasta que el vigilante se marcha sin decir una palabra.

Vuelve a colgarse la mochila en los hombros y retoma la subida de la siguiente montaña. La lluvia se intensifica y discurre en hilos por la rampa de hierba baja, entre montoncitos de bosta de vaca. En mitad de la subida tres caballos manchados y una yegua blanca salen de su trance contemplativo y entran en estado de alerta ante su proximidad. Les han recortado las crines y sus cuerpos tensos parecen impermeables a la lluvia. Siente un impulso desproporcionado de montar en ellos y uno de los caballos pisa firme con la pata delantera como si lo supiese.

En la ladera de Ferrugem inspecciona algunos senderos escarpados que descienden por los peñascos y descubre un abrigo natural repleto de pinturas rupestres. Pasa allí dentro la primera noche después de llevar en brazos a la perra, secarse de la mejor manera posible y encogerse dentro del saco de dormir. Utiliza el encendedor para examinar los patrones triangulares y los grandes círculos y rombos que cubren las paredes de piedra pero los dibujos permanecen indescifrables. No alcanza a imaginar a los pueblos primitivos intentando representar nada más allá de peces, olas, flechas y cuerpos celestes pero las formas geométricas dibujadas en la caverna no remiten a nada de eso. Son códigos referentes a otras cosas. El lugar está seco y limpio excepto por una botella de plástico verde y los restos de cera blanquecina de una vela que pueden haber sido dejados allí por un pescador solitario o un eremita. Cuando anochece la oscuridad es total. Las olas rompen allí cerca pero el estruendo de sus golpes suena lejos. Poco a poco el rumor subterráneo y el olor ácido del agua del mar estancada confieren al antro un clima extrañamente acogedor y duerme tranquilo.

Continúa caminando hacia el sur durante unos días. Sube y desciende colinas con el mar y los peñascos a su izquierda y, al otro lado, kilómetros de continente extendiéndose hasta la muralla verde oscura de la sierra de Tabuleiro, un paisaje de laderas y planicies en el que se alternan casas de veraneo, solares deforestados, islas de

bosque autóctono, dunas cubiertas por una red oscura de gramíneas, plantaciones de arroz, pastos para el ganado, lagunas y caminitos de tierra. Cuando la lluvia amaina puede ver desde los puntos más altos las pistas de asfalto de la BR y las aglomeraciones urbanas al pie de la carretera. La tapicería de vividos contrastes se ilumina en los raros momentos en que la lluvia cesa y las nubes escasean lo suficiente para dejar pasar algunos rayos de sol. Anochece y amanece como siempre pero pasa días sin ver una sombra. No truena ni sopla el viento. Recorre las playas a toda prisa y vuelve lo antes posible a las colinas, valles y laderas. Encuentra restos de hogueras y campamentos en algunos claros situados a orillas de los caminos abiertos por rebaños de ganado que recorren las laderas en busca de pasto. En la superficie de algunas piedras situadas a orillas de la playa hay círculos pulidos y tallos longitudinales utilizados por los indígenas para afilar sus instrumentos hace miles de años. Camina despacio para que la perra pueda acompañarlo y traza grandes desvíos para evitar las partes más difíciles. A veces la coge en brazos por las piedras y otras ella se queda esperando a que él vuelva. Beta mastica la comida más rápido de lo normal y parece sorprendida cuando se termina.

Cuando pasa por la playa de Ferrugem busca abrigo durante unas cuantas horas en el bar de Zado. Come una empanadilla de carne y una Coca-Cola y extiende el saco de dormir sobre una de las mesas protegidas por el tejado con la esperanza de que se seque un poco. La lluvia incesante ha ahuyentado incluso a los surfistas y el chico que atiende la caja le pregunta si está perdido, y se pasa todo el rato vigilando sus movimientos. En la playa de Barra le saluda un hombre con un albornoz violeta que fuma un puro en el balcón de su casa y él le devuelve el saludo. En el camino hacia la playa de Ouvidor pasa junto a un hombre con una capa de lluvia azul que está pescando con carrete y encuentra dos puntas de flecha en un pequeño deslizamiento de suelo arenoso erosionado por la lluvia. Los hostales y bares del extremo sur de la playa de Rosa todavía están cerrados o en reforma. Hormigoneras, palas y montones de tablas descansan en obras alargadas y temporalmente abandonadas.

No ha visto ni una sola alma en todo el día, por tanto ni lo piensa antes de quitarse la ropa y darse un baño en la ducha de la playa instalada en la pequeña plaza de arena que queda entre los bares. Consigue dormir limpio y seco en el pasillo de una galería de diminutas tiendas construida sobre la franja de arena que bordea la carretera de tierra. Por la mañana despierta con los ladridos de Beta y advierte que algunos coches han aparcado allí cerca. Un surfista está echando pestes mientras intenta cerrar la cremallera del traje de neopreno en la terraza de la tienda de al lado. Se levanta y le ofrece ayuda pero el joven rubio y muy blanco retrocede unos pasos, dice que no hace falta, agarra la tabla de colorines y se aleja de allí en dirección a la playa con la cremallera todavía abierta. Las olas del mar son enormes y de vez en cuando se divisa una pequeña figura valiente vestida de negro sobre la cresta de una ola y abriendo un surco en su superficie. No ha dejado de llover y los comercios no han abierto sus puertas pero la presencia de surfistas guiados por los boletines meteorológicos y con toda probabilidad venidos de lejos para aprovechar el portentoso oleaje indica que debe de ser sábado o domingo. Advierte que ha perdido la cuenta de los días.

Durante esa mañana atraviesa la siguiente colina y va a parar a la playa de Luz y después a la barra de Ibiraquera. Allí le viene al encuentro un viento helado e intenso y empieza a temblar violentamente de frío. Come lo que le queda en la mochila y en vez de seguir por la playa toma el camino de tierra y anda hasta la primera bifurcación. Algunos turismos aparecen de vez en cuando pero no se detienen. Por fin, el conductor de una pickup blanca ve la señal de autoestop y se detiene. Saluda al hombre al volante por la rendija abierta de la ventanilla.

Buenos días.

Buenas tardes.

¿Adónde va?

A Tubarão. Voy a coger la BR.

Mmm…

¿Adónde quieres ir?

A Garopaba.

Te puedo dejar en Araçatuba.

Me sirve. Gracias.

El perro tiene que ir detrás.

Voy con ella. Podría saltar.

El conductor mira hacia delante, con una de las manos en la palanca de cambio y la otra sujetando al mismo tiempo el borde del volante y un cigarrillo encendido. Se trata de un rubio rechoncho con la cara un poco roja y sin afeitar. Viste un jersey de punto gris, bufanda y boina. Un hedor a alquitrán sale por la ventanilla. La goma del limpiaparabrisas rechina tres veces contra el cristal frontal.

Bah, a la mierda, entra.

El conductor se inclina para abrir el pestillo de la puerta del pasajero.

¿Con la perra?

Asiente con la cabeza y un gesto invitador de la mano.

Deja la mochila en el asiento del medio y acomoda a la perra entre los pies.

Te voy a llenar el coche de agua.

Eso se seca con los primeros rayos de sol que aparezcan, no te preocupes.

La pickup traquetea en la carretera llena de hoyos por la lluvia. El conductor arroja el humo por una rendija de la ventanilla y carraspea de vez en cuando.

¿De dónde vienes?

Del mismo Garopaba.

¿Trabajas aquí, en Ibiraquera?

No, solo estoy dando una vuelta.

¿Bajo la lluvia?

Salí de casa creyendo que dejaría de llover en dos o tres días pero no sé si fue una buena idea.

La inundación en Blumenau se está poniendo fea. Un amigo mío trabaja en el puerto de Itajaí y dice que el agua no para de subir.

¿Hay inundaciones?

¿No has visto la televisión? El telediario no habla de otra cosa. Ya han empezado a enviar ayuda a los sin techo y también han

empezado a robar. Por no hablar de que ahora tienen una excusa para atrasar dos años más el desdoblamiento de la BR. Cada mes de atraso de las obras significa una nueva mansión con diez *suites* encima de la colina. En una reserva natural, claro. Contratista, proveedor, todo el mundo nadando en dinero federal. La obra tendría que haber terminado ahora, en 2008. En el proyecto original se olvidaron de incluir el puente de la Laguna, el túnel en la montaña de los Cávalos, un montón de cosas. La última revisión del PAC la adelantó al 2010. Te voy a decir cuándo estará terminada. Nunca. Literalmente nunca. Cuando un trecho de la carretera está listo hay que reconstruir el que habían terminado dos años atrás. El asfalto que colocan es como una cáscara de huevo. Ese robo no tiene fecha de acabar.

¿Utilizas mucho esta carretera?

A todas horas. Soy ingeniero. Estoy trabajando en dos obras y he venido a echar un vistazo a ver cómo van con este aguacero. Los tíos quieren tener la casa lista para diciembre pero ya les avisé de que pueden esperar sentados. Literalmente.

Los faros de un viejo camión asoman en mitad de una curva y la camioneta derrapa. La frenada casi hace que el vehículo caiga a la zanja situada en el borde de la carretera. El conductor maldice.

¡Qué cabronazo! ¡Cabrón hijo de puta!

Mira lo que he encontrado caminando por las rocas.

Abre el bolsillo lateral de la mochila y saca las dos puntas de flecha.

¿Qué son?

Puntas de flecha.

El conductor tira la colilla por la rendija de la ventanilla y desvía los ojos de la carretera un instante para mirar las dos piedras triangulares que él le muestra en la palma de la mano.

¿Estás seguro?

Sí, fíjate en los bordes dentados. La piedra es muy lisa. Ha sido pulida.

El conductor vuelve la cabeza de nuevo pero esta vez no mira las piedras sino a él, inspeccionándolo rápidamente de arriba abajo. La

conversación muere. Al desembarcar en el asfalto se disculpa por haberle mojado el asiento del coche y le ofrece una de las puntas de flecha como regalo. El conductor le da las gracias y guarda la pequeña piedra dentro de la guantera.

Intenta volver a hacer autoestop en el arcén cerca de la rotonda de Araçatuba pero nadie se detiene y empieza a tener hambre. Entra en la cafetería que hay junto a la parada de autobús y pide dos empanadillas de carne y una Coca-Cola. La chica de la caja vuelve la cabeza hacia el fondo del establecimiento buscando a alguien que no está allí y enseguida lo mira.

¿Tienes dinero?

Claro.

Se da cuenta de que está formando un charco de agua en el suelo y se va a comer a la pequeña zona cubierta de fuera. Lanza la mitad de la segunda empanadilla a la perra, paga la cuenta y sale andando por el arcén en dirección a Garopaba, levantando el dedo a camionetas, camiones y coches viejos, pero nadie para y al poco tiempo desiste de mirar hacia atrás cada vez que oye el rugido de un motor. Cerca de los badenes y de los pasos de peatones los conductores reducen la velocidad y escrutan con curiosidad al barbudo y al perro que andan bajo la lluvia. La posibilidad de que conozca a alguna de esas personas que se dirigen a Garopaba no es pequeña pero jamás reconocería a nadie a través de los cristales empañados de un vehículo en movimiento. Por si acaso corresponde a todas las miradas sonriendo y saludando con la mano. Una mujer le devuelve la sonrisa pero no detiene el coche y otra le corresponde con una mirada penetrante de indiferencia. Un hombre intenta aparcar su furgoneta pero se echa atrás en mitad de la maniobra y acelera a fondo. Uno o dos kilómetros después divisa la montaña de la piedra Branca a la izquierda y decide salir de la carretera y continuar por el camino de tierra de Encantada.

Lo sorprende una noche abrupta y se refugia en el garaje en construcción de una casa vacía, no muy lejos de la carretera. Puede ver los faros de los vehículos pasando a distancia pero solo oye el agua que gotea del tejado y el croar desesperado de los sapos en el

terreno inundado de detrás de la casa. La perra insiste en masticar la piel del pliegue de una de sus patas traseras con los dientes incisivos y resuella. Se acuesta dentro del saco de dormir pero por primera vez en días no tiene sueño. Se vuelve boca arriba, pone las manos detrás de la cabeza e intenta entrever en la oscuridad las vigas de madera del tejado. El aire frío rezuma un olor agradable a argamasa mojada que le recuerda el garaje donde en su infancia mataba el tiempo. Sus canciones preferidas comienzan a aparecer una detrás de otra en la cabeza y se sorprende de acordarse todavía de ellas en su totalidad. Canta bajito y va elevando poco a poco la voz hasta que se descubre gritando como un loco los estribillos. Son canciones que sus padres oían cuando él era pequeño. Ve a su madre todavía joven canturreando «calça nova de riscado, paletó de linho branco que até o mês passado lá no campo aínda era flor» mientras poda las azaleas rosas y las coronas de novia blancas en el jardín de la antigua casa en Ipanema una tarde de domingo con el tocadiscos a todo volumen dentro del comedor. Su padre tenía preferencia por los álbumes de tango y de música gaucha y por eso puede murmurar la melodía de algunos éxitos de Gardel y cantar de cabo a rabo la mayoría de las canciones de los conciertos de California da Cançao Nativa. «Está Andando o meu tempo, a tarde encerra mais cedo, meu mundo ficou pequeño e eu sou menor do que pensó», canta en oposición al griterío de los sapos y los grillos. Cuanto más alto canta más se calienta su cuerpo. Nunca ha vuelto a escuchar canciones tan bonitas como las que sus padres oían. ¿Dónde estarán esos vinilos? Los dividieron durante la separación. Su padre conservaba los suyos, de eso está seguro. Nadie se acordó de los vinilos. Es indignante pensar que los pueden haber vendido por una miseria o que se los hayan dado a Dante. Su hermano se quedó enganchado al viejo *blues* siendo un adolescente y fue lo único que escuchó a lo largo de muchos años, eso y bandas underground o independientes que todavía no gustaban a todo el mundo. Cantantes ingleses gimoteando que solo llueve sobre sus cabezas. Viviane era la única persona que conocía a la que le gustaba la música clásica hasta el punto de ir con frecuencia a los conciertos de la Orquesta Sinfónica

de Porto Alegre y de arrastrarlo a recitales. Sabía más sobre las piezas y los compositores que el texto del folleto. Para él la experiencia resultaba ambigua. A veces salía entusiasmado de la sala de conciertos pero sin intención de volver a oír nada parecido. Por algún motivo su oído no retenía la música que acababa de escuchar. Ninguna palabra para describir sus impresiones, ninguna idea de la diferencia entre Bach y Mozart y solo una vaga noción de que existe aquella cancioncilla famosa de Beethoven. Y sin embargo una melodía en particular no lo abandonó jamás. Solo una, la que Viviane decía que era su preferida y a la que se refería como Mi nocturno de Chopin. Esa música soy yo, decía. La murmura ahora, muy bajito, desafinando con toda seguridad, pero la línea melódica resuena en toda su placidez lunar, con precisas notas de piano, en la cámara de su imaginación.

Al día siguiente escala el camino empinado que conduce a la cima de la piedra Branca. Descubre que por detrás de la pequeña torre de roca escarpada que se ve desde la carretera hay una muralla de piedra larga y estriada de líquenes. En la cumbre encuentra a una mujer muy hermosa con un maillot y chaqueta de chándal practicando yoga. Deja a la perra en el suelo después de haberla llevado en brazos por el último tramo difícil de camino y observa a la mujer sin estar seguro de lo que está viendo. Está sentada en una posición extraña con las piernas cruzadas, completamente mojada, tiene el pelo negro y muy corto pegado a la cabeza. Sus pasos la despiertan finalmente del trance meditativo y los dos se miran durante un rato sin entender demasiado bien la presencia del otro. Saca de la mochila las dos últimas manzanas, se las comen juntos y hablan. La joven le explica que está haciendo un retiro en un centro de meditación cerca de allí y que están sentados en el punto exacto de uno de los mayores portales energéticos de América del Sur. Se puede sentir, ¿no te parece? Los primeros habitantes de la región hablaban de un carruaje de luz que partía de la laguna al sur y cruzaba el cielo hasta desaparecer detrás de la piedra Branca. Dibuja el trayecto del carruaje apuntando con el dedo. El paisaje es vasto, aun borrada la distancia por la lluvia. Más allá de la estación de

autobuses los lagos y campos inundados hacen que todo allá abajo parezca haberse transformado en una inmensa laguna, y las dunas y montes de Ferrugem se dejan entrever en contornos fantasmales contra el cielo gris fosforescente. Se despide de la chica, desciende el sendero y sigue su camino en dirección a las colinas situadas detrás de Encantada.

La carretera de tierra pasa por un viejo aserradero de engranajes de madera movidos por agua y por un molino de harina de mandioca empujado por bueyes. Niños de uniforme azul y blanco con paraguas salen de una minúscula escuela municipal y le señalan riendo y cuchicheando sin vergüenza. El último poste de luz termina en dos casas de madera rodeadas de huertecitos y pastos delimitados por cercas de alambre de espino. Después de eso la senda desaparece y pasa días sin ver a nadie.

A la segunda mañana de haberse perdido por esas montañas despierta con la cálida claridad del sol. Los pájaros cantan y se tocan en vuelos rasantes. Los colores laten. Hay sombras. Se quita la chaqueta y la camiseta y el sol le da en la coronilla, en la nariz, en los hombros. Lagartos con colas enormes calientan la sangre estirados sobre tibias piedras, mirando hacia arriba como mártires. Extiende toda su ropa y el saco de dormir en las piedras, toma la pastilla de jabón y busca un arroyo en el que darse un baño. La perra lo acompaña intentando atrapar moscas en pleno vuelo con la boca. Llena la botella de agua y se queda desnudo al sol del mediodía hasta secarse. La mitad del cielo es azul. Mariposas y cigarras se disputan el espacio en la hierba y la atmósfera va siendo ocupada por zumbidos de timbres variados. Hojas de capín se mecen con el aterrizaje de los grillos. Un arbusto menudo tiene las hojas llenas de avispas rojas que no se parecen a nada que él haya visto antes ni siquiera en fotografías o documentales. Se agacha y las observa durante un largo rato. De vez en cuando se mueven unos milímetros, todas juntas, en perfecta sincronía, reconfigurando la ocupación del arbusto. Mira a su alrededor y no tiene la más remota idea de dónde está. Sabe más o menos por dónde ha llegado y en qué dirección debe continuar. Un olor fértil sube de la tierra

húmeda calentada por el sol. Zánganos negros y peludos planean en el aire polinizando las orquídeas. La mitad cubierta del cielo comienza a avanzar sobre la mitad azul y muy a lo lejos se oyen truenos. Decide partir otra vez y recorre la cresta de la montaña, abriéndose camino por en medio del bosque.

En el breve espacio de tiempo entre el caer de la noche y el retorno de la lluvia descubre un valle de vegetación baja cubierto por una niebla luminosa de luciérnagas. No se atreve a moverse, como si un solo paso pudiera espantar de una sola vez los miles de insectos y romper el encanto. Empiezan a caer goterones y los puntitos de luz verde se van apagando.

Encuentra un cobijo improvisado bajo un árbol frondoso y los aullidos de la perra lo despiertan en mitad de la noche. Se ha alejado un poco y no puede verla. Es la primera vez que la oye emitir ese ruido y siente una culpa extraña, como si estuviera fisgoneando un momento íntimo del animal. Los aullidos son largos y espaciados y no obtienen respuesta.

Al final del día siguiente cae en la cuenta de que está caminando por la cresta de la montaña de Freitas. A la izquierda divisa las calles y casas de Paulo Lopes y a la derecha la costa de Macacu y la laguna de Siriú. En algún lugar cerca de allí deben de estar los terrenos que los hijos de Santina heredarán. Pasa una noche más a la intemperie. Ya no le molesta estar mojado y ha desaparecido el hambre que llevaba días atormentándole el estómago. Al día siguiente continúa andando de una cima a la siguiente con pasos lentos, seguido un poco más atrás por la perra, evitando las carreteras y las plantaciones, hasta aproximarse al centro urbano de la playa de Siriú.

Desciende por el primer camino que descubre, entra en la primera cafetería que aparece y pide una hamburguesa. El sonido de su propia voz resuena dentro de su cabeza y advierte que no había pronunciado ni una sola palabra desde su conversación con la yogui en Encantada. Dos jóvenes con gorra y pantalones largos de skate beben cervezas y fuman cigarrillos en la mesa de al lado, derrumbados en sus sillas de plástico. El diálogo es críptico pero

parece referirse a una fiesta y a una chica que estaba en esa fiesta. El delgado es el más charlatán y el más fuerte escucha mientras juguetea a encender y apagar la alarma del coche aparcado justo enfrente. El pequeño televisor suspendido en la pared transmite una película doblada pero el volumen es casi inaudible. La joven embarazada con un delantal blanco y gorro higiénico que atiende a los chentes y se encarga de la plancha al mismo tiempo aparece con la hamburguesa y una bandeja con servilletas y sobrecitos de salsas. Su estómago encogido solo tolera la mitad del bocadillo. Deja que la perra se coma el resto sobre un pedacito de hierba al lado de una farola. Un avance informativo irrumpe en el intervalo comercial y muestra escenas de la inundación. Un río de rápidos achocolatados corta una carretera por la mitad. Hombres remando en botes, en medio de un archipiélago de tejados. Familias acampando en un polideportivo.

Pide un cigarrillo a los chicos. Lo miran sin reaccionar y él vuelve a pedírselo. El forzudo se levanta, se acerca a su mesa, ofrece el paquete, espera a que él coja un cigarrillo con las uñas largas y sucias de barro y enciende el mechero delante de su cara. Él se lo agradece, da algunas bocanadas sin tragarse el humo y lanza el cigarrillo todavía encendido en mitad de la calle empozada.

¡Qué asquerosidad! ¡Vaya mierda!

Se aclara la garganta enseguida y escupe en la acera. El más delgado suelta una carcajada burlona.

¿De dónde vienes, loco?

Él se levanta, deja el dinero encima de la mesa, le hace una señal a la camarera, da la espalda a los chicos y se marcha mientras habla.

Todo empezó hace mucho, mucho tiempo, dice con voz cansina y teatral mientras camina en dirección a la playa y señala el bulto de las montañas. Era una noche oscura… y tempestuosa…

¡Qué pena!, escucha decir a uno de los chicos detrás de él.

Se ríe solo, comprueba que la perra le está siguiendo y pisa con fuerza en los charcos hasta alcanzar la franja de arena. Garopaba queda a su derecha, remota y espectral. Camina hacia la izquierda, hasta la ladera del pequeño monte junto al mar y recorre una senda

que no tarda en desembocar en la costa peñascosa. Las olas baten con gusto en las rocas más grandes y salpican hacia arriba. La lluvia ha quedado reducida a una llovizna y busca un camino que la perra pueda recorrer pero cada vez resulta más difícil. El camino de las piedras, el camino de las piedras, murmura para sí. Pisa de una en una y va dejando Siriú atrás. Durante mucho rato lo único que alcanza a ver es la parte superior de la próxima piedra.

Cuando finalmente levanta la cabeza para mirar a su alrededor percibe que está anocheciendo. Ha ido a parar en mitad de una costa peñascosa situada entre la nada y ningún lugar y ya ha avanzado demasiado para dar marcha atrás. Pisa en una piedra suelta y aunque la mochila amortigua la caída se golpea con fuerza el codo y siente cómo el dolor le sube por el brazo hasta llegar al hombro como una descarga eléctrica. Examina la articulación, se palpa el brazo. Un poco de sangre y palpitaciones, nada más. Sube primero a la perra encima de las rocas más grandes y solo después las escala él. Avanza de esa forma hasta alcanzar el límite entre las peñas de granito y la vegetación. Intenta trepar por la ladera pero la barrera de arbustos es demasiado densa y espinosa. Gira sobre sus pasos y un poco antes de que la oscuridad se vuelva total encuentra un abrigo natural protegido entre dos peñascos en la subida de la ladera. Se acerca y descubre que la cavidad se prolonga por un pasaje estrecho formando una pequeña gruta seca. Deja la mochila allí dentro, acomoda a la perra y se sienta al lado del nicho triangular como si fuese un ídolo de piedra colocado en el lugar más improbable y absurdo justamente para no ser visto. Enfrente, el mar constituye una gran masa de oscuridad más oscura que la noche, un monstruo invisible y manifiesto al mismo tiempo. Sabe que se encuentra muy por encima del nivel del mar pero siente miedo de todos modos, la misma clase de terror irracional que asoma poco a poco cuando nada solo mar adentro. Por otro lado, ¿en qué sitio estaría más seguro y protegido que aquí? Nada sería capaz de alcanzarlo en este lugar. Dentro de unas horas amanecerá como siempre y podrá irse. Ninguna sorpresa posible esta noche. Nada puede suceder. No aquí.

Acaricia la piel de la perra, cálida a pesar de todo. De pronto, sin

premeditarlo, ve con meridiana nitidez algo que llevaba tiempo deseando ver y empieza a llorar de felicidad. Le gustaría que Jasmim estuviera aquí en este momento, y Viviane, y su padre y su madre, e incluso Dante, incluso las personas que tiene ganas de odiar pero que no consigue odiar, le gustaría que todos ellos estuvieran ahora aquí. Su padre ya se lo había dicho una vez. No consigues odiar nada, hijo. Eso no puede ser bueno. Pero es así, papá, le responde ahora mirando dentro de la oscuridad. Es así. Va sintiéndose cada vez más leve a medida que piensa en esas cosas y se duerme sentado apoyado en la piedra.

Tarda toda la mañana siguiente en atravesar el resto de la costa y rodear una depresión rocosa en forma de cañón. El siguiente sendero atraviesa la colina por el centro de un cerrado matorral. La hierba y los arbustos han crecido por encima del camino y avanza sumergido casi hasta el pecho en el follaje color verde oscuro, abriendo camino a la perra que avanza a trompicones justo detrás. Sus piernas van acostumbrándose lentamente al barro blando que ha reemplazado la solidez escurridiza de las piedras. Un balbuceo escapa a veces de sus labios. En la cima de la colina el sendero va a dar a un pequeño pueblo y a una extensa playa. Los aldeanos le observan pasar desde puertas y ventanas de casas amontonadas en callejones al pie de la montaña.

Ve a personas descender con bolsas llenas de frutas y verduras del interior de un viejo autocar aparcado al borde de la carretera de arena. Sube a él por la puerta de atrás. En lugar de asientos hay cajas llenas de frutas y verduras, y en mitad del pasillo algunas mujeres provistas de bolsos de tela matan el tiempo mientras huelen piñas, aprietan mangos e inspeccionan lechugas. Mira a su alrededor y se queda aturdido con la profusión de colores y aromas dulzones. Entran otros compradores por la puerta trasera y le presionan para que siga el flujo del pasillo rumbo a la salida frontal. Dentro del ambiente cerrado oye el ruido de su propia respiración y nota que tiene un poco de fiebre. Coge varios plátanos maduros, una pera y dos naranjas. La mujer de detrás de él derrumba una caja de remolachas y la ayuda a recoger las raíces esparcidas por el pasillo.

El viejo regordete de pelo blanco sentado en el asiento del conductor pesa los productos de los clientes en una balanza y recibe el pago. Coloca sus frutas en la balanza para que las pese y rebusca en el bolsillo externo de la mochila mojada hasta encontrar las dos últimas monedas de un real.

¿Suficiente?

Sobra un poco.

Quédese con el cambio.

El bar con terraza de madera aislado en medio de la playa solo resguarda a un gato manchado que no se inmuta ante la presencia de visitantes. Se sienta en un taburete a una de las mesas y se come la fruta contemplando la profunda playa fustigada por la fuerte lluvia. Empieza a hablar solo y a conversar con la perra y se da cuenta de que no puede estar mucho tiempo quieto o no conseguirá proseguir. Se levanta, baja la escalera hasta la arena blanda y camina por la playa hasta la próxima colina.

La resaca ha erosionado la duna que conducía a la siguiente playa exponiendo a la vista una escalinata de piedra tan regular que parece haber sido esculpida por el hombre. Al otro lado descubre una gran extensión de dunas y restingas alrededor de una playa que se extiende hasta casi perderse de vista. Avanza a marcha lenta y firme, mirando la distancia, empujado suavemente por el viento que sopla desde el mar. Pasa junto al esqueleto de un delfín o de una cría de ballena franca, con el cráneo semejante al de un cocodrilo y una larga hilera de vértebras medio enterradas en la arena inundada. Ya no puede imaginar cómo era un día sin lluvia.

A media tarde alcanza la barra de un río que fluye lento y poderoso como lava en dirección al mar arrastrando ramas de árboles llegadas de sierras remotas. Hay un pueblo en la otra orilla y algunos pescadores realizan la arriesgada travesía en estrechas balsas. Uno de ellos, que viste una capa de lona impermeable, acepta transportarlo al otro lado y le pregunta de dónde viene, adonde va, si necesita ayuda. Piensa mucho cada pregunta del pescador como si no lo comprendiese e intentase inventar la respuesta solo por cortesía. Vengo de allá, señala. Estoy caminando por ahí. Siguiendo

las montañas. No necesito nada, amigo, ayudarme a cruzar el río ya es mucho. El pescador le apretuja la mano al despedirse, se queda observando cómo la hirsuta figura se marcha con su perra coja pisándole los talones hasta desaparecer por la entrada del camino de acceso a la próxima playa, y los otros pescadores van acercándose poco a poco queriendo saber de qué se trataba.

El sendero rodea la primera colina junto al río y desemboca en una diminuta playa tomada por un rebaño de vacas. Estas deambulan por las piedras flanqueadas por los terneros y los bueyes levantan la cabeza para vigilar su paso. La perra comienza a ladrar y una parte del rebaño se inquieta y camina apresurada hasta el final de la playa, reuniéndose cerca del caño del que brota con fuerza el agua de la montaña. Los dos cobertizos de pesca están cerrados y en uno de ellos destaca un tablón sobre la puerta con el nombre de un bar que debe de abrir solo en verano. El camino sube y baja el siguiente cerro y conduce a una playa desierta emparedada por una ladera verde e inaccesible. Los relámpagos comienzan mientras él cruza esa playa. Los truenos tardan mucho tiempo en llegar tras el destello, pero demoran en pasar. Intenta acelerar el paso pero solo consigue andar a la misma velocidad. No tiene fuerzas para ir más rápido y teme sucumbir en caso de ir más despacio.

Después de conseguir atravesar la playa desierta sube hasta la cima de una ladera cubierta de pasto y le sorprende la visión de un gran valle paralelo al mar que se extiende hasta ser tragado por la niebla grisácea de la lluvia. El sendero se bifurca y opta por seguir por la cresta de la montaña que separa el valle del mar porque la noche que se aproxima será tempestuosa y los árboles de aquel lado parecen capaces de ofrecer un poco de abrigo. Debe de estar comenzando a anochecer, difícil decirlo, y camina lo más rápido que puede. Los troncos y ramas de las casuarinas situadas al borde del peñasco crecen arqueadas por el incesante viento y parecen querer saltar al fondo del valle en busca de alivio. La lluvia horizontal le fustiga el lado derecho de la cara.

Dentro del bosque las copas bajas y densas de los árboles neutralizan el azote de la intemperie, atenúan el frío y hacen que

todo se calme un poco. Está buscando un lugar abrigado en el que pasar la noche cuando oye el llanto de un bebé.

Intenta encontrar una explicación plausible, como el balido de una oveja o el crujido de un tronco curvado por el viento, pero no es el tipo de sonido que uno confunda fácilmente y la segunda vez no le cabe ninguna duda. Mira a su alrededor pensando en apariciones o fenómenos paranormales. ¿Un vendaval puede llevar un sonido tan lejos? Un poco más adelante divisa algo amarillo entre los árboles. Se aproxima con cautela. Le da miedo lo que pueda encontrar.

Alguien ha estirado bien una lona amarilla y la ha amarrado a los árboles en posición inclinada para que el agua se deslice y sirva de tejado a una pequeña tienda de campaña en forma de iglú. El llanto del bebé procede de allí dentro y la luz interior de lo que probablemente es un quinqué de gas proyecta las siluetas de dos personas en el tejido de nailon verde. Grita Hola y da unas palmadas a unos metros de distancia. La cremallera se abre y la puerta de tela cae al suelo. Una cabeza con el pelo negro y largo y gafas de culo de botella se asoma hacia fuera.

La pareja se llama Jarbas y Valquíria, pero él prefiere que le llamen Pato y ella simplemente Val. El bebé tiene trece meses y se llama Italo. Son de Santa Cruz do Sul y viven la mayor parte del año en una comunidad ecológica. Pato sale de la tienda de campaña y se agacha a su lado en la pequeña zona protegida por la lona, abrazándose las rodillas con los brazos. Es muy delgado y las gafas le agrandan los ojos como lentes de aumento. La melena de rizos negros y enmarañados forma un cogollo alrededor de la cabeza. Val se inclina un poco para saludar al visitante y echarle un buen vistazo. Tiene los labios finos, las cejas gruesas, el pelo liso y corto y una mancha rosada en la parte superior de la mejilla izquierda. Ninguno de los dos sonríe en ningún momento. Incluso tras días o semanas de una lluvia incesante su campamento sigue seco, lo que también significa que Pato y Val se instalaron allí hace bastante tiempo, antes de que empezara a llover. Han cavado canaletas alrededor de la tienda de campaña y montado un pequeño hornillo abastecido por una bombona de gas en miniatura. En el rincón hay un paraguas

negro y algunas bolsas de plástico atadas y llenas de basura. Pato enciende el hornillo, pone a calentar una tetera y empieza a preparar un mate. El niño llora sin parar y por la forma de hacerlo parece que lleva llorando mucho tiempo, pero los padres consiguen desconectar o ignorar el instinto de protección y permanecen inmunes a los angustiados berridos.

¿Lleváis mucho tiempo acampados aquí?

Casi un mes. Vinimos cuando ítalo cumplió un año.

Me he llevado un buen susto cuando lo he oído llorar.

Tiene fiebre.

¿Tenéis medicamentos?

Ayer lo llevamos al médico en Pinheira, dice Val. Ha tomado un poco de jarabe.

Los dos hablan muy despacio y antes de responder a cualquier cosa intercalan una larga pausa, lo bastante dilatada para dar la impresión de que no han respondido.

¿Qué estáis haciendo aquí?

¿Qué quieres decir?

¿Por qué estáis acampados aquí bajo esta lluvia?

¿Por qué estás andando por las montañas bajo esta lluvia?

Cuando salí de casa no sabía que iba a caer el diluvio universal.

Tampoco nosotros lo sabíamos cuando vinimos a acampar.

Val entrega un paquetito de papel de aluminio a su compañero, que empieza a triturar la marihuana en un molinillo redondo.

¿Dónde estamos?

Ninguno de los dos responde durante un buen rato. Pato acaba de liarse el porro y Val aprovecha un intervalo entre dos chillidos del bebé para preguntar ¿En qué sentido?

¿En qué sentido el qué?

Has preguntado dónde estamos.

Quiero saber en qué lugar estamos.

En el valle.

¿No conocías el valle?

No. Está cerca ¿de dónde?

Pinheira queda en aquella dirección, a unos veinte minutos por

la montaña, Pato apunta con el brazo a cámara lenta mientras lame el papel de fumar con la otra mano.

Es difícil hablar con vosotros. Habláis muy despacio.

No responden. Val sale de espaldas por la entrada de la tienda de campaña y saca de allí una cunita rústica con el bebé dentro, enrollado en unas mantas. Del asa de la cuna cuelga un adorno que recuerda una tela de araña.

¿Qué es eso?

Un atrapasueños.

¿Para atrapar los malos sueños?

La joven asiente.

Los indios de América del Norte los colocaban en las cunas, dice Pato. Los sueños buenos pasan por el agujerito del medio, pero los malos se quedan atrapados en la tela y se deshacen con la luz del sol. Y la pluma del centro representa el aire y la respiración.

El bebé mira la plumita meciéndose al viento y aprende que existe el aire, cómo funciona, entiende que es importante para él, dice Val.

El niño berrea tan fuerte que se atraganta.

¿Es normal que llore de ese modo?

Es la fiebre. Ahora va a tomar un poquito de aire y parará un ratito.

¿Qué come?

Val esboza una primera sonrisita y lo mira de reojo, pareciéndole gracioso.

Todavía mama. Y le damos un poco de papilla.

La preparo yo, dice Pato aspirando la primera bocanada del porro y ofreciéndoselo.

No, gracias.

Papilla de papá. ¿No, mi bebé?

Val toma el porro y fuma.

¿El humo no le hace daño al niño?

No.

Un relámpago lo revela y oculta todo antes de poder ver nada. El trueno hace una pausa dramática y retumba. La lluvia arrecia. La

tetera empieza a silbar sobre el hornillo. Mira a su alrededor buscando a la perra y no la ve.

¿Buscas algo?

Mi perra, estaba aquí.

Silba y la llama por su nombre. Beta aparece y se mantiene a distancia.

Ponía aquí debajo con nosotros, dice Pato.

Se va a sacudir y lo va a mojar todo.

La secamos nosotros. Val, coge aquella toallita sucia que colgué en la lona.

Llama a la perra hasta que esta se convence de que es bienvenida y la envuelve con la toalla en cuanto comienza a sacudirse. Después la seca con cuidado, hablando bajito, mientras Pato prepara el mate y el humo de la marihuana ocupa el espacio bajo la tienda mezclándose con el olor a abono, leche, caca de bebé y plástico de lona. Pato escupe el agua tibia del primer sorbo de mate y vuelve a llenarlo con agua humeante.

Toma, hombre de las montañas. Estás temblando de frío. Mate de agua de lluvia para resucitar a un muerto.

Toman mate y comen nueces de Brasil, admirando la noche y los relámpagos. El pequeño ítalo se tranquiliza un poco y la madre vuelve a poner la cuna dentro de la tienda de campaña.

Puedes dormir ahí si quieres. Pero no tenemos ninguna colchoneta y la colcha se ha mojado.

No quiero molestaros.

No nos molestas.

Está bien, entonces. Tengo un saco de dormir. Gracias.

Saca de la mochila el saco de dormir húmedo y lo desenrolla parcialmente en el pequeño espacio libre bajo la lona.

¿Hacia dónde vas?

A ningún lugar en particular. Creo que mañana voy a emprender el camino de vuelta a casa.

¿Cuántos días llevas caminando?

No lo sé exactamente. Creo que unos diez.

Creo que más.

¿Creéis que en Pinheira puedo conseguir que alguien me lleve en coche a Garopaba?

Seguro que sí. Mañana temprano voy a bajar al valle para lavar los pañales de ítalo. Baja conmigo y te muestro por dónde se va. Está cerca. Solo tienes que tener cuidado de no equivocarte de camino. Hay varios senderos que entran por la montaña y van a dar a ningún lugar o a la caverna del viejo.

Caverna del viejo.

Hay un viejo que vive en una caverna.

¿Dónde?

Al otro lado del valle.

¿Cómo se llega?

No recibe a nadie. Y no siempre está allí. Por lo menos eso es lo que me han contado. Nunca he ido. Nadie va.

Pero ¿cómo se llega?

Queda en mitad del bosque entre dos senderos. Uno de ellos pasa por la parte baja del valle y el otro por la cima de la colina, justo enfrente. Es prácticamente imposible ver la entrada si no se llega muy cerca. Ya he ido por el camino de abajo. Hay una cerca de alambre de púas y desde allí se puede ver la caverna. Los pescadores de Pinheira dicen que el viejo tiene doscientos años y a veces le dejan peces y harina. Debe de tener alguna enfermedad contagiosa porque siempre nos avisan de que no nos aproximemos mucho.

Empieza a enrollar el saco de dormir.

¿Me puedes mostrar cómo llegar al camino de abajo?

¿Pretendes ir ahora?

Así es.

Te lo indico mañana temprano. Ahora no hay forma de ver nada.

Me voy ahora mismo. ¿Me lo enseñas o no?

No pienso salir andando por el bosque oscuro con esta lluvia.

Deja que se vaya, refunfuña Val desde dentro de la tienda. El bebé comienza a llorar alto de nuevo.

Ha enrollado mal el saco de dormir y no entra en la bolsa de plástico.

Voy a dejar el saco aquí, ¿vale? Después vuelvo a por él.

Tío, nadie va jamás allí. No debe de ser por nada. De hecho, creo que la historia del viejo no es más que una leyenda de pescadores. Hablé por hablar.

Si quiere ir, deja que se vaya, dice Val con tono irritado.

¿Puedes por lo menos indicarme la dirección del camino correcto?

Solo si me explicas por qué tienes tanta prisa.

Creo que el viejo de la caverna es mi abuelo.

Jarbas, ven aquí.

Pato se sube las gafas con la punta del dedo, ajusta la posición de la cabeza para verlo mejor, después atiende a la llamada de Val y entra en cuclillas en la tienda. Algo en él le recuerda a una tortuga. La cremallera corre y se cierra la puerta. El resplandor de otro relámpago ilumina la idea inesperada y obvia al mismo tiempo de que para esos dos él es una figura temible que surgió de la noche sin aviso y que la hospitalidad solo puede indicar que están asustados. Escucha cuchicheos por detrás del llanto del bebé y del rumor de la lluvia. No ve el momento de irse. Pato sale enseguida y le explica cómo encontrar el sendero que lleva a la caverna por abajo. Tiene que continuar por el camino que estaba siguiendo cuando vio la tienda de campaña, bajar la colina hasta una playa en miniatura en la que hay un antiguo cobertizo de pesca, atravesar el arroyo que pasa por el fondo del valle y desviarse a la izquierda en vez de continuar por el camino principal. Después de andar un rato por la base de la montaña aparecerá otro sendero. A cierta altura verá una cerca de alambre de púas a la derecha y un poco más adelante aparecerá una especie de portón que la verdad sea dicha parece un ovillo de alambre de púas alrededor de unos trozos de madera. Dicen que es allí.

Le agradece el cobijo y el mate y se disculpa por no poder ofrecer nada a cambio. Pato se inclina y susurra.

No digas nada para que Val no se dé cuenta. Si nos volvemos a ver te acusará de habernos robado, no lo niegues.

Pato le entrega una linterna a pilas.

No puedo aceptarla.

Pasa por aquí después o mañana y me la devuelves.

Te debo una.

¿De verdad que no prefieres ir mañana temprano?

Tengo que ir ahora.

Da la mano a Pato y llama a la perra, que ya estaba durmiendo. Se cubre la cabeza con la capucha y parte. La lluvia cae pesada y fuerte. Sus pies se hunden en el barro. Usa la linterna para navegar hacia la salida del bosque y guiar los pasos siguientes por el sendero que luego desaparece en un declive con césped. Aparte del haz de la linterna la oscuridad es total, y solo una sensación de presencia da una noción aproximada de dónde están los árboles, las piedras, el valle, el abismo y el océano. De vez en cuando un relámpago ofrece una instantánea del diluviano paisaje.

El valle desemboca en la pequeña playa pedregosa a la que Pato llamó playa en miniatura. La lluvia ha transformado el arroyo en un pequeño río y tarda un rato en encontrar un punto por el que atravesarlo. Cruza los dos o tres metros de una orilla a otra enfrentándose a la corriente con el agua por encima del ombligo, la linterna en la boca y la perra abrazada al pecho. El camino más accesible a lo largo de la otra ladera del valle debe de verse claramente durante el día pero exige una cuidadosa exploración en la oscuridad. Da media vuelta y vuelve a orientarse siempre que tropieza con un barranco o matorral que bloquea el paso. Cuando empieza a sospechar que la búsqueda será inútil aparece la cerca de alambre de púas. Prosigue algunos minutos tanteando la cerca con la mano derecha hasta dar con el portón de hilos de alambre oxidados. Una rápida inspección con la linterna revela que abrirlo es más fácil de lo que parece. Desengancha el palo de la cerca de un asa fabricada de cordón de nailon y el portón cae dócilmente sobre la tierra encharcada.

Por algunos metros el acceso no pasa de ser una abertura apenas distinguible en medio del bosque cerrado. De repente una cuidada senda de tierra se dibuja delante del haz de la linterna. La hierba en los márgenes parece haber sido cortada recientemente y la superficie

se halla firme y nivelada a pesar de llevar semanas lloviendo. El camino comienza a subir la ladera serpenteando alrededor de peñascos que a cierta altura forman una pared continua a su izquierda. Pasa la mano por la piedra viscosa, apoyándose en su reconfortante solidez. La perra le sigue de cerca, husmeándole los tobillos. Percibe que la vegetación salvaje ha empezado a presentar toques paisajísticos. Repara en los trocitos de césped bien cuidado y en las bromelias atadas con alambre a los troncos de los árboles que pasan por encima del sendero como arcos.

Emerge una pequeña escalera natural con los escalones moldeados por raíces y después de otra abrupta curva alrededor de una roca encuentra un gran acuario rectangular colocado en un margen del sendero. Se acerca y apunta con la linterna. Dentro de la caja de cristal hay un montón de trozos de piedra, barro o cerámica dispuestos como en la vitrina de un museo. La delicada curvatura de varios fragmentos sugiere que se trata de fragmentos de estatuas, jarrones o platos antiguos. Algunos presentan inscripciones en caracteres desconocidos o patrones de triángulos y rombos. En una de las esquinas del acuario hay reunidas media docena de puntas de flecha parecidas a las que encontró durante sus primeros días de andanza. Alguien ha sellado muy bien la tapa del acuario, y la arena muy blanca que cubre el fondo conserva una sequedad que parece extinta del mundo.

Un poco más adelante un peñasco interrumpe súbitamente el sendero. Al fijarse se da cuenta de que hay un paso inferior entre la piedra y el suelo, bajo hasta el punto de obligar a un hombre a agacharse. Alrededor de esa abertura han construido un pequeño portal de bambú. Se queda un rato escuchando pero solo oye la lluvia. Apaga la linterna. Una claridad mucho más tenue, casi indetectable, se filtra por el agujero. Se agacha y entra.

Se levanta dentro de una especie de antecámara rocosa débilmente iluminada por la misma claridad que permeaba en el sendero. A la derecha descubre una brecha natural invadida por las ramas de un árbol y tapada en parte por una placa ondulada de teja de asbesto. Una estrecha hendidura vertical da acceso a otra sección

de la caverna. Enciende la linterna y pasea un poco con el haz de luz. Al fondo yace tumbado un gran caparazón de tortuga marina.

La perra se anima finalmente a entrar y tras habituarse comienza a gruñir bajito. Ilumina la grieta con la linterna, se pone de lado y la atraviesa dando dos pasos laterales.

El viejo está de cara a él, mirando, acomodado en lo que parece ser una vieja mecedora forrada de piel de borrego. La luminosidad del quinqué de gas colgado de una de las paredes de roca revela de inmediato el tamaño de la caverna pero esconde los detalles en la penumbra. Los brazos del viejo descansan en los apoyabrazos y su barba gris le llega hasta la mitad del pecho. Todavía conserva algunos pelos blancos a los lados de la cabeza. Tiene la cara alargada, la nariz afilada y los ojos hundidos en el cráneo. Se trata de un hombre alto que ha encogido. Los pantalones, el chaleco y la chaqueta de lana, descoloridos y agujereados, tuvieron que ser elegantes cuando eran nuevos. La intensidad de su cadavérica figura se ve reforzada por la presencia de una joven mulata de como máximo veinte años de edad sentada en una banqueta justo al lado, ligeramente detrás de la mecedora. Viste una especie de albornoz de punto en un tono arenoso y una tiara de brillantes que solo puede ser una imitación de plástico. Posa con delicadeza uno de sus brazos sobre el hombro del viejo. Los dos observan al invasor con la misma mirada petrificada y reluciente.

Buenas noches, dice él, sacándose la capucha.

El viejo gira un poco la cabeza como un perro curioso y frunce el ceño. Sus cejas frondosas son grises como la barba, y su piel hace pensar en una maleta de cuero con siglos de uso.

De repente, la joven abre los ojos de par en par y parece asustarse. Susurra algo al oído del viejo, que levanta la mano derecha a la altura de la cara de ella, pidiendo silencio. Después también este cuchichea algo al oído de la joven, que se levanta, da algunos pasos hasta un nicho oscuro situado más al fondo de la gruta y habla con alguien.

El techo de la caverna es una enorme losa de piedra que cae en ángulo desde una altura de tres metros hasta cerca del suelo. El lugar

se conserva seco y cálido y una lona azul sella una de las esquinas de la piedra. Cerca de donde se encuentra, un tronco de madera sirve de mesita a una esfera perfecta de granito del tamaño aproximado de una pelota de fútbol sala. Un relámpago revela dos aberturas, una a la derecha, que va a dar al bosque, la otra a su espalda, hacia donde calcula que se hallan el valle y el océano, pero la luz que parpadea dos o tres veces en un instante no es suficiente para que identifique a la tercera persona con quien la joven acaba de hablar. El interior de la rupestre habitación desprende una fragancia limpia y mineral. No siente el olor a gente viviendo allí. Un charco de agua está formándose alrededor de sus pies.

Perdone, lo estoy mojando todo.

El viejo se inclina un poco hacia delante y hace una señal con el dedo índice para que se acerque. La mecedora cruje. Oye a la perra gruñir en la antecámara. Debe de tener miedo a colarse por la grieta.

Da tres pasos y se aproxima al anciano. Detrás de él y de la mulata, una niña de unos trece años, piel blanca, pelo negro enmarañado y aspecto lúgubre se levanta. Lo observa con ojos salvajes mientras escucha una instrucción que la mujer mayor le susurra al oído. En el rincón del que se acaba de alzar es posible ver ahora a otra niña, rubia y mayor que la primera, enroscada sobre una cama de colchonetas y cojines. Estaba durmiendo y se frota los ojos mientras intenta entender poco a poco lo que sucede a su alrededor. La mulata retoma la misma posición en la que estaba en el taburete junto al viejo, con el brazo posado sobre su hombro como una compañera de baile. Tiene las uñas cuidadas. La niña que se levantó, la de aspecto salvaje, se dirige aún más al fondo de la caverna. Allí descubre una diminuta cocina con estantes de madera llenos de botes y latas y una plancha de fogón de leña instalada sobre un horno de piedras. El naranja y violeta de las brasas todavía palpita levemente. La niña pone una tetera de hierro en la parte caliente de la plancha.

¿Qué quieres de mí?, pregunta el anciano.

Es la voz de su padre.

Quería conocerte.

¿Me has venido a buscar?

No, solo he venido a verte. Soy tu nieto.

¿En serio? El viejo se ríe por la nariz. ¡Qué interesante!

Deja la linterna apagada encima del tronco de madera, junto a la esfera de granito, y comienza a soltarse las asas de la mochila de los hombros. El viejo se estremece.

Solo voy a coger una cosa.

Revuelve dentro de la mochila hasta encontrar el espejito de baño. Está todo resquebrajado y la imagen que obtiene de su propia cara es un mosaico totalmente desfigurado. El viejo vuelve a reírse, esta vez con más ganas, mientras él se pasa la mano por la cara y por la barba intentando inútilmente acordarse de su propia apariencia.

Ya he dudado de mi imagen en el espejo, comenta el viejo, pero es la primera vez que mi imagen duda de sí misma.

El viejo vuelve a ponerse serio. Sus pies descalzos y llenos de pústulas golpean algunas veces el suelo de tierra. La niña salvaje trae una taza de barro llena de algún tipo de té y se la entrega a la mulata, que a su vez la coloca en las manos del viejo. Este sorbe un poco de bebida caliente haciendo mucho ruido y devuelve la taza a la mulata.

Vuelve a meter el espejo roto en la mochila, coge la cartera, la abre y saca la fotografía recortada de su abuelo. La barba es gris, el hombre más pequeño, pues ha perdido la mitad de su tamaño, pero tiene que ser el mismo. Entrega la fotografía al viejo. Mientras tanto la perra se ha animado a pasar por la hendidura. Se vuelve hacia la mecedora y empieza a gruñir.

El anciano no repara en ella. Ha dejado de reír y mira fijamente la imagen. Sus ojos saltan a veces del retrato al rostro del hombre más joven situado frente a él y su fisonomía se va transfigurando poco a poco en algo más perplejo y amenazador. Por fin, deja la fotografía sobre el regazo y le hace una señal para que se acerque aún más.

Se aproxima. La mulata se levanta del taburete y retrocede un paso.

El viejo le pone una mano cadavérica en la cara y a mitad de

camino se fija en que le faltan los dedos meñique y anular. Los tres dedos blandos y calientes pasan por encima de su mejilla, su nariz y sus ojos. El viejo recoge la mano y parece confuso.

¿Eres real?

Sí. Soy tu nieto.

El anciano se frota los ojos, se presiona el puente de la nariz entre el pulgar y el índice e intenta mirar otra vez, incrédulo. Comienza a respirar profundamente por la nariz.

No sabías que tenías un nieto, ¿verdad?

No deberías estar aquí.

La mulata da otro paso atrás.

Hace meses que intento descubrir lo que te pasó, abuelo. Todos creen que estás muerto. Conocí a Santina.

No está bien, no deberías estar aquí.

El viejo se retuerce un poco en la mecedora y mueve la cabeza repitiendo no, no.

La niña que estaba tumbada alza el tronco y mira alrededor alarmada. Su cara tiene alguna deformidad difícil de distinguir en la oscuridad. La mulata se agacha y hace que las menores vuelvan a acostarse.

La perra ladra una, dos, tres veces y solo ahora el viejo cae en la cuenta de su presencia.

Mi padre murió a principios de año. Tu hijo.

Fuera.

Vale, yo solo…

El viejo se levanta de la mecedora y parece desdoblarse en un hombre dos veces más grande. El brazo derecho cuelga nervioso, un poco apartado del cuerpo, con un cuchillo en la mano. La mulata abraza a las dos niñas y acompaña la escena mirando por encima del hombro.

Eso no te hace falta. Ya me voy.

El viejo se estira hacia un lado y apaga el quinqué con un gesto rápido.

Tiene la suerte de poder agarrarle el brazo a tiempo en la oscuridad, pero siente cómo el cuchillo se le clava en la cintura. Oye

a la perra atacar la pierna del viejo. Grita pidiéndole que se detenga, pero es evidente que no piensa hacerlo. Las niñas gritan todas a la vez y después fingen estar muertas. Los dos caen por encima de la mecedora y de los estantes de la cocina. Las brasas bajo la plancha del fogón constituyen la única fuente luminosa en el interior de la caverna e intenta empujar a su abuelo en aquella dirección. El viejo no dice ni pío, solo mantiene su cuerpo huesudo tenso y embiste al ataque sin cansarse, como una araña intentando agarrar a su presa para descargar su veneno. Consigue lanzarlo por encima de la plancha del fogón y aprovecha que se ha librado de sus garras para precipitarse en la dirección en que juzga que debe de haber una salida. Palpa las paredes de piedra pero no alcanza a encontrar la hendidura por la que entró. Una hilacha de relámpago ilumina las otras dos aberturas de la caverna y se lanza por la más próxima. Va a parar a un pequeño promontorio que durante el día debe de tener vista al valle pero que ahora no pasa de ser un parapeto hacia la nada. Teme que el viejo vaya tras su rastro y le salte al cuello en cualquier momento, así que sale corriendo y cae por la ladera sin ver nada hasta encontrar la cerca y clavarse el alambre de púas en las piernas y las manos. Grita de dolor y al mismo tiempo se siente aliviado porque desde allí puede correr hacia el fondo del valle, hacia el riachuelo, hacia la playa.

Después de abrir una distancia que parece un poco más segura hace una pausa para coger el cuchillo de mango de piel de armadillo de la mochila, pero se da cuenta de que esta si ha quedado atrás, así como la perra. Su nombre se queda atragantado en la garganta. Los gritos desvelarán su posición. Va metabolizando la adrenalina y en lugar del instinto de fuga se instala el de parálisis. Quiere volver a buscar a la perra pero ya no sabe dónde se encuentra. El ruido del mar reverbera en las paredes del valle. Se toquetea el lugar en que sintió la cuchillada, en el lado derecho del abdomen, y tiene la impresión de que el estropicio no ha sido demasiado grande. Pero ilude. Empieza a andar en cualquier dirección solo para no quedarse quieto mientras intenta decidir qué hacer y resbala por un pequeño barranco hasta caer al riachuelo. El sentido de la débil corriente le

permite deducir la localización aproximada del mar y de cada uno de los lados del valle. La pareja de la tienda de campaña tiene un quinqué de gas. Deben de tener un cuchillo, otra linterna, puede que hasta un móvil. Escala a trancas la ladera, implorando por el destello de un relámpago y empujado por la razón de un lado y por el miedo de otro. En todo momento tiene la impresión de que la perra lo ha alcanzado y solo ahora, cuando tropieza con los primeros árboles de la cresta de la colina, la ausencia de su compañera va haciéndose concreta. Finalmente se arma de valor y grita.

¡Beta!

Grita varias veces con las manos alrededor de la boca. Sus gritos se pierden en el valle invisible.

Continúa buscando la tienda entre los árboles. Ve mejor con los ojos cerrados, como sorprendido en mitad de la noche por un apagón dentro de su propia casa. El llanto del bebé ha desaparecido, o tal vez se halla muy lejos de donde piensa que está. Llama a la pareja por sus nombres pero no obtiene respuesta. Los árboles comienzan a escasear y acelera el paso con la esperanza de encontrar alguna referencia a cielo abierto.

Un relámpago ilumina el peñasco, su paso en el vacío y un mar revuelto que es su propio caos extendiéndose por todos lados. Cuando todo se apaga de nuevo él todavía está comenzando a caer y solo a mitad de la caída comprende lo que está aconteciendo. Le da las gracias al relámpago. Por poco no muere sin ver, como un ciego. O va a ver que la vanidad de la muerte no tiene límites, piensa, y que también para los ciegos se exhibe en el último instante para que piensen en ella mientras sucede. Durante el descenso la visión del remolino de las enormes ondas y de la espuma que lo engullirá queda impresa en su mente con una nitidez hiperrealista, el mar que tanto le gusta ostentando su faceta más íntima y destructora, revelada a poquísimos hombres. Ante la inminencia del impacto, cierra bien los ojos como es inevitable hacer al sumergirse en el agua.

Dentro del mar no hay indicios de la ferocidad vislumbrada en la superficie. Su cuerpo llega desacelerado a las piedras lisas y viscosas del fondo y se percibe suspendido en el murmullo sordo del mar

helado, siendo mecido levemente por la corriente. Aprendió con su hermano mayor a atravesar las olas grandes para cruzar el lugar donde rompen las olas. No importa el tamaño de la ola, le había enseñado, bucea casi tocando el fondo y ve en la misma dirección que ella, lo más rápido posible. La ola te va a empujar por debajo y saldrás al otro lado. Es lo que hace cuando rompe. Si intentas retroceder te impacta en la cabeza. Si la intentas atravesar por la superficie te agarra y te mete en la batidora. Perfecto para romperse la columna o ser cortado a rodajas por los corales. Su hermano ya surfeaba bien de niño pero a él las tablas no le gustaban, prefería nadar. Lo primero que ahora hace, instintivamente, antes de intentar volver a la superficie, es estudiar las fuerzas del agua hasta poder decir con cierta seguridad hacia dónde rompen las olas. Da algunas brazadas en sentido contrario al de la ondulación, sube, coge aire en la superficie y regresa al fondo, procurando alejarse del riesgo de ser lanzado contra la costa peñascosa.

El fondo es silencio. El agua es protectora y dilata el tiempo.

Pero la superficie es el infierno. Esteras de espuma surgen de todos lados cubriéndole la cabeza y el agua salada desciende por su garganta. Malgasta su aliento para librarse de las zapatillas de deporte y de la chaqueta, que dificultan sus movimientos. No hay ni luna ni estrellas que puedan ayudarlo a orientarse. Su cuerpo es levantado hasta la cresta de las olas y después succionado de vuelta hacia el fondo de los valles y no hay forma de distinguir nada más allá de ese sube y baja. El embate que lo rodea implica fuerzas naturales conocidas pero no hay escenario distinguible. No es más que un pedazo de carne insignificante, a la deriva.

El primer relámpago que resplandece desde la caída no ilumina nada más allá de una gran nube uniforme que cubre todo el cielo y contrasta con el horizonte negro. Tiene que escoger una dirección y nadar en paralelo a la costa hasta llegar a una playa cualquiera. Sus ojos arden por la sal. La fuerza de sus brazos parece inútil contra la violencia de las olas pero sabe que no es así, que si elige la corriente adecuada acabará por huir de la costa peñascosa y alcanzará la arena, por más que pueda tardar horas. Por primera vez se tranquiliza lo

bastante para prestar atención al frío que penetra capas cada vez más profundas de su cuerpo. Tiene que encontrar el ritmo apropiado para mantener caliente el cuerpo y proseguir el tiempo que sea necesario.

El terror aparece cuando se imagina arrecifes y animales marinos o contempla la posibilidad de estar nadando en la dirección equivocada o alejándose de la playa con brazadas firmes y regulares, adentrándose en una aplastante inmensidad donde no habrá vuelta atrás.

El resto del tiempo, sin embargo, se concentra en su forma de nadar, en la respiración, en señales que puedan ayudarlo a mantener una línea recta que vaya a parar a algún lugar. Llega un momento en el que ya no cree estar metido en ningún aprieto mayor que las otras veces que nadó largas distancias en piscinas olímpicas y travesías marítimas con otros centenares de atletas. Todo esto tiene algo de familiar, como aquellos tres kilómetros finales de la travesía de Tapes que nadó con calambres en la pierna, como la hipotermia en mitad de la prueba de ciclismo que casi lo elimina del Ironman de Florianópolis. Toda prueba tiene un ritmo idóneo, hay que medir las fuerzas y estar atento al estilo, al dibujo de las brazadas, a la frecuencia de los golpes de las piernas y, por encima de todo, mantener la concentración en nadar hasta que mente y cuerpo sean una sola cosa, lo que abre puertas para que él y el agua se vuelvan una sola cosa y no haya más necesidad de concentrarse. Todos los movimientos anteriores parecían haberlo preparado para eso. Es la prueba para la que lleva entrenándose toda la vida. La imaginación puede ser una aliada en esos momentos. Imagina competidores a su lado y pisándole los talones. Solo los mejores nadadores del mundo. El líder al que desea adelantar está batiendo las piernas justo delante de él. Solo tiene que ir tras su estela. La mente es crédula y este adversario inventado se vuelve real en poco tiempo, un hombre de carne y hueso que siente el mismo frío y el mismo cansancio, un compañero. Casi puede tocarle los pies con la punta de los dedos. Y cuando este se disipa se imagina otras cosas. Que le persiguen tiburones descomunales y leviatanes de aspecto desconocido. Que si

hace una pausa o disminuye el ritmo lo fulminará un rayo. Que está dejando la muerte atrás. Que una mujer silenciosa y cariñosa lo espera en la arena de la playa, una mujer que no se parece a ninguna con las que ha estado pero sin nada extraordinario. Lo recibe sin asustarse, le deja que apoye la cabeza sobre sus muslos rebozados de arena para descansar el tiempo que sea necesario y dice que se necesitan el uno al otro, que siempre tendrán ganas y serán capaces de proporcionar todo lo que el otro desea, sin excepción. Se nota que está diciendo la verdad. Desliza la punta de los dedos por su sien y le pregunta qué quiere. El balbucea que no mucho, solo que sus piernas estén calientes al tacto en invierno y frías en verano, y que tengan una mocosa que se arañe las rodillas corriendo alrededor de una casa desde la que se pueda contemplar una laguna que se ponga dorada al final de la tarde, aunque sea de lejos. Sobre todo que ella siga calentita cuando él tenga frío. Nada más. Después le toca a ella. Dime qué quieres tú. Ella va enumerando y él lo aprueba todo y pregunta qué más, qué más. Es una lista interminable de cosas y garantizarle que proveerá cada una de ellas le proporciona un placer infinito, no importa lo que sea. Lo va dando todo, una cosa con cada brazada, implorando que ella no pare, obteniendo de ello la fuerza que necesita.

12

Alguien lo sacude.

¡Hey! ¡Hey!

Se esfuerza en abrir los ojos lacrados con sal y la luminosidad le ciega. La persona le ayuda a incorporar el tronco.

Siéntate, tío.

Se pone la mano a modo de visera contra el sol y entrevé a un hombre musculoso agachado delante de él que gotea sudor, que va descalzo y viste solo unas bermudas.

¿Estás bien?

Le entra una tos convulsiva, casi un vómito, pero no devuelve nada. No se prolonga durante mucho tiempo y en cuanto la crisis cesa intenta ponerse en pie pero no puede y cae sentado de nuevo. Mira hacia ambos lados y solo alcanza a ver franjas de arena blanca ardiendo al sol. Por detrás del hombre distingue un mar de agua azul claro y dóciles olas.

¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado?

¿Qué playa es esta?

La de Siriú.

¿La de Siriú que queda del lado de Garopaba?

¿Hay otra?

Empieza a reír y a toser.

¿Quieres que llame a alguien?

No, no, se controla. Ayúdame a levantarme.

El hombre lo agarra por debajo del brazo y lo pone en pie.

¿Has visto a un perro por aquí?

No. ¿Qué te ha pasado? ¿Bebiste y entraste en el mar?

Me caí al mar.

Te pareces al náufrago de la película, tío.

Ha dejado de llover.

Dentro de poco volverá a empezar. Va a hacer un mes que no para.

¿Qué día es hoy?

Miércoles.

Del mes.

Creo que estamos a quince.

¿De qué mes?

Octubre.

El hombre se pone las manos en la cintura, mira a un lado y a otro, luego lo observa con la cabeza inclinada y los ojos entornados.

Tío, necesitas ayuda. Quédate aquí, que voy a buscar a alguien.

Él mueve la cabeza y hace un gesto diciendo que no hace falta. Sus ojos ya se han acostumbrado a la luz del sol y ahora puede ver a la izquierda las casas del monte de Siriú y a la derecha, en la distancia, Garopaba extendiéndose hasta la punta de Vigía. Tiene la lengua hinchada y salada dentro de la boca, emplastada de abundante saliva. Siente una punzada de dolor ardiente cerca de la cintura y escupe un gemido. Se sube la camiseta mojada y ve un corte blanquecino en medio de un óvalo rojizo.

¿Te has hecho daño ahí? ¿Te acuerdas de lo que te ha pasado?

Más o menos.

¿Alguien te ha agredido?

No ha sido nada.

Tiene los brazos arañados y el pantalón rasgado por los muslos. Se pasa las manos por el rostro, por el pelo y por la barba.

No tienes nada en la cara, dice el hombre.

¿Y tú? ¿Qué estás haciendo aquí?

Corriendo. Estoy entrenando para el examen del curso de socorrista.

¿Cuándo es?

En diciembre. Lo mejor es correr descalzo por la arena para

acostumbrarse.

Coloca la mano sobre la herida en el abdomen y comienza a sentarse poco a poco, pero acaba derrumbándose de culo en la arena, respirando ruidosamente por la nariz.

No tendrás por casualidad un poco de agua, ¿no?

No tengo.

Vale. Que corras bien.

El hombre lo observa sin moverse.

Puedes irte, colega.

¿En serio?

Claro.

Espérame sentado que te ayudo a la vuelta. O aviso a alguien de Garopaba. ¿Hay alguien que pueda venir a buscarte?

No hace falta.

No te pases con la botella. Eso acabará con tu vida.

El hombre da algunos pasos andando hacia atrás y después se gira y sale corriendo por la arena en dirección a Siriú.

Cruza las piernas y se queda un rato sintiendo el sol en lo alto de la cabeza. No se acuerda de haber llegado a la playa pero consigue evocar vividos fragmentos de toda la noche anterior. Se asemeja un poco a un sueño, como la fata morgana que Jasmim también contempló. Se acuerda de la perra y un suspiro repentino, muy profundo y largo, le nace en el seno del pecho y escapa por la boca chasqueando la pegajosa saliva. Tiene que volver a por ella pero no tendrá fuerzas para ello en los próximos días y en el fondo no alberga esperanzas de que esté viva o de que pueda encontrarla. Irá de todos modos. Por la altura del sol deben de ser las nueve de la mañana. Casi puede oír la arena secándose en las dunas justo detrás de él. La marea está alta. Uno de sus calcetines blancos de algodón continúa en el pie. Tiene que apoyarse con las dos manos en el suelo para poder alzar las caderas y ponerse en pie. Comienza a andar muy despacio hacia Garopaba. Le duelen todas las articulaciones. Ha recorrido la mitad de la playa cuando oye a alguien gritar a su espalda. Se trata del mismo hombre de antes, que vuelve corriendo.

He comprado esto para ti en Siriú.

Acepta la botellita de agua mineral sin dejar de andar. Intenta girar el tapón de plástico pero no puede.

Dame.

El hombre toma la botella, abre el tapón y se la devuelve. Él bebe a sorbos cortos y sucesivos. Los dos caminan lado a lado.

Gracias.

¿Vas a llegar hasta allí, náufrago? ¿Podrás?

Sí. Ahora más que nunca con esta agua salvadora.

¿Quieres que te ayude?

No, socio, sigue corriendo. Llegaré. Solo que no puedo parar.

Pon el brazo aquí.

El hombre le ofrece el hombro como apoyo y pasa el otro brazo alrededor de su cintura. Los dos andan juntos, poco a poco.

Pásate por el centro de salud cuando lleguemos. No tienes buena pinta.

Me pasaré.

Siguen así durante más de media hora. El sol ya ha vuelto a desaparecer detrás de densas nubes cuando se aproximan al paseo marítimo de Garopaba.

Ya está, a partir de aquí puedo yo solo.

¿No quieres ir al ambulatorio?

Antes quiero pasar por casa. Vivo allí, delante de la piedra de Baú. ¿La ves? En el apartamento de la planta baja. Gracias por la ayuda y perdona que te haya estropeado el entrenamiento.

No pasa nada.

¿También hacen prueba de natación para ser socorrista?

Sí.

¿Cómo lo llevas?

Fatal. Ese es mi problema.

Pásate por mi casa dentro de unos días y te doy unos consejos para mejorar tu forma de nadar. Soy entrenador.

¿En serio?

En serio. No te olvides, ¿eh? Un socorrista tiene que nadar bien.

Me pasaré, entonces. ¡Nos vemos, náufrago!

El hombre le suelta y empieza a correr de nuevo en dirección a

Siriú. Recorre solo el corto trecho que falta, mirando la puerta de su casa. La gente que llega para almorzar en los restaurantes de la orilla lo observa de lejos y tarda en desviar la mirada. Algunos de los pescadores que faenan en los barcos varados en la arena suspenden lo que están haciendo para verlo pasar. Saluda rápidamente con la mano para los que se lo quedan mirando durante más tiempo y se granjea de vuelta gestos de cabeza casi imperceptibles.

Sus piernas tiemblan en los escalones de la escalera de la piedra de Baú. El mar se extiende en el extremo de la ensenada increíblemente liso y calmo. Entra en el pasaje oscuro entre los edificios y recupera la llave escondida entre las plantas. La ausencia de la perra resuena en el silencio del comedor enmohecido. Abre las ventanas y entra la luz. La humedad es escandalosa. Las gotas de agua resbalan por las paredes y por los laterales de los electrodomésticos alimentando charcos en el suelo de losetas.

Entra en el cuarto de baño, se mira en el espejo y ve a un viejo. Lleva toda su vida viendo su cara por primera vez en la imagen reflejada pero esta vez es diferente. Puede ver los contornos de la calavera por detrás de la frente y de las mejillas. Los ojos están encovados en las órbitas. La piel parece quemada a pesar de semanas sin sol. La larga barba está cubierta de arena. No recuerda cómo era antes pero sabe que no era así. Ahora entiende lo que su abuelo vio. Una aparición, una versión más joven de sí mismo. Algo que no debía estar allí.

Se saca la ropa mojada y advierte los ángulos de los huesos intentando salirse de los hombros, las clavículas y costillas salientes. Está todo desollado, pero nada parece grave. El corte a la altura de la cintura no es profundo.

Va hasta la cocina y bebe agua del grifo a pequeños sorbos. Algunas verduras y frutas se han estropeado o podrido dentro de la nevera. Encuentra un bote de plástico de dulce de leche lleno hasta la mitad. Mete la cuchara y lo devora todo en un instante. Traga lo que queda de miel en un bote de cristal con las crackers de un paquete cerrado que ha descubierto en el armario. Después de comer regresa al lavabo, abre la ducha al máximo y toma un largo

baño. El agua caliente acrecienta el cansancio y comienza a tener dificultades para mantenerse en pie. Tiene que sentarse en el retrete para secarse con la toalla. Luego se envuelve en todas las mantas y edredones disponibles y se derrumba sobre la cama pensando en que tiene que comprar más comida. Y un cepillo y pasta de dientes. Y un paraguas.

Durante dos días pasa más tiempo dormido que despierto y solo sale de casa para sacar un poco de dinero y comprar víveres en el mercadillo del centro. Conoce el nombre, lugar y función de cada músculo del cuerpo humano y sabe perfectamente cuáles le duelen en cada momento. Todos duelen. Le duele la cara, pero son dolores soportables. Dolores a los que un atleta se acostumbra. Siempre que se levanta de la cama está lloviendo y los pocos barcos que no recogieron permanecen anclados en el mismo sitio. Las olas largas y lentas rompen en las puertas de los cobertizos de pesca. El agua llena de lodo que desciende por riachuelos, badenes y calles de tierra invade el mar verdoso formando extensas manchas de color café con leche a lo largo de toda la brumosa bahía.

La señora Cecina aparece al segundo día empuñando un paraguas de flores. La invita a entrar pero ella prefiere quedarse en el umbral de la puerta con una sonrisa seria.

Estás enfermo, niño. Ya te dije que estabas enfermo.

Tose antes de responder.

Estoy bien, señora Cecina.

Claro que estás enfermo. Tienes cara de pez muerto. Tienes que ir al médico.

Iré, no se preocupe.

¿Dónde está tu perrita?

La he perdido, señora Cecina.

¡Qué pena!

Ni me hable. Resulta muy difícil.

El baja el tono de voz.

¿Fuiste a hablar con Santina?

Sí, y me lo contó todo. O, por lo menos, su versión.

No hay otra. A ver si ahora dejas de ir preguntando por ahí. También te ayudé por eso. Para ver si echabas juicio y parabas.

Ya he parado, señora Cecina. El asunto está cerrado para mí. Le debo mucho. Gracias por ayudarme.

Lo mira como si él fuese un ladronzuelo ofreciéndole ayuda para cruzar la calle.

Has estado desaparecido.

Estaba dando una vuelta.

Una vuelta ¿por dónde, Dios mío? Si no para de llover.

Fui a Porto Alegre a solucionar unos problemas. Documentación de la muerte de mi padre, ese tipo de cosas.

La señora Cecina gira un poco la cara y no parece muy convencida. Él se imagina lo que está pensando. Tal como era de prever, solo tuvo que llegar el invierno para que el joven y entusiasta profesor de educación física que lo único que quería era llevar una vida sencilla frente al mar y que podía demostrar sus buenas intenciones con un cheque por miles de reales se transformase en un mendigo escuálido, esquivo, enfermo y mentiroso. Drogas, sin lugar a dudas. Se siente aliviada por haber recibido un año de alquiler por adelantado.

¿La lluvia ha causado muchos daños por aquí, señora Cecina?

Aquí no mucho. Solo algunos socavones en las calles. El camino a la playa de Ferrugem quedó dos días obstruido pero ya está arreglado. Lo malo es que la lluvia ha provocado un alud en el monte de los Cávalos que ha cerrado la BR. ¿Lo sabías? Mi sobrino, que estudia veterinaria, hace dos días que no puede salir de Florianópolis. La cosa está mal en Blumenau, en Itajaí. Ayer salió en el *Diário Catarinense* que ya hay sesenta y ocho muertos. Debe de haber muchos más, pero todavía no han encontrado los cuerpos. Y vi en la televisión que los voluntarios robaron las donaciones. Es una tragedia. En más de sesenta años de vida nunca había visto tanta lluvia.

¡Qué pena! Por lo menos no ha pasado nada en Garopaba.

Dios nos ha bendecido con su gloria.

¿Y quién ganó las elecciones?

Han pasado a la segunda ronda. ¿No estabas?

No. No he pasado mucho tiempo aquí.

Ella curiosea un poco dentro del apartamento.

Vino alguien a buscarte hace unos días.

¿Hombre o mujer?

Un hombre. Solo me dijo el apodo. Era un chico muy moreno, calvo. No andarás metido en asuntos de drogas, ¿verdad?

¿Bonobo?

Creo que sí.

¿Qué quería?

Saber de ti. Le dije que hacía días que no aparecías por aquí.

Es un amigo. Ya lo llamaré. Gracias, señora Cecina.

Después de que la propietaria se despida, coge el paraguas negro y visita nuevamente el mercadillo para comprar una tarjeta telefónica. A medio camino percibe que todavía anda al ritmo lento que permitía a la perra coja acompañarlo. Mira hacia atrás sin motivo a todas horas, como si por un milagro ella pudiese reaparecer pisándole los talones. El estómago se le encoge. No siente exactamente dolor y sí una especie de repulsa, como si sus entrañas tuvieran asco de sí mismas. En el mercadillo y en la puerta de algunas casas los pescadores y las mujeres le devuelven el saludo como si solo respetasen al enemigo. No les ha hecho nada a esas personas pero entiende que hizo de su presencia un espectro desagradable. Está harto de eso y siente una tristeza inmensa. Su abuelo debió de sentir la misma pena, solo que mil veces mayor. La fabrica de su fuerza sobrehumana.

Llega a casa y pone el móvil a cargar, toma una ducha caliente y se prepara una tortilla de jamón y queso. Sus huesos están helados desde que despertó en la arena de la playa de Siriú y nada parece capaz de calentarlos. El chándal y los jerséis de lana no bastan. Los ataques de tos seca se vuelven cada vez más frecuentes. Se lía en una manta, se sienta en el sofá y marca un número de teléfono.

Bonobo.

Nadador.

Invita a su amigo a un trago y a charlar un rato en su casa, pero Bonobo se halla en Porto Alegre. Confirma que fue a buscarlo a su apartamento hace unos días para decirle que había decidido realizar una visita a su padre enfermo gracias a un comentario que él había hecho el día en que se conocieron en el quiosco de Altair. Ha visto por primera vez a su hermanastra de nueve años, una niña de cuya existencia apenas había oído hablar, y se ha acercado al barrio de su infancia a ver a su hermana de sangre a la que no veía desde hacía más de un año. El padre de Bonobo se encuentra bastante frágil después de sobrevivir a una disección aórtica. Tuvo la increíble suerte de estar mostrando un terreno a la venta a un cardiólogo cuando comenzó a sentir punzadas en el tórax y sudor frío. El tipo detectó alteraciones sintomáticas en el pulso del viejo, llamó por teléfono a un colega y lo metió en un taxi camino al hospital. Lo operaron a tiempo. Aun así, el daño había sido grande y estaba bastante débil. La nueva mujer de su padre le suplicó que no se enfrentara a él con asuntos que pudieran provocarle un estrés letal, de modo que la conversación no fue distendida precisamente y algunos ajustes de cuentas quedaron en blanco. De todos modos, se pidieron y concedieron perdones y se hicieron algunas bromas. Hacía cinco años que no veía a su padre.

Pero tenías razón, allá en el quiosco, le dice Bonobo. Ha sido bueno ir. Me veo en el viejo. He estado cerca de ser tan hijo de puta como él. Pero ahora está allí con su nueva familia, más tranquilo, jubilado, viviendo de los terrenos de la zona sur que se pasó toda la vida comprando. Su mujer y su hija le quieren. Y yo salí de la mierda y tengo un modesto hostal cerca de la playa. Creo que le impresioné tanto como él a mí. Los dos nos íbamos a morir sin saber la mitad de la historia. No sé si todo esto tiene sentido para ti.

Lo tiene.

¿Y cómo van las cosas por ahí? No volviste a contestar al móvil. La vieja que te alquila el apartamento me dijo que habías desaparecido.

Descubrí más o menos lo que le sucedió a mi abuelo y lo encontré vivo en una caverna por allá por Pinheira.

No puede ser.

Le faltaban los dos dedos de la mano derecha que ni mi padre sabía que le faltaban.

Tío, ¿no lo habrás soñado? Parece un sueño.

Ya te lo explicaré con detalle cuando vuelvas. Se me está acabando el crédito. La verdad es que llamaba para pedirte un favor. Perdí a Beta en los montes. Quiero regresar a buscarla.

¿Qué montes?

Por allá por Pinheira. La historia es larga, pero tengo que volver allí y buscarla. Dudo que aparezca, pero no voy a quedarme tranquilo hasta que no lo intente. Me siento como una mierda total. Era la perra de mi padre. Y ya sabes, antes de morir me pidió que la sacrificara.

Entendí.

Lo he hecho todo mal.

Cálmate. La encontraremos.

El asunto me está volviendo loco. He pensado que podíamos ir juntos a Pinheira en el Tétano y que me echaras una mano. No estoy en condiciones de ir yo solo. La buscamos durante dos días, pasamos allí una noche. ¿Cuándo vuelves?

De aquí a tres días.

Mierda. ¿No podrías volver mañana?

No puedo. Pero si me esperas voy contigo, claro. Te debo una.

Te espero. Gracias.

Me paso por tu casa en cuanto llegue. Tengo ganas de verte, tío.

Yo también a ti. Animo por ahí.

Animo tú también.

Apenas consigue salir de la cama el sábado por la mañana. La tos de los últimos días ha empeorado severamente y ahora comienza a sentir dolor en el pecho y escalofríos. La lluvia cesa al atardecer, el mar se alisa y un crepúsculo colorado aparece y desaparece en unos instantes como si hubiera entrado por la puerta equivocada. Los chirridos de su respiración resuenan en la noche silenciosa y

comienza a reunir fuerzas para arrastrarse hasta el centro médico cuando oye los ladridos agudos de su perra.

Solo puede haber sido algún otro perro. O cosa de su imaginación. Pero los ladridos de Beta se repiten, ahora con insistencia. Suenan remotos y desesperanzados y parecen venir de la playa, de las montañas y de las paredes del apartamento al mismo tiempo. Se calza las zapatillas de deporte, abre la puerta y sale a la calle. Los escalofríos se redoblan y le atraviesan el cuerpo como descargas eléctricas. Se pregunta si no se está volviendo loco o delirando de fiebre. Los ladridos de nuevo. Esta vez está prácticamente seguro de que proceden de la playa o del paseo marítimo.

Sale andando por el pasaje de Baú sin tomarse la molestia de cerrar la puerta de casa, con los brazos cruzados y los oídos atentos. Está recorriendo el corredor por delante de los restaurantes iluminados y vacíos cuando los ladridos resurgen, frenéticos e incesantes. Atraviesa la carretera ignorando la aproximación de un coche que le hace luces y toca dos veces el claxon. La llamada de la perra tiene su origen en un pequeño bar situado en la acera que durante el verano es famoso por vender caipiriñas con hojas de bergamota y un toque de curasao y que solo abre ocasionalmente fuera de temporada, cuando lo frecuentan los habitantes de la ciudad. Dos jóvenes están acodados en la barra y otros tres sentados a una de las mesitas fijas de madera dispuestas sobre la calzada. El barman es el mismo que lo atendió las dos o tres veces que pasó por allí, un bigotudo de mediana edad con acento gaucho, perilla y patillas entrecanas, piel arrugada por el sol y cuerpo hipertrofiado por décadas de gimnasio. Una licuadora ruge a máxima potencia, un disco de Sublime suena a bajo volumen en algún lugar detrás del mostrador y alguien fuma marihuana. Nadie lo saluda pero todos interrumpen un momento lo que están haciendo, poniéndose de manifiesto la hostilidad que acaba de ser arrojada al aire. Uno de los chicos apoyados en la barra se gira hacia la calle y empieza a tamborilear con fuerza en la tiras de madera barnizada de la fachada del bar.

La perra ladra alto y sin parar pero tarda un poco en localizarla al otro lado del bajo portón de madera que da acceso a un garaje situado al fondo del bar. Está amarrada del cuello con un trapo o trozo de tela rojo a la tubería de un grifo de jardín. Las prominentes costillas y los ojos empañados explican por qué no ha podido arrancar la tubería. Tras husmearlo por allí cerca y finalmente verlo, sus ladridos se vuelven cada vez más altos, roncos y agudos, parecidos a aullidos. El collar de tela improvisado la está ahogando por el cuello.

Trepa por encima del portón, se arrodilla junto a la perra y concentra toda su atención en desatar el nudo del trapo, sin perder tiempo en acariciarla o calmarla. La perra deja de ladrar pero intenta levantar las patas delanteras y lamerle la cara. El portón se abre con un chirrido.

Suelta al perro, chaval.

El nudo está duro como el cemento.

He dicho que lo sueltes.

Un puntapié en las costillas lo lanza contra el muro que separa la entrada del garaje de una galería comercial cerrada.

La perra vuelve a ladrar fuera de control. Intenta levantarse pero recibe otra patada en la barriga, justo encima del corte inflamado. Esta vez grita de dolor.

¿Quién te piensas que eres para entrar así y llevarte a mi perro, so mierda?

Empieza a incorporarse de nuevo y espera el siguiente golpe, pero esta vez el agresor decide observar el lento espectáculo del hombre levantándose poco a poco del suelo. Se trata de un chico nativo sin afeitar y una ignorancia animalesca en la mirada. El pelo rubio de surfista le sale por debajo de la gorra roja y blanca y le cuelga por encima de la nuca y de las orejas. Es alto y rellena bien una chaqueta y unos pantalones holgados. Un hombre difícil de derribar.

¿Nos conocemos?

¿Eres gilipollas?

En serio, me olvido de las personas.

Los demás clientes del bar se aproximan y forman un corrillo curioso en la acera. Uno de ellos abre el portón y entra. El bigotudo no se ha tomado la molestia de salir de detrás de la barra y no ve nada. La perra gruñe. El nativo le pega una patada y la inmoviliza por el collar de tela.

Claro que nos conocemos, hijo de puta. Si no te largas de aquí ahora mismo no te vas a olvidar de mí en tu puta vida, puedes estar seguro de ello.

La perra es mía y lo sabes.

Yo no sé una mierda. Me la he encontrado sola y sin collar en la orilla de la playa.

Eres el gilipollas que iba detrás de Dália, ¿no?

El nativo suelta una risita incrédula y da un paso al frente, soltando a la perra.

¿Qué dices?

Tienes tatuado un tiburón o algo así en la pierna. ¿No es así? Te he reconocido por tu vocecita de maricón.

Joder, este tío está pidiendo que lo cosan a hostias.

Mira a su alrededor y ve caras ávidas de violencia. La perra permanece sentada entre él y el nativo, cansada y confusa, hambrienta y exhausta, ajena a la naturaleza de la disputa. El animal que su padre amaba más que a nada en este mundo. A la izquierda, en la distancia, todavía centellea en el horizonte del océano un delicado velo de la luz del día. Más o menos aquí, en este mismo tramo de la playa, su abuelo debió de zambullirse sin volver atrás en el mar nocturno después de levantarse de un charco de sangre delante de la mirada de toda una ciudad, perforado por un centenar de cuchilladas, un zombi rumbo a casa. Allí mismo donde las olas rompen abriendo blancas sonrisas en la oscuridad. En esta helada agua que hizo a la perra volver a andar, la perra vieja y desahuciada. Eso era lo que su padre temía, quién sabe. No morir fácilmente. No morir nunca.

La perra es mía, y todos lo saben. Me habéis visto con ella desde que llegué. Ahora la voy a coger y me voy a ir a casa.

Se inclina para empezar a desatar el nudo y recibe un puñetazo

en un lado del rostro. Algo se rompe y trocitos de un diente se esparcen por la lengua. La perra ladra desesperada. Después va a parar a la acera y todos empiezan a golpearlo, por todos lados. Acierta a dar un par de puñetazos a alguien pero ya no ve nada. Una zarpa lo agarra del pelo. Le golpean la cabeza una sola vez contra el capó de un coche y la sangre le tapona la nariz y le llena la boca. Alguien llega corriendo y le propina una patada en la espalda que lo derrumba en medio de la carretera. Se encoge y aguanta un rato más, ya no consigue reaccionar. Permanece inmóvil, oyendo los ladridos de la perra hasta que cesan.

Un coche se ha detenido en mitad de la carretera y sus faros revelan las siluetas de quienes se han quedado observándolo todo a una distancia prudencial. Más gente continúa llegando. Consigue sentarse en el bordillo y se da cuenta de que lo han lanzado de una patada hasta el paseo marítimo. Mantiene la boca cerrada y tiene miedo de abrirla, como si algo vital se pudiera escapar de ella.

Sacadlo de aquí, dice alguien.

Llevadlo a la arena.

Varias manos lo agarran por los brazos y los pies.

Lo transportan un rato y lo dejan con suavidad en la arena dura y helada, como si ahora quisieran tener cuidado de no hacerle daño. Continúa tumbado, con la respiración pesada y burbujeante de sangre.

Sentadlo.

Alguien le levanta el tronco y se queda sentado, oscilando como un gimnasta que intenta mantener la posición a costa de mucho esfuerzo.

¿Consigues llegar a casa?

Tengo que coger a la perra.

Vete a casa.

Se marchan y poco a poco regresa su visión. Está sentado mirando al mar con el pequeño muro del paseo marítimo a sus espaldas. Dos hombres bajan la escalera de acceso más próxima y se le acercan.

¿Cómo estás?

¿Necesitas ayuda?

Tendría que ir al hospital.

¿Quieres ir al hospital?

¿Dónde vives?

No consigue decir nada.

Voy a llamar a la policía.

Quédate con él.

Uno de los hombres se queda agachado a su lado y de vez en cuando le hace una pregunta, pero no lo escucha. Solo oye los ladridos de Beta, incansables, surrealistas. La perra consiguió volver. Hambrienta. Cojeando. Hizo todo el camino de vuelta por las montañas.

Empieza a levantarse. Le lleva tiempo pero lo consigue. Permanece un rato tosiendo, concentrado en mantener firmes los pies en el suelo. El hombre que cuidaba de él lo agarra del brazo y le pide que no se mueva, pero él se suelta y lo mira con una expresión de las que no requieren palabras, pues el hombre no intenta volver a agarrarlo. Prueba a dar unos pasos. Puede andar.

Se arrastra con dificultad por la arena de la playa hasta la pequeña escalera, sube los escalones, camina un poco por el paseo marítimo y atraviesa la carretera en dirección al bar y a los ladridos de Beta. Se limpia la sangre de los ojos con las mangas del jersey y sufre otro breve acceso de tos. Quienes aún permanecían en la acera comentando la paliza dejan de hablar y lo miran. Alguien dentro del pequeño bar señala la calle y los demás se vuelven también. Se acerca hasta quedar a dos pasos de la acera.

Hay cinco chicos sentados a una de las mesas. El bigotudo sigue detrás de la barra secando vasos con un paño blanco. Todos lo observan y nadie dice nada. Ya no se acuerda de sus caras y los mira de uno en uno, sintiendo cómo la sangre le gotea por los ojos, pestañeando sin parar y frunciendo la cara hinchada. Cuatro de los cinco llevan gorra, tres son rubios, y no ve nada más allá de eso. Coloca la mano alrededor de la barbilla y se exprime la barba empapada de sangre de arriba abajo, hasta la punta, haciendo escurrir un hilillo rojo y formando un pequeño charco en las losetas

blancas del pavimento.

¿Quién de vosotros fue el que cogió a mi perra?

Estás de coña, ¿no?

Estás en estado de *shock*, ¿no?

Se acerca un poco más, se pasa la lengua por los dientes y siente que tiene dos muelas hechas pedazos y que se le mueve un colmillo.

Olvido la cara de la gente. ¿Quién era?

Yo.

Ah, sí.

¿Todavía quieres más, desgraciado?

¿Me puedo llevar ya a mi perra?

Dale el perro, por el amor de Dios, grita el bigotudo desde la barra.

El perro es mío, contesta el nativo.

Entonces me gustaría saber si eres lo suficientemente macho para pelear sin la ayuda de tus amiguitas.

¿Qué?

Repite la misma frase intentando pronunciar mejor cada sílaba con la lengua mordida y los labios cortados.

Yo no pego a perros muertos. Vete a casa, hijo de puta.

Escupe toda la sangre que tiene dentro de la boca en la cara del nativo, que se queda paralizado unos segundos, se limpia, se levanta y se dirige a los compañeros de mesa.

Esperad aquí.

Retrocede unos pasos hasta la mitad de la calle y espera a que el nativo se le acerque. Levanta los brazos en posición de lucha pero recibe tres puñetazos en la cara en secuencia rápida y cae al suelo.

Alguien intenta ayudarlo a levantarse pero él hace gestos de que nadie se aproxime y vuelve a ponerse en pie. Sabe que si lo golpean una vez más se habrá acabado todo. Desciende a la playa y se enfrenta al nativo de nuevo.

Esta vez el rubio oxigenado vacila. Siente pena de él. Ve al joven bajar la escalera con aire contrariado, visiblemente constreñido por enfrentarse todavía a un adversario derrotado. O puede que tenga miedo. Que haya recordado ciertas historias que cuentan por ahí,

cosas que acontecieron hace décadas, justo allí. Sucesos de los cuales sus padres y sus abuelos no quieren hablar.

Pone uno de los pies en la arena. La potente luz de las farolas del paseo marítimo proporciona un aire de espectáculo a la lamentable escena, que reúne a un público de veinte o treinta personas. Los dos se estudian y él aprovecha la vacilación y la postura displicente del nativo para lanzarle arena en la cara. El nativo recula restregándose los ojos y en cuanto retira las manos de la cara recibe un puñetazo justo en medio de la nariz. Los dos reparten golpes medio a ciegas y a veces aciertan, hasta que consigue agarrar al nativo por entre las piernas con una de las manos y cogerle al mismo tiempo la garganta con la otra. Puede sentir los testículos aplastados y la tráquea comprimida entre los dedos. Las piernas del nativo flaquean. Ambos caen juntos sobre la arena pero él no lo suelta. Sigue apretando y ve el rostro transido y aterrorizado del nativo comenzar a ponerse rojo y después azul.

Solo un tiro en la cabeza me sacaría ahora de aquí, hijo de puta.

La gente intenta separarlos, primero tirando de ellos, luego con golpes y patadas, pero él no lo suelta hasta que una voz de mujer que lleva un rato gritándole al oído se identifica.

Mírame, le dice. Suéltalo. Mírame.

Suelta al nativo. Tras un largo intervalo aparentemente sin vida el chico comienza a toser y a atragantarse sobre la arena y es socorrido por sus amigos.

El sumerge los dedos entre el pelo crespo de la joven.

Dália. No puedo verte bien.

Dios mío. Levántate, ven.

¿Qué haces aquí?

¿Yo? ¡He venido a tomarme una caipiriña, joder! Y os encuentro a los dos peleándoos como animales en la playa. Tienes que ir al centro médico. Joder, tienes la cabeza abierta. Ven aquí.

Espera. Un momentito solo.

La suelta y se dirige tambaleante hasta el portón bajo la mirada de la gente que se congregó allí. Entra por el acceso del garaje, anda un poco y se arrodilla frente a la perra.

Ya está, Beta. Todo arreglado.

No puede desatar el apretado nudo con los dedos. Un hombre se acerca y le ofrece una navaja abierta.

Esto te ayudará. Campeón.

Gracias.

Este es el perro que nada en las olas, ¿no? Tú eres el barbudo que nada con el perro. Os veo a veces desde el balcón de mi casa.

Corta el collar de tela y le da a la perra unos golpecitos en las costillas. Dália llega a su lado y le pasa las uñas por la espalda.

Levanta, loco. La policía debe de estar a punto de llegar. Vamos a intentar ir antes al hospital, si no la cosa se va a alargar demasiado.

Ya voy.

Estás pensando en caliente.

Sale por el portón y se tambalea hasta la barra del bar con la perra detrás. Tiene un acceso de tos antes de poder pedir.

¿Me das una de esas caipiriñas con hojas de bergamota?

¿En serio?

Una para mí y otra para ella. Y un poco de hielo en una bolsa de plástico, si no es molestia, por favor. ¿Esos mierdas todavía están aquí?

Están al otro lado de la calle. Ya te he visto antes por aquí, ¿no, barbudo?

Creo que sí. Pero antes no tenía barba.

Te la van a afeitar en el hospital.

No pasa nada, ya es hora de quitármela.

El bigotudo le entrega una bolsa de plástico con cubitos de hielo y empieza a cortar limas. Dália se sienta a su lado, le cubre toda la cara con la bolsa llena de hielo envuelta en un paño y aprieta. Cuando un minuto después ella retira la compresa luces azules y rojas lamen la fachada de madera barnizada.

Estoy un poco mareado, Dália. A lo mejor me desmayo.

El bigotudo lleva las dos caipiriñas a la mesa y coloca las manos en la cintura.

Pero ¿de dónde has salido? No eres de aquí.

Es el nieto de Gaudério, dice alguien.

La enfermera que le ofrece un vaso de agua lleva una identificación con el nombre de Natália pegada al uniforme y le recuerda a la actriz de una escena de una película porno que hace unos años vio hasta la saciedad en internet, solo le falta la cofia con la cruz roja. Tiene el pelo rubio, la nariz grande y los ojos color azul piscina. Le pregunta con acento del oeste catarinense si sabe quién es y dónde está y él se queda un momento pensando. No lo sabe. Se encuentra en el Hospital Regional de São José, le informa Natália, y lo ha llevado allí una chica llamada Dália que dice ser su amiga y que se marchó al cabo de unas horas de que lo internaran. La misma chica ha llamado esa misma mañana para proporcionar al hospital su nombre completo y los números de sus documentos personales. También se queda un instante pensando en eso. No se acuerda de nada, mucho menos de haber hablado con Dália recientemente. Natália y Dália, balbucea. Dália, Natália. La enfermera esboza una pequeña sonrisa y aprieta los ojos como si valorase su grado de lucidez. El gira con dificultad la cabeza en la fofa almohada y a su alrededor ve cortinas color verde hospital, el propio cuerpo envuelto en una manta rosa parecida a las que cubrían los cómodos sofás y sillones de la sala de estar de la casa de su abuela materna y partes de armazón metálicas de otras camas de la habitación. La perra, pregunta. ¿Qué habéis hecho con mi perra? Natália recuerda que la chica les pidió que le dijeran que la perra estaba bien, que no se preocupase. Que está en la casa de su madre o algo así. Otra enfermera muy delgada, con el nombre de Maila escrito en su tarjeta identificativa, aparece y celebra su despertar con Natália como si las dos lo conocieran de toda la vida. Les pregunta cuánto tiempo lleva allí y la más delgada sonríe y le dice que un día entero. Natália examina a otro paciente y la delgada sale a buscar al doctor. Siente los puntos y curas al arrugar la cara. La sensación de frío en la mandíbula y en el cuello indica que le han afeitado la barba. Tiene una aguja de suero o algo parecido clavada en el dorso de la mano derecha. A una mujer le dan accesos de tos seca a intervalos en una cama adyacente. El médico, un hombre con la cabeza afeitada y pinta de novato universitario, moreno y de mirada pacífica, le informa de que la noche anterior lo

trasladaron en ambulancia desde el centro de salud de Garopaba con hipotermia, hipoglucemia, deshidratación y una pulmonía bacteriana que están tratando con antibióticos intravenosos. Tiene la nariz y una costilla fracturadas y algunos cortes y excoriaciones en la cara. Le pregunta si tuvo algún episodio de inhalación de agua o ahogamiento en los últimos días y él responde que sí, inhalación de agua del mar, mucha, hace unos cuatro días. Se nota que el médico tiene la cabeza puesta en algo mucho más grave. Sale con prisas por el pasillo después de discutir algunos detalles en voz baja con la enfermera Maila.

Dália aparece al día siguiente con Pablito. Le lleva la llave de su apartamento, el móvil y el cargador, una muda de ropa enmohecida, dos revistas de crucigramas, las ediciones más recientes de *Playboy* y *02* y un envase de plástico con trocitos de pastel de chocolate. Le explica que fue junto con él en la ambulancia y que solo se marchó cuando el médico le garantizó que se iba a poner bien. Él no despertaba y ella no sabía qué iba a suceder y creía que se iba a morir. Nunca había estado tan cerca de una persona tan caliente de fiebre. Beta está en el patio de la casa de Dália, al cuidado de su madre, que le ha pedido que le diga que ella ya había previsto todo esto en sueños y que lo había intentado avisar, pero que él no quiso escucharla. Por la mañana se ha pasado por su apartamento y se ha encontrado la puerta cerrada, pero ha picado a la señora Cecina, le ha explicado la situación y ha conseguido la llave para poder buscar su documentación y ropa limpia. La señora Cecina, que se había encontrado la puerta abierta y el apartamento vacío, le había preguntado si él tenía problemas con las drogas. Por la tarde ha recogido al niño del colegio y se ha acercado a São José en autobús para visitarlo. Pablito le ofrece su Nintendo DS para que juegue un rato. ¿Me puedo quedar con ella hasta que me den el alta? Te la devuelvo en unos días. El niño abraza la consola y dice que no con la cabeza, y él le explica que solo era una broma. Le pregunta a Dália por su novio contratista de Florianópolis y ella le anuncia que se van a casar en marzo del año que viene. Va a mudarse a Florianópolis junto con su madre a principios de diciembre. Cuando estén listas

las invitaciones te mandaré una. Genial, le asegura él. Siempre he soñado con levantarme en mitad de una boda y decir que tengo algo en contra de esa unión. Ella le agarra de la mano, él se la aprieta. Gracias, Dália. No merezco nada de todo esto. Sí que lo mereces, responde ella.

Cuando se despierta a la mañana siguiente Bonobo está sentado al lado de la cama hablando con la enfermera Natalia. ¿No quieres tomarte un descanso y pasar unos días extraordinarios en un hostal de Rosa? ¿Ya has pensado en ser modelo? Natália tiene la boca entreabierta y parece al mismo tiempo pasmada e interesada en la figura que tiene delante de los ojos, pero vuelve a dirigir su atención al paciente en cuanto percibe que está despierto. Mientras le toma la temperatura Bonobo relata que intentó ir a visitarlo la tarde anterior pero que el Tétano lo dejó colgado a mitad de camino y que tuvo que remolcar el Volkswagen escarabajo hasta Paulo Lopes y dejarlo en un taller. Hoy le ha llevado hasta allí una chica que iba a Curitiba. Estás más feo que yo, nadador. Ya me han dicho el nombre del gilipollas que te hizo esto. Le explica que el tío está en casa sin poder andar y con el cuello negro. ¿Cómo se le ocurre robarte a la perra de ese modo? En otros tiempos me encargaría de terminar el trabajo que has empezado, le arrancaría los huevos y se los daría a los peces, pero ahora solo planto bondad y compasión y de cualquier modo nadie más va a volver a meterse contigo en esta ciudad. Alguien le explicó la pelea a Altair, y Altair me la contó a mí. Dicen que te dejaron tirado en la arena pero que te levantaste enseguida y fuiste a buscar al tío ese. Me hubiera encantado verlo. Fue una mierda que pasase, pero me hubiera gustado verte. Natália comprueba la temperatura en el termómetro y la anota en la gráfica. ¿No tienes de esos que se meten por el culo, Nati? Él los prefiere. Natália pone cara de escandalizada, pide permiso y se marcha. ¡Tío, qué mujer!, dice Bonobo. ¿No? Nunca he visto nada igual. Consigue su número antes de irte. Cuando el tema de la presencia de Natália se agota Bonobo quiere saber qué pasó con su abuelo: ¿Qué es eso de que has encontrado a tu abuelo? Después de pensarlo un poco dice que ha llegado a la conclusión de que solo fue un sueño o un

delirio de la fiebre. No solo miente sino que elabora la mentira. Fui a dar una caminata por las montañas bajo la lluvia y caí enfermo, no me cuidé, me entró fiebre, bebí, me volví medio loco en casa. Beta desapareció y ni me di cuenta. Tuve alucinaciones. Estaba muy confuso cuando hablamos por teléfono. Eso de mi abuelo se termina ahora mismo. Sé que ya te lo he dicho antes pero esta vez va en serio. Bonobo le pone la mano en el hombro. Todo el que viene aquí se enfrenta a una u otra pequeña locura durante su primer invierno, nadador. Es un rito de paso. Espero que aguantes. Espero que te quedes. Ahora eres mi hermano. Bonobo se echa hacia atrás y asume un aire grave. Sé que todavía te debo pasta pero no voy a tenerla hasta después del verano. Aquí el dinero solo se hace en verano, ya lo sabes. Tengo planes ambiciosos para el hostal, esta temporada de verano promete. Siempre se puede arreglar. Tengo planes de expansión y diversificación de productos y servicios en el hostal de Bonobo. Voy a centrar el negocio en dos públicos objetivos, los simpatizantes de religiones orientales y los *hipsters*. Dos tendencias de comportamiento en alza de cara a la próxima década, por tanto dos fuertes tendencias de consumo. Materialismo espiritual y consumo irónico. Turismo zen y metaturismo autoconsciente. El primero tiene más que ver conmigo, será fácil. Conferencias y cursos de budismo, meditación antes del desayuno incluido en el precio, un pequeño altar, todo un programa de actividades que parezca un juego y haga al huésped tener la sensación de estar cumpliendo etapas rumbo a la evolución del ser, al desprendimiento del mundo material y a la conquista de la felicidad para sí y para los demás. Una lista de actividades con puntuaciones que generen recompensas. El tío vuelve a casa con alguna clase de certificado. Y en el hostal siempre habrá algo en construcción para que la gente pueda ayudar voluntariamente. Un poco de mal karma, pero tengo que pagar las facturas. El público *hipster* es más difícil. Necesitan sentir que están haciendo algo auténtico, pero no puede ser auténtico de verdad. El ambiente tiene que ser retro y un poco antisistema, pero sin mencionar jamás esos términos. El huésped *hipster* no es un turista, es una persona

auténtica y alternativa que se comporta conscientemente como un turista en el ambiente de los turistas, lo que transforma la pobreza espiritual de la experiencia turística comercial tontorrona en algo guay como por arte de magia. El viejo y agradable puente en la playa empaquetado con un nuevo envoltorio a modo de fetiche. El hostal de Bonobo ofrecerá paquetes turísticos auténticos con sabor anticuado. Tengo que ver cómo explotar eso. De todos modos ya puedo ir comprando un tocadiscos y montar una tienda de segunda mano en la salita de la entrada. He hecho un Power Point con todo esto, ya te lo enseñaré. Si te dejas crecer un bigotito años setenta puedes ser mi conserje. ¿Qué te parece, nadador? ¿Te apetece?

Una comitiva del gimnasio Swell aparece al tercer día de internamiento. Débora, Mila, las gemelas, Jander y Greice llegan con flores y un saquito de bolas de jengibre artesanales elaboradas por Celma, que no ha podido venir porque está en un congreso sobre reiki en São Paulo. Le dicen sus nombres y le ahorran la ansiedad de tener que reconocerlos. Débora llora al ver su estado pero dice que no le haga caso, que no es nada, que llora con mucha facilidad. La pareja de veterinarios pregunta por Beta. Sienten alivio al saber que está al cuidado de una persona de confianza y ofrecen la perrera en caso de que sea necesario. Esa perra es un milagro, dice Greice. Rayanne y Tayanne le comentan que el nuevo profesor de natación no mola tanto como él. Quiero decir, es guay, dice una de las dos que ya no recuerda quién es, pero no da clases. Solo nos dice lo que tenemos que hacer. Le decimos que terminamos el calentamiento y él señala la pizarra y dice De acuerdo, ahora batid las piernas. Terminamos de batir las piernas y él dice Vale, ahora haced la serie, y repite lo que está en la pizarra. Siempre que le pregunto si estoy nadando bien contesta que sí pero no mira. Te echamos de menos, profe. Porque sin alguien corrigiendo, animando y tocándonos las narices todo el rato no tiene gracia. El replica que quizá el nuevo profesor tenga razón. A lo mejor estáis nadando tan bien que ya no necesitáis que nadie os corrija todo el rato. Solo tenéis que sincronizar bien piernas y brazos, alargar la brazada, sentir cómo rinde vuestra forma de nadar, cómo os

deslizáis. Y esforzaros, claro, para ser cada vez mejores. Creo que estáis listas, chicas. ¿Lo ves?, dice una de las gemelas. A eso nos referimos. Mejórate y vuelve a la piscina, ruega la otra. ¿Alguna posibilidad de que vuelvas? No lo sé, contesta. Preguntadle a Débora. La secretaria se encoge de hombros y dice que tienen que preguntarle a Panela. Cuando se marchan le asaltan recuerdos de amigos de los viejos tiempos, figuras sin rostro reconocibles por lo que vivieron juntos, y fantasea con visitas y reencuentros hasta que Natalia, que le lleva un vasito con pastillas, interrumpe sus devaneos y le pregunta si es cierto que el amigo que lo visitó el día anterior tiene un hostal en Rosa.

Permanece once días ingresado.

La mañana que recibe el alta emplea el dinero que le llevó Dália para tomar un autobús hasta la estación de autobuses de Florianópolis, donde almuerza y compra un pasaje a Garopaba. Se apea y se dirige a pie directo a casa de Dália, que a esas horas todavía está trabajando en Imbituba. La perra se alegra de verlo y la madre de Dália observa que le ha dado bastante comida para que recuperara peso. La mujer comienza a contarle otro sueño que ha tenido con él, pero la interrumpe y le dice que ya lo sabe. Esta vez la mujer de pelo negro sale del lago pantanoso acompañada de un niño. Se queda callada mirándolo fijamente. ¿No fue eso? Ella asiente con la cabeza. No deberías perder tiempo soñando conmigo, le riñe. Toma el último sorbito de café, le da las gracias por todo varias veces y la felicita por el noviazgo de su hija. Promete volver para resarcirle el gasto que tuvieron con la comida de la perra.

Cruza el barrio de los pescadores al atardecer, seguido de cerca por la perra, exhibiendo cicatrices frescas en la cara afeitada aquella misma mañana por la enfermera. Entra en el mercadillo y gasta el resto del dinero que lleva en el bolsillo en pan, mantequilla, café, plátanos y una tarjeta telefónica. Varios vecinos permanecen en la acera y en los balcones de sus casas tras el día de sol. Recogen ropa y almohadas de ventanas, cercas y tendederos. Flota en el aire un aroma a humedad marina, a *pirao* de pescado y a bizcochos de maíz recién salidos del horno. El mar parece un vitral en movimiento,

como si la luz de poniente viniera del fondo y la playa fuese el interior de la iglesia, aunque el agua huele a aceite y cloaca. Y allí, encaramado en la colina, se encuentra el pequeño apartamento en el que tanto quiso vivir y vivió. Abre las persianas para ventilar el comedor y se queda a oscuras hasta que la farola de delante de la ventana se enciende y su luz se cuela dentro. No siente que esté volviendo a casa. Jasmim se equivocaba al respecto. Él no pertenece a este lugar. Solo existen dos lugares posibles para una persona. La familia es uno de ellos. El otro es el mundo entero. A veces no es fácil saber en cuál de los dos estamos.

Tras una noche de sueño como cualquier otra, el día 30 de octubre de 2008 despierta en un apartamento sucio y mohoso, sin dinero y sin trabajo, pero también sin temores. Llama por teléfono a la lavandera y queda a una hora determinada para que se pase a buscar la ropa sucia. Telefonea a Panela, que le informa de que por el momento no tiene la más mínima posibilidad de recuperar su puesto de monitor de natación. El nuevo instructor está yendo bien y no hay razón para sustituirlo. Por no hablar de que sería una putada para el tío. Incluso se ha incrementado la asistencia de abonados a la piscina. Responde a Panela que no pasa nada y lo felicita por el éxito del gimnasio. Después sale a almorzar, pasa por el cajero automático y retira la última calderilla que le queda. Llama a Sara y le pregunta si cree que Douglas aceptaría arreglarle los dientes y cobrar al mes siguiente, presumiendo que no sepa nada de lo que sucedió el día de la barbacoa. Ella le devuelve la llamada al cabo de unos minutos y le comunica el día y la hora de la visita. De vuelta al apartamento, comienza a hacer limpieza. Está fregando el suelo con lejía cuando oye a alguien aplaudir frente a la ventana. No reconoce al chico fuerte y bronceado que le está sonriendo.

Buenas tardes.

Buenas tardes. ¿Quién eres?

¿No te acuerdas de mí, náufrago?

Invita a entrar al chico.

Solo puedo ofrecerte agua fresca.

Guay. Pasé por aquí hace unos días a ver si habías sobrevivido

pero las ventanas estaban cerradas. ¿Estás bien?

Todavía estoy un poco débil. He pasado unos días en el hospital. Tuve una fuerte neumonía.

¿Te acordaste de lo que te pasó aquel día en la playa?

Sí. Me caí de un acantilado cerca de Pinheira en mitad de la tempestad y estuve toda la noche nadando e intentando llegar a la playa.

¿Y fuiste a parar a Siriú?

Parece que sí. Debo de haber pillado una corriente.

Beta entra por la puerta y se dirige a beber agua en el pote del lavadero.

Entonces, ese es el perro que fuiste a recuperar del tío.

¿Te has enterado?

Todo el mundo se ha enterado. Me advirtieron que no viniera a hablar contigo.

Vaya. ¿Por qué?

Yo qué sé. La gente inventa historias.

¿Qué historias?

El chico arquea las cejas.

Déjalo. Dime una cosa: ¿cuándo es el curso de socorrista del que me hablaste?

A finales de noviembre. Dura tres semanas. Consta de una parte teórica y una práctica. El problema es la parte práctica. Los tíos te pasan por la trituradora de carne.

¿Y luego se trabaja toda la temporada de verano?

Se empieza un poco antes de Navidad y dura por lo menos hasta Carnaval.

¿Cuánto pagan?

Está bien pagado. Cien reales al día. Incluso teniendo en cuenta los días libres son más de dos mil al mes. ¿Iba en serio lo que me dijiste? ¿Lo de ayudarme con la natación?

Iba en serio. Pero yo también quiero hacer el curso. ¿Dónde tengo que inscribirme?

En el cuartel de bomberos, en Palhocinha.

Genial. Dame unos días más porque todavía estoy un poco

hecho polvo, pero la semana que viene empezamos. Pásate por aquí a las ocho de la mañana, da igual si llueve, sopla viento del nordeste o su puta madre. ¿Cómo te llamas?

Aírton. ¿Me vas a cobrar?

Claro que no. Apunta mi número de teléfono.

Después de que Aírton se marche y la lavandera pase a buscar la ropa sale a pasear con la perra por la playa y todavía le está dando vueltas al tema del curso de socorrista cuando recuerda una historia que nació, tuvo una larga vida y murió en su cabeza, o por lo menos había muerto hasta ahora, una historia que empezó a imaginar sin motivo alguno cuando contaba doce o trece años y que siguió imaginando hasta el fin de su adolescencia. No era más que un esbozo o devaneo que nunca alcanzaba una conclusión digna de tal nombre pero que siempre empezaba del mismo modo. Estaba sentado en la arena de la playa observando el mar y a lo hondo veía a una persona pidiendo ayuda. Después de atravesar la zona donde rompen las olas descubría que quien se ahogaba era una niña de su edad, una niña que fue creciendo con él a medida que imaginaba la escena año tras año. La sacaba del mar, escupía agua y se quedaba tumbada en la arena, laxa y jadeante. A veces estaba vestida, a veces iba en biquini. Su piel siempre era muy blanca, su pelo siempre negro, liso y largo. Sus ojos, azules. Siempre tenía la misma cara pero no era nadie que conociese ni que pudiera llegar a conocer alguna vez. Después de recuperarse lo suficiente para poder ponerse en pie y caminar, la chica le daba las gracias con un abrazo o solo con una palabra y una mirada y se marchaba corriendo por la playa, sin mirar atrás, balanceando los brazos delgados, hasta desaparecer por un camino en las dunas. Pasaban meses, a veces años. Él se soñaba mayor de lo que en realidad era. Esos futuros podían variar bastante pero en todos ellos volvía a tropezar con la niña y ella se encontraba en pésimo estado. Había sufrido a manos de los hombres o se había enganchado a algo. Era una suicida. Una huérfana errante. Ella acababa llorando. El pelo se le quedaba pegado en las mejillas lacrimosas. La versión de él mismo, un poco mayor que él en la actualidad, y que ahora protagonizaba la historia,

había pasado todos esos meses o años buscando a la niña, imaginando quién era, cómo había ido a parar allí, a lo hondo del mar, dónde había ido después de desaparecer en la playa, y ahora reaparecía y él la amaba. Así de simple. Nada más fácil que amar a una niña sin nombre que es pura idea, que la entrega el destino, vulnerable y resbaladiza, lista para ser rescatada, huir y reaparecer. Pero esa mujer lo odiaba. A veces lo acusaba de haberla salvado a la fuerza. ¿Por qué me sacaste del agua? No tendrías que haberme rescatado. Con mayor frecuencia lo acusaba de haberla abandonado. ¿Cómo pudiste abandonarme? ¿Cómo pudiste dejarme marchar? Pero te salvé, argumentaba él. Ella movía la cabeza diciendo que no. ¿Por qué no me preguntaste el nombre? ¿Por qué no me cogiste de la mano? ¿Por qué no me perseguiste? ¿Por qué me dejaste ir? No me quisiste. Y eso a él le sonaba terriblemente injusto. ¿Cómo podía saberlo? Hizo lo que había que hacer. Hizo todo lo que se pudo hacer. Qué injusto era que ella mirase atrás después de tanto tiempo y lo acusara de no haber actuado de otro modo en aquel momento. ¿Será que no se acuerda de haber salido corriendo sin decir palabra? A veces había cierta tensión sexual en ese ataque, a veces era puro desespero. Terminaba en eso, en la justicia intrínseca del acto de mirar atrás, de osar imaginar otro pasado diferente de aquel que nos llevó exactamente a donde estamos. Pasó años imaginando variaciones consecutivas de esa historia. En todas ellas terminaba solo. Nunca se le ocurrió contársela a nadie, escribirla, dibujarla. ¿Por qué esa historia? ¿Por qué una historia? ¿De dónde había salido y dónde había estado guardada todo ese tiempo?

13

Ve dos ojos verdes grisáceos entre dos mejillas carnosas en las que se forman hoyuelos en torno a una sonrisa perlada y expectante. Piel morena clara y labios gruesos y descamados casi del mismo color. Reconoce el arito en una de las fosas nasales y la pequeña cicatriz justo en medio de la frente pero no consigue rescatar de su memoria las facciones completas. Pelo negro y largo cayendo sobre los hombros. Sus ojos recorren todos los cuadrantes de esa cara entre una respiración y otra y podría jurar que no ha visto a esa mujer en toda su vida, aunque de repente sabe quién es. Algo se lo dice. Hacía poco que había pensado en ella y siempre supo que algún día vendría. En el mismo instante en que la reconoce ella se asusta y la sonrisa da paso a una expresión dolorida.

¡Joder! ¿Qué te ha pasado?

Me llevé unos coscorrones durante una pelea, responde con una sonrisa.

Nunca has sido de meterte en peleas.

Unos tíos me robaron la perra. Beta. Fui a buscarla y no les gustó mucho.

La mujer gira la cabeza y aprieta los ojos como si no pudiera creérselo. Se miran un rato. Siente el cuerpo oscilar suavemente al ritmo de los acelerados latidos y observa cómo el pecho de Viviane se hincha y vacía como un fuelle. Órganos que trabajan para alimentar mentes en su punto álgido de actividad, casi paralizadas por el millón de cosas que tienen que decirse.

¿Has reconocido mi cara al abrir la puerta?

No. Pero te he reconocido.

¿Cómo?

Tú sabes cómo.

Viviane echa la cabeza a un lado y sopla con el labio inferior intentando apartar algunos mechones de pelo que le caen sobre el rostro. Se da cuenta de que ella sujeta con las manos algún tipo de marco envuelto en papel de estraza y amarrado con un cordel.

¿Incluso después de tanto tiempo?

Parece que sí.

Soy yo la que casi no te reconoce a ti. Estás tan delgado.

Lo sé. Han sido varias cosas. Entre ellas una neumonía.

¿Neumonía? Si tú nunca te ponías enfermo. Solo pillabas la gripe.

Me entró agua en el pulmón.

¿Cómo?

Me caí desde un acantilado y tuve que nadar toda la noche para salir del agua.

No lo estarás diciendo en serio…

Estás guapa. Pareces muy feliz. A veces miro tus fotos.

Déjame entrar, va.

Viviane viste una chaqueta de lana burdeos de estilo un tanto militar, llena de grandes bolsillos y con un cinturón del mismo color que le moldea la cintura. Pantalones negros y botas también negras con hebillas adornadas con piezas metálicas. Todo parece caro y elegante, diferente de los vestidos veraniegos y sudaderas de tiendas baratas que viste la imagen de ella que habita en su memoria. Viviane da algunos pasos por el comedor y mira a su alrededor. Su figura esbelta e iluminada por la luz matinal parece salida de un editorial de moda y contrasta con el mobiliario de segunda mano del apartamento.

Tu madre me dijo que estabas viviendo en primera línea de mar pero me había imaginado otra cosa. Esto queda prácticamente dentro del agua. ¡Qué vista tan increíble! Se puede salir nadando desde aquí, ¿no?

Eso hago casi todos los días. Siéntate. Voy a preparar un café.

Viviane apoya el marco en el brazo del sofá más pequeño y se sienta. El comienza a llenar la tetera con agua del grifo.

¿Cuándo has llegado?

Ayer por la noche. Llegué a Florianópolis por la tarde y alquilé un coche. Tengo una habitación en un hostal situado ahí, en la orilla. ¡Qué barato es todo en temporada baja! La habitación es muy mona. Creo que soy el único huésped.

Has venido sola, ¿no?

Sí.

Prende cuatro cerillas hasta conseguir encender el fogón.

Quería llamarte y avisarte de que iba a venir pero tu madre me dijo que tenías el teléfono apagado o fuera de cobertura desde hacía varios días, y que además te has salido de Facebook. Aunque no respondías a mis mensajes. ¿Llegaste a ver alguno? También te he enviado SMS pero no los respondiste. Al final acabé viniendo de todos modos porque ya había pedido el día libre en la editorial y no iba a conseguir otro tan pronto. Espero que no te importe. No quiero molestar.

No pasa nada. Ando desconectado.

Nunca respondiste a mis mensajes. Llegué a la conclusión de que no querías mantener ningún contacto conmigo. Pero aun así decidí venir. Porque, en fin, ya sé cómo funcionan las cosas contigo. Si me quedo esperando una respuesta…

Es bueno verte. Creo que…

Se queda pensando qué decir mientras echa café en el filtro.

… leí tus mensajes hasta cierto punto, pero yo qué sé, Viv. No tenía ganas de hablar por Facebook. No es que no quisiera hablar contigo.

No, lo entiendo.

Me ha gustado mucho abrir la puerta y verte. Me ha gustado, de verdad. En persona, así, es bueno.

Me tenías un poco preocupada. Todos lo estábamos. Aún más tras toda esa lluvia, las inundaciones. Y vas y desapareces de repente. ¿Ha habido muchos daños por aquí?

Aquí no.

Veía a ese montón de gente muriendo en televisión. Dijeron que fue la mayor inundación de la historia de Santa Catarina. Toda la carretera está en obras. Qué bien que no te afectara.

Oye las patas de Beta saliendo de la habitación.

Beta, mira quién ha venido a visitarnos. Alguien que tú conoces.

La perra lo sigue cojeando hasta el comedor. Mira un momento a Viviane, husmea el aire, pero no se aproxima.

La atropellaron, aunque ya se encuentra bien.

Viviane chasquea los dedos y produce sonidos sin mucha convicción para llamar a Beta, que se queda parada en mitad del comedor, fuera de su alcance. Los dos observan en silencio a la perra, que a su vez no mira a ningún lado en particular. Todo se congela durante unos instantes. La tetera empieza a silbar.

¿Cómo estás tú?

Estoy bien. Me descompusieron un poquito la cara. Lo peor fue la neumonía, pero ya pasó.

En relación con tu padre, quiero decir.

Ah. Estoy bien. Lo echo de menos. Pero es normal.

Hubiera querido ir al entierro pero acababa de empezar el nuevo trabajo y no pude viajar.

Ya me lo explicaste por teléfono. No tienes que dar explicaciones. No pasa nada, de verdad. Ya pasó. Haberme quedado con Beta me ha ayudado a lidiar con eso. Me acuerdo de él y me pongo triste, pero ya no nos veíamos mucho, ¿lo sabías? Estaba muy estropeado. Pero tenía buen corazón. Creo que eso quedó aún más claro después de que se suicidara. Fue bueno con todo el mundo a su retorcida manera. Nunca dejó que nos faltara de nada, si lo piensas bien. Lo recuerdo agarrándome por la nuca y dándome consejos. Te asía fuerte por la nuca y empezaba a explicarte los misterios de la vida. Mi padre siempre sabía lo que hacía. Decidía rápido y no se echaba atrás. Tomó una decisión.

Dante se enfadó mucho. No consigue aceptarlo.

Ese es su problema.

Regresa a la cocina y vierte agua hirviendo en el filtro.

También le mosqueó no haberte visto en el entierro. Te fuiste

super pronto, ¿no? No llegasteis a encontraros.

No fue casualidad. Me fui adrede antes de que él llegara. Quiero que Dante se joda. Y ahora no tengo ganas de hablar de él.

La pausa en la conversación es ocupada por el aroma del café y por las olas que atropellan las piedras cerca de la ventana. Vuelve con dos tazas, entrega una de ellas a Viviane y se sienta en el sofá de delante. Tan bella… Preparar el café no lo mantuvo de espaldas a ella el tiempo suficiente para olvidarse de su cara. Cuando vivían juntos a veces jugaba íntimamente a eso, a comprobar durante cuánto tiempo conseguía retener en la memoria la fisonomía de la mujer que amaba o a intentar mirarla con la frecuencia necesaria para no olvidarse de ella a lo largo de una mañana o de un día entero. Al principio era fácil, después se fue volviendo difícil y en algún momento perdió las ganas de intentarlo, pero al verla ahora de nuevo, después de más de dos años, el juego vuelve a tener sentido. Decide ponerlo en práctica. No la perderá de vista. No dejará que ese rostro escape de su memoria hasta que vuelva a marcharse otra vez. Cuando salga por esa puerta mantendrá su cara en la mente al mismo tiempo que recordará cómo se conocieron en la piscina en la que él daba clases, ella con un bañador negro y un gorro azul, nadando torpemente con ese cuerpo alto y fuerte, parándose en el borde a respirar y conversar, bajando la guardia y dejándose invitar a tomar una cerveza. La casa llena de libros donde vivía con sus ricos padres antes de mudarse con él a un piso detestable en Cidade Baixa, rodeado de bares ruidosos y vecinos esquizofrénicos. Su cara comenzará a borrarse pero los recuerdos de lo vivido no desaparecerán. La primera vez que fueron juntos a la playa y acamparon en un *camping* vacío durante unas navidades. Ella saliendo del agua en mitad de la playa desierta, temblorosa y con la piel erizada de frío, sin darse cuenta de que le brotaba sangre de entre las piernas y retorciéndose de vergüenza al ser advertida. Tumbada boca arriba sobre su pecho en el interior húmedo y cargado de la tienda de campaña, teniendo pequeñas convulsiones después de llegar al orgasmo. Se miraban juntos en el espejo. Sus cuerpos eran tan bellos que asustaba. Ella decía que el cuerpo

humano era feliz. No tenía mucho sentido, pero era lo que decía, como si feliz fuera sinónimo de bello o algo parecido. No la corregía. Quien sabía de palabras era ella, siempre ella. Él no leía libros y ella no iba a verlo competir, pero eso nunca fue un problema. La cara tardará unos minutos en desaparecer. Solo quedará un borrón. No importa cuánto le guste una persona, siempre pasa. Pero no permitirá que eso ocurra mientras ella esté allí, dentro del apartamento. Aprovecha que está allí. Un, dos, tres, probando.

Quiero saber de ti. ¿Qué tal la vida en São Paulo?

Estoy superbién. Superbién. Hemos comprado un apartamento genial en Pinheiros. Uno de esos antiguos, con techos muy altos y lista de espera. Visité todas las inmobiliarias pequeñas del barrio, esas que tienen agentes muy viejecitos que solo saben utilizar el fax, dejé una descripción de la clase de piso que quería y pedí que me llamasen si aparecía alguno. Entonces a la dueña de ese piso le dio un soponcio y se fue a vivir a casa de uno de los hijos y estos lo pusieron a la venta. El de la inmobiliaria me llamó ese mismo día para que fuera a verlo porque no iban a tardar ni una semana en venderlo. Tuvimos mucha suerte. Y ahí pasé un tiempo trabajando de freelance, haciendo contactos, hasta que a principios de año conseguí el trabajo en la editorial de libros infantiles, que es muy chulo. Me gusta tratar con autores, traductores, con ilustradores increíbles. ¿Sabes que en julio fui a la Flip? Se trata de una feria literaria en Paraty. Dentro está la Fliplinha, dedicada al público infantil. Trabajé un huevo pero fue un gustazo. Dante vino conmigo, a lo mejor lo invitan en la próxima edición si consigue terminar su libro antes de fin de año. Noli estaba allí, se trata de un autor que me gusta un montón. Hablamos un buen rato con Verissimo. Habló muchísimo. Creía que era mudo de tan tímido.

Verissimo es el de las tiras cómicas de las cobras, ¿no?

Así es. También escribo una columnita semanal sobre libros y el mercado editorial en la página web de un periódico, a veces también me pasan reseñas. La vida cultural de São Paulo es algo impresionante. Porto Alegre mola en ese sentido, pero en São Paulo

no se acaba nunca. Llega a dar miedo. Se trata de una ciudad que parece no permitir que una persona se sienta bien cuando está aislada, aunque se trate de un aislamiento voluntario, para tomar un poco de aire. No sé si tú, por ejemplo, te ibas a sentir bien allí a largo plazo. Es un lugar agresivo para las personas introspectivas. Tiene una oferta alucinante de cosas maravillosas que uno puede hacer, ver y comer constantemente, y siente como que gira en un éter cósmico de gente interesante, poder y dinero que alimenta las ambiciones de todo el mundo y hace que la persona se sienta un poco culpable por quedarse en casa con el móvil apagado para leer un libro de Harry Potter o pensar en la vida comiendo chocolate, ¿sabes? De hecho, no tiene nada que ver, ¿has visto que ha ganado Obama?

¿Quién?

Obama. Lo han elegido. Lo vi anoche en la televisión, en el restaurante, el anuncio de su victoria. El primer presidente negro de Estados Unidos. *Yes we can*. Quería bajarme su discurso en el iPhone pero aquí no hay 3G. Por cierto, ¡me he comprado un iPhone! ¿Ya lo has visto? Es el teléfono móvil de Apple. Me lo trajo un amigo.

¿De qué estás hablando, Viv?

Sabes quién es Obama, ¿no? Por el amor de Dios.

Claro que lo sé. Es amigo de Wittgenstein.

La antigua broma privada arranca una pequeña sonrisa cómplice. Poco después de conocerse, durante la época en que Viviane todavía estudiaba periodismo en la Universidad Federal y cursaba asignaturas optativas de Filosofía en sus horas libres, ella intentó transmitirle todo el entusiasmo que sentía por el *Tractatus logicophilosophicus* desde que lo leyó después de que un profesor comentara el libro en clase. Acabó en pelea. Desde entonces el nombre del filósofo era evocado con jocosidad cuando ella se lanzaba a hablar de temas sobre los que él carecía de suficientes referencias culturales para comprender o sobre los que estaba desinformado. Formaba parte de la broma oírla con paciencia e incluso animarla para, al final, hacer cualquier mención a

Wittgenstein, lo que significaba que él ya había perdido el hilo hacía mucho tiempo.

Sé quién es Obama. Lo único que no sabía es que ayer ganó las elecciones y no sé por qué me estás hablando ahora de tu móvil nuevo.

Me preguntaste por São Paulo y empecé a hablar y no sé adonde fui a parar, perdona. Estoy un poco nerviosa. ¿Crees que es fácil para mí estar aquí?

No, claro que no. Yo tampoco sé muy bien qué decir.

Viviane toma un sorbo de café y señala a un lado con la cabeza.

Te he traído un regalo.

¿Lo puedo abrir ahora?

Ella asiente sin decir nada. Él se levanta, busca un cuchillo de sierra en la cocina, coge el envoltorio en forma de cuadro y vuelve a sentarse en el sofá. Corta las cuerdas con el cuchillo y arranca el papel de estraza fijado con celo, desvelando poco a poco un gran retrato enmarcado.

Es tu padre, se toma el cuidado de informarle Viviane antes de que él se encuentre con el cruel desafío de identificar a la persona retratada.

Termina de desenvolver el retrato. Es una ampliación de una fotografía en blanco y negro de casi un metro de altura. Cada poro, pestaña y arruga se entrega al escrutinio sin pudor. En la foto su padre sonríe encuadrado desde el pecho hasta la cabeza, lleva puesta una camisa blanca. Al fondo se advierten plantas y casas borrosas. No puede identificar el lugar donde fue tirada la fotografía.

Le hice esa foto cuando fuimos de compras a la frontera, en Jaguarão. ¿Te acuerdas? Creo que fue la primera vez que viajamos juntos con él. Tu padre quería comprar *whisky* y puros y nosotros fuimos con él en el coche. Te compraste aquellas Ray-Ban.

Lo recuerdo.

Entonces todavía usaba aquella cámara antigua. La que utilicé para fotografiar en la facultad. Todavía tengo todos los negativos.

La recuerdo.

Se queda mirando la foto con un nudo en la garganta.

¿Te gusta?

Sí. Mucho. De verdad.

Supuse que debías de tener muchas fotos de él pero esta es tan bonita, y hay una tienda cerca de casa donde son muy buenos haciendo ampliaciones grandes.

Ha quedado increíble. No sé qué decir, Viv. Gracias.

Espero que te haya gustado.

Aparta la vista de la foto y se encuentra con los brillantes ojos de Viviane sentada en el sofá, las manos juntas, retorciéndose los dedos, insegura y enérgica como una mujer que acabara de declararse enamorada. Apoya el retrato en el asiento del sofá, se levanta casi de un salto y la encuentra también de pie.

Se me ha caído la taza, le susurra ella al oído.

No pasa nada.

El café mancha.

No importa.

Se quedan abrazados hasta que una sensación parecida al sueño reblandece sus cuerpos y los hace retroceder. Su corazón está sollozando. El recoge la taza de café que se ha caído sobre la alfombra y ella anuncia que va al baño. Las gaviotas gritan sobrevolando en círculos dementes la ensenada mientras dos barcos regresan a la playa tras la madrugada de pesca. Beta alza las orejas, se levanta y sale a la calle.

La puerta del lavabo se abre. Viviane pasa junto a él, va hasta la ventana y se queda mirando el mar. El vuelve a sentarse en el sofá y recuerda la cara de ella mientras observa sus largas piernas y el negro pelo que desciende hasta la mitad de su espalda dando la impresión de estar en movimiento a pesar de permanecer inmóvil, la magia de algún peluquero. Tiene que hacer que ella se gire. Los borrones lo invadirán todo si les da la oportunidad.

¿Has venido hasta aquí solo para ver cómo estaba o tienes algo que contarme?

Ella se da la vuelta.

Estoy embarazada. Vas a ser tío.

¿Desde cuándo lo sabes?

Desde hace dos meses. Estoy de quince semanas. Va a ser niño.

Felicidades. Me alegro por ti.

¿En serio?

Claro, Viv. Eres feliz, ¿no? Era lo que querías.

Lo quería.

Entonces yo también lo soy. Puedo ver eso independientemente del resto. Sabía que pasaría. Sabía que un día me buscarías para contármelo. ¿Te acuerdas de que me firmaste un papelito?

¿Qué papelito?

Antes de irte a São Paulo a vivir con él. Todavía estábamos juntos. En aquel café en Moinhos de Vento.

No me acuerdo de ningún papelito.

Tú escribiste la fecha y tu firma en un papelito y yo garabateé unas líneas.

No sé de qué estás hablando.

Se levanta, se dirige hacia el armario de la habitación y revuelve los objetos guardados en una caja hasta encontrar la hoja de un bloc de notas doblada. Vacila un momento. Una parte de él no quiere mostrarla, le sugiere que haga la hoja trocitos, los tire a la basura y cambie de tema. Pero la otra parte le recuerda que no es posible borrar nada. No se puede fingir que algo no existe.

Regresa al comedor y entrega la hoja de papel a Viviane. Ella la lee deprisa y levanta la cabeza con una cara sombría de confusión y decepción.

¿Es una broma? No sabía lo que habías escrito.

Pero te acuerdas de que escribiste la fecha y firmaste, ¿no?

Ahora lo recuerdo, pero ¿qué mierda es esto? Si sabías que nos íbamos a separar, si hasta sabías que algún día iba a aparecer para contarte que estaba embarazada, ¿por qué no lo dijiste entonces? ¿Por qué no hiciste nada?

Hice todo lo que pude. Tal vez no fuese nada, pero hice todo lo que pude. No fue mucho. No podía hacer mucho. Sabía que no iba a servir de nada.

Viviane avanza hasta él, le devuelve el papel y se sienta en el sofá.

No me ha gustado en absoluto. ¿Por qué lo hiciste? En serio, ¿cuál era tu intención? ¿Poder decir ya lo avisé o ya lo sabía o algo así? ¿Eso te convierte en un ser superior a mí de algún modo? ¿Superior a tu hermano? ¿Sabes en todo momento lo que va a suceder en la vida de todo el mundo? ¿Quién te piensas que eres?

No. No se trata de eso. Creo que lo escribí más bien para asegurarme de que no estaba loco. Para que, cuando ocurriese, saber que en verdad había adivinado lo que iba a suceder. Es que me sentía impotente. Y tú también.

Y Dante también.

También.

¿Por qué me dejaste ir, entonces? ¿Por qué no me pediste que me quedara en Porto Alegre? ¿Por qué no viniste conmigo?

Conoces la historia tan bien como yo, Viv.

No sé. Eres tú el que lo sabe todo. Ayúdame un poquitín porque no consigo entenderlo. No sé cómo ves las cosas. No sé qué estás haciendo ahora mismo.

Dante decide mudarse a São Paulo y un mes después te hacen allí una oferta de trabajo. Llevabas mucho tiempo soñando con eso, con marcharte de aquella pequeña provincia sofocante que, como tú decías, era como una casa con el techo bajo que te obligaba a caminar encorvada. Y tenías razón. Para una persona como tú, Porto Alegre es diminuta. Yo no podía acompañarte en aquel momento porque estaba entrenando para el mundial de Ironman en Hawái. Que era el sueño de mi vida. Y que era algo que no podía interrumpir en modo alguno yéndome a São Paulo así sin más. Entonces Dante consigue alquilar un piso superchulo no sé dónde y nos invita a vivir con él al principio y me preguntas si me importaría que tú te fueras antes. Si me importaría. Que era lo mismo que pedirme permiso. Creo que fue ahí cuando lo vi todo. Era fácil de adivinar. Cada cosa que se formaba en aquel instante, dejando a un lado las historias que la cabeza inventa, los deseos, las ganas, lo que nos gustaría que pasase, tomando solo la realidad, cada cosa tenía una consecuencia. No era ningún rompecabezas. Porque yo sabía que le gustabas a Dante.

¿Te lo dijo alguna vez?

No, pero es mi hermano. Y sabía cuánto lo admirabas. Sobre todo después de que publicase el libro. El segundo o el tercero, no sé. El que tuvo éxito. Leí aquella mierda. Reconocí a todo el mundo en él. Algunos de mis amigos eran personajes. Lo único de nuestra adolescencia que no aprovechó para alimentar su fabulosa imaginación fui yo. Tuvo la delicadeza de no utilizarme. El resto está todo ahí. Él lo llama ficción.

Bueno, técnicamente…

Pero eso no tiene nada que ver. Sé que me amabas, Viv, pero también sé que a veces pensabas que yo era uno de esos atletas burros, un ignorante. Que es lo que soy. Un tío legal, un buen tío, pero con una cabeza limitada. Polla grande y cabecita pequeña. Cuando nos conocimos tenías veintiún años y era eso lo que tú querías. Pero se fue desgastando. Quizá si hubiese tenido la cabeza un poco más abierta. Si hubiese leído los libros que me dabas a leer y me hubieran gustado. Si hubiese cambiado con el tiempo. Si me hubiese interesado por tu mundo. Si me hubiese parecido un poco más a alguien que no era yo. Imagínate si hubiese sido escritor.

No digas tonterías. Estás pisoteando encima de lo que sentía por ti. De lo que todavía siento.

No pisoteo nada. Sé lo que sentías por mí. Sentía lo que sentías por mí. Sé que en cierto modo nunca dejaste de amarme. Pero ¿estoy equivocado? ¿No era así como andaban las cosas en el momento en que me preguntaste si me importaría que te fueras tú primero?

Estás exagerando.

Puede ser. Pero estoy exagerando sobre una verdad.

Ella lo mira fijamente con una expresión que no es de odio, sino de una ferocidad bestial, de autodefensa, y una sola lágrima asoma del ojo izquierdo, rueda por la mejilla y cae al suelo al mismo tiempo que formula la siguiente pregunta.

¿Y por qué me dijiste que no te importaba que yo fuese? ¿Si sabías que iba a pasar eso?

No llores, Viv.

No voy a llorar. Dime por qué.

Porque iba a perderte de todos modos. La cuestión era cómo. Si te lo hubiese impedido, hoy sería el tío que hubiera obstaculizado tu vida. Y así habría sido, en realidad.

Ah, gracias. Qué bueno eres. Qué sacrificio. Entonces, preferiste no hacer nada y dejarme marchar para hacerte la víctima. La víctima con su ridículo papelito en el que dice Yo ya lo sabía.

No soy ninguna víctima. No existe eso de víctima.

Quizá nunca me hubiese marchado si hubieras insistido en que me quedase.

No te engañes.

Ella mueve la cabeza y suelta aire por la nariz.

Vale, tú lo sabías todo. Bueno, pues yo no. No preví nada de lo que iba a suceder. Me enamoré de él. No tenía forma de saber que mi vida iba a convertirse en una tosca repetición de la película *Jules et Jim*. Podrías haberme avisado si sabías lo que iba a pasar. Me hubiera preparado mejor. ¿Me das un vaso de agua?

Va a por él y vuelve. Ella se la bebe toda y se queda sujetando el vaso con ambas manos con tanta fuerza que los pliegues de los dedos se vuelven amarillentos y él teme que vaya a romper el vaso.

Tendría que haberte pedido esto en cuanto entré. Ahora va a ser más difícil. Pero te lo voy a decir. He venido a saber si aceptarías ser el padrino.

El aparta los ojos del vaso y la mira fijamente. Viviane sonríe levemente.

Eso no lo tenías previsto, ¿eh?

¿También él quiere?

Fue idea suya.

¿Y tú crees que es una buena idea?

Sí.

A mí me suena totalmente absurda.

Lo que sea. Ya es hora de acabar con esta payasada. Con todo este rencor. Vuestro padre murió y no fuisteis capaces ni de intercambiar un abrazo en el entierro. Tu madre hace como que no le importa pero tiene miedo de tocar el tema contigo. También

Dante tiene miedo, pero ha sufrido mucho con todo esto y te echa de menos. Todo el mundo está sufriendo un montón y no hay por qué. No es necesario. Pero a mí no me da miedo hacerte esta propuesta. Porque piénsalo bien. Es perfecto. Justamente porque suena absurdo. Es nuestro hijo. Tu sobrino. Vamos a aprovecharlo para seguir adelante. Somos jóvenes pero adultos. Podemos hacer lo correcto y vivir todo lo que aún nos queda por vivir sin resentimientos. Es un tema familiar. Sé cuánto valor tiene para ti la familia. ¿Ya te has parado a pensarlo desde ese punto de vista?

Déjalo ya.

Sabes que tengo razón. Es tu rencor lo que te impide aceptar.

Entiendo lo que estás diciendo. Pero no es posible.

¿No es posible?

No puedo aceptar.

¿Estás rechazando la petición de ser padrino de tu sobrino? ¿Es eso?

Escucha. Entiendo lo que estás diciendo. Si uno lo piensa, es perfecto. Pero es imposible. No sirve de nada fingir que es posible. Que podría perdonarlo con un simple chasquido de dedos. Estáis alucinando.

¿Por qué no le puedes perdonar?

¿No es obvio?

¿Tan mezquino eres? Yo te perdono por haberme dejado marchar y haber escrito algo en un papelito solo para ti en vez de hablar conmigo. ¿Eres incapaz de perdonar?

No quiero tu perdón.

Aun así, te perdono.

No acepto. Me niego a ser perdonado.

¡Ja! Genial. De puta madre.

Lo que hice mal lo llevo conmigo. Nada desaparece porque lo decidamos, porque queramos. Nadie puede librarme del mal que hice a los demás. Necesitamos eso para ser mejores personas. Perdonar es como fingir que no existe. Pero la vida es el resultado de nuestros actos. No tiene sentido comportarse como si algo no hubiera acontecido.

¡Eso no es perdonar! ¡Estás loco! Perdonar es liberar a las otras personas de la culpa. Y al hacerlo tú también te liberas. No es fingir que algo no sucedió. Es una donación, una entrega. Es una elección. Se necesita valor, pero vale la pena.

No es una elección. La elección no existe.

¿No?

En el fondo, no.

Si es así, ¿por qué el rencor? ¿Por qué el rencor si nadie escoge nada? Si solo obedecemos al destino, no se puede responsabilizar a nadie de lo que hace. ¿No es así? Todo lo que hice, lo que tú hiciste y lo que hizo tu hermano no es más que el destino. No hay nada que perdonar porque nadie es culpable.

Es tal cual. Nadie escoge nada y aun así la responsabilidad es nuestra. Es así. No sé explicar por qué. No tengo palabras. Quizá las tengas tú.

Yo tengo palabras, pero lo que estás diciendo carece de lógica. Es absurdo. O existe el libre albedrío o no existe. Si el ser humano es un agente libre, si tenemos la posibilidad de elegir, se nos puede hacer responsables. Si no existe, si el universo está predeterminado por las leyes de la naturaleza y todo no pasa de ser resultado de lo que aconteció justo antes, entonces nadie tiene la culpa de lo que hace. Ni el rencor ni el perdón tienen sentido.

Wittgenstein.

¡No me vengas con Wittgenstein! Sabes de lo que estoy hablando. Sé que eres más inteligente de lo que te gusta admitir en tus ataques de pobrecito de mí.

¿Cómo se llaman las dos alternativas?

Libre albedrío y determinismo.

No creo que sea tan simple.

No tiene nada de simple.

Quiero decir que las dos alternativas me parecen equivocadas. O las dos son correctas al mismo tiempo. Dos respuestas correctas para una pregunta equivocada.

Dios mío. ¿Cuál es la pregunta correcta, entonces?

No sé.

Esto es una repetición de todas las discusiones enloquecedoras que ya tuvimos. El asunto es otro pero el guion siempre es el mismo. Nadie gana.

Sé que no existe la posibilidad de elegir y que aun así tenemos que vivir como si fuera posible. Solo eso.

Creo que ahora me toca a mí decir Wittgenstein. ¿Puedo?

Por eso no tiene sentido perdonar. Perdonar es una cobardía. Lo que exige valor es continuar amando y teniendo amigos y haciendo el bien a los demás sin fingir que se pueda borrar nada, sin perdonar ni aceptar el perdón. Dices que Dante está enfadado con mi padre por haberse suicidado. ¿Para qué? Creo que lo que hizo es una mierda, no perdono lo que hizo, pero me dijo que no escogió suicidarse y ahora entiendo que en cierto modo en realidad no tenía elección. No estoy enfadado con nadie. ¿Por qué iba a estarlo? Hasta entonces se portó bien con nosotros. Cuando miramos atrás todo resulta inevitable.

¿Tu padre te contó que se iba a suicidar?

No responde y ella se cubre la boca con la mano.

Viv, no hay nada dentro de mí capaz de perdonar a mi hermano por haber hecho lo que hizo. No es que quiera y no pueda. Yo no quiero. No estaría bien. En el fondo él no eligió hacer eso, como nadie escoge nada, pero eso no lo libera de la responsabilidad de haberte llamado allá sabiendo que yo no podía ir, de haber llevado eso adelante como lo hizo, de la misma forma que tú no te libras de la responsabilidad de haber ido y de haber terminado conmigo para estar con él. Y yo no me libro de la responsabilidad de haberte dejado ir, de no haberte ayudado a ser feliz, de haberme convertido en el tío que en última instancia tú no pudiste elegir no abandonar. Todo funciona a la vez y ahora forma parte de nuestras vidas. En algún momento decidisteis que vuestros sentimientos justificaban pasar por encima de lo que yo sentía. No lo elegisteis, no teníais elección, Porto Alegre era inviable, yo era inviable, vosotros estabais enamorados en São Paulo donde todo es viable, pero la decisión está ahí, existe en el mundo como una piedra, como un cuchillo, la decisión está aquí, existe ahora, es algo que pasó y tuvo

consecuencias como cualquier decisión, cualquier gesto, cualquier cosa que se diga o haga creyendo que es por voluntad propia o no. Vosotros decidisteis que la vida que querías tener juntos a partir de entonces tenía más valor que cualquier marca que eso pudiese dejar en mí y seguisteis adelante. Y no pasa nada. Puedo ponerme en vuestro lugar. Creo que no habría hecho lo mismo, pero puedo imaginármelo y entenderlo. Pero ahora tened el valor de cargar con ese peso. Yo te voy a amar siempre y todavía defendería la vida de mi hermano si estuviera en riesgo. Pero no quiero verlo y no quiero ser el padrino de vuestro hijo.

Perdona por haber venido.

Viviane se levanta y se arregla la ropa.

No tienes que irte.

Sí tengo que hacerlo, sí.

Pero no se marcha inmediatamente. Se queda un rato allí parada mirando el mar soleado por la ventana.

Viv.

Eres feliz aquí, ¿no?

¿Yo? Sí. Creo que sí.

Lo peor es que creo que es verdad. Cuando me contaron que te habías venido a vivir aquí me dijeron que estabas huyendo, o que estabas traumatizado con lo de tu padre, no lo sé. Les dije a todos que no. Debo de ser la única persona en el mundo que entiende que no tiene nada que ver con eso. No hay ningún otro lugar en el que ahora te gustaría estar.

Tal vez. No lo sé.

Tengo ganas de sacudirte, de darte en la cara por tu frialdad, por tu arrogancia, por tu vanidad. Dios mío, la vanidad de creer que no necesitas a nadie, de creer que no debes perdonar ni ser perdonado. Pero desde tu punto de vista no es así, ¿no? Eres feliz. Estoy viendo en tus ojos la soledad que te he traído. Sé que nunca te sientes solo. Es solo porque yo estoy aquí. Mañana todo volverá a estar bien otra vez. Voy a adelantar mi vuelta. Puedo cambiar el vuelo a esta tarde en el aeropuerto. No tienes que decir nada. Sé cuánto me amas. Sigue existiendo en algún lugar. Está a buen recaudo. No voy a

volver nunca más. Siempre tendrás las puertas abiertas si algún día quieres venir a vernos. El bebé nacerá a mediados de mayo. ¿Vale? Va a ser tu sobrino. Si no tienes la dignidad, la hombría de ir a conocerlo, quizá algún día él venga a buscarte, cuando tenga edad. Porque eso es lo que tú prefieres, ¿no es cierto? Que te busquen. Que vayan detrás de ti.

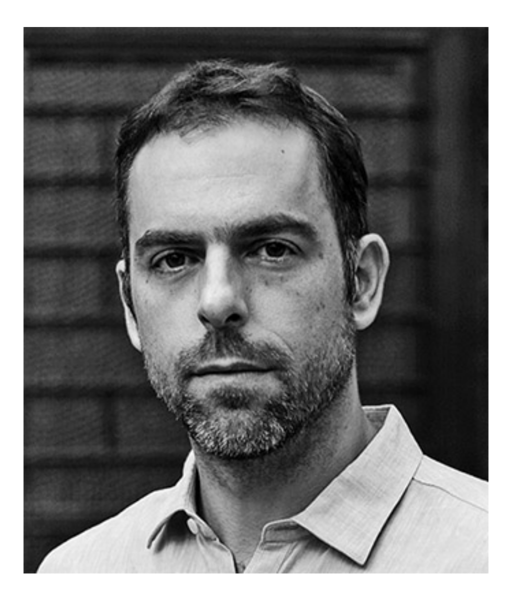
Él se atraganta intentando decir algo.

Me voy ya. Puedes estar tranquilo. Sucedió como tú habías previsto, ¿no es así? Pero va a ser más rápido de lo que habías imaginado. Ya se ha terminado.

NOTA DEL AUTOR

Los versos citados al final del capítulo 9 son de Manoel Brandão de Souza y fueron extraídos del libro *Historia de Garopaba*, de Manoel Valentina.

Vaya mi especial agradecimiento a mi amigo y compañero de brazadas marítimas Mário Martins da Silva Jr. por su sabiduría y generosidad sin límites, y a mi padre, Gilson Galera, que me contó la historia de donde surgió todo lo demás.



DANIEL GALERA nació en São Paulo en 1979. Escribe ficción desde 1996 y empezó a divulgar su obra a través de internet mucho antes de la existencia de los blogs.

En 2001 fundó con dos amigos una editorial independiente llamada *Livros do Mal*, donde publicó su primer libro, Dentes guardados, así como las obras de otros jóvenes autores. Desde entonces ha publicado otras cuatro novelas: *Até o dia em que o cão morreu, Mãos de cavalo, Cordilheira y Barba empapada de sangre* (Literatura Random House, 2014). También escribió el guion de la novela gráfica Cachalote, ilustrada por Rafael Coutinho. Trabaja como traductor literario y publica reportajes y ensayos en medios escritos. Las doce y veinte de la noche es su última novela.

Notas

[1] Ha venido. Llegó antes que yo. Acaba de irse. Nunca he visto a tu hermano así, parecía aterrorizado. Tenía miedo de verte, está claro. Estuvo un rato junto al ataúd. […] Pero no lloró, tu hermano no llora, ya lo conoces. Solo quería saber si yo sabía a qué hora ibas a llegar y si ella iba a venir contigo. Dije que ella no iba a venir, aunque el problema no es ella, es a ti a quien no quiere ver. Me dijo Mamá, no puedo quedarme. Le voy a pegar cuando lo vea. Y yo dije Vuestro padre está ahí, muerto. Deja de comportarte como un niño, estás a punto de cumplir treinta y tres, hazlo por tu padre, él hubiera querido que hicierais las paces, y se rio sin más. […] No sé por qué, no lo entendí, pero él y tu padre siempre tuvieron algo que solo era de ellos, vete a saber. Beta estaba con él en el coche. […] No tengo ni idea, Dante. […] También creo que es muy raro, pero me da miedo hasta preguntarle. Tenía una nota de tu padre… a mí me deja la casa y a vosotros un poco de dinero. Mañana vamos a leer el testamento. No tenía nada más, es increíble. Se lo pulió todo. Y ahora va a tardar porque hay que hacer frente a la burocracia. […] Nada. ¡Ah! También está el plan de jubilación que igualmente es para vosotros. Es una buena cantidad. La nota decía, sobre la casa, Haz lo que quieras con ella, Sônia, aunque sé que la venderás y dividirás el dinero entre los príncipes. Qué voy a hacer, está claro. Hace tiempo que amé a ese hombre y nos peleamos tanto después que ya ni me acuerdo de cómo fue. Pero tu hermano estuvo quince minutos, habló con el tío Natal, con Golias, que está allí… el único de los antiguos colegas de tu padre que soporto. Habló con esa mujer que no sé quién es, ¿fue su novia? […] Lo sabía. Mira la cara de ese zorrón, tan estirada. […] Aparecerán unas cuantas, ya lo verás, soltarán veneno y me tratarán como si fuese una mierda. […] ¿Eh? […] No hizo nada más. Ha llegado, ha mirado el ataúd y se ha ido. […] No, hijo. Es decir, me dijo que tenía que hablar conmigo en otro momento porque se iba a mudar. Se va de Porto Alegre. […] Todavía no lo sé. Solo quería largarse de aquí. Excepto el minuto que ha pasado junto al ataúd, se pasó todo el rato mirando la puerta y de repente se acercó a mí y me dijo Me tengo que marchar, será mejor que me vaya, me ha dado un abrazo y se ha ido. […] ¡Si lo he intentado! Se trata del velatorio de tu

padre, le dije, deja de comportarte como un niño, va a ser horrible para mí, para ti, pero cogió y se largó. Creo que solo vino por mí, si no hubiese venido la gente me lo hubiera echado en cara. Estuvo solo el tiempo de que lo vieran, pero se fue de ese modo, ¿de qué sirve? La familia nunca fue nuestra especialidad. Solo a ti se te da bien. Tuve tiempo de presentarle a Ronaldo, ahora te lo presento a ti también, ha ido a cambiar el coche de sitio, le daba miedo que le pusieran una multa ahí en la loma, tiene parquímetro. […] Soy feliz, sí. […] ¿Tú crees? Lo que estoy es vieja, eso sí. […] Solo porque soy tu madre. Pero puede ser, ser feliz mejora la cara. Es una tragedia lo de tu padre, pero nos habíamos distanciado tanto, hace tiempo. Pensaba que se moriría de un infarto o algo así, malgastó toda su vida, como tú bien sabes, pero algo así… con esa edad. ¿Para qué hacer eso con sesenta y cuatro años? Y de ese modo tan horrible, podía tener… […]. Imposible saberlo. Ya ha pasado. […] Sí. […] Estoy de acuerdo contigo, cariño. […] Sí, tienes razón. […] No, deja en paz a tu hermano. Va a ser peor. Déjalo tranquilo. No quiere verte. Si no ha querido verte hoy no va a querer verte nunca más. […] Yo también lo creo, pero así son las cosas. Creo que tú sufres más que él, cariño. […] Sí, lo sé. Pero ahora no vamos a hablar de eso, ¿vale? Ven aquí, déjame darte un beso. […] Se paga en cuatro plazos. Esta funeraria es buena. Ya lo hablaremos después. Mira, ahí viene Ronaldo. Soy tan feliz junto a él. Tienes que venir a visitarnos. […] Así es, está cerca de Assis Brasil. São Paulo no queda tan lejos, bajar hasta aquí es un momentito, tenéis que venir más a menudo. ¿Vale? Ven a visitar a tu madre más veces. Ronaldo, este es mi hijo mayor. <<

[2] Sí, dio clases aquí hasta hace un mes y medio. Entró en 2004, fue nuestro profesor durante casi tres años. […] No, es un tipo serio, puedes estar seguro de ello. Un poco reservado. Pero es un tío serio. ¿Quiere dar clases ahí? ¿Qué narices ha ido a hacer a Garopaba? […] Me explicó que se marchaba de Porto Alegre pero no dijo adónde iba. Avisó con un mes de antelación. Su padre se mató a comienzos de año. […] ¡Qué putada! Dime, ¿cómo va la piscina nueva? De puta madre, ¿eh? ¿Ya has comprado las corcheras? Milton conoce a un tío en Florianópolis que las vende, una vez me llamó, me dijeron que el precio era bueno. Luego te mando el contacto por email. *[…] Tienes que darle publicidad, si no la gente no se entera. Ofrece un horario libre por la mañana para quien entrena más fuerte, quién sabe. Piensa en algo para atraer a los atletas. […] Sí, para que dé dinero tienes que tener clases con horario fijo. ¿Ya te han pedido que calientes el agua? […] ¿Veintisiete grados? Ja, ja, ja. Estás loco, Panela. Te van a pedir que la calientes todos los días. Vas a tener que subir la temperatura. […] Na sirve de nada, vas a tener que subirla. Primero el viejo que no quiere entrar, después la madre que no quiere que el niño pase frío, después todo el mundo quiere el agua calentita. La gente quiere que el agua esté templada. Yo la dejo a treinta, pero miento y digo que está a veintiocho. […] Ya verás, como ya te he dicho antes es un tipo serio. El tío sabe un montón. Fue él quien entrenó a Pérsio en el año 2007, cuando ganó casi todo. Y también es un buen atleta. Participó en el mundial de Hawái, se clasificó en buena posición a pesar de no marcar un buen tiempo. Comenzó a pasarlo mal en mitad de la prueba. ¿Sabes la clase de persona que no tiene mucho espíritu competitivo? Marca mejor tiempo entrenando que compitiendo. Pero nada mucho. Tiene la mejor forma de nadar que he visto nunca. […] Es un poco retraído. Una vez tuve un problema con él pero acabé manteniéndolo en el gimnasio porque me lo pidieron los alumnos. Estábamos modificando las clases para que fuesen más lúdicas. Fue cuando comenzamos a implementar los entrenamientos con juegos, música, ese tipo de cosas. Está de moda. Y entré en un proceso de reformatear a los profesores para que las clases se volvieran más*

animadas. Hoy son más amigos de los abonados, y fue gracias a nuestro estímulo. Les pagamos a todos un curso de pedagogía lúdica deportiva, que es la línea de nuestro gimnasio. Es importante para que la gente continúe matriculada, aumentó mucho nuestro movimiento. Música a todo trapo, rankings, *todo se vuelve un juego. Pero por aquella época tuve problemas con él a causa de eso, porque se negó a hacer el curso. Me dijo en la cara que creía que era una gilipollez. Y la situación se volvió muy incómoda porque no podía hacer una excepción solo con él. Al final me enfrenté a él y él me respondió que era profesor de natación, no un payaso. Ahí me salió el puto estrés de los cojones y lo despedí. […] Llegué a echarlo. Pero no había pasado ni una semana cuando comenzaron a aparecer alumnos en administración preguntando por él, pidiendo su vuelta. Di una excusa cualquiera, porque me la sudaba, pero al mes siguiente descubrimos que cuatro o cinco alumnos se habían borrado del gimnasio por su culpa. […] Solo querían hacer clase con él. Entonces se supo toda la historia y muchos alumnos se pusieron de su lado. Descubrimos que los jóvenes a los que daba clase lo adoraban, pero en administración no teníamos ni idea porque veías al tío entrenando y tenía siempre cara de culo, corrigiendo constantemente a todo el mundo. Es bastante severo. […] Sí, eso era lo gracioso. De lejos parecía que nunca hablaba con nadie, que solo estaba allí cumpliendo con su trabajo. Creía que no lo soportaba nadie. Entonces vino un alumno, Tatanka… […] ¿Conoces a Tatanka? Sí, hace surf, siempre está allí, es verdad, en fin, Tatanka me contó que su forma de nadar era completamente equivocada, que hacía años que acudía al gimnasio y que ningún entrenador lo había corregido como deberían haber hecho, que el tío llegó, le dio dos meses de clases y al final los tiempos del tío bajaron un huevo e hizo podio en la travesía de Torres. También unas chicas le dijeron a Maíra, una de nuestras profesoras, que solo nadaban en nuestra piscina por él. Les gustaba su presencia. […] Eso dijeron. Les gustaba su presencia. Vete tú a saber lo que quisieron decir con eso. […] Hace un par de años se separó de una chica. Creo que el tío es muy discreto. […] Cierto. […] Bueno, la cuestión es que le fui detrás y le pedí que volviera. Y volvió sin problemas, estuvo dos años más aquí, hasta el mes pasado. Nos reíamos de él porque el tío no reconoce las caras de las personas. ¿Te lo ha explicado? […]*

Pregúntale, en serio, tiene un problema de memoria rarísimo. Creo que su forma de ser tiene que ver con eso. […] Tienes que ver si da el perfil que tú quieres. A la gente de aquí le gustaba mucho… a mí no tanto… el tío es reservado, no me llevo bien con gente así. Esta es la situación, Panela. Es bueno. Siempre está al día. Un profesor de puta madre, de verdad. Créetelo. Y no te olvides: agua caliente y música a todo trapo. <<

[3] *Yo aparecía en un pasillo, inmovilizada y suspendida en el aire, y no conseguía sentir mi propio cuerpo. Veía mi cuerpo pero era como si no me perteneciese. Entonces vi a la derecha una sala con una mesa grande y oscura de madera de ley y cuatro sillas, dos a cada lado, con una ventana al fondo. La sala era muy blanca y el suelo también era de madera oscura. El lecho era muy alto. Era de noche y te vi sentado de espaldas a mí, vestido con un pantalón y una camiseta negros, el pelo corto y recién afeitado. Mirabas hacia atrás como si sintieses mi presencia, pero sin verme. Me entró miedo, dentro del sueño, de ser descubierta, pues sabía que en poco tiempo iba a ser testigo de algo importante. Enseguida aparecieron al mismo tiempo un hombre sentado frente a ti y otro en pie al lado izquierdo. El hombre sentado frente a ti era un desconocido y yo no sabia sobre qué estabais hablando, porque lo hacíais telepáticamente. Pero el hombre a la izquierda conversaba telepáticamente conmigo y me decía que era tu hermano y tu guardián. En ese momento mi cuerpo astral subió muy rápido por una escalera a la derecha que iba a parar a un pasillo y una fuerza intuitiva me llevó a encontrar un sobre escondido en una rendija de la pared. El sobre contenía un fajo de billetes y una especie de* dossier *que explicaba quién eras, tenía todo sobre ti. El* dossier *decía que eres una criatura misteriosa que ha vivido ya muchas vidas y que lo sabes. Cuando regresé a la sala habías desaparecido junto con los dos hombres. En ese momento fui transportada de inmediato a otro escenario, la cubierta de madera podrida de un barco fuera de casa, que se estaba desmoronando. Vi un lago pantanoso lleno de matorrales alrededor. Una mujer desconocida, alta, morena, pasó a mi lado sin decir una palabra, entró en el agua turbia y desapareció. En ese momento me desperté y el primer pensamiento que tuve fue que tú eras un vampiro. Creo que no lo vas a admitir, quizá ni seas consciente de ello, pero existe una razón para ese desconocimiento o negación y un día te lo explicaré todo.* <<

[4] (1) Quiero que te masturbes todos los días pensando en mí. ¡prométemelo! me paso el día sintiendo el gusto de tu piel y de tus manos en mí. estoy sintiendo algo que no pasa, nunca me pasó algo así. (2) he intentado eliminar el mensaje anterior, perdona, qué vergüenza. ¿lo has leído? ¿nos vemos hoy? PD: ¡a Pablo le encantan las gafas!! ¿Por qué no le enseñas a nadar? (3) mira el videoclip de la canción que oímos ayer y que te gustó tanto, del tío de los red hot: http://youtube.com/watch?v=gZsbODzoV3Y (4) ¿no piensas responder??? <<

[5] Hola. He pensado mucho si escribirte o no porque la última vez que te llamé cuando supe lo de tu padre me dejaste muy claro que preferías no tener más noticias nuestras. Puedes ignorar este mensaje si lo prefieres, del mismo modo que ignoraste los otros, y perdona si te estoy importunando. Pero sospecho que tu actitud solo es tal para que las personas te acaben buscando, porque no quieres hablar primero, ¿sabes? Si me equivoco solo voy a empeorar las cosas, pero… he decidido correr el riesgo.

Acabo de enterarme de que estás en Garopaba. Tu madre dijo que dejaste el apartamento y lo vendiste todo. Recuerdo que siempre decías que un día querías hacer algo así, vivir en una pequeña playa. Espero que te vaya todo bien por ahí. Puedo imaginarte dando brazadas a primera hora de la mañana, sentándote luego en una piedra para calentarte al sol. ¿Haces surf? Siempre pensé que tenías que hacer surf. A veces solo con los palos y vueltas que da la vida conseguimos desprendernos de lo superfluo para concretar sueños de ese tipo. Te quiero bien, siempre voy a quererte, ya lo sabes (aunque no quieras oírlo, pero tú lo sabes, ¿no?). Tu madre dice que hablas con ella, pero que casi no hablas con nadie más de Porto Alegre y que no avisaste a nadie de adonde ibas. De todas las personas que conozco tú eres la que tiene los pequeños demonios más controlados, pero estoy segura de que están ahí dentro porque los he visto. Y sé que los alimenté y eso me entristece mucho. La soledad nos debilita y no me gustaría que ellos se apoderaran de ti mientras estás allí solo, sin conocer a nadie. Sé bien que a ti te gusta, ¿no es cierto? O quizá ya conozcas a un montón de gente y estés saliendo con una chica y solo la tonta de mí no deja de preocuparse sin motivo. Sé que no eres un niño pequeño, pero no puedo dejar de preocuparme y eso me estaba atormentando.

Debes de pensar que soy muy egoísta por estar escribiéndote tal cual, para aliviar mi culpa. Pero siempre creí que tú ves nuestra historia de una forma muy simplificada. Es complicada y tenemos que enfrentarla antes o después si queremos tener cierta paz en la vida.

Desde que murió vuestro padre, Dante está bastante mal. Creo que ahora

le haces más falta que nunca. Jamás te lo va a admitir. Nunca quiso hacerte daño y sufrió tanto como nosotros dos. Puede que más. Tú fuiste capaz de perdonarme. ¿No puedes perdonarlo también a él? ¿Ahora que ha pasado cierto tiempo, ahora que vuestro padre ha muerto? No sé muy bien cómo te sientes aún en relación con todo esto, pero quería pedirte que no olvides la idea de perdonarlo también a él. Se intenta hacer el duro, pero lo necesita. Los dos queréis ser el más duro, más que el otro. Piénsalo bien, con el corazón. Si no fuese posible, paciencia. Pero si lo fuera… sería bueno para ambos.

En cuanto a mí, cada vez me gusta más São Paulo. Además de ser editora de libros infantiles, ahora también escribo una pequeña columna sobre libros en un periódico. Lo que más echo de menos es el Guaíba, tener aquel horizonte, un lugar donde poder relajarme cuando me siento un poco angustiada. Para tu hermano es un poco complicado porque él trabaja en casa y la vida cultural de la ciudad es una tentación constante para él. Pero está bien, aparte de beber demasiado, en mi opinión. Está escribiendo un nuevo libro. No sé de qué va la historia. Le dije que escribiera sobre nosotros pero nunca hará algo así. Por mí no es, porque sabe que no me importa. Solo puede ser en consideración a ti.

¿Es cierto que te has quedado a Beta?

Jamás olvidaré el día que me presentaste a tu padre, ¿te acuerdas? Se hizo el padre y nos dijo «Jóvenes, el amor no es fácil y no debe ser tratado como tal. Intentad solo ser gentiles el uno con el otro. Amén». Creo que al final me odiaba, nunca más volvió a gastarme bromas. Debía de pensar que yo era una puta. Pero siempre me acordaré de él con cariño.

No quiero tratar de fácil lo que no lo es. Hasta hace poco soñaba con anzuelos atascados en la garganta y ahora los siento cuando estoy despierta. Pero por eso mismo creo que deberíamos hacer todo lo posible por aliviar la tensión. Te echo de menos. Da señales de vida. Y cuídate ahí. Beso – Viv. <<

[6] 23 de junio de 2008. Resaca infernal. Hoy tengo examen en la autoescuela. […] Antes de que se fuera le dije que le iba a enseñar algo que no podía ver nadie y lo llevé hasta el pasillo de los camerinos para enseñarle el mural de las chicas. En ese mural las chicas cuelgan cosas que les recuerdan el motivo por el que están trabajando en este sitio. Hay fotos de los hijos, un llavero de Nueva York, un décimo de lotería. Marcia, que quiere ser azafata, colocó la foto de un avión. Hay cosas que nadie entiende: un guante de piel femenino, un anillo de plata con una calavera y una de las chicas siempre pincha allí una mariposa azul hasta que se seca para después colocar otra exactamente igual, no sé de dónde las saca. Le dije que mirar el mural todos los días nos hace sentir un poco mejor. Entonces él preguntó cuál era mi recuerdo y me quise morir de vergüenza porque me había olvidado de que yo no tenía nada. Nunca he sabido qué colgar. Me gusta mirar las cosas de las otras chicas. Si ellas van a conseguirlo, también yo puedo. Él se sacó un papel del bolsillo, era el folleto de un sitio que organiza paseos turísticos en la playa en la que vive, y lo dobló de tal modo que lo único que se veía era una foto muy bonita de la playa y me dijo que la colgase allí para que me acordara de llamarlo y de ir a visitarlo algún día. Le repetí que no mezclo las cosas pero le dejé hacerlo, solo para que se creyese importante. Creo que lo voy a quitar hoy. […] No sé lo que me dio pero le hice prometer que nunca iba a volver allí ni a ningún lugar parecido. ¡Qué gracioso!, me lo prometió. Me lo juras, ¿eh? […] <<

[7] *Hola, pececito. Pediste una foto mía, pero te envío una de los dos, porque quiero que te acuerdes de tu cara, también, siempre que te quieras acordar de la mía. Eres muy guapo, y sospecho que eres consciente de ello. Estoy ayudando a mi madre en el restaurante, mientras decido qué hacer con mi vida. La maldición del tesoro no me ha alcanzado (¡espero!). He empezado a escribir un proyecto para intentar estudiar un master en Río de Janeiro. Me estoy resignando a estar sola y deseando que no tardes mucho en encontrar a la persona que estás buscando. Nada de lo que hice fue para hacerte daño, y espero que no me guardes rencor. Me encantó pasar por tu vida. Ojalá que Beta esté bien y corriendo contigo por la playa. Me gusta recordar cómo cuidabas de ella. Guarda nuestra foto. Un beso, J.* <<